INTRODUCCIÓN A LA VIDA DEVOTA

SAN FRANCISCO DE SALES

PRIMERA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

Los avisos y ejercicios que se requieren para conducir al alma, desde su primer deseo de la vida devota, hasta una entera resolución de abrazarla

CAPÍTULO I

DESCRIPCIÓN DE LA VERDADERA DEVOCIÓN

Tú aspiras a la devoción, queridísima Filotea, porque eres cristiana y sabes que es una virtud sumamente agradable a la divina Majestad; mas, como sea que las pequeñas faltas que se cometen al comienzo de una empresa crecen infinitamente en el decurso de la misma y son casi irreparables al fin, es menester, ante todo, que sepas en qué consiste la virtud de la devoción, porque, no existiendo más que una verdadera y siendo muchas las falsas y vanas, si no conocieses cuál es aquélla, podrías engañarte y seguir alguna devoción impertinente y supersticiosa.

Aurelio pintaba el rostro de todas las imágenes que hacía según el aire y el aspecto de las mujeres que amaba, y cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que es aficionado al ayuno se tendrá por muy devoto si puede ayunar, aunque su corazón esté lleno de rencor, y -mientras no se atreverá, por sobriedad, a mojar su lengua en el vino y ni siquiera en el agua-, no vacilará en sumergirla en la sangre del prójimo por la maledicencia y la calumnia. Otro creerá que es devoto porque reza una gran cantidad de oraciones todos los días, aunque después se desate su lengua en palabras insolentes, arrogantes e injuriosas contra sus familiares y vecinos. Otro sacará con gran presteza la limosna de su bolsa para darla a los pobres, pero no sabrá sacar dulzura de su corazón para perdonar a sus enemigos. Otro perdonará a sus enemigos, pero no pagará sus deudas, si no le obliga a ello, a viva fuerza, la justicia. Todos estos son tenidos vulgarmente por devotos y, no obstante, no lo son en manera alguna. Las gentes de Saúl buscaban a David en su casa; Micol metió una estatua en la cama, cubrióla con las vestiduras de David y les hizo creer que era el mismo David que yacía enfermo. Así muchas personas se cubren con ciertas acciones exteriores propias de la devoción, y el mundo cree que son devotas y espirituales de verdad, pero, en realidad, no son más que estatuas y apariencias de devoción.

La viva y verdadera devoción, ¡oh Filotea!, presupone el amor de Dios; mas no un amor cualquiera, porque, cuando el amor divino embellece a nuestras almas, se llama gracia, la cual nos hace agradables a su divina Majestad;

cuando nos da fuerza para obrar bien, se llama caridad; pero, cuando llega a un tal grado de perfección, que no sólo nos hace obrar bien, sino además, con cuidado, frecuencia y prontitud, entonces se llama devoción. Las avestruces nunca vuelan; las gallinas vuelan,

pero raras veces, despacio, muy bajo y con pesadez; mas las águilas, las palomas y las golondrinas vuelan con frecuencia veloces y muy altas. De la misma manera, los pecadores no vuelan hacia Dios por las buenas acciones, pero son terrenos y rastreros; las personas buenas, pero que todavía no han alcanzado la devoción, vuelan hacia Dios por las buenas oraciones, pero poco, lenta y pesadamente; las personas devotas vuelan hacia Dios, con frecuencia con prontitud y por las alturas. En una palabra, la devoción no es más que una agilidad y una viveza espiritual, por cuyo medio la caridad hace sus obras en nosotros, o nosotros por ella, pronta y afectuosamente, y, así como corresponde a la caridad el hacernos cumplir general y universalmente todos los mandamientos de Dios, corresponde también a la devoción hacer que los cumplamos con ánimo pronto y resuelto. Por esta causa, el que no guarda todos los mandamientos de Dios, no puede ser tenido por bueno ni devoto, porque, para ser bueno es menester tener caridad y, para ser devoto, además de la caridad se requiere una gran diligencia y presteza en los actos de esta virtud.

Y, puesto que la devoción consiste en cierto grado de excelente caridad, no sólo nos hace prontos, activos y diligentes, en la observancia de todos los mandamientos de Dios, sino además, nos incita a hacer con prontitud y afecto, el mayor número de obras buenas que podemos, aun aquellas que no están en manera alguna mandadas, sino tan sólo aconsejadas o inspiradas. Porque, así como un hombre que está convaleciente anda tan sólo el camino que le es necesario, pero lenta y pesadamente, de la misma manera, el pecador recién curado de sus iniquidades, anda* lo que Dios manda, pero despacio y con fatiga, hasta que alcanza la devoción, ya que entonces, como un hombre lleno de salud, no sólo anda sino que corre y salta «por los caminos de los mandamientos de Dios», y, además, pasa y corre por las sendas de los consejos y de las celestiales inspiraciones. Finalmente, la caridad y la devoción sólo se diferencian entre sí como la llama y el fuego; pues siendo la caridad un fuego espiritual, cuando está bien encendida se llama devoción, de manera que la devoción nada añade al fuego de la caridad, fuera de la llama que hace a la caridad pronta, activa y diligente no sólo en la observancia de los mandamientos de Dios, sino también en la práctica de los consejos y de las inspiraciones celestiales.

CAPÍTULO II

PROPIEDAD Y EXCELENCIA DE LA DEVOCIÓN

Los que desalentaban a los israelitas, para que no fueran a la tierra de promisión, les decían que era una tierra que «devoraba a sus habitantes», es decir que su ambiente era tan dañino, que era imposible vivir allí mucho tiempo y que sus moradores eran gentes tan monstruosas, que se comían a los demás hombres como a las langostas. Así el mundo, mi querida Filotea, difama tanto cuanto puede a la devoción, pintando a las personas devotas con aire sombrío, triste y melancólico, y diciendo que la devoción comunica humores displicentes e insoportables. Mas, así como Josué y Caleb aseguraban que no sólo era buena y bella la tierra prometida, sino también que su posesión había de ser dulce y agradable, de la misma manera el Espíritu Santo, por boca de todos los santos y Nuestro Señor por la suya propia, nos aseguran que la vida devota es una vida dulce, feliz y amable.

El mundo ve que los devotos ayunan, oran, sufren las injurias, cuidan a los enfermos, dominan su cólera, refrenan y ahogan sus pasiones, se privan de los placeres sensuales y

practican éstas y otras clases de obras que de suyo y en su propia substancia y calidad, son ásperas y rigurosas. Mas el mundo no ve la devoción interior y cordial, que hace que todas estas acciones sean agradables, suaves y fáciles. Contemplad las abejas sobre el tomillo: encuentran en él un jugo muy amargo, pero, al chuparlo, lo convierten en miel, porque ésta es su propiedad. ¡Oh mundanos!, las almas devotas encuentran, es cierto, mucha amargura en sus ejercicios de mortificación, pero, con sólo practicarlos, los convierten en dulzura y suavidad. El fuego, las llamas, las ruedas y las espadas parecían flores y perfumes a los mártires, porque eran devotos; y, si la devoción puede endulzar los más crueles tormentos y la misma muerte ¿que no hará con los actos de virtud?

El azúcar endulza los frutos verdes y hace que no sean desagradables ni dañosos los excesivamente maduros. Ahora bien, la devoción es el verdadero azúcar espiritual, que quita la aspereza a las mortificaciones y el peligro de dañar a las consolaciones; quita la tristeza a los pobres y el afán a los ricos, la desolación al oprimido y la insolencia al afortunado, la melancolía a los solitarios y la disipación a los que viven acompañados; sirve de fuego en invierno y de rocío en verano; sabe vivir en la abundancia y sufrir en la pobreza; hace igualmente útiles el honor y el desprecio, acepta el placer y el dolor con igualdad de ánimo, y nos llena de una suavidad maravillosa.

Contempla la escala de Jacob, que es una viva imagen de la vida devota: los dos largueros por entre los cuales se sube y que sostienen los escalones, representan la oración, que nos obtiene el amor de Dios y los sacramentos que lo confieren; los escalones no son otra cosa que los diversos grados de caridad, por los cuales se va de virtud en virtud, ya sea descendiendo, por la acción, a socorrer y a sostener al pobre, ya sea subiendo, por la contemplación, a la unión amorosa con Dios. Te ruego ahora que contemples quiénes están en la escala; son hombres, con corazón de ángeles, o ángeles con cuerpo humano; no son jóvenes, pero lo parecen, porque están llenos de vigor y de agilidad espiritual; tienen alas, para volar, y se lanzan hacia Dios, por la santa oración, mas también tienen pies, para andar entre los hombres, en santa y amigable conversación. Sus rostros aparecen bellos y alegres, porque todo lo reciben con dulzura y suavidad; sus piernas, sus brazos y sus cabezas están enteramente al descubierto, porque sus pensamientos, sus afectos y sus actos no tienden a otra cosa que a complacer. Lo restante de su cuerpo está vestido, pero con elegante y ligero ropaje, porque es cierto que usan del mundo y de sus cosas, pero de una manera pura y sincera, tomando estrictamente lo que exige su condición.

Créeme, amada Filotea, la devoción es la dulzura de las dulzuras y la reina de las virtudes, porque es la perfección de la caridad. Si la caridad es la leche, la devoción es la nata; si es una planta, la devoción es la flor; si es una piedra preciosa, la devoción es el brillo; si es un bálsamo precioso, la devoción es el aroma, el aroma de suavidad que conforta a los hombres y regocija a los ángeles.

CAPÍTULO III

QUE LA DEVOCIÓN ES CONVENIENTE A TODA CLASE DE VOCACIONES Y PROFESIONES

En la creación, manda Dios a las plantas que lleven sus frutos, cada una según su especie; de la misma manera que a los cristianos, plantas vivas de la Iglesia, les manda que produzcan frutos de devoción, cada uno según su condición y estado. De diferente manera han de practicar la devoción el noble y el artesano, el criado y el príncipe, la viuda, la soltera y la casada; y no solamente esto, sino que es menester acomodar la práctica de la devoción a las fuerzas, a los quehaceres y a las obligaciones de cada persona en particular. Dime, Filotea, ¿sería cosa puesta en razón que el obispo quisiera vivir en la soledad, como los cartujos? Y si los casados nada quisieran allegar, como los capuchinos, y el artesano estuviese todo el día en la iglesia, como los religiosos, y el religioso tratase continuamente con toda clase de personas por el bien del prójimo, como lo hace el obispo, ¿no sería esta devoción ridícula, desordenada e insufrible? Sin embargo, este desorden es demasiado frecuente, y el mundo que no discierne o no quiere discernir, entre la devoción y la indiscreción de los que se imaginan ser devotos, murmura y censura la devoción, la cual es enteramente inocente de estos desórdenes.

No, Filotea, la devoción nada echa a perder, cuando es verdadera; al contrario, todo lo perfecciona, y, cuando es contraria a la vocación de alguno, es, sin la menor duda, falsa. La abeja, dice Aristóteles, saca su miel de las flores sin dañarlas y las deja frescas y enteras, según las encontró; mas la verdadera devoción todavía hace más, porque no sólo no causa perjuicio a vocación ni negocio alguno, sino, antes bien, los adorna y embellece. Las piedras preciosas, introducidas en la miel, se vuelven más relucientes, cada una según su propio color; así también cada uno de nosotros se hace más agradable a Dios en su vocación, cuando la acomoda a la devoción: el gobierno de la familia se hace más amoroso; el amor del marido y de la mujer, más sincero; el servicio del príncipe, más fiel; y todas las ocupaciones, más suaves y amables.

Es un error, y aun una herejía, querer desterrar la vida devota de las compañías de los soldados, del taller de los obreros, de la corte de los príncipes y del hogar de los casados. Es cierto, Filotea, que la devoción puramente contemplativa, monástica y propia de los religiosos, no puede ser ejercitada en aquellas vocaciones; pero también lo es que, además de estas tres clases de devoción, existen muchas otras, muy a propósito para perfeccionar a los que viven en el siglo. Abrahán, Isaac, Jacob, David, Job, Tobias, Sara, Rebeca y Judit nos dan en ello testimonio en el Antiguo Testamento, y, en cuanto al Nuevo, San José, Lidia y San Crispín fueron perfectamente devotos en sus talleres; las santas Ana, Marta, Mónica, Aquila, Priscila, en sus casas; Cornelio, San Sebastián, San Mauricio, entre las armas, y Constantino, Santa Helena, San Luis, el bienaventurado Amadeo y San Eduardo, en sus reinos. Más aún: ha llegado a acontecer que muchos han perdido la perfección en la soledad, con todo y ser tan apta para alcanzarla, y otros la han conservado en medio de la multitud, que parece ser tan poco favorable. Lot, dice San Gregorio, que fue tan casto en la ciudad, se mancilló en la soledad. Dondequiera que nos encontremos, podemos y debemos aspirar a la perfección.

CAPÍTULO IV

DE LA NECESIDAD DE UN DIRECTOR PARA ENTRAR Y AVANZAR EN LA DEVOCIÓN

Cuando el joven Tobías recibió el encargo de ir a Rages, dijo: «Yo no sé el camino». «Ve, pues -replicó su padre-, y busca algún hombre que te guíe». Lo mismo te digo yo, mi Filotea:¿Quieres emprender con seguridad el camino de la devoción? Busca un hombre que te guíe y acompañe. Esta es la advertencia de las advertencias. «Por más que busques -dice el de. voto Juan de Avila-, jamás encontrarás tan seguramente la voluntad de Dios como por el camino de esta humilde obediencia, tan recomendada y practicada por todos los antiguos devotos».

La bienaventurada madre Teresa, al ver que doña Catalina de Cardona hacía grandes penitencias, deseó mucho imitarla en esto, contra el parecer de su confesor, que se lo prohibía y al cual estaba tentada de desobedecer en este punto, y Dios le dijo: «Hija mía, tienes un camino recto y seguro. ¿Ves la penitencia que ella hace? Pues bien, yo hago más caso de tu obediencia». Por su parte, gustaba tanto de esta virtud, que, además de la obediencia que debía a sus superiores, hizo un voto especial de obedecer a un excelente varón, y se obligó a seguir su dirección y guía, de lo que quedó infinitamente consolada; cosa que, después de ella, han hecho muchas almas buenas, las cuales, para mejorar sujetarse a Dios, han sometido su voluntad a la de sus siervos, lo que Santa Catalina de Sena alaba en gran manera en sus Diálogos. La devota princesa Santa Isabel se sujetó, con extremada obediencia, al doctor maestro Conrado, y uno de los avisos que el gran San Luis dio a su hijo, antes de morir, fue éste: «Confiésate con frecuencia, elige un confesor idóneo, que pueda enseñarte con seguridad las cosas que te son necesarias».

«El amigo fiel, dice la Sagrada Escritura, es una excelente protección; el que lo ha encontrado, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel es una medicina de vida y de inmortalidad; los que temen a Dios la encuentran». Estas divinas palabras se refieren, principalmente, a la inmortalidad, para alcanzar la cual es menester, ante todo poseer este amigo fiel que guíe nuestras acciones con sus avisos y consejos, y nos guarde, por este medio, de las asechanzas y engaños del maligno. Este amigo será, para nosotros, como un tesoro de sabiduría en nuestras aflicciones, tristezas y caídas; medicamento, que aliviará y consolará nuestros corazones, en las dolencias del espíritu; nos librará del mal y procurará nuestro mayor bien, y, si alguna vez caemos en enfermedad, impedirá que sea mortal y nos sacará de ella.

Mas, ¿quién encontrará este amigo? Responde el Sabio: «Los que temen a Dios»; es decir, los humildes, que sienten grandes deseos de avanzar en la vida espiritual. Pues, si es para ti cosa de tanta monta, ¡oh Filotea!, caminar junto a un buen guía, durante este santo viaje hacia la devoción, pide a Dios, con gran insistencia, que te procure uno según su corazón, y no dudes; porque, aunque fuere menester enviarte un ángel del cielo, como lo hizo con el joven Tobías, te dará uno bueno y fiel.

Ahora bien, este amigo ha de ser siempre para ti un ángel, es decir, cuando lo hayas encontrado, no lo consideres como un simple hombre, y no confíes en él ni en su saber humano sino en Dios, el cual te favorecerá y te hablará por medio de este hombre, en cuyo corazón y en cuyos labios pondrá lo que fuere necesario para tu bien. Debes, pues, escucharle como a un ángel, que desciende del cielo para conducirte a él.

Háblale con el corazón abierto, con toda sinceridad y fidelidad, y manifiéstale claramente lo bueno y lo malo, sin fingimiento ni disimulación, y, por este medio, el bien será examinado, y quedará más asegurado, y el mal será remediado y corregido; te sentirás aliviada y regulada en los consuelos. Ten, pues, en él una gran confianza y, a la vez, una santa reverencia, de suerte que la reverencia no disminuya la confianza, y la confianza no impida la reverencia. Confía en él, con el respeto de una hija para con su padre, y respétalo con la confianza de un hijo para con su madre: en una palabra, esta amistad ha de ser fuerte y dulce, toda ella santa, toda sagrada, toda divina, toda espiritual.

Y, para esto, escoge uno entre mil, dice Ávila, y añado yo: entre diez mil, porque son muchos menos de lo que parece los capaces de desempeñar bien este oficio. Ha de estar lleno de caridad, de ciencia, de prudencia: si le falta una sola de estas tres cualidades, es muy grande el peligro. Pero, te lo repito de nuevo, pídelo a Dios, y, una vez lo hayas alcanzado, sé constante, no busques otros, sino camina con sencillez, humildad y confianza, y tendrás un viaje feliz.

CAPÍTULO V

QUE ES MENESTER COMENZAR POR LA PURIFICACIÓN DEL ALMA

«Las flores,dice el sagrado Esposo, apareen en nuestra tierra; el tiempo de podar y cortar ha llegado». ¿Qué son las flores de nuestros corazones, ¡oh Filotea!, sino los buenos deseos?

Ahora bien, en cuanto aparecen, es menester poner la mano a la segur, para cortar, en nuestra conciencia, todas las obras muertas y superfluas. La doncella extranjera, para casarse con un israelita, había de quitarse los vestidos de cautiva, cortarse las uñas y rasurar los cabellos: y el alma que aspira al honor de ser esposa del Hijo de Dios debe «despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo», dejando el pecado, cortando de raíz toda clase de estorbos, que apartan del amor del Señor. El comienzo de nuestra santidad consiste en purgar los malos humores del pecado.

San Pablo quedó enteramente purificado, en un instante, y lo mismo le acaeció a Santa Catalina de Génova, a Santa Magdalena, a Santa Pelagia y a algunos otros santos; pero esta clase de purificación es absolutamente milagrosa y extraordinaria, en el orden de la gracia, como la resurrección de los muertos lo es en el orden de la naturaleza, por lo que no hemos de pretenderla. La purificación y la curación ordinaria, así de los cuerpos como de las almas, no se hace sino poco a poco, paso a paso, por grados, de adelanto en adelanto, con dificultad y con tiempo. Los ángeles de la escala de Jacob tienen alas, pero no vuelan, sino que suben y bajan ordenadamente de grada en grada. El alma que se remonta del pecado a la devoción, es comparada a la aurora, la cual, cuando aparece, no disipa en un instante, las tinieblas, sino lentamente. Dice un aforismo que cuanto menos precipitada es la curación,

es tanto más segura: las enfermedades del corazón, como las del cuerpo, vienen a caballo y al galope, pero se van a pie y al paso.

Conviene, pues, ¡oh Filotea!, que seas animosa y paciente en esta empresa. ¡Ah! qué pena da ver a ciertas almas que, al sentirse todavía sujetas a muchas imperfecciones, después de haberse ejercitado en la devoción, se turban y desalientan y se dejan casi vencer por la tentación de abandonarlo todo y de volver atrás. Mas, por el contrario, ¿no es también un peligro para las almas, el que, por una tentación opuesta, lleguen a creer, el primer día, que ya están purificadas de sus imperfecciones y, teniéndose por perfectas, echen a volar sin alas? ¡Oh Filotea, es demasiado grande el peligro de caer, para desasirse tan pronto de las manos del médico! ¡Ah!, «no os levantéis antes de que llegue la luz -dice el profeta-; levantaos después de haber descansado»; y él mismo, después de haber practicado este consejo y de haberse lavado y purificado, pide a Dios que le lave y purifique de nuevo.

El ejercicio de la purificación del alma no puede ni debe acabarse sino con la vida. No nos turbemos, pues, por nuestras imperfecciones, porque nuestra perfección consiste precisamente en combatirlas, y no podremos combatirlas sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas. Nuestra victoria no estriba en no sentirlas, sino en no consentir en ellas, y no es, en manera alguna, consentir el sentirse por ellas acosado. Es muy provechoso, para el ejercicio de la humildad, que, alguna vez, seamos heridos en este combate espiritual; sin embargo, nunca somos vencidos, sino cuando perdemos la vida o el valor. Ahora bien, las imperfecciones y los pecados no pueden arrebatarnos la vida espiritual, pues ésta sólo se pierde por el pecado grave; importa, pues, que no nos desalienten: «Líbrame, Señor -decía David-, de la cobardía y del desaliento». Es, para nosotros, una condición ventajosa, en esta guerra, saber que siempre seremos vencedores, con tal que queramos combatir.

CAPÍTULO VI

DE LA PRIMERA PURIFICACIÓN, QUE ES LA DE LOS PECADOS MORTALES

La primera purificación que se requiere es la del pecado mortal; el medio para lograrla es el sacramento de la Penitencia. Busca el confesor más digno que te sea posible; toma en tus manos algunos de los libritos que se han escrito para ayudar a las conciencias a confesarse bien, como Granada, Bruno, Arias, Auger; léelos con atención, y advierte punto por punto, en qué has pecado, desde que llegaste al uso de la razón hasta la hora presente; si no te fías de la memoria, escribe lo que hubieres notado. Después de haber repasado y amontonado, de esta manera, los pecados de tu conciencia, detéstalos y échalos lejos de ti, por una contrición y un pesar tan grande como pueda soportarlo tu corazón, considerando estas cuatro cosas: que, por el pecado, has perdido la gracia de Dios, has perdido el derecho a la gloria, has aceptado las penas del infierno y has renunciado al amor eterno de Dios.

Ya entiendes, Filotea, que me refiero a una confesión general de toda la vida, la cual, si bien reconozco que no siempre es absolutamen

te necesaria, con todo considero que te será sumamente útil en los comienzos; por lo mismo, te la aconsejo con gran encarecimiento. Acontece, con harta frecuencia, que las confesiones ordinarias de las personas que llevan una vida común y vulgar están llenas de grandes

defectos, porque, muchas veces, la preparación es deficiente o nula, y falta la contrición exigida; al contrario, suele acudirse a la confesión con una voluntad tácita de volver a caer en pecado y sin la resolución de evitar las ocasiones y de poner los medios necesarios para la enmienda de la vida; en todos estos casos, la confesión general es necesaria para la tranquilidad del alma. Pero, además, de esto, la confesión general nos conduce al conocimiento de nosotros mismos, provoca en nosotros una saludable confusión por nuestra vida pasada, nos hace admirar la misericordia de Dios, que nos ha aguardado con tanta paciencia; sosiega nuestros corazones, alivia nuestros espíritus, excita en nosotros buenos propósitos, da ocasión a nuestro padre espiritual para que nos haga las advertencias que mejor cuadran con nuestra condición, y nos abre el corazón, para que nos manifestemos con toda confianza, en las confesiones siguientes.

Tratando, pues, ahora, de una renovación general de nuestro corazón y de una conversión total de nuestra alma a Dios, para emprender la vida devota, me parece, ¡oh Filotea!, que tengo razón, si te aconsejo esta confesión general.

CAPÍTULO VII

DE LA SEGUNDA PURIFICACIÓN, QUE ES LA DEL AFECTO AL PECADO

Todos los israelitas salieron de Egipto, pero no todos partieron de corazón, por lo cual, cuando estaban en medio del desierto, muchos de ellos echaban de menos las cebollas y los manjares de aquella tierra. De la misma manera, hay penitentes que salen, en efecto, del pecado, pero no todos dejan la afición a él; es decir, proponen no pecar más, pero con cierta mala gana de privarse y abstenerse de los deleites pecaminosos; su corazón renuncia al pecado y se aleja de él, mas no por ello deja de volver, de vez en cuando, la cabeza hacia aquel lado, como la volvió la mujer de Lot hacia Sodoma. Se abstienen del pecado, como los enfermos de la fruta, que no comen de ella porque el médico les amenaza con la muerte sí no saben privarse; pero se inquietan, hablan de ella y de la posibilidad de comer; quieren, a lo menos, olfatearla y tienen por dichosos a los que la pueden gustar. También estos débiles y cobardes penitentes se abstienen, por algún tiempo, del pecado, pero a regañadientes; quisieran poder pecar sin condenarse, hablan con afecto y gusto del pecado, y consideran felices a los que lo cometen. Un hombre decidido a vengarse cambiará de resolución en la confesión, pero enseguida se le verá entre los amigos, complaciéndose en hablar de su querella, diciendo que, si no hubiese sido por el temor de Dios hubiera hecho esto o aquello y que el artículo de la

ley divina que nos manda perdonar, es difícil; que ojalá fuese permitido vengarse. ¡Ah! ¿quién no ve que este Pobre hombre, si bien está libre del pecado, continúa encadenado por el afecto al mismo, y que, hallándose fuera de Egipto, con el cuerpo, está todavía allí, con el deseo, y suspira por los ajos y las cebollas que allí solía comer? Tal hace también la mujer que habiendo detestado sus perversos amores, gusta todavía de ser festejada y cortejada. ¡Ah! ¡Qué peligro más grande no corren estas personas! ¡Oh Filotea! puesto que quieres emprender la vida devota, es necesario no sólo que dejes el pecado, sino que purifíquese enteramente tu corazón de todos los afectos que de él dimanan, porque, aparte del peligro de reincidir, estas desdichadas aficiones debilitarían continuamente tu espíritu y lo gravarían de tal suerte, que no podría hacer las buenas obras con aquella prontitud, celo y

frecuencia que constituyen la esencia de la devoción. Las almas que, habiendo salido del pecado, tienen todavía estos afectos y estas debilidades, se parecen, a mi modo de ver, a las doncellas de pálido color, cuyas acciones sin estar ellas enfermas son todas enfermizas; comen sin gusto, duermen sin reposo, ríen sin gozo, y andan a rastras, en vez de caminar. De la misma manera hacen estas almas el bien, con una dejadez espiritual tan grande, que quita toda la gracia a sus buenos ejercicios, que son pocos en número y de muy reducida eficacia.

CAPÍTULO VIII

DE COMO SE HA DE HACER ESTA SEGUNDA PURIFICACIÓN

El primer motivo para llegar a esta segunda purificación es el vivo y fuerte conocimiento del gran mal que nos acarrea el pecado, conocimiento que excita en nosotros una profunda y vehemente contrición; pues, así como la contrición, con tal que sea verdadera, por pequeña que sea, sobre todo si se junta a la virtud de los sacramentos, nos purifica suficientemente del pecado, asimismo, cuando es grande y vehemente, nos purifica de todos los afectos que del pecado se derivan. Un odio o un rencor flojo y débil nos hace antipática la persona odiada y nos induce a evitar su compañía; mas, cuando el odio es mortal y violento, no sólo huimos de la persona aborrecida, sino que nos disgusta, y no podemos sufrir el trato de sus compañeros, amigos y parientes y su imagen y todo cuanto a ella se refiere. Así, cuando el penitente odia el pecado, movido de una ligera, aunque verdadera contrición, resuelve sinceramente no volver más a pecar; pero cuando el aborrecimiento es fruto de una contrición vigorosa y potente, no sólo detesta el pecado, sino todos los afectos, relaciones y caminos que a él conducen. Conviene, pues, Filotea, que acrecentemos nuestra contrición y nuestro arrepentimiento, a fin de que llegue a extenderse hasta las más insignificantes manifestaciones del pecado. Magdalena, en su conversión, de tal manera perdió el gusto por el pecado y por los placeres que en él había hallado, que jamás Pensó en ellos; y David no sólo aborreció el pecado, sino también todos sus caminos y senderos: en esto consiste la renovación del alma, que el mismo profeta compara con la renovación del águila.

Ahora bien, para llegar a este conocimiento y contrición, es necesario que te ejercites en las siguientes meditaciones, las cuales, bien practicadas, desarraigarán de tu corazón, mediante la gracia de Dios, el pecado y las principales aficiones al mismo; precisamente con este fin las he compuesto. Las harás por el orden indicado, y solamente una cada día, por la mañana, a ser posible, porque es el tiempo más a propósito para todas las actividades del espíritu, e irás rumiándola durante todo el día. Y, si todavía no estás acostumbrada a meditar, atiende a lo que diremos en la segunda parte.

CAPÍTULO IX

Meditación 1ª : DE LA CREACIÓN

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios.-2. Pídele que te ilumine.

CONSIDERACIONES. 1. Considera que sólo hace algunos años que no estabas en el mundo y que tu ser era una verdadera nada. ¿Dónde estábamos, ¡oh alma mía!, en aquel tiempo? El mundo era ya de larga duración, y de nosotros todavía no se tenía noticia.

2. Dios te ha hecho salir de esta nada, para hacer de ti lo que eres, sin que te hubiese menester, únicamente por su bondad.

3. Considera el ser que Dios te ha dado; el primer ser del mundo visible capaz de vivir eternamente y de unirse perfectamente a la divina Majestad.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1. Humíllate profundamente delante de Dios y dile de corazón con el salmista: «¡Oh Señor!, soy una verdadera nada delante de Ti. Y, ¿ cómo te has acordado de mí para crearme?» ¡Ah!, alma mía, tú estabas sumida en el abismo de esta antigua nada, y todavía estarías allí, si Dios no te hubiese sacado de ella; y ¿qué harías en esta nada?

2. Da las gracias a Dios. ¡Oh mi grande y buen Creador, cuánto te debo, pues me has sacado de la nada, para hacer de mí lo que soy por tu misericordia! ¿Qué podré hacer jamás para bendecir tu santo Nombre y agradecer tus inmensas bondades?

3. Confúndete. Pero, ¡oh Creador mío!, en lugar de unirme a Ti por el amor y sirviéndote, me he rebelado con mis desordenadas aficiones y me he separado y alejado de Ti para juntarme con el pecado, dejando de honrar a tu bondad, como si no fueses mi Creador.

4. Humíllate delante de Dios. «Has de saber, alma mía, que el Señor es tu Dios; Él es quien te ha hecho» y no tú. ¡Oh Dios mío!, soy obra de tus manos.

5. No quiero, en adelante, complacerme más en mí misma, ya que, por mi parte, nada soy. ¿ De qué te glorias, ¡oh! polvo y ceniza? 0 mejor dicho, ¿de qué te ensalzas, ¡oh¡ verdadero nada? Para humillarme, quiero hacer tal o cual cosa, soportar este o aquel desprecio. Deseo cambiar de vida, seguir, en adelante, a mi Creador,

y honrarme con la condición del ser que Él me ha dado, empleándola toda en obedecer a su voluntad, por los medios que me serán enseñados, acerca de los cuales preguntaré a mi padre espiritual.

CONCLUSIÓN. 1. Da gracias a Dios. «Bendice, ¡ oh alma mía!, a tu Dios y que todas mis entrañas alaben su santo Nombre», porque su bondad me ha sacado de la nada y su misericordia me ha creado.

2. Hazle ofrenda. ¡Oh Dios mío!, te ofrezco el ser que me has dado, con todo mi corazón; te lo dedico y te lo consagro.

3. Ruega. ¡Oh Dios mío!, robustéceme en estos afectos y en estas resoluciones; ¡oh Virgen Santísima!, recomiéndalas a la misericordia de tu Hijo, con todos aquellos por quienes tengo obligación de rogar, etc.

Padrenuestro, Avemaría.

Al salir de la oración, paseando un poco, haz un pequeño ramillete con las consideraciones que hubieres hecho, para olerlo durante todo el día.

CAPÍTULO X

Meditación 2ª : DEL FIN PARA EL CUAL HEMOS SIDO CREADOS

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios.-2. Pídele que te ilumine.

CONSIDERACIONES. 1. Dios no te ha puesto en el mundo porque necesite de ti, pues le eres bien inútil, sino únicamente para ejercitar en ti su bondad, dándote su gracia y su gloria. Y, así, te ha dado la inteligencia para conocerle, la memoria para que te acuerdes de Él, la voluntad para amarle, la imaginación para representarte sus beneficios, los ojos para admirar las maravillas de sus obras, la lengua para alabarle, y así de las demás facultades.

2. Habiendo sido creada y puesta en este mundo con este intento, todas las acciones que le sean contrarias han de ser rechazadas y evitadas, y las que en manera alguna sirvan para este fin, han de ser despreciadas como vanas y superfluas.

3. Considera la desdicha del mundo, que no piensa en esto, sino que vive como si creyese que no ha sido creado para otra cosa que para edificar casas, plantar árboles, atesorar riquezas y bromear.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1. Confúndete echando en cara a tu alma su miseria, la cual ha sido hasta ahora tan grande, que ni siquiera ha pensado en todo esto. ¡Ah!, dirás, ¿en qué pensaba, ¡oh Dios mío!, cuando no pensaba en Ti? ¿De qué me acordaba, cuando me olvidaba de Ti? ¿Qué amaba cuando no te amaba a Ti? ¡Ah! había de alimentarme de la verdad y me hartaba de vanidades, y era esclava del mundo, siendo así que ha sido hecho para servirme.

2. Detesta la vida pasada. Pensamientos vanos, cavilaciones inútiles, renuncio a vosotros: recuerdos detestables y frívolos, os detesto-, amistades infieles y desleales, servicios perdidos y miserables, correspondencias ingratas, enfadosas complacencias, os desecho.

3. Conviértete a Dios. Tú, Dios mío y Salvador mío, serás, en adelante, el único objeto de mis pensamientos; jamás aplicaré mi atención a pensamientos que te sean desagradables: mi memoria, durante todos los días de mi existencia, estará llena de la grandeza de tu bondad, tan dulcemente ejercida en mi vida; Tú serás las delicias de mi corazón y la suavidad de mis afectos.; ¡Ah, sí! ; aborreceré para siempre tales y tales bagatelas y diversiones a las cuales me entregaba, y a los ejercicios vanos, en los cuales empleaba mis días, y a tales afectos, que cautivaban mi corazón, y, para lograrlo, emplearé tales y tales remedios.

CONCLUSIÓN. 1. Da gracias a Dios que te ha creado para un fin tan excelente. Tú, Señor, me has hecho para Ti, para que goce eternamente de la inmensidad de tu gloria: ¿Cuándo llegaré a ser digna de ello y cuándo te bendeciré como es debido?

2. Ofrecimiento. Te ofrezco, ¡oh mi amado Creador!, todos estos mismos afectos y resoluciones, con toda mi alma y con todo mi corazón.

3. Pide. Te ruego, ¡oh Dios mío!, que te sean agradables mis anhelos y mis propósitos, y que concedas tu santa bendición a mi alma, para que pueda cumplirlos, por los méritos de la sangre de tu Hijo, derramada en la Cruz, etc.

Padrenuestro, etc.

Haz el ramillete de devoción.

CAPÍTULO XI

Meditación 3ª : DE LOS BENEFICIOS DE DIOS

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios.-2. Pídele que te ilumine.

CONSIDERACIONES. 1. Considera las gracias corporales que Dios te ha concedido: este cuerpo, estas facilidades para sustentarlo, esta salud, estas satisfacciones lícitas, estos amigos, estos auxilios. Mas considera esto, comparándote con tantas otras personas que valen más que tú, las cuales se ven privadas de estos beneficios: unas son contrahechas, otras mutiladas, otras caree-en de salud; otras son objeto de oprobios, de desprecios y de deshonra; otras están abatidas por la pobreza; y Dios no ha querido que tú fueses tan desgraciada.

2. Considera los dones del espíritu: cuantas personas hay, en el mundo, imbéciles, furiosas, insensatas; ¿y por qué no eres tú una de tantas? Porque Dios te ha favorecido. ¡Cuántos han sido criados groseramente y' en la mayor ignorancia, y la Providencia divina ha hecho que tú fueses educada con urbanidad y con decoro!

3. Considera las gracias espirituales: ¡Oh Filotea!, tú eres hija de la Iglesia; Dios te ha enseñado a conocerle, desde tu juventud. ¿Cuántas veces te ha dado sus sacramentos? ¿Cuántas veces te ha ayudado, con inspiraciones, luces interiores y reprensiones, para tu enmienda? ¿Cuántas veces te ha perdonado tus faltas?

¿Cuántas veces te ha librado de las ocasiones de perderte, a que te habías expuesto? Y estos años pasados ¿no te han ofrecido una oportunidad y una facilidad para avanzar en el bien de tu alma? Examina en sus pormenores, cuán suave y generoso ha sido Dios contigo.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1. Admira la bondad de Dios.¡ Oh! ¡qué bueno es Dios para conmigo! ¡Qué bueno es! y tu Corazón, ¡oh Señor!, ¡cuán rico es en misericordia y

cuán generoso en bondad! Cantemos eternamente, ¡oh alma!, la multitud de mercedes que nos ha otorgado.

2. Admira tu ingratitud. Mas, ¿quién soy yo, ¡oh Señor!, para que hayas pensado en mí? ¡Oh, cuán grande es mi indignidad! ¡Ah! yo he pisoteado tus beneficios, he deshonrado tus gracias, convirtiéndolas en objeto de abuso y de menosprecio de tu soberana bondad; he opuesto el abismo de mi ingratitud al abismo de tu gracia y de tu favor.

3. Excítate a agrade cimiento. Arriba, pues ¡oh corazón mío! ; no quieras ser infiel, ingrato y desleal con este gran bienhechor. Y ¿cómo mi alma no estará, de hoy en adelante, sometida a Dios, que ha obrado, en mí y para mí, tantas gracias y tantas maravillas?

4. ¡ Ah, por lo tanto, oh Filotea!, aparta tu corazón de tales y tales placeres; procura tenerlo sujeto al servicio de Dios, que tanto ha hecho por ti; dedica tu alma a conocerle y reconocerle más y más, practicando los ejercicios que para ello se requieren, y emplea cuidadosamente los auxilios que, para salvarte y amar a Dios, posee la Iglesia. Sí, frecuentaré la oración, los sacramentos; escucharé la divina palabra y pondré en práctica las inspiraciones y los consejos.

CONCLUSIÓN. 1. Da gracias a Dios por el conocimiento que te ha dado de tus deberes y por todos los beneficios que hasta ahora has recibido.

2. Ofrécele tu corazón con todas tus resoluciones.

3. Pídele que te dé fuerzas, para practicarlas fielmente, por los méritos de la muerte de su Hijo: implora la intercesión de la Virgen y de los santos.

CAPÍTULO XII

Meditación 4ª: DE LOS PECADOS

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios. - Pídele que te ilumine.

CONSIDERACIONES. 1. Piensa en el tiempo que hace comenzaste a pecar y mira como, desde entonces, has ido multiplicando los pecados en tu corazón, y como, todos los días, has añadido otros nuevos contra Dios, contra ti mismo, contra el prójimo, de obra, de palabra, de deseo, de pensamiento.

2. Considera tus malas inclinaciones y las muchas veces que has ido en pos de ellas. Estos dos puntos te enseñarán que el número de tus culpas es mayor que el de los cabellos de tu cabeza, tan grande como el de las arenas del mar.

3. Considera aparte el pecado de ingratitud para con Dios, pecado general que abarca todos los demás y los hace infinitamente más enormes.

Mira cuántos beneficios te ha hecho Dios y cómo has abusado de todos ellos contra el Dador; singularmente, cuántas inspiraciones despreciadas, cuántas mociones saludables

inutilizadas. Y más aún, ¿cuántas veces has recibido los sacramentos y con qué fruto? ¿Qué se han hecho las preciosas joyas con que tu amado esposo te había adornado? Todo ha quedado sepultado bajo tus iniquidades. ¿Con qué preparación los has recibido? Piensa en esta ingratitud, a saber, que, habiendo corrido tanto Dios en pos de ti para salvarte, siempre has huido tú de Él para perderte.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1. Confúndete en tu miseria. ¡Oh Dios mío!, ¿cómo me atrevo a comparecer ante tus ojos? ¡Ah!, yo no soy más que una apostema del mundo y un albañal. de ingratitud y de iniquidad. ¿Es posible que haya sido tan desleal, que no haya dejado de viciar, violar y manchar uno solo de mis sentidos, una sola de las potencias de mi alma, y que, ni un solo día de mi vida haya transcurrido sin producir tan malos efectos? ¿Es de esta manera como había de corresponder a los beneficios de mi Creador y a la sangre de mi Redentor?

2. Pide perdón y arrójate a los pies del Señor, como un hijo pródigo, como una Magdalena, como una esposa que ha profanado el tálamo nupcial con toda clase de adulterios. ¡Oh Señor!, misericordia para esta pobre pecadora. ¡Ay de mí! ¡Oh fuente viva de compasión, ten piedad de esta miserable!

S. Propón vivir mejor. ¡Oh Señor! jamás, mediante tu gracia, me entregaré al pecado. ¡Ay de mí!, demasiado lo he querido. Lo detesto y me abrazo a Ti, ¡Oh Padre de misericordia!; quiero vivir y morir en Ti.

4. Para borrar los pecados pasados, me acusaré de ellos valerosamente y no dejaré de confesar uno solo.

5. Haré todo cuanto pueda, para arrancar enteramente las malas raíces de mi corazón, particularmente tales y tales, que son especialmente enojosas.

6. Y para lograrlo, echaré mano de los medios que me aconsejen, y jamás creeré haber hecho lo bastante para reparar tan grandes faltas.

CONCLUSIÓN. 1. Da gracias a Dios, que te ha esperado hasta la hora presente y te ha comunicado tan buenos afectos.

2. Ofrécele tu corazón, para llevarlos a la práctica.

3. Pide que te robustezca, etc.

CAPÍTULO XIII

Meditación 5ª: DE LA MUERTE

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios.-2. Pídele su gracia.

3. Imagínate que estás gravemente enferma, en el lecho de muerte, sin ninguna esperanza de escapar de ella.

CONSIDERACIONES. 1. Considera la incertidumbre del día de tu muerte. ¡Oh alma mía!, un día saldrás de este cuerpo. ¿ Cuándo será? ¿ Será en invierno o en verano? ¿En la ciudad o en el campo? ¿De día o de noche? ¿De repente o advirtiéndolo? ¿ De enfermedad o de accidente? ¿Con tiempo para confesarte o no? ¿Serás asistida por tu confesor o padre espiritual? ¡Ah! de todo esto no sabemos absolutamente nada; únicamente es cierto que moriremos y siempre mucho antes de lo que creemos.

2. Considera que entonces el mundo se acabará para ti; para ti ya habrá dejado de existir, se trastornará de arriba abajo delante de tus ojos. Sí, porque entonces los placeres, las vanidades, los goces mundanos, los vanos afectos nos parecerán fantasmas y niebla. ¡Ah desdicha da!, ¿por qué bagatelas y quimeras he ofendido a mi Dios? Entonces verás que hemos dejado a Dios por la nada. Al contrario, la devoción y las buenas obras te parecerán entonces deseables y dulces. Y, ¿por qué no he seguido por este tan bello y agradable camino? Entonces los pecados, que parecían tan pequeños, parecerán grandes montañas, y tu devoción muy exigua.

3. Considera las angustiosas despedidas con que tu alma abandonará a este feliz mundo: dirá adiós a las riquezas, a las vanidades y a las vanas compañías, a los placeres, a los pasatiempos, a los amigos y a los vecinos, a los padres, a los hijos, al marido, a la mujer, en una palabra, a todas las criaturas; y, finalmente, a su cuerpo, al que dejará pálido, desfigurado, descompuesto, repugnante y mal oliente.

4. Considera con qué prisas sacarán fuera el cuerpo y lo sepultarán, y que, una vez hecho esto, el mundo ya no pensará más en ti, ni se acordará más, como tú tampoco has pensado mucho en los otros. Dios le dé el descanso eterno, dirán, y aquí se acabará todo. ¡Oh muerte, cuán digna eres de meditación; cuán implacable eres ¡

5. Considera que, al salir del cuerpo, el alma emprende su camino, hacia la derecha o hacia la izquierda. ¡Ah! ¿Hacia dónde irá la tuya? ¿Qué camino emprenderá? No otro que el que haya comenzado a seguir en este mundo.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1. Ruega a Dios y arrójate en sus brazos. ¡Ah, Señor!, recíbeme bajo tu protección, en aquel día espantoso; haz que esta hora sea para mí dichosa y favorable, y que todas las demás de mi vida sean tristes y estén llenas de aflicción.

2. Desprecia al mundo. Puesto que no sé la hora en que tendré que dejarte, joh mundo!, no quiero aficionarme a ti. ¡Oh mis queridos amigos!, mis queridos compañeros, permitidme que sólo os ame con una amistad santa que pueda durar eternamente. Porque ¿a qué vendría unirme con vosotros con lazos que se han de dejar y romper?

3. Quiero Prepararme para esta hora y tomar las necesarias precauciones para dar felizmente este paso; quiero asegurar el estado de mi conciencia, haciendo todo lo que esté a mi alcance, y quiero poner remedio a éstos y a aquellos defectos.

CONCLUSIÓN. Da gracias a Dios por estos propósitos que te ha inspirado; ofrécelos a su divina Majestad; pídele de nuevo que te conceda una muerte feliz, por los méritos de la muerte de su Hijo.

Padrenuestro, etc.

Haz un ramillete de mirra.

CAPÍTULO XIV

Meditación 6ª: DEL JUICIO

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios. - 2. Pídele que te ilumine.

CONSIDERACIONES. 1. Finalmente, después de transcurrido el tiempo señalado por Dios a la duración del mundo y después de una serie de señales y presagios horribles, que harán temblar a los hombres de espanto y de terror, el fuego, que caerá como un diluvio, abrasará y reducirá a cenizas toda la faz de la tierra, sin que ninguna de las cosas que vernos sobre ella llegue a escapar.

2. Después de este diluvio de llamas y rayos, todos los hombres saldrán del seno de la tierra, excepción hecha de los que ya hubieren resucitado, y, a la voz de¡ Arcángel, comparecerán en el valle de Josafat. ¡Mas, ay, con qué diferencia! Porque los unos estarán allí con sus cuerpos gloriosos y resplandecientes y los otros con los cuerpos feos y espantosos.

3. Considera la majestad, con la cual el soberano Juez aparecerá, rodeado de todos los ángeles y santos, teniendo delante su cruz, más reluciente que el sol, enseña de gracia para los buenos y de rigor para los malos.

4. Este soberano Juez, por terrible mandato suyo, que será enseguida ejecutado, separará a los buenos de los malos, poniendo a los unos a su derecha y a los otros a su izquierda; separación eterna, después de la cual los dos bandos no se encontrarán jamás.

5. Hecha la separación y abiertos los libros de las conciencias, quedará puesta de manifiesto, con toda claridad, la malicia de los malos y el desprecio de que habrán hecho objeto a Dios; y, por otra parte, la penitencia de los buenos y los efectos de la gracia de Dios que, en vida, habrán recibido y nada quedará oculto. ¡ Oh Dios, qué confusión para los unos y qué consuelo para los otros!

6. Considera la última sentencia de los malos. «Id malditos al fuego eterno, preparado para el diablo y sus compañeros». Pondera estas palabras tan graves. «Id», les dice. Es una palabra de abandono eterno, con que Dios deja a estos desgraciados y los aleja para siempre de su faz. Les llama « malditos ». ¡ Oh alma mía, qué maldición! Maldición general, que abarca todos los males; maldición irrevocable, que comprende todos los tiempos y toda la eternidad. Y añade «al fuego eterno». Mira, ¡oh corazón mío! esta gran eternidad. ¡Oh eterna eternidad de las penas, qué espantosa eres!

7. Considera la sentencia contraria de los buenos: «Venid», dice el Juez. ¡Ah!, es la agradable palabra de salvación, por la que Dios nos atrae hacia sí y nos recibe en el seno de su bondad; «benditos de mi Padre»: ¡oh hermosa bendición, que encierra todas las bendiciones! «tomad posesión del reino que tenéis preparado desde la creación del mundo». ¡Oh, Dios mío, qué gracia, porque este reino jamás tendrá fin!

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1. Tiembla, ¡oh alma mía!, ante este recuerdo. ¿Quién podrá, ¡oh Dios mío!, darme seguridad para aquel día, en el cual temblarán de pavor las columnas del firmamento?

2. Detesta tus pecados, pues sólo ellos pueden perderte en aquel día temible.

3. ¡Ah!, quiero juzgarme a mí mismo ahora, para no ser juzgado después. Quiero examinar mi conciencia y condenarme, acusarme y corregirme, para que el Juez no me condene e aquel día terrible: me confesaré y haré caso de los avisos necesarios, etc.

CONCLUSIÓN. 1. Da gracias a Dios, que te ha dado los medios de asegurarte para aquel día, y tiempo para hacer penitencia.

2. Ofrécele tu corazón para hacerla.

3. Pídele que te dé su gracia para llevarla a la práctica.

Padrenuestro, etc.

Haz el ramillete espiritual.

CAPÍTULO XV

Meditación 7ª : DEL INFIERNO

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios.-2. Humíllate y pídele su auxilio.

3. Imagínate que estás en una ciudad envuelta en tinieblas, abrasada de azufre y pez pestilente, llena de ciudadanos que no pueden salir de ella.

CONSIDERACIONES. 1. Los condenados están dentro del abismo infernal como en una ciudad infortunada, en la cual padecen tormentos indecibles, en todos sus sentidos y en todos sus miembros, pues, por haberlos empleado en pecar, han de padecer en ellos las penas debidas al pecado: los ojos, en castigo de sus ilícitas y perniciosas miradas, tendrán que soportar la horrible visión de los demonios y del infierno; los oídos, por haberse complacido en malas conversaciones, no oirán sino llantos, lamentos de desesperación y así todos los demás sentidos.

2. Además de todos estos tormentos, todavía hay otro mayor, que es la privación y la pérdida de la gloria de Dios, que jamás podrán contemplar. Si a Absalón, la privación de la

amable faz de su padre le pareció más intolerable que el mismo destierro, ¡oh Dios mío, qué pesar, el verse privado para siempre de la visión de tu dulce y suave rostro!

3. Considera, sobre todo, la eternidad de las llamas, que, por sí sola hace intolerable el infierno. ¡ Ah!, si un mosquito en la oreja, si el calor de una ligera fiebre es causa de que nos parezca larga y pesada una noche corta, ¡cuán espantosa será la noche de la eternidad, en medio de tantos tormentos! De esta eternidad nace la desesperación eterna, las blasfemias y la rabia infinita.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1. Espanta a tu alma con estas palabras de Job: «Ah, alma mía, ¿podrías vivir eternamente en estos ardores eternos y en este fuego devorador?» ¿Quieres dejar a Dios para siempre?

2. Confiesa que los has merecido y ¡cuántas veces! Pero, de ahora en adelante, quiero andar por la senda contraria; ¿ por qué he de descender a este abismo?

3. Haré, pues, estos y aquellos esfuerzos para evitar el pecado, que es la única cosa que puedo darme la muerte eterna.

Da gracias, ofrece, ruega.

CAPÍTULO XVI

Meditación 8ª: EL PARAÍSO

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios.-2. Haz la invocación.

CONSIDERACIONES. 1. imagina una hermosa noche muy serena, y piensa cuán agradable es ver el cielo tachonado de esta multitud y variedad de estrellas. Ahora añade esta belleza a la de un buen día, de suerte que la claridad del sol no impida la clara visión de la luna y de las estrellas, y considera que esta hermosura nada es, comparada con la excelencia del cielo. ¡Ah! ¡Qué deseable y amable es este lugar y qué preciosa esta ciudad!

2. Considera la nobleza, la distinción y la multitud de los ciudadanos y habitantes de esta bienaventurada mansión; estos millones y millones de ángeles, de querubines y de serafines; este ejército de mártires, de confesores, de vírgenes, de santas mujeres; la multitud es innumerable. ¡Oh! ¡qué dichosa es esta compañía! El menor de todos es más bello que todo el mundo, ¿qué será verlos a todos? Mas, i olí Dios mío qué felices son! cantan, sin cesar, el dulce himno del amor eterno; siempre gozan de una perpetua alegría; se comunican, los unos a los otros, consuelos indecibles y viven en el contento de una dichosa e indisoluble compañía.

3. Considera, finalmente, la suerte que tienen de gozar de Dios, que les recompensa eternamente con su amable mirada, con la que infunde en sus corazones un abismo de delicias. ¡Qué dicha estar siempre unido a su primer principio! Son como aves felices, que andan volando y cantan eternamente por los aires de la divinidad, que las envuelven por todas partes con goces increíbles; allí, todos, a cual mejor, y sin envidias, cantan las

alabanzas del Creador. Seas para siempre bendito, ¡oh dulce y soberano Creador y Salvador nuestro!, porque eres tan bueno y porque nos comunicas tan generosamente tu gloria. Y, recíprocamente, Dios bendice, con bendiciones perpetuas, a todos los santos: «Sed para siempre benditas, les dice, mis amadas criaturas, porque me habéis servido y me alabáis eternamente con tan grande amor y valentía».

AFECTOS Y RESOLUCIONES. 1 Admira y alaba esta patria celestial. ¡Oh! ¡Qué hermosa eres, mi amada Jerusalén, y qué dichosos son tus adoradores!

2. Echa en cara a tu corazón el poco valor que ha tenido hasta el presente y el haberse desviado del camino que conduce a esta mansión gloriosa. ¿ Por qué me he alejado tanto de mi suprema felicidad? i Ah, miserable de mí! Por estos placeres tan enojosos y vacíos, he renunciado mil veces a estas eternas e infinitas delicias. ¿ Qué espíritu me ha inducido a despreciar bienes tan deseables, a trueque de unos deseos tan vanos y despreciables?

3. Aspira, sin embargo, con ardor a esta morada de delicias. ¡Oh, mi bueno y soberano Señor puesto que os habéis complacido en enderezar mis pasos por vuestros caminos, jamás volveré atrás. Vayamos, mi querida alma, hacia este reposo infinito, caminemos hacia esta bendita tierra que nos ha sido prometida. ¿Qué hacemos en este Egipto?

4. Me privaré, pues, de aquellas cosas que me aparten o me retrasen en este camino.

5. Practicaré tales o cuales cosas, que puedan conducirme a él.

Da las gracias, ofrece, ruega.

CAPÍTULO XVII

Meditación 9ª : A MANERA DE ELECCIÓN DEL PARAÍSO

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios. - 2. Humíllate en su presencia y pídele que te ilumine.

CONSIDERACIONES. Imagina que te encuentras en campo raso, sola con tu buen ángel, como el jovencito Tobías cuando iba a Rages, y que te hace ver: arriba el cielo, con todos los goces representados en la meditación del paraíso, que acabas de hacer, y, abajo, el infierno, con todos los tormentos descritos en su correspondiente meditación, arrodíllate delante de tu ángel:

1. Considera que es una gran verdad el que tú te encuentras entre el cielo y el infierno, y que uno y otro están abiertos para recibirte, según la elección que hubieres hecho.

2. Considera que la elección del uno o del otro, hecha en este mundo, durará eternamente.

3. Aunque ambos están abiertos para recibirte, según la elección que hicieres, es cierto que Dios, que está presto a darte o el uno por su misericordia o el otro por su justicia, desea, empero, con deseo no igualado, que escojas el paraíso; y tu ángel bueno te impele a ello,

con todo su poder, ofreciéndote, de parte de Dios, mil gracias y mil auxilios, para ayudarte a subir.

4. Jesucristo, desde lo alto del cielo, te mira con bondad y te invita amorosamente: «Ven, ¡oh alma querida!, al descanso eterno: entre los brazos de mi bondad, que te ha preparado delicias inmortales, en la abundancia de su amor». Contempla, con los ojos del alma, a la Santísima Virgen, que te llama maternalmente: «Ánimo, hija mía, no desprecies los deseos de mi Hijo, ni tantos suspiros que yo hago por ti, anhelando con Él, tu salvación eterna». Mira los santos que te exhortan y un millón de almas que te invitan suavemente, y que otra cosa no desean que ver tu corazón unido al suyo, para alabar a Dios eternamente, y que te aseguran que el camino del cielo no es tan escabroso como el mundo lo presenta: «Seas esforzada, querida amiga, te dicen ellas; el que considere bien el camino de la devoción, por el cual nosotros hemos trepado, verá que hemos alcanzado estas delicias mediante otras delicias incomparablemente más suaves que las del mundo».

ELECCIÓN. 1. ¡Oh infierno!, te detesto ahora y eternamente; detesto tus tormentos y tus penas; detesto tu infortunada y desdichada eternidad, y, sobre todo, las eternas blasfemias y maldiciones que vomitas continuamente contra Dios. Y, volviendo mi alma y nú corazón hacia ti, ¡oh hermoso paraíso, oh gloria eterna, felicidad perdurable!, escojo irrevocablemente y para siempre mi morada y mi estancia dentro de tus bellas y sagradas mansiones, y en tus santos y deseables tabernáculos. Bendigo, ¡oh Dios mío!, tu misericordia y acepto el ofrecimiento que de ella te plazca hacerme. ¡Oh Jesús, Salvador mío!, acepto tu amor eterno y la adquisición, que para mí has hecho, de un lugar en esta bienaventurada Jerusalén, más que para otra cosa, para amarte y bendecirte eternamente,

2. Acepta los favores que la Virgen y los santos te hacen; promételes que te encaminarás hacia ellos; da la mano a tu buen ángel, para que te conduzca; alienta a tu alma para esta elección.

CAPÍTULO XVIII

Meditación l0ª : A MANERA DE ELECCIÓN QUE

EL ALMA HACE DE LA VIDA DEVOTA

PREPARACIÓN. 1. Ponte en la presencia de Dios---2. Humíllate en su presencia y pide su auxilio.

CONSIDERACIONES. 1. Imagínate que te encuentras otra vez a campo raso, sola con tu ángel bueno, y, al lado izquierdo, mira al diablo sentado sobre un gran trono muy encumbrado, rodeado de muchos espíritus infernales y de una gran muchedumbre de mundanos, que, con la cabeza descubierta, le rinden acatamiento, unos por un pecado y otros por otro. Mira la actitud de estos desdichados cortesanos de tan abominable rey, y verás cómo unos están furiosos de rabia, de envidia y de cólera; otros se matan mutuamente; otros andan demacrados, tristes y llenos de angustia, en busca de las riquezas; otros entregados a la vanidad, sin ninguna clase de goce, que no sea inútil o vano; otros envilecidos, perdidos y corrompidos en sus brutales afectos. Considera cómo todos viven

sin reposo, sin orden, sin continencia; cómo se desprecian los unos a los otros y cómo no se aman sino con fingida apariencia. Finalmente verás una desdichada nación, tiranizada por este rey maldito, que te hará compasión.

2. A la derecha, contempla a Cristo crucificado, que, con un amor cordial, ruega por estos pobres endiablados, para que salgan de esta tiranía, y que los llama a sí, rodeado de un gran ejército de devotos, juntamente con sus ángeles. Contempla la belleza de este reino de devoción. ¡Qué hermoso es ver este cortejo de vírgenes, de hombres y mujeres más blancos que los lirios; esta asamblea de viudas aureoladas de una santa mortificación y humildad! Mira esa hilera de personas casadas que viven tan dulcemente, unidas por un mutuo respeto que no puede existir sino merced a una gran caridad. Ve cómo estos devotos saben hermanar los cuidados exteriores de su casa con los de la vida interior, el amor al marido con el amor al Esposo Celestial. Míralos en todas partes, y siempre los verás con un porte santo, dulce, amable, escuchando a Nuestro Señor al que quieren introducir dentro de su corazón. Se alegran, pero con una alegría graciosa, amorosa y bien ordenada; se aman los unos a los otros, pero con un amor sagrado y enteramente puro. Los que, en este pueblo devoto, están afligidos, no se atormentan excesivamente y no pierden la paz. En una palabra: contempla los ojos del Salvador que los consuela, y repara cómo todos juntos suspiran por Él.

3. Hasta ahora has dejado a Satanás, con su triste y desgraciado séquito, gracias a los buenos afectos que has concebido, pero, a pesar de ello, todavía no has llegado al Rey Jesús, ni te has juntado a la compañía santa y feliz de los devotos, sino que has fluctuado siempre entre uno y otro.

4. La Santísima Virgen, con San José, San Luis, Santa Mónica y otros cien mil, que forman en el escuadrón de los que han vivido en medio del mundo, te invitan y te alientan.

5. El Rey crucificado te llama por tu propio nombre: «Ven, mi bien amada, ven, que quiero coronarte. »

ELECCIÓN. 1. ¡ Oh mundo, oh legión abominable! ; no, jamás me verás bajo tu bandera; por siempre jamás he dejado tus locuras y tus vanidades. Rey de orgullo, rey de desdicha, espíritu infernal, renuncio a ti y a tus vanas pompas y te detesto con todas tus obras.

2. Y, al convertirme a Ti, dulce Jesús mío, Rey de bienaventuranza y de gloria eterna, te abrazo, con todas las fuerzas de mi alma, te adoro con todo mi corazón, te elijo, ahora y para siempre, por mí Rey, y, con inviolable fidelidad, te rindo homenaje irrevocable; me someto a la obediencia de tus santas leyes y mandamientos.

3. ¡Oh Virgen santa, amada Señora mía!, te elijo por mí guía, me pongo bajo tu enseña, te ofrezco un particular respeto y una reverencia especial. ¡Oh mi santo ángel!, preséntame a esta sagrada asamblea; no me dejes hasta que llegue a esta dichosa compañía, con la cual digo y diré, por siempre jamás, en testimonio de mi elección: «Viva Jesús, viva Jesús».

CAPÍTULO XIX

COMO SE HA DE HACER LA CONFESIÓN GENERAL

He aquí, pues, amada Filotea, las meditaciones que se requieren para nuestro objeto. Una vez hechas, ve, con espíritu de humildad, a hacer tu confesión general; pero te ruego que no te dejes perturbar por ninguna aprensión. El escorpión, que nos ha herido, es venenoso cuando nos pica, pero, una vez reducido a aceite, es un remedio contra su propia picadura. Sólo cuando lo cometemos, es vergonzoso el pecado, pero, al convertirse en confesión y en penitencia, es honroso y saludable. La confesión y la contrición son tan bellas y de tan buen olor, que borran la fealdad y disipan el hedor del pecado. Simón el leproso dijo que Magdalena era pecadora, pero Nuestro Señor dijo que no, y ya no habló de otra cosa sino de los perfumes que derramó y de la grandeza de su amor. Si somos humildes, Filotea, nuestro pecado nos desagradará infinitamente, porque es ofensa de Dios; pero la acusación de nuestro pecado nos será dulce y amable, porque Dios es honrado en ella: decir al médico lo que nos molesta es, en cierta manera, un alivio. Cuando llegues a la presencia de tu padre espiritual, imagínate que te encuentras en la montaña del Calvario, a los pies de Jesucristo crucificado, destilando por todas partes su preciosísima sangre, para lavar tus iniquidades; porque, aunque no sea la propia sangre del Salvador, es, empero, el mérito de su sangre derramada el que rocía abundantemente a los penitentes, alrededor de los confesionarios. Abre, pues, bien tu corazón, para que salgan de él los pecados, por la confesión, porque, conforme vayan saliendo, entrarán en él los méritos de la pasión divina para llenarlo de bendiciones.

Pero dilo todo sencilla e ingenuamente, tranquilizando de una vez tu conciencia. Y, hecho esto, escucha los avisos y lo que ordene el siervo de Dios, y di de todo corazón: «Habla, Señor, que tu sierva escucha». Sí, Fílotea, es Dios a quien escuchas, pues Él ha dicho a sus representantes: «El que a vosotros oye, a Mí me oye». Toma después, en tu mano, la siguiente promesa, que es el remate de toda tu contrición y que has de haber meditado y considerado antes; léela atentamente y con todo el sentimiento que te sea posible.

CAPÍTULO XX

PROMESA AUTÉNTICA PARA GRABAR EN EL ALMA LA RESOLUCIÓN DE SERVIR A DIOS Y CONCLUIR LOS ACTOS DE PENITENCIA

Yo, la que suscribe, puesta y constituida en la presencia de Dios eterno y de toda la corte celestial, después de haber considerado la inmensa misericordia de su divina bondad para conmigo, indignísima y miserable criatura que ella ha sacado de la nada, conservado, sostenido, librado de tantos peligros y enriquecido de mercedes, y, sobre todo, después de haber considerado esta incomparable dulzura y clemencia, con que el bondadosísimo Dios me ha soportado en mis iniquidades, tan frecuente y tan amablemente inspirada, invitándome a la enmienda, y con la que me ha aguardado tan pacientemente para que hiciera penitencia y me arrepintiese hasta este año de mi vida, a pesar de todas mis ingratitudes, deslealtades e infidelidades, con que, difiriendo mi conversión y despreciando sus gracias le he ofendido tan desvergonzadamente después de haber considerado que, el día de mi santo bautismo, fui tan feliz y santamente consagrada y dedicada a Dios, por ser

hija suya, y, que, contra la profesión que entonces se hizo en mi nombre, tantas y tantas veces, de una manera tan detestable y desgraciada, he profanado y violado mi alma, empleándola y ocupándola contra la divina Majestad; finalmente, volviendo ahora en mí, postrada de corazón y espíritu ante el trono de la justicia divina, me reconozco, acuso y confieso por legítimamente culpable y convicta del crimen de lesa majestad divina, y culpable también de la muerte y pasión de Jesucristo, a causa de los pecados que he cometido, por los cuales Él murió y padeció el tormento de la cruz, por lo que soy merecedora de ser eternamente perdida y condenada.

Mas, volviéndome hacia el trono de la misericordia infinita de este mismo Dios eterno, después de haber detestado con todo mi corazón y con todas mis fuerzas las iniquidades de mi vida pasada, pido y suplico humildemente gracia, perdón y misericordia y la completa absolución de mis crímenes, en virtud de la muerte y pasión de este mismo Señor y Redentor de mi alma, sobre la cual apoyada, como sobre el único fundamento de mi esperanza, confieso otra vez y renuevo la sagrada profesión de fidelidad hecha a Dios, en el bautismo, y renuncio al demonio, al mundo y a la carne, detesto sus perversas sugestiones, vanidades y concupiscencias, por todo el tiempo de mi vida presente y por toda la eternidad. Y, convirtiéndome a mi Dios, bondadoso y compasivo, deseo, propongo y resuelvo irrevocablemente servirle y amarle, ahora y siempre, dándole, para este fin, dedicándole y consagrándole mi espíritu con todas sus facultades, mi alma con todas sus potencias, mi corazón con todos sus afectos, mi cuerpo con todos sus sentidos; prometiendo no abusar jamás de ninguna parte de mi ser contra su divina voluntad y soberana Majestad, a la cual me sacrifico e inmolo en espíritu, para serle, en adelante, siempre leal, obediente y fiel criatura, sin retractarme ni arrepentirme jamás de ello. Mas, ¡ay de mi, si, por sugestión del enemigo o por cualquier debilidad humana, llegase a contravenir, en alguna cosa, esta mi resolución y consagración, prometo desde ahora y propongo, confiado en la gracia del Espíritu Santo, levantarme, en cuanto me dé cuenta de ello, y convertirme de nuevo, sin retrasos ni dilaciones.

Esta es mi voluntad, mi intención y mi resolución inviolable e irrevocable, la cual confieso y confirmo sin reserva ni excepción, en la misma sagrada presencia de mi Dios y a la vista de la Iglesia militante, mi madre, que oye esta declaración en la persona del que, como ministro de Dios, me escucha en este acto.

Que sea de tu agrado, ¡oh mi eterno Dios, todo poderoso y todo bondad, Padre, Hijo y Espíritu Santo!, consolidar en mí esta resolución y aceptar este mi sacrificio cordial e interior, en olor de suavidad, y así como te has complacido en darme la inspiración y la voluntad de realizarlo, dame también la fuerza y la gracia necesaria para llevarlo a término. ¡Oh, Dios mío!, tú eres mi Dios, Dios de mi corazón, Dios de mi alma, Dios de mi espíritu; así te reconozco y adoro ahora y por toda la eternidad. Viva Jesús.

CAPÍTULO XXI

CONCLUSIÓN PARA ESTA PRIMERA PURIFICACIÓN

Hecha esta promesa, está atenta y abre los oídos de tu corazón para escuchar, en espíritu, las palabras de tu absolución, que el mismo Salvador de tu alma, sentado en el solio de su

misericordia, pronunciará, desde lo alto de los cielos, en presencia de todos los ángeles y santos, al mismo tiempo que, en su nombre, te absolverá el sacerdote acá en la tierra. Entonces, toda esta asamblea de bienaventurados, gozosos de tu felicidad, cantará el himno espiritual de incomparable alegría, y todas darán el beso de paz y de amistad a tu corazón, que habrá vuelto a la gracia y quedará santificado.

¡Oh Dios! Filotea, he aquí un contrato admirable, por el cual celebras una feliz alianza con su divina Majestad, pues dándote a Él, le ganas, y te ganas a ti misma para la vida eterna. Sólo falta que tomes la pluma en tu mano y firmes de corazón el acta de tus promesas, y que, después, vayas al altar, donde Dios, a su vez, firmará y sellará tu absolución y la promesa que te hará de darte su paraíso, poniéndose Él mismo, por medio de su sacramento, como un timbre y un sagrado sello sobre tu corazón renovado.. De esta manera, bien me lo parece, ¡oh Filotea!, tu alma quedará purificada del pecado y de todo afecto pecaminoso.

Pero, como que estos afectos renacen fácilmente en el alma, a causa de nuestra debilidad y de nuestra concupiscencia, la cual puede quedar adormecida, pero no puede morir en este mundo, te daré algunos avisos, que sí los practicas bien, te preservarán, en el porvenir, del pecado mortal y de todos sus afectos, para que jamás pueda éste entrar en tu corazón. Y, como que los mismos avisos sirven también para una purificación más perfecta, antes de dártelos, quiero decir cuatro palabras acerca de esta más absoluta pureza, a la cual quiero conducirte.

CAPÍTULO XXII

QUE ES NECESARIO PURIFICARSE DEL AFECTO AL PECADO VENIAL

Conforme se va haciendo de día, vemos con mayor claridad, en el espejo, las manchas y la suciedad de nuestro rostro; de la misma manera, según la luz interior del Espíritu Santo ilumina nuestras conciencias, vemos más clara y distintamente los pecados, las inclinaciones y las imperfecciones que pueden impedir en nosotros la verdadera devoción; y la misma luz que nos ayuda a ver nuestras manchas y defectos, enciende en nosotros el deseo de lavarnos y purificarnos.

Descubrirás, pues, ¡oh amada Filotea¡, que además de los pecados mortales y del afecto a los mismos, de todo lo cual ya estás purificada por los ejercicios anteriormente indicados, tienes todavía en tu alma muchas inclinaciones y mucho afecto a los pecados veniales. No digo que descubrirás pecados veniales, sino que descubrirás inclinaciones y afecto a los pecados veniales; y una cosa es muy diferente de la otra, porque nosotros no podemos estar siempre enteramente puros de pecados veniales ni perseverar mucho tiempo en esta pureza, pero podemos muy bien estar libres de todo afecto al pecado venial. Ciertamente, una cosa es mentir una o dos veces, para bromear y en cosas de poca importancia, y otra cosa es complacerse en la mentira y tener afición a esta clase de pecados.

Y digo ahora que es menester purgar el alma de todo afecto al pecado venial, es decir, que no conviene alimentar voluntariamente la voluntad de continuar y de perseverar en ninguna especie de pecado venial, porque sería una insensatez demasiado grande querer, con pleno conocimiento, guardar en nuestra conciencia una cosa tan desagradable a Dios como lo es

la voluntad de querer desagradarle. El pecado venial, por pequeño que sea, desagrada a Dios, pero no hasta el extremo de que, por su causa, quiera condenarnos y perdernos. Y, si el pecado venial le desagrada, la voluntad y el afecto que tenemos al pecado venial no es otra cosa que una resolución de querer desagradar a la divina Majestad. ¿Es posible que una alma bien nacida no sólo quiera desagradar a Dios, sino también complacerse en desagradarle?

Estos afectos, Filotea, son directamente contrarios a la devoción, como el afecto al pecado mortal es contrario a la caridad: debilitan las fuerzas del espíritu, impiden las consolaciones divinas, abren la puerta a las tentaciones, y, aunque no matan al alma, la ponen muy enferma. «Las moscas que mueren en él, dice el Sabio, hacen que se pierda la suavidad del ungüento», con lo que quiere decir que las moscas, cuando apenas se posan sobre el ungüento de modo que comen de él de paso, no contaminan sino lo que cogen, y se conserva bien lo restante; pero, cuando mueren dentro del ungüento le roban su valor y lo echan a perder. Asimismo los pecados veniales; si se detienen poco tiempo en una alma devota no le causan mucho mal; pero, si estos mismos pecados establecen su morada en el alma, por el afecto que en ellos se pone, hacen que pierda la suavidad del ungüento, es decir, la santa devoción.

Las arañas no matan a las abejas, sino que echan a perder y corrompen la miel y embrollan con sus telas los panales de suerte que las abejas no pueden trabajar, pero esto ocurre cuando las arañas se establecen allí. De la misma manera, el pecado venial no mata a nuestra alma; infecta, no obstante, la devoción, y enreda de tal manera, con malos hábitos y malas inclinaciones, las potencias del alma, que no puede ésta ejercitar con presteza la caridad, en la cual consiste la esencia de la devoción; pero esto se entiende de cuando el pecado venial habita en nuestra conciencia por el afecto que le tenemos. No es nada, Filotea, decir. alguna mentirilla, descomponerse un poco en las palabras, en las acciones, en las miradas, en los vestidos, en ataviarse, en los juegos, en los bailes, siempre que, al momento de entrar en nuestra alma estas arañas espirituales, las rechacemos y las echemos fuera, como lo hacen las abejas con las arañas corporales. Pero, si permitimos que se detengan en nuestros corazones, y no sólo esto, sino que nos gusta retenerlas y multiplicarlas, pronto veremos perdida nuestra miel y el panal de nuestra conciencia apestado y deshecho. Pero repito: ¿qué apariencias de sano juicio mostraría una alma generosa, si se gozara desagradando a Dios, si gustase de causarle molestia e intentase querer aquello que sabe que le es enojoso?

CAPÍTULO XXIII

QUE HEMOS DE PURIFICARNOS DEL AFECTO A

LAS COSAS INÚTILES Y PELIGROSAS

Los juegos, los bailes, los festines, las pompas, las comedias no son esencialmente cosas malas, sino indiferentes, y pueden ejecutarse bien o mal; pero siempre son peligrosas, y aficionarse a ellas todavía lo es más. Por lo tanto, Filotea, aunque sea lícito jugar, bailar, adornarse, asistir a representaciones honestas y a banquetes, si alguien llega a aficionarse a ello, es cosa contraria a la devoción y, en gran manera, peligrosa. No está el mal en hacerlo,

sino en aficionarse. Es un mal sembrar de afectos inútiles y vanos la tierra de nuestro corazón, pues ocupan el lugar de las buenas impresiones e impiden que la savia de nuestra alma sea empleada por las buenas inclinaciones.

Así, los antiguos nazarenos no sólo se privaban de todo lo que podía embriagar, sino también de los racimos y del agraz; no porque los racimos y el agraz embriaguen, sino porque, comiendo agraz, hay peligro de excitar el deseo de comer racimos y de provocar la afición a beber mosto o vino. Ahora bien, no digo yo que no podamos usar de estas cosas peligrosas; advierto, empero, que nunca podemos aficionarnos a ellas sin que se resienta la devoción. Los ciervos, cuando conocen que están demasiado gruesos, huyen y se retiran a sus escondrijos, pues saben que su grasa les pesa tanto, que les impediría correr, si se viesen atacados: el corazón del hombre cargado de estos afectos inútiles, superfluos y peligrosos, no puede, ciertamente correr con prontitud, ligereza y facilidad hacia su Dios, que es el verdadero término de la devoción. Los niños corren y se cansan detrás de las mariposas; a nadie parece mal, porque son niños. Pero, ¿no es cosa ridícula y muy lamentable ver cómo hombres hechos se aficionan e impacientan por bagatelas tan indignas, como lo son las cosas que acabo de enumerar, las cuales, además de ser inútiles, nos ponen en peligro de desarreglarnos y desordenarnos, cuando vamos en pos de ellas? Por esta razón, amada Filotea, te digo que es menester purificarse de estas aficiones, y, aunque los actos no sean siempre contrarios a la devoción, las aficiones, empero, le son siempre nocivas.

CAPÍTULO XXIV

QUE HEMOS DE PURIFICARNOS DE LAS MALAS INCLINACIONES

Tenemos también, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las cuales, porque no tienen su origen en nuestros pecados particulares, no son propiamente pecado, ni mortal ni venial, pero se llaman imperfecciones, y sus actos se llaman efectos o faltas. Por ejemplo, Santa Paula según refiere San Jerónimo, tenía una gran inclinación a la tristeza y a la melancolía, hasta el extremo de que, cuando murieron sus hijos y su esposo, estuvo a punto de morir de pena. Esto era una imperfección, pero no un pecado, pues ocurría contra su deseo y voluntad. Hay personas que son naturalmente ligeras, otras ásperas, otras contrarias a aceptar fácilmente el parecer de los demás, otras propensas a la indignación, otras a la cólera, otras al amor, y, por decirlo en breves palabras, son pocas las personas en las cuales no se pueda echar de ver alguna imperfección. Ahora bien, aunque estas imperfecciones sean propias y como connaturales a cada uno de nosotros, no obstante, con el ejercicio y afición contraria, pueden corregirse y moderarse, y aun puede el alma purificarse y librarse totalmente de ellas. Y esto es, Filotea, lo que debes hacer. Se ha encontrado la manera de endulzar los almendros amargos, haciendo un corte al pie del tronco, para que salga la savia. ¿ Por qué no hemos de poder nosotros hacer salir de nuestro interior las inclinaciones perversas, para llegar a ser mejores? No existe ningún natural tan bueno que no pueda malearse con los hábitos viciosos; tampoco hay un natural tan rebelde que, con la gracia de Dios, ante todo, y después con trabajo y diligencia, no pueda ser domado y superado. Ahora, pues, voy a darte los avisos y proponerte los ejercicios, con los cuales purificarás tu alma de las aficiones y de todo afecto a los pecados veniales, y, de esta manera, asegurarás más y más tu conciencia contra todo pecado mortal. Dios te conceda la gracia de practicarlos bien.

SEGUNDA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

Diferentes avisos para elevación del alma a Dios, mediante la oración y los sacramentos

CAPITULO I

DE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN

1. La oración al llevar nuestro entendimiento hacia las claridades de la luz divina y al inflamar nuestra voluntad en el fuego del amor celestial, purifica nuestro entendimiento de sus ignorancias, y nuestra voluntad de sus depravados afectos; es el agua de bendición que, con su riego, hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestras almas de sus imperfecciones y apaga en nuestros corazones la sed de las pasiones.

2. Pero, de un modo particular, te aconsejo la oración mental afectuosa, especialmente la que versa sobre la vida y pasión de Nuestro Señor. Contemplándole con frecuencia, en la meditación, toda tu alma se llenará de Él; aprenderás su manera de conducirse, y tus acciones se conformarán con el modelo de las suyas. Él es la luz del mundo; es, pues, en Él, por Él y para Él que hemos de ser ilustrados e iluminados; es el árbol del deseo, a cuya sombra nos hemos de rehacer; es la fuente viva de Jacob, donde nos hemos de purificar de todas nuestras fealdades. Finalmente, los niños, a fuerza de escuchar a sus madres y de balbucir con ellas, aprenden a hablar su lenguaje; así nosotros, permaneciendo cerca del Salvador, por la meditación, y observando sus palabras, sus actos y sus afectos, aprenderemos, con su gracia, a hablar, obrar y a querer como Él.

Conviene que nos detengamos aquí Filotea, y, créeme, no podemos ir a Dios Padre sino por esta puerta. Pues así como el cristal de un espejo no podría detener nuestra imagen si no tuviese detrás de sí una capa de estaño o de plomo, de la misma manera, la Divinidad no podría ser bien contemplada por nosotros, en este mundo, si no se hubiese unido a la sagrada Humanidad del Salvador, cuya vida y muerte son el objeto más proporcionado, apetecible, delicioso y provechoso, que podemos escoger para nuestras meditaciones ordinarias. No en vano es llamado, el Salvador, pan bajado del cielo; porque, así como el pan se ha de comer con toda clase de manjares, de la misma manera el Salvador ha de ser meditado, considerado y buscado en todas nuestras acciones y oraciones. Muchos autores, para facilitar la meditación, han distribuido su vida y su muerte en diversos puntos: los que te aconsejo de un modo particular son San Buenaventura, Bellintani, Bruno, Capilia, Granada y La Puente.

3. Emplea, en la oración, una hora cada día, antes de comer; pero, si es posible, mejor será hacerlas a primeras horas de la mañana, porque, con el descanso de la noche, tendrás el espíritu menos fatigado y más expedito. No emplees más de una hora, si el padre espiritual no te dice expresamente otra cosa.

4. Si puedes practicar este ejercicio en la iglesia, y tienes allí bastante quietud para ello, te será cosa fácil y cómoda, porque nadie, ni el padre, ni la madre, ni el esposo, ni la esposa, ni cualquier otro, podrán impedirte que estés una hora en la iglesia; en cambio, estando a merced de otros, no podrás, en tu casa, tener una hora tan libre.

5. Comienza toda clase de oraciones, ya sean mentales ya vocales, poniéndote en la presencia de Dios, y cumple esta regla, sin excepción, y verás, en poco tiempo, el provecho que sacarás de ella.

6. Si quieres creerme, di el Padrenuestro, el Avemaría y el Credo en latín; pero, al mismo tiempo, aplícate a entender, en tu lengua, las palabras que contiene, para que, mientras las rezas en el lenguaje común de la Iglesia, puedas, al mismo tiempo, saborear el admirable y delicioso sentido de estas oraciones, que es menester decir fijando el pensamiento y excitando el afecto sobre el significado de las mismas, y no de corrida, para poder rezar más, sino procurando decir lo que digas, de corazón, pues un solo Padrenuestro dicho con sentimiento vale más que muchos rezados de prisa y con precipitación.

7. El Rosario es una manera muy útil de orar, con tal que se rece cual conviene. Para hacerlo así, procura tener algún librito de los que enseñan la manera de rezarlo. Es también muy provechoso rezar las letanías de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los santos, y todas las otras preces vocales, que se encuentran en los manuales y Horas aprobadas, pero ten bien entendido que, si posees el don de la oración mental, para ésta ha de ser el primer lugar; de manera que, si después de ésta, ya sea por tus ocupaciones, ya por cualquier otro motivo, no puedes hacer la oración vocal, no te inquietes por ello y conténtate con decir simplemente, antes o después de la meditación, la oración dominical, la salutación angélica o el símbolo de los apóstoles.

8. Si mientras haces la oración vocal, sientes el corazón inclinado y movido a la oración interior o mental, no te niegues a entrar en ella, sino deja que ande tu espíritu con suavidad, y no te preocupe el no haber terminado las oraciones vocales que te habías propuesto rezar, pues la mental que habrás hecho en su lugar, es más agradable a Dios y más útil a tu alma. Exceptúo el oficio eclesiástico, si estuvieses obligado a rezarlo, pues, en este caso, hay que cumplir con la obligación.

9. En el caso de transcurrir toda la mañana, sin haber practicado este santo ejercicio de la oración mental, debido a las muchas ocupaciones o a cualquiera otra causa (lo cual, en lo posible, es menester procurar que no ocurra), repara esta falta por la tarde, pero mucho después de la comida, porque si hicieres la oración en seguida y antes de que estuviese bastante adelantada la digestión, te invadiría un fuerte sopor, con detrimento de tu salud. Y, si no puedes hacerlo en todo el día, conviene que repares esta pérdida, multiplicando las oraciones jaculatorias, leyendo algún libro espiritual, haciendo alguna penitencia que impida la repetición de esta falta, y con la firme resolución de volver a tu santa costumbre el día siguiente.

CAPÍTULO II

BREVE MÉTODO PARA MEDITAR, Y PRIMERAMENTE DE LA PRESENCIA DE DIOS, PRIMER PUNTO DE LA PREPARACIÓN

Tal vez no sabes, Filotea, cómo se ha de hacer la oración mental, porque es una cosa que, en nuestros tiempos, son, por desgracia, muy pocos los que la saben. Por esta razón, te presento un método sencillo y breve, confiando en que, con la lectura de muchos y muy buenos libros que se han escrito acerca de esta materia, y, sobre todo, por la práctica, serás más ampliamente instruida. Te indico, en primer lugar, la preparación, que consiste en dos puntos, el primero de los cuales es ponerte en la presencia de Dios, y el segundo, invocar su auxilio. Ahora bien, para ponerte en la presencia de Dios, te propongo cuatro importantes medios, de los cuales podrás servirte en los comienzos.

El primero consiste en formarse una idea viva y completa de la presencia de Dios, es decir, pensar que Dios está en todas partes, y que no hay lugar ni cosa en este mundo donde no esté con su real presencia; de manera que, así como los pájaros, por dondequiera que vuelan, siempre encuentran aire, así también nosotros, dondequiera que estemos o vayamos, siempre encontramos a Dios. Todos conocemos esta verdad, pero no todos la consideramos con atención. Los ciegos, que no ven al rey, cuando está delante de ellos no dejan de tomar una actitud respetuosa si alguien les advierte su presencia; pero, a pesar de ello, es cierto que, no viéndole, fácilmente se olvidan de que está presente y aflojan en el respeto y reverencia. ¡Ay, FiIotea! Nosotros no vemos a Dios presente, y, aunque la fe nos lo dice, no viéndole con los ojos, nos olvidamos con frecuencia de Él y nos portamos como si estuviese muy lejos de nosotros; pues, aunque sabemos que está presente en todas las cosas, como quiera que no pensamos en Él, equivale a no saberlo. Por esta causa, es menester que, antes de la oración, procuremos que en nuestra alma se actúe, reflexionando y considerando esta presencia de Dios. Este fue el pensamiento de David, cuando exclamó: «Si subo al cielo, ¡oh Dios mío!, allí estás Tú; si desciendo a los infiernos, allí te encuentro»; y, en este sentido, hemos de tomar las palabras de Jacob, el cual, al ver la sagrada escalera, dijo: «¡Oh! ¡Qué terrible es este lugar! Verdaderamente, Dios está aquí y yo no lo sabía». Al querer, pues, hacer oración, has de decir de todo corazón a tu corazón: « ¡Oh corazón mío, oh corazón mío! Realmente, Dios está aquí».

El segundo medio para ponerse en esta sagrada presencia, es pensar que no solamente Dios está presente en el lugar donde te encuentras, sino que está muy particularmente en tu corazón y en el fondo de tu espíritu, al cual vivifica y anima con su presencia, y es allí el corazón de tu corazón y el alma de tu alma; porque, así como el alma, infundida en el cuerpo, se encuentra presente en todas las partes del mismo, pero reside en el corazón con una especial permanencia, así también Dios, que está presente en todas las cosas, mora, de una manera especial, en nuestro espíritu, por lo cual decía David: «Dios de mi corazón», y San Pablo escribía que «nosotros vivimos, nos movemos y estamos en Dios». Al considerar, pues, esta verdad, excitarás en tu corazón una gran reverencia para con Dios, que está en él íntimamente presente.

El tercer medio es considerar que nuestro Salvador, en su humanidad, mira desde el cielo todas las personas del mundo, especialmente los cristianos que son sus hijos, y todavía de

un modo más particular, a los que están en oración, cuyas acciones y movimientos contempla. Y esto no es una simple imaginación, sino una verdadera realidad, pues aunque no le veamos, es cierto que Él nos mira, desde arriba. Así le vio San Esteban, durante su martirio. Podemos, pues, decir muy bien con la Esposa de los Cantares: «Vedle detrás de la pared, mirando por las ventanas, a través de las celosías».

El cuarto medio consiste en servirse de la simple imaginación, representándonos al Salvador, en su humanidad sagrada, como si estuviese junto a nosotros, tal como solemos representarnos nuestros amigos, cuando decimos: me parece que estoy viendo a tal persona, que hace esto y aquello; diría que la veo, y así por el estilo. Pero si el Santísimo Sacramento estuviese presente en el altar, entonces esta presencia será real y no puramente imaginaria, porque las especies y las apariencias del pan serían tan sólo como un velo, detrás del cual Nuestro Señor realmente presente, nos vería y contemplaría, aunque nosotros no le viésemos en su propia forma.

Emplearás, pues, uno de estos cuatro medios para poner tu alma en la presencia de Dios antes de la oración, y no es menester que uses a la vez de todos ellos, sino ora uno, ora otro, y aun sencilla y libremente.

CAPITULO III

DE LA INVOCACION, SEGUNDO PUNTO DE LA PREPARACION

La invocación se hace de esta manera: al sentirse tu alma en la presencia de Dios, se postra con extremada reverencia, reconociéndose indignísima de estar delante de una tan soberana Majestad, y reconociendo, no obstante, que esta misma bondad así lo quiere, le pide la gracia de servirla y adorarla en esta meditación. Si te parece podrás emplear algunas palabras breves y fervorosas, como lo son éstas de David: «Oh Dios mío, no me apartes de delante de tu faz y no me quites tu santo Espíritu. Ilumina tu rostro sobre tu sierva, y meditaré tus maravillas. Dame inteligencia y consideraré tu ley, y la guardaré en mi corazón. Yo soy tu sierva; dame el espíritu». También te será provechoso invocar a tu Ángel de la Guarda y a los santos personajes que entran en el misterio que meditas: como, en el de la muerte del Señor, podrás invocar a la Madre de Dios, a San Juan, a la Magdalena y al buen ladrón, para que te sean comunicados los sentimientos y emociones interiores que ellos recibieron, y en la meditación de tu muerte, podrás invocar al Ángel de la Guarda, que estará allí presente, para que te inspire las consideraciones oportunas, y así en los demás misterios.

CAPÍTULO IV

DE LA PROPOSICIÓN DEL MISTERIO, TERCER PUNTO DE LA PREPARACIÓN

Después de estos dos puntos ordinarios de la meditación, sigue el tercero, que es común a toda clase de meditaciones; es el que unos llaman composición de lugar, y otros lección interior, y no consiste en otra cosa que en proponer a la imaginación el cuerpo del misterio que se quiere meditar, como si realmente y de hecho ocurriese en nuestra presencia. Por

ejemplo, si quieres considerar a Nuestro Señor en la cruz, te imaginarás que estás en el monte Calvario y que ves todo lo que se hizo y se dijo el día de la pasión, o bien te imaginarás el lugar de la crucifixión tal como lo describen los evangelistas. Lo mismo digo acerca de la muerte, según ya lo he indicado en la meditación correspondiente, como también acerca del infierno y de todos los misterios semejantes, en los cuales se trata de cosas visibles y sensibles: porque, en cuanto a los demás misterios, tales como la grandeza de Dios, la excelencia de las virtudes, el fin para el cual hemos sido creados, que son cosas invisibles, no es posible servirse de esta clase de imaginaciones. Es cierto que se puede echar mano de cualesquiera semejanzas o comparaciones, para ayudar a la meditación; pero esto es muy difícil de encontrar, y no quiero tratar contigo de estas cosas sino de una manera muy sencilla, de suerte que tu espíritu no se vea forzado a hacer invenciones. '

Ahora bien, por medio de estas imaginaciones, concentramos nuestro espíritu en los misterios que queremos meditar, para que no ande divagando de acá para allá, de la misma manera que enjaulamos un pájaro o sujetamos el halcón con un cordel, para tenerlo sujeto en la mano. Dirá, no obstante, alguno, que es mejor usar el simple pensamiento de la f e o una simple aprensión puramente mental y espiritual en la representación de estos misterios, o bien considerar que las cosas ocurren en tu espíritu; pero esto es demasiado sutil para los que comienzan, y, hasta que Dios no te lleve más arriba, te aconsejo, Filotea, que permanezcas en el humilde valle que te muestro.

CAPITULO V

DE LAS CONSIDERACIONES, SEGUNDA PARTE DE LA MEDITACIÓN

Después. del acto de la imaginación, sigue el acto del entendimiento, que llamamos meditación, la cual no es otra cosa que una o varias consideraciones hechas con el fin de mover los afectos hacia Dios y las cosas divinas: y, en esto, la meditación se separa del estudio y de los demás pensamientos y consideraciones, las cuales no se hacen para alcanzar la virtud o el amor de Dios, sino para otros fines e intenciones: para saber, o disponerse para escribir o disputar. Teniendo, pues, como he dicho, tu espíritu concentrado dentro del círculo de la materia que quieres meditar-por medio de la imaginación si el objeto es sensible, o por la sencilla proposición, si no es sensible-, comenzarás a hacer consideraciones sobre el mismo, de las cuales encontrarás ejemplos prácticos en las meditaciones que te he propuesto. Y, si tu espíritu encuentra suficiente gusto, luz y fruto en una de las consideraciones, te detendrás en ella, sin pasar adelante, haciendo como las abejas, que no dejan la flor, mientras encuentran en ella miel que chupar. Pero, si en alguna de las consideraciones, después de haber ahondado un poco, no te encuentras a tu sabor, pasarás a otra; pero, en esta labor anda despacio y con simplicidad, sin apresurarte.

CAPÍTULO VI

DE LOS AFECTOS Y PROPÓSITOS, TERCERA PARTE DE LA MEDITACION

La meditación produce buenos movimientos en la voluntad o parte afectiva de nuestra alma, como amor de Dios y del prójimo, deseo del paraíso y de la gloria, celo de la salvación de las almas, imitación de la vida de Nuestro Señor, compasión, admiración, gozo, temor de

no ser grato a Dios, del juicio, del infierno, odio al pecado, confianza en la bondad y misericordia de Dios, confusión por nuestra mala vida pasada: y en estos afectos, nuestro espíritu se ha de expansionar y extender, en la medida de lo posible. Y, si, en esto, quieres ser ayudada, torna el primer volumen de las Meditaciones de Dom Andrés Capilia, y lee el prefacio, donde enseña la manera de explayar los afectos. Lo mismo encontrarás más extensamente explicado, en el Tratado de la Oración del Padre Arias.

No obstante, Filotea, no te has de detener tanto en estos afectos generales, que no los conviertas en resoluciones especiales y particulares, para corregirte y enmendarte, Por ejemplo, la primera palabra que Nuestro Señor dijo en la cruz producirá seguramente en tu alma un buen deseo de imitarle, es decir, de perdonar a los enemigos y de amarles. Pues bien, te digo que esto es muy poca cosa, si no añades un propósito especial de esta manera: en adelante no me enojaré por las palabras injuriosas que aquél o aquélla, el vecino o la vecina, mi criado o la criada, dicen contra mí, ni tampoco por tales o cuales desprecios, de que me ha hecho objeto éste o aquél; al contrario, diré tal o cual cosa, para ganarlos o suavizarlos, y así de los demás afectos. Por este medio, Filotea, corregirás tus faltas en poco tiempo, mientras que, con solos los afectos, lo conseguirías tarde y con dificultad.

CAPÍTULO VII

DE LA CONCLUSIÓN Y RAMILLETE ESPIRITUAL

Finalmente, la meditación se ha de acabar con tres cosas, que se han de hacer con toda la humildad posible. La primera es la acción de gracias a Dios por los afectos y propósitos que nos ha inspirado, y por su bondad y misericordia, que hemos descubierto en el misterio meditado. La segunda es el acto de ofrecimiento, por el cual ofrecemos a Dios su misma bondad y misericordia, la muerte, la sangre, las virtudes de su Hijo, y, a la vez nuestros afectos y resoluciones. La tercera es la súplica, por la cual pedimos a Dios, con insistencia, que nos comunique las gracias y las virtudes de su Hijo y otorgue su bendición a nuestros afectos y propósitos, para que podamos fielmente ponerlos en práctica. Después hemos de pedir por la Iglesia, por nuestros pastores, parientes, amigos y por los demás, recurriendo, para este fin, a la intercesión de la Madre de Dios, de los ángeles y de los santos. Finalmente, ya he hecho notar que conviene decir el Padrenuestro y el Avemaría, que es la plegaria general y necesaria de todos los fieles.

A todo esto he añadido que hay que hacer un pequeño ramillete de devoción. He aquí lo que quiero decir: los que han paseado por un hermoso jardín no salen de él satisfechos, si no se llevan cuatro o cinco flores, para olerlas y tenerlas consigo durante todo el día. Por la meditación, hemos de escoger uno, dos o tres puntos, los que más nos hayan gustado y los que sean más a propósito para nuestro aprovechamiento, para recordarlos durante todo el día y olerlos espiritualmente. Y este ramillete se hace en el mismo lugar donde hemos meditado, sin movernos, o bien paseando solos durante un rato.

CAPÍTULO VIII

ALGUNOS AVISOS ÚTILES SOBRE LA MEDITACIÓN

Conviene, sobre todo, Fílotea, que, al salir de la meditación conserves las resoluciones y los propósitos que hubieres hecho para practicarlos con diligencia durante el día. Este es el gran fruto de la meditación, sin el cual, ésta es, con frecuencia, no sólo inútil sino perjudicial, porque las virtudes meditadas y no practicadas hinchan y envalentonan el espíritu, pues nos hacen creer que somos en realidad, lo que hemos resuelto ser, lo cual es, ciertamente, verdad cuando las resoluciones son vivas y sólidas; pero no lo son, sino que, al contrario, son vanas y peligrosas, cuando no se practican. Conviene, pues, por todos los medios, esforzarse en practicarlas y buscar las ocasiones de ello, grandes o pequeñas. Por ejemplo, si he resuelto ganar con la dulzura a los que me han ofendido, procuraré, durante el día, encontrarlos, para saludarlos con amabilidad, y, si no puedo encontrarlos, hablaré bien de ellos y los encomendaré a Dios.

Al salir de esta oración afectiva, has de tener cuidado de no sacudir tu corazón, para que no derrame el bálsamo que la oración ha vertido en él; quiero decir que hay que guardar, por espacio de algún tiempo, el silencio y transportar suavemente el corazón, de la oración a las ocupaciones, conservando, todo el tiempo que sea posible, el sentimiento y los afectos concebidos. El hombre que recibe en un recipiente de hermosa porcelana un licor de mucho precio, para llevarlo a su casa, anda con mucho tiento, sin mirar a los lados, sino que ora mira enfrente, para no tropezar contra alguna piedra, ora el recipiente, para evitar que se derrame. Lo mismo has de hacer tú, al salir de la meditación: no te distraigas enseguida, sino mira sencillamente delante de ti, pero, si encuentras alguno, con el cual hayas de hablar o al que hayas de escuchar, hazlo, pues no queda otro remedio, pero de manera que tengas siempre la mirada puesta en tu corazón, para que el licor de la santa oración no se derrame más de lo que sea imprescindible.

También conviene que te acostumbres a saber pasar de la oración a toda clase de acciones, que tu oficio o profesión, justa y legítimamente, requieran, por más que parezcan muy ajenas a los afectos que hemos concebido en la oración. Por ejemplo: un abogado ha de saber pasar de la oración a los pleitos; un comerciante, al tráfico; la mujer casada, a las obligaciones de su estado y a las ocupaciones del hogar, con tanta dulzura y tranquilidad, que no, por ello, se turbe su espíritu, pues ambas cosas son según la voluntad de Dios y en ambas hay que pensar con espíritu de humildad y devoción.

Te ocurrirá, alguna vez, que, inmediatamente después de la preparación, tu afecto se sentirá en seguida movido hacia Dios. Entonces, Filotea, conviene darle rienda suelta, sin empeñarte en querer seguir el método que te he dado; porque, si bien, por lo regular, la consideración ha de preceder a los afectos y a las resoluciones, cuando, empero, el Espíritu Santo te da los afectos antes de la consideración, no has de detenerte en ésta quieras o no, pues su fin no es otro que mover los afectos. En una palabra, siempre que se despierten en ti los afectos, debes admitirlos y hacerles lugar, ya sea antes ya después de todas las consideraciones. Y, aunque yo he puesto los afectos después de todas las consideraciones, lo he hecho únicamente para distinguir bien las diferentes partes de la oración; por otra parte, es una regla general que nunca hay que cohibir los afectos, sino que es menester dejar

que se expansionen los que se presentan. Digo esto no sólo con respecto a los demás afectos, sino también con respecto a la acción de gracias, al ofrecimiento ya la plegaria, que pueden hacerse entre las consideraciones, y que no se han de contener más que los otros afectos, si bien, después, al terminar la meditación, conviene repetirlos y continuarlos. Pero, en cuanto a las resoluciones es menester hacerlas después de los afectos y al fin de toda la meditación, antes de la conclusión, pues, como quiera que las resoluciones traen a nuestra imaginación objetos concretos y de orden familiar, nos pondrían en el peligro de distraernos, si se hiciesen en medio de los afectos.

Entre los afectos y las resoluciones, es bueno emplear el coloquio, y hablar ora a Dios, ora a los ángeles, ora a las personas que aparecen en los misterios, a los santos y a sí mismo, al propio corazón, a los pecadores, como vemos que lo hizo David en los Salmos, y otros santos, en sus meditaciones y oraciones.

CAPÍTULO IX

DE LAS SEQUEDADES QUE NOS VIENEN EN LA MEDITACIÓN

Filotea, si te acontece que no encuentras gusto ni consuelo en la meditación, te conjuro que no te turbes, sino que, antes bien, abras la puerta a las oraciones vocales: quéjate de ti misma a Nuestro Señor; confiesa tu indignidad, pídele que te ayude, besa su imagen, si la tienes en la mano, dile estas palabras de Jacob: «No, Señor, no te dejaré, si antes no me das tu bendición»; o las de la Cananea: «Sí, Señor, soy un perro.. pero los perros comen las migajas de la mesa de sus dueños». Otra vez, toma un libro en la mano y léelo con atención, hasta que tu espíritu se despierte y vuelva en sí: estimula, alguna vez tu corazón mediante alguna actitud o movimiento de devoción exterior, como postrarte en tierra, juntar las manos sobre el pecho, abrazar el crucifijo: todo ello si estás en algún lugar a solas.

Y, si después de todo esto, todavía no te sientes consolada, por grande que sea tu sequedad, no te aflijas, sino sigue en devota actitud, delante de Dios. ¡Cuántos cortesanos hay, que van cien veces al año a la cámara de su príncipe, sin ninguna esperanza de hablarle, únicamente para ser vistos y rendirle homenaje! De esta manera, amada Filotea, hemos de ir a la oración, pura y simplemente para cumplir con nuestro deber y dar testimonio de nuestra fidelidad. Y, si la divina Majestad se digna hablarnos y conversar con nosotros con sus santas inspiraciones y consuelos interiores, esto será ciertamente, para nosotros, un gran honor y motivo de gran gozo, pero, si no quiere hacernos esta gracia, sino que quiere dejarnos allí, sin decirnos palabra, como si no nos viese o no estuviésemos en su presencia, no nos hemos de retirar, sino, que al contrario, hemos de permanecer allí, delante de esta soberana bondad, en actitud devota y tranquila; y entonces, infaliblemente, Él se complacerá en nuestra paciencia y tendrá en cuenta nuestra asiduidad y perseverancia, y, otra vez, cuando volvamos a su presencia, nos hará mercedes y conversará con nosotros con sus consolaciones, haciéndonos ver la amenidad de la santa oración. Pero, si no lo hace, estemos, empero, contentos, Filotea, pues harto honor es estar cerca de Él y en su presencia.

CAPÍTULO X

LA ORACIÓN DE LA MAÑANA

Además de esta oración mental perfecta y ordenada y de las demás oraciones vocales que has de rezar una vez al día, hay otras cinco clases de oraciones más breves, que son como efectos y renuevos de la otra oración más completa; de las cuales la primera es la que se hace por la mañana, como una preparación general para todas las obras del día. Las harás de esta manera:

1. Da gracias y adora profundamente a Dios por la merced que te ha hecho de haberte conservado durante la noche anterior; y, si hubieses cometido algún pecado, le pedirás perdón.

2. Considera que el presente día se te ha dado para que, durante el mismo puedas ganar el día venidero de la eternidad, y haz el firme propósito de emplearlo con esta intención.

3. Prevé qué ocupaciones, qué tratos y qué ocasiones puedes encontrar, en este día de servir a Dios, y qué tentaciones de ofenderle pueden sobrevenir, a causa de la ira, de la vanidad o de cualquier otro desorden; y, con una santa resolución, prepárate para emplear bien los recursos que se te ofrezcan de servir a Dios y de progresar en el camino de la devoción; y, al contrario, disponte bien para evitar, combatir o vencer lo que pueda presentarse contrario a tu salvación y a la gloria de Dios. Y no basta hacer esta resolución, sino que es menester preparar la manera de ejecutarla. Por ejemplo, si preveo que tendré que tratar alguna cosa con una persona apasionada o irascible, no sólo propondré no dejarme llevar hasta el trance de ofenderla, sino que procuraré tener preparadas palabras de amabilidad para prevenirla, o procuraré que esté presente alguna otra persona, que pueda contenerla. Si preveo que podré visitar un enfermo, dispondré la hora y los consuelos pertinentes que he de darle; y así de todas las demás cosas.

4. Hecho esto, humíllate delante de Dios y reconoce que, por ti misma, no podrás hacer nada de lo que has resuelto, ya sea para evitar el mal, ya sea para practicar el bien. Y, como si tuvieses el corazón en las manos, ofrécelo, con todas tus buenas resoluciones, a la divina Majestad y suplícale que lo tome bajo su protección y que lo robustezca, para que salga airoso en su servicio, con estas o semejantes palabras interiores: «Señor, he aquí este pobre y miserable corazón que, por tu bondad, ha concebido muchos y muy buenos deseos. Pero, ¡ay!, es demasiado débil e infeliz para realizar el bien que desea, si no le otorgas tu celestial bendición, la cual, con este fin, yo te pido, ¡oh Padre de bondad!, por los méritos de la pasión de tu Hijo, a cuyo honor consagro este día y el resto de mi vida». Invoca a Nuestra Señora, a tu Ángel de la Guarda y a los Santos, para que te ayuden con su asistencia.

Mas estos actos, si es posible, se han de hacer breve y fervorosamente, antes de salir de la habitación, a fin de que, con este ejercicio, quede ya rociado con las bendiciones de Dios, todo cuanto hagas durante el día. Lo que te ruego, Filotea, es que jamás dejes este ejercicio.

CAPÍTULO XI

DE LA ORACIÓN DE LA NOCHE Y DEL EXAMEN DE CONCIENCIA

Así como antes de la comida temporal, haces la comida espiritual, por medio de la meditación, de la misma manera, antes de la cena, has de hacer una breve cena o, al menos, una colación, devota y espiritual. Procura, pues, tener un rato libre antes de la hora de cenar, y, postrado delante de Dios, recogiendo tu espíritu en la presencia de Cristo crucificado (que te representarás con una sencilla consideración o mirada interior), aviva en tu corazón el fuego de la meditación de la mañana, con algunas fervorosas aspiraciones, actos de humildad y amorosos suspiros inspirados en este divino Salvador de tu alma, o bien repitiendo los puntos que más hayas saboreado en dicha meditación, o bien excitándote con alguna otra consideración, como más te plazca.

En cuanto al examen de conciencia, que siempre has de hacer antes de acostarte, todos sabemos cómo se ha de practicar.

1. Demos gracias a Dios por habernos conservado durante el día.

2. Examinemos cómo nos hemos portado en cada hora, y, para hacerlo con mayor facilidad, consideremos dónde, con quiénes y en qué ocupaciones nos hemos empleado.

3. Si descubrimos que hemos hecho alguna obra buena, demos gracias a Dios; si, al contrario, hemos hecho algún mal, de pensamiento, palabra u obra, pidamos perdón a su divina Majestad, con el propósito de confesarnos, en la primera ocasión, y de enmendarnos con diligencia.

4. Después de esto, encomendemos a la Providencia divina nuestro cuerpo, nuestra alma, la Iglesia, los padres, los amigos; pidamos a Nuestra Señora, al Ángel de la Guarda y a los santos, que velen por nosotros, y, con la bendición de Dios, vayamos a tomar el descanso, que Él ha querido que nos sea necesario.

Este ejercicio, lo mismo que el de la mañana, nunca se ha de omitir; porque, con el de la mañana, abres las ventanas de tu alma al Sol de justicia, y, con el de la noche, las cierras a las tinieblas del infierno.

CAPÍTULO XII

EL RETIRO ESPIRITUAL

En este punto, amada Filotea, es donde deseo que sigas mi consejo; porque es aquí donde se encuentra uno de los recursos más seguros para tu aprovechamiento espiritual.

Pon, cuantas veces puedas, durante el día, tu espíritu en la presencia de Dios, por alguna de las cuatro maneras más arriba indicadas; considera lo que hace Dios y lo que haces tú, y verás cómo sus ojos te miran y están perpetuamente fijos en ti, con un amor incomparable. i Oh Dios!, dirás, ¿por qué no te miro yo siempre como Tú me miras a mí? ¿Por qué piensas

en mí con tanta frecuencia, y yo pienso tan poco en Ti? ¿ Dónde estamos, alma mía? Nuestra verdadera morada es Dios, y ¿dónde nos encontramos?

Así como los pájaros tienen sus nidos en los árboles, para retirarse a ellos cuando tienen necesidad, y los ciervos sus escondrijos y sus defensas, donde se ocultan y se amparan y donde toman el fresco de la sombra en el verano, de la misma manera, Filotea, nuestros corazones han de escoger, cada día, algún lugar, en la cima del Calvario, en las llagas de Nuestro Señor o en cualquiera otro sitio cercano a Él, donde guarecernos en toda clase de ocasiones, donde rehacernos y recrearnos en medio de las ocupaciones exteriores, y para estar allí, como en una fortaleza, para defendernos contra las tentaciones. Bienaventurada el alma que podrá decir con verdad al Señor: «Tú eres mi casa de refugio, mi firme defensa, mi techo contra la lluvia, mi sombra contra el calor».

Acuérdate, pues, Filotea, de hacer siempre muchos retiros en la soledad de tu corazón, mientras corporalmente te encuentras en medio de las conversaciones y quehaceres, y esta soledad mental no puede ser, en manera alguna, impedida por la multitud de los que nos rodean, porque ellos no están alrededor de tu corazón, sino alrededor de tu cuerpo, de tal manera que tu corazón permanece solo en la presencia de Dios. Es el ejercicio que practicaba David, en medio de sus muchas ocupaciones, según lo afirma en muchos pasajes de sus salmos, como cuando dice: « i Oh Señor!, yo siempre estoy contigo. Veo siempre a mi Dios delante de mí. Levanto mis ojos a Tí, ¡ oh Dios mío!, que habitas en los cielos. Mis ojos siempre están puestos en Dios». Además, las conversaciones no son ordinariamente tan importantes, que no sea posible, de cuando en cuando, apartar de ellas el corazón, para ponerlo en esta divina soledad.

A Santa Catalina de Sena, a quien su padre y su madre habían privado de toda comodidad y ocasión para poder orar y meditar, inspirándole Nuestro Señor que hiciese un pequeño oratorio en su espíritu, al cual pudiese retirarse mentalmente, para entregarse a esta santa soledad espiritual, en medio de las ocupaciones exteriores. Y, desde entonces, cuando el mundo la acometía, no recibía de ello ninguna molestia, porque, como ella misma decía, se encerraba en su celda interior, donde se consolaba con su celestial esposo.

Así, aconsejaba a sus hijos espirituales que edificasen una celda en su corazón y que se retirasen a ella.

Encierra, pues, algunas veces tu espíritu en tu corazón, donde, separada de todos, pueda tu alma comunicarse íntimamente con Dios, para decirle con David: «He estado en vela y me he hecho semejante al pelícano del desierto. Estoy como el búho o la lechuza en las hendiduras de la pared o como el ave solitaria en la techumbre». Estas palabras, aparte de su sentido literal (que demuestra cómo este gran rey se tomaba algunas horas para vivir en la soledad y entregarse a la contemplación de las cosas espirituales), nos muestran, en su sentido místico, tres excelentes lugares de retiro y como tres ermitas, donde podamos ejercitar nuestra soledad, a imitación de nuestro Salvador, que, en la cima del Calvario, fue como el pelícano de la soledad, que con su sangre da vida a sus polluelos muertos; en su Natividad en un establo abandonado, fue como el búho en las hendiduras de la pared, lamentando y doliéndose de nuestras culpas y pecados, y, el día de la Ascensión, fue como el ave solitaria que se retira y vuela hacia el cielo que es como el techo del mundo. El

bienaventurado EIzeario, conde de Arián, en Provenza, habiendo estado mucho tiempo ausente de su devota y casta Delfina, recibió de ella un propio, que fue a enterarse de su salud, al cual respondió: «Me encuentro muy bien, amada esposa; si quieres verme, búscame en la llaga del costado de nuestro dulce Jesús, pues es allí donde yo habito y allí me encontrarás; en balde me buscarás en otra parte». ¡He aquí un caballero cristiano de verdad!

CAPÍTULO XIII

DE LAS ASPIRACIONES, ORACIONES, JACULATORIAS Y BUENOS PENSAMIENTOS

Nos retiramos en Dios porque aspiramos a Él, y aspiramos a Él para retirarnos en Él, de manera que la aspiración a Dios y el retiro espiritual son dos cosas que se completan mutuamente y ambas proceden y nacen de los buenos pensamientos. Levanta, pues, con frecuencia el corazón a Dios, Filotea, con breves pero ardientes suspiros de tu alma. Admira su belleza, invoca su auxilio, arrójate, en espíritu, al pie de la cruz, adora su bondad, pregúntale, con frecuencia, sobre tu salvación, ofrécele, mil veces al día, tu alma, fija tus ojos interiores en su dulzura, alárgale la mano, como un niño pequeño a su padre, para que te conduzca, ponlo sobre tu corazón, como un ramo delicioso, plántalo en tu alma, como una bandera, y mueve de mil diversas maneras tu corazón, para entrar en el amor de Dios y excitar en ti una apasionada y tierna estimación a este divino esposo.

Así se hacen las oraciones jaculatorias, que el gran San Agustín, aconseja con tanto encarecimiento a la devota dama Proba. Filotea, nuestro espíritu, entregándose al trato, a la intimidad y a la familiaridad con Dios, quedará todo él perfumado de sus perfecciones; y, ciertamente, este ejercicio no es difícil, porque puede entrelazarse con todos los quehaceres y ocupaciones, sin estorbarlas en manera alguna, porque, ya en el retiro espiritual, ya en estas aspiraciones interiores, no se hacen más que pequeñas y breves digresiones, que, no impiden, sino que ayudan mucho a lograr lo que pretendemos. El caminante que bebe un sorbo de vino, para alegrar su corazón y refrescar su boca, aunque para ello se detiene unos momentos, no interrumpe el viaje, sino que toma fuerzas para llegar más pronto y con más alientos, no deteniéndose sino para andar mejor.

Muchos han reunido varias aspiraciones vocales, que, verdaderamente, son muy útiles; pero, si quieres creerme, no te sujetes a ninguna clase de palabras, sino pronuncia, con el corazón o con los labios, las que el amor te dicte, ya que él te inspirará todas cuantas quieras. Es verdad que hay ciertas palabras que, en este punto, tienen una fuerza especial para satisfacer al corazón-, tales son las aspiraciones tan abundantemente sembradas en los salmos de David, las diversas invocaciones del nombre de Jesús y las expresiones amorosas escritas en el Cantar de los Cantares. Los cánticos espirituales también sirven para este fin, con tal que se canten con atención.

Finalmente, así como los que están enamorados con un amor puramente humano y natural, tienen siempre fijos sus pensamientos en el ser querido, su corazón lleno de afectos para con él, su boca llena de sus alabanzas y, durante su ausencia, no pierden coyuntura de

manifestar su amor por cartas, y no encuentran árbol en cuya corteza no graben el nombre del ser amado; de la misma manera, los que aman a Dios no pueden dejar de pensar en Él, suspirar por Él, aspirar a Él, hablar de Él, y querrían, si posible fuese, imprimir sobre el pecho de todas las personas del mundo el santo y sagrado nombre de Jesús. Y a esto les invitan todas las cosas, y no hay criatura que no les anuncie las alabanzas de su amado, y, como dice San Agustín, sacándolo de San Antonio, todo cuanto hay en el mundo les habla un lenguaje mudo, pero muy inteligible, en alabanza de su amor; todas las cosas les inspiran buenos pensamientos, de los cuales nacen, después, muchos movimientos y aspiraciones hacia Dios. He aquí algunos ejemplos.

San Gregorio, obispo de Nacianzo, según refería él mismo a los fieles, mientras paseaba por la playa miraba cómo las olas se extendían sobre la arena y cómo dejaban conchas y caracoles marinos, hierbas pequeñas, ostras y otras parecidas menudencias, que el mar echaba, o, por mejor decir, escupía hacia fuera; después, otras olas volvían a engullir y a coger de nuevo una parte de aquello, mientras que las rocas de aquellos contornos permanecían firmes e inmóviles, por más que las aguas las azotasen fuertemente. Pues bien, acerca de esto tuvo este hermoso pensamiento, a saber, que los débiles, imitando a las conchas, a los caracoles y a las hierbas, ora se dejan llevar de la aflicción, ora de la consolación, hechos juguete de las olas y del vaivén de la fortuna, mientras que las almas fuertes permanecen firmes e inmóviles a toda clase de vientos, y estos pensamientos le hicieron repetir estas aspiraciones de David: « ¡ Oh Señor, sálvame, porque las aguas han entrado hasta mi alma! ¡ Oh Señor, líbrame del abismo de las aguas! Me he hundido hasta lo más profundo del mar y la tempestad me ha sumergido». Y es que entonces estaba afligido por la injusta usurpación que de su obispado había intentado Máximo.

San Fulgencio obispo de Ruspa, encontrándose en una asamblea general de la nobleza romana, a la que Teodorico, rey de los godos, arengaba, al ver el esplendor de tantos magnates, cada uno de los cuales asistía según su categoría, exclamó: « ¡ Oh Dios, qué hermosa debe ser la Jerusalén celestial, si acá abajo aparece tan brillante la Roma terrenal! Y, si, en este mundo, andan en medio de tantos esplendores los amadores de la vanidad, ¡qué gloria debe estar reservada, en el otro mundo, a los contempladores de la verdad!».

Se dice que San Anselmo, arzobispo de Canterbery, cuyo nacimiento ha honrado en gran manera a nuestras montañas, era admirable en esta práctica de los buenos pensamientos. Una liebre acosada por los perros corrió a refugiarse bajo el caballo de este santo prelado, que entonces iba de viaje, como a un refugio que le sugirió el inminente peligro de muerte; y los perros, ladrando alrededor, no se atrevían a violar la inmunidad del lugar, donde su presa se había refugiado; espectáculo verdaderamente extraordinario, que causaba risa a toda la comitiva, mientras el gran Anselmo, llorando y gimiendo, decía: « i Ah!, vosotros reís, pero el pobre animal no ríe; los enemigos del alma, perseguida y extraviada por los senderos tortuosos de toda clase de vicios, la acechaban en el trance de la muerte, para arrebatarla y devorarla, y ella, llena de miedo, busca por todas partes auxilio y refugio, y, si no lo encuentra, sus enemigos se burlan y se ríen». Y, dicho esto, se alejó suspirando.

Constantino el Grande honró a San Antonio, escribiéndole, cosa que dejó admirados a los religiosos que estaban a su alrededor, a los cuales dijo: « ¿ Por qué os admiráis de que un

rey escriba a un hombre? Admirad más bien que el Dios eterno haya escrito su ley a los mortales, y más aún que les haya hablado de tú a tú, en la persona de su Hijo».

San Francisco al ver a una oveja sola, en medio de un rebaño de cabras: «Mira -dijo a su compañero-, qué mansa está esta ovejita entre todas las cabras: También Nuestro Señor andaba manso y humilde entre los fariseos». Y, al ver, en otra, ocasión, a un corderito devorado por un cerdo: « i Ah, corderito-exclamó-, cómo me recuerdas al vivo la muerte de mi Salvador!»

Este gran personaje de nuestros tiempos, Francisco de Borja, cuando todavía era duque de Gandía e iba de caza, se entretenía en mil devotos pensamientos: «Me maravillaba -decía después él mismo-, de cómo los halcones vuelven a la mano, se dejan tapar los ojos y atar a la percha, y los hombres son tan rebeldes a la voz de Dios».

El gran San Basilio dice que la rosa entre las espinas sugiere esta reflexión a los hombres: «Lo más agradable de este mundo, ¡oh mortales!, anda mezclado de tristeza; nada hay que sea enteramente puro: el dolor siempre acompaña a la alegría, la viudez al matrimonio, el trabajo a la fertilidad, la ignominia a la gloria, la injuria a los honores, el tedio a las delicias y la enfermedad a la salud. La rosa-dice este personaje-, es una flor, pero me causa una gran tristeza, porque me recuerda el pecado, por el cual la tierra ha sido condenada a producir espinas».

Una alma devota, al ver un riachuelo y al contemplar en él el cielo reflejado con sus estrellas, en una noche serena, decía: « ¡ Oh, Dios mío!, estas mismas estrellas estarán bajo tus pies, cuando me hayas recibido en tus santos tabernáculos; y, así como las estrellas se reflejaban en la tierra, así también los hombres de la tierra están reflejados en el cielo, en la fuente viva de la caridad divina».

Otro, al ver la corriente de un río, exclamaba: «Mi alma jamás tendrá reposo hasta que se haya abismado en el mar de la Divinidad, que es su origen». Y San Francisco, mientras contemplaba un hermoso riachuelo, en cuya orilla se había arrodillado, para orar, fue arrebatado en éxtasis y repetía muchas veces estas palabras: «La gracia de mi Dios se desliza dulce y suavemente como este pequeño riachuelo».

Otro, al ver cómo florecían los árboles, suspiraba: « ¿ Por qué soy yo el único que no florezco en el jardín de la Iglesia?» Otro, al ver los polluelos cobijados bajo su madre: « ¡ Oh Señor! -decía-, guárdanos bajo la sombra de tus alas». Otro, al ver el girasol, preguntaba. «¿Cuándo será, mi Dios, que mi alma seguirá los atractivos de tu bondad?» Y, al contemplar los pensamientos del jardín, hermosos a la vista, pero sin perfume, decía: « ¡ Ah! así son mis pensamientos, hermosos en la forma, pero sin fruto».

He aquí, mi Filotea, cómo se sacan los buenos pensamientos y las santas inspiraciones de ;as cosas que se nos ofrecen, en medio de la variedad de esta vida mortal. Desgraciados los que alejan a las criaturas del Creador, para convertirlas en instrumento de pecado; bienaventurados los que se sirven de ellas para la gloria de su Creador y hacen que su vanidad redunde en honor de la verdad. «Ciertamente -dice San Gregorio Nacianzeno-, me he acostumbrado a referir todas las cosas a mi provecho espiritual». Lee el epitafio que

escribió San Jerónimo acerca de Santa Paula, porque es bella cosa ver cómo todo él está lleno de santas inspiraciones y pensamientos que ella hacía en todas las ocasiones.

Pues bien, en este ejercicio del retiro espiritual y de las oraciones jaculatorias estriba la gran obra de la devoción. Este ejercicio puede suplir el defecto de todas las demás oraciones, pero su falta no puede ser reparada por ningún otro medio. Sin él, no se puede practicar bien la vida contemplativa, ni tampoco, cual conviene, la vida activa; sin él, el descanso es ociosidad, y el trabajo, estorbo. Por esta causa te recomiendo muy encarecidamente que lo abraces con todo el corazón, sin apartarte jamás de él.

CAPÍTULO XIV

DE LA SANTA MISA Y CÓMO SE HA DE OÍR

1. Todavía no te he hablado del sol de las prácticas espírituales, que es el santísimo, sagrado y muy excelso sacrificio y sacramento de la Misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable, que comprende el abismo de la caridad divina, y por el cual Dios, uniéndose realmente a nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores.

2. La oración, hecha en unión de este divino sacrificio, tiene una fuerza indecible, de suerte, Filotea, que, por él, el alma abunda en celestiales favores, porque se apoya en su Amado, el cual la llena tanto de perfumes y suavidades espirituales, que la hace semejante a una columna de humo de leña aromática, de mirra, de incienso y de todas las esencias olorosas, como se dice en el Cantar de los Cantares.

3. Haz, pues, todos los esfuerzos posibles, para asistir todos los días a la santa Misa, con el fin de ofrecer.. con el sacerdote, el sacrificio de tu Redentor a Dios, su Padre, por ti y por toda la Iglesia. Los ángeles, como dice San Juan Crisóstomo, siempre están allí presentes, en gran número, para honrar este santo misterio; y nosotros, juntándonos a ellos y con la misma intención, forzosamente hemos de recibir muchas influencias favorables de esta compañía. Los coros de la Iglesia militante, se unen y se juntan con Nuestro Señor, en este divino acto, para cautivar en Él, con Él y por Él, el corazón de Dios Padre, y para hacer enteramente nuestra su misericordia. ¡ Qué dicha para el alma aportar devotamente sus afectos para un bien tan precioso y deseable!

4. Si forzosamente obligada, no puedes asistir a la celebración de este augusto sacrificio, con una presencia real, es menester que, a lo menos' lleves allí tu corazón, para asistir de una manera espiritual. A cualquiera hora de la mañana ve a la iglesia en espíritu, si no puedes ir de otra manera; une tu intención a la de todos los cristianos, y, en el lugar donde te encuentres, haz los mismos actos interiores que harías, si estuvieses realmente presente a la celebración de la santa Misa en alguna iglesia.

5. Ahora bien, para oír, real o mentalmente, la santa Misa, cual conviene: 1.º Desde que llegas, hasta que el sacerdote ha subido al altar, haz la preparación juntamente con él, la cual consiste en ponerte en la presencia de Dios, en reconocer tu indignidad y en pedir perdón por tus pecados, 2º Desde que el sacerdote sube al altar hasta el Evangelio,

considera la venida y la vida de Nuestro Señor en este mundo, con una sencilla y general consideración. 3º Desde el Evangelio hasta después del Credo, considera la predicación de nuestro Salvador, promete querer vivir y morir en la fe y en la obediencia de su santa palabra y en la unión de la santa Iglesia católica. 4º Desde el Credo hasta el Pater Noster, aplica tu corazón a los misterios de la muerte y pasión de nuestro Redentor, que están actual y esencialmente representados en este sacrificio, el cual, juntamente con el sacerdote y el pueblo, ofrecerás a Dios Padre, por su honor y por tu salvación. 5º Desde el Pater Noster hasta la comunión, esfuérzate en hacer brotar de tu corazón mil deseos, anhelando ardientemente por estar para siempre abrazada y unida a nuestro Salvador con un amor eterno. 6º Desde la comunión hasta el fin, da gracias a su divina Majestad por su pasión y por el amor que te manifiesta en este santo sacrificio, conjurándole por éste, que siempre te sea propicio, lo mismo a ti que a tus padres, a tus amigos y a toda la Iglesia, y, humillándote con todo tu corazón recibe devotamente la bendición divina que Nuestro Señor te da por conducto del celebrante.

Pero, si, durante la Misa, quieres meditar los misterios que hayas escogido para considerar cada día, no será necesario que te distraigas en hacer actos particulares, sino que bastará que, al comienzo, dirijas tu intención a querer adorar a Dios y ofrecerle este sacrificio por el ejercicio de tu meditación u oración, pues en toda meditación se encuentran estos mismos actos o expresa, o tácita o virtualmente.

CAPÍTULO XV

DE OTROS EJERCICIOS PÚBLICOS Y EN COMÚN

Además de esto, Filotea, los domingos y días de fiesta, asistirás al oficio de las Horas y de las Vísperas, si puedes buenamente; porque estos días están dedicados a Dios, y han de hacerse más actos en honor y gloria suya, que los demás días. Si así lo hicieres, sentirás mil dulzuras de devoción, como le ocurría a San Agustín, el cual afirma en sus confesiones que, al oír los divinos oficios, en los comienzos de su conversión, se derretía su corazón de suavidad y se arrasaban sus ojos de lágrimas de piedad. Aparte (para decirlo de una vez por todas) de que se siente más consuelo en los ejercicios públicos de la Iglesia, que en los actos particulares, pues Dios ha dispuesto que la comunidad sea preferible a cualesquiera singularidades.

Entra de buen grado en las cofradías del lugar donde resides, especialmente en aquellas cuyos ejercicios producen más fruto de edificación; porque, en esto, practicarás una especie de obediencia muy agradable a Dios, pues si bien no está mandado el ingreso en las cofradías, no obstante está muy recomendado por la Iglesia, la cual, para demostrar que es su deseo el que muchos se alisten en ellas, concede indulgencias y otros privilegios a los cofrades. Además, siempre es cosa muy caritativa concurrir y cooperar a los buenos intentos de otros. Y, aunque pueda darse el caso de que alguno haga, en particular, los mismos actos de piedad que, en las cofradías, se hacen en común, y aunque encuentre más gusto en hacerlos privadamente, Dios, empero, es más glorificado en la unión de nuestras buenas obras con las de nuestros hermanos.

Lo mismo digo de toda clase de preces y devociones públicas, a las cuales, en la medida de lo posible, hemos de aportar nuestro buen ejemplo, para la edificación del prójimo, y nuestro celo por la gloria de Dios y por las intenciones de la comunidad.

CAPÍTULO XVI

QUE ES MENESTER HONRAR E INVOCAR A LOS SANTOS

Puesto que, con mucha frecuencia, nos envía Dios sus inspiraciones, por medio de sus ángeles, también nosotros hemos de hacer llegar a Él nuestras aspiraciones por el mismo camino. Las almas santas de los difuntos, que están en el paraíso con los ángeles, y que, como dice Nuestro Señor, son iguales y semejantes a los ángeles, desempeñan el mismo oficio: el de inspirarnos y el de suspirar por nosotros con sus santas oraciones. Filotea, unamos nuestros corazones a estos celestiales espíritus y almas bienaventuradas, y, así como los pequeños ruiseñores aprenden a cantar de los que son mayores, de la misma manera, por la sagrada amistad que entablaremos con los santos, sabremos orar y cantar mejor las divinas alabanzas: «Cantaré salmos -decía David-en presencia de los ángeles>.

Honra, venera y reverencia, de un modo especial, a la sagrada y gloriosa Virgen María: ella es la Madre de nuestro Padre, que está en los cielos y, por consiguiente, es nuestra gran Madre. Acudamos, pues, a ella y, como hijitos suyos, lancémonos a su regazo con una perfecta confianza; en todo momento y en todas las ocasiones, acudamos a esta Madre, invoquemos su amor maternal, procuremos imitar sus virtudes y tengamos para con ella un verdadero corazón de hijo.

Familiarízate mucho con los ángeles; contémplalos con frecuencia, invisiblemente presentes en tu vida, y, sobre todo, estima y venera el de la diócesis a la cual perteneces, a los de las personas con quienes convives, y, especialmente, al tuyo; suplícales con frecuencia, alábales siempre y sírvete de su ayuda y auxilio en todos los negocios, espirituales y temporales, para que cooperen a tus intenciones .

El gran Pedro Fabro, primer sacerdote, primer predicador, primer lector de teología de la Compañía de Jesús y primer compañero de San Ignacio, fundador de la misma, al regresar de Alemanía, donde había prestado grandes servicios a la gloria de Nuestro Señor, pasó por esta diócesis, lugar de su nacimiento, y contó que, habiendo atravesado muchas regiones de herejes, había recibido mil consuelos, por haber saludado, al llegar a cada parroquia, a sus ángeles protectores, y había experimentado sensiblemente que éstos le habían sido propicios, en su defensa contra las asechanzas de los herejes y le habían ayudado a amansar a muchas almas y a hacerles dóciles a la doctrina de salvación. Y decía esto con tanto entusiasmo, que una señora, entonces joven, que se lo oyó referir, le explicaba hace sólo cuatro años, es decir, sesenta años después, muy emocionada. El año pasado, tuve el consuelo de consagrar un altar en el mismo lugar donde Dios hizo nacer a este santo varón, en el pueblo de Villaret, dentro de nuestras más escarpadas montañas.

Elige algunos santos particulares, cuya vida puedas saborear e imitar mejor, y en cuya intercesión tengas una especial confianza; el santo de tu nombre te ha sido señalado ya desde el Bautismo.

CAPITULO XVII

COMO SE HA DE ESCUCHAR Y LEER LA PALABRA DE DIOS

Seas devota de la palabra de Dios. Tanto si la escuchas en las conversaciones familiares con tus amigos espirituales, como si la escuchas en el sermón, hazlo siempre con atención y reverencia; saca de ella provecho, y no permitas que caiga en tierra, sino recíbela en tu corazón, como un bálsamo precioso, a imitación de la Santísima Virgen, que guardaba cuidadosamente en el suyo todas las palabras que se decían en alabanza de su Hijo. Y recuerda que Nuestro Señor recoge las palabras que nosotros le dirigimos en nuestras plegarias, a proporción de como nosotros recogemos las que Él nos dice por medio de la predicación.

Ten siempre cerca de ti, algún libro de devoción, como lo son los de San Buenaventura, Gerson, Dionisio, Cartusiano, Luis de Blo,is, Granada, Estella, Arias, Pinelli, La Puente, Ávila, el Combate espiritual, las Confesiones de San Agustín, las cartas de San Jerónimo, y otros semejantes; y cada día lee un fragmento, con gran devoción, como si leyeses cartas enviadas a ti por los santos, desde el cielo, para enseñarte el camino y alentarte a llegar a él.

Lee también las historias y las vidas de los santos, en las cuales, como en un espejo, contemplarás la imagen de la vida cristiana, y ajusta sus actos a tu aprovechamiento, según tu profesión. Porque, aunque muchos actos de los santos no son absolutamente imitables por los que viven en medio del mundo, todos, empero, pueden ser seguidos de cerca o de lejos. La soledad de San Pablo, primer ermitaño, puede ser imitada en tus retiros espirituales o reales, de los cuales hablaremos y hemos tratado más arriba; la extremada pobreza de San Francisco puede ser imitada mediante las prácticas de pobreza que indicaremos después, y así de las demás virtudes. Es verdad que hay ciertas historias que dan más luz que otras, para la dirección de nuestra conducta, como la vida de Santa Teresa de Jesús, la cual es admirable en este aspecto; las vidas de los primeros jesuitas, la de San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán; la de San Luis, la de San Bernardo, las Crónicas de San Francisco, y otras semejantes. Otras hay, en las cuales se encuentra más materia de admiración que de imitación, como la de Santa María Egipciaca, la de San Simeón Estilita, las de las dos santas Catalinas, de Sena y de Génova, de Santa Agueda, y otras por el estilo, que no dejan, no obstante, de producir, en general, un grato gusto de santo amor de Dios.

CAPÍTULO XVIII

COMO SE HAN DE RECIBIR LAS INSPIRACIONES

Entendemos por inspiraciones todos los atractivos, movimientos, reconvenciones y remordimientos interiores, luces y conocimientos que recibimos de Dios, el cual previene nuestro corazón con sus bendiciones, con cuidado y amor paternal, para despertarnos, excitarnos, empujarnos y atraernos a las santas virtudes, al amor celestial, a los buenos propósitos, en una palabra, a todo lo que nos encamina hacia nuestro bien eterno. Es lo que el Esposo entiende por llamar a la puerta y hablar al corazón de la Esposa, despertarla cuando duerme, llamarla y reclamarla cuando está ausente, invitarla a gustar la miel y a

coger las manzanas y las flores de su jardín y a cantar y hacer resonar su dulce voz en sus oídos.

Para ajustar perfectamente un casamiento, se requieren tres actos de parte de la doncella que quiere casarse: porque, primeramente, se le propone el partido; en segundo lugar acepta la propuesta, y finalmente, consiente. Asimismo, Dios, cuando quiere hacer en nosotros, por nosotros y con nosotros un acto de gran caridad, primero nos lo propone por medio de sus inspiraciones; después nosotros lo aceptamos, y, por último, consentimos en él; porque, así como para descender hasta el pecado, hay que pasar por tres grados; la tentación, la delectación y el consentimiento, de la misma manera, hay tres para subir hasta la virtud: la inspiración, que es contraria a la tentación; la delectación en la inspiración, que es contraria al deleite en la tentación, y el consentimiento en la inspiración, que es contrario al consentimiento en la tentación.

Aunque la inspiración se prolongase durante todo el tiempo de nuestra vida no seríamos, sin embargo, agradables a Dios, si no nos deleitásemos en ella; al contrario: su divina Majestad ::>e ofendería, como se ofendió contra los israelitas, con los cuales, como Él mismo nos lo dice, estuvo por espacio de cuarenta años exhortándoles a que se convirtiesen, sin que jamás hubiesen querido saber nada de ello, por lo que juró, en su ira, que no entrarían en el lugar de su reposo. Así, el galán que hubiese estado, durante mucho tiempo, haciendo la corte a una doncella, quedaría después muy ofendido, si ella no quisiera saber nada del casamiento.

El placer que encontramos en las inspiraciones nos acerca mucho a la gloria de Dios, con lo que ya comenzamos a ser agradables a la divina Majestad, pues, aunque esta complacencia no sea un verdadero consentimiento, es una cierta disposición. Y, si es muy buena señal y cosa muy útil complacerse en oír la palabra de Dios, que es como una inspiración interior, es también cosa buena y agradable a Dios complacerse en la inspiración interior; ésta es aquella complacencia de la cual habla la Esposa, cuando dice: «Mi alma se ha derretido de gozo, cuando ha hallado a mi muy amado». Así, el galán está muy contento de la damisela a quien sirve, cuando ve que es correspondido y que ella se complace en su servicio.

Finalmente, es el consentimiento el que perfecciona el acto virtuoso, porque, si estando inspirados y habiéndonos complacido en la inspiración, no obstante negamos a Dios el consentimiento, somos en gran manera desagradecidos y hacemos gran agravio a su divina Majestad, pues entonces parece que es mayor el desprecio. Esto es lo que ocurrió a la Esposa, pues, aunque la voz del amado estremeció su corazón de santa alegría, no obstante no le abrió la puerta, sino que se excusó con un frívolo pretexto, lo cual dio lugar a que el Esposo se indignase justamente y, pasando de largo, la dejase. Así el galán, que, después de haber suspirado mucho por una joven y de haberle prestado agradables servicios, se viese al fin rechazado y despreciado, tendría muchos más motivos de disgusto que si su requerimiento no hubiese sido aceptado y correspondido. Resuélvete, pues, Filotea, a aceptar con todo el afecto todas las inspiraciones que a Dios pluguiere enviarte, y, cuando las sientas, recíbelas como mensajeras del Rey celestial, que desea desposarse contigo. Escucha de buen grado sus propuestas; considera el amor con que te las ha inspirado y fomenta la santa inspiración. Consiente, pero con un consentimiento pleno, amoroso y constante, a la santa inspiración, porque, de esta manera, Dios, a quien no puedes obligar,

se tendrá por muy obligado a tu afecto. Pero antes de consentir en las inspiraciones de cosas importantes y extraordinarias, aconséjate, para no ser engañada, con tu confesor, a fin de que 61 examine si la inspiración es falsa o verdadera; pues ocurre que el enemigo, cuando ve un alma pronta en dar consentimiento a las inspiraciones, le sugiere, con frecuencia, cosas falsas, para engañarla, lo cual nunca podrá lograr mientras ella obedezca con humildad al director.

Una vez dado el consentimiento, es menester procurar, con mucha diligencia, llevar a la práctica y ejecutar la inspiración, en lo cual consiste la perfección de la verdadera virtud; porque tener el consentimiento en el corazón sin realizarlo, sería lo mismo que plantar una viña sin querer que diese fruto.

Ahora bien, para ello es muy útil el «ejercicio del cristiano» de la mañana y el retiro espiritual, de que hemos hablado más arriba, pues, de esta manera, nos preparamos para hacer el bien, con una preparación, no sólo general, sino, además, particular.

CAPÍTULO XIX

DE LA SANTA CONFESIÓN

Nuestro Salvador ha dejado a su Iglesia el sacramento de la Penitencia y la confesión para que en él nos purifiquemos de nuestras iniquidades, siempre que por ellas seamos mancillados. No permitas, pues, Filotea, que tu corazón permanezca mucho tiempo manchado por el pecado, pues tienes un remedio tan a mano y tan fácil. La leona que se ha acercado al leopardo, corre presto a lavarse, para sacar de sí el mal olor que este contacto ha dejado en ella, a fin de que, cuando llegue el león no se sienta, por ello, ofendido e irritado; el alma que ha consentido en el pecado ha de tener horror de sí misma y ha de lavarse cuanto antes, por el respeto que debe a la divina Majestad, que le está mirando. ¿Por qué pues, hemos de morir de muerte espiritual, teniendo, como tenemos, un remedio tan excelente?

Confiésate devota y humildemente cada ocho días, aunque la conciencia no te acuse de ningún pecado mortal; de esta manera, en la confesión, no sólo recibirás la absolución de los pecados veniales que confieses, sino también una gran fuerza para evitarlos en adelante, una gran luz para saberlos conocer bien y una gracia abundante para reparar todas las pérdidas por ellos ocasionados. Practicarás la virtud de la humildad, de ¡a obediencia, de la simplicidad y de la caridad, y, en este solo acto de la confesión, practicarás más virtudes que en otro alguno.

Ten siempre un verdadero disgusto por los pecados confesados, por pequeños que sean, y haz un firme propósito de enmendarte en adelante. Muchos confiesan los pecados veniales por costumbre y como por cumplimiento, sin pensar para nada en su enmienda, por lo que andan, durante toda su vida, bajo el peso de los mismos, y, de esta manera, pierden muchos bienes y muchas ventajas espirituales. Luego, si confiesas que has mentido aunque sea sin daño de nadie, o que has dicho alguna palabra descompuesta, o que has jugado demasiado, arrepiéntete y haz el propósito de enmendarte; porque es un abuso confesar un pecado

mortal o venial sin querer purificarse de él, pues la confesión no ha sido instituida más que para esto.

No hagas tan sólo ciertas acusaciones superfluas, que muchos hacen por rutina: no he amado a Dios como debía; no he rezado con la debida devoción; no he amado al prójimo cual conviene; no he recibido los sacramentos con la reverencia que se requiere, y otras cosas parecidas. La razón es, porque, diciendo esto, nada dices, en concreto, que pueda dar a conocer a tu confesor el estado de tu conciencia, pues todos los santos del cielo y todos los hombres de la tierra podrían decir lo mismo, si se confesaran. Examina, pues, de qué cosas, en particular, hayas de acusarte, y, cuando las hubieres descubierto, acúsate de las faltas cometidas, con sencillez e ingenuidad. Te acusas, por ejemplo, de que no has amado al prójimo como debías; ¿lo haces porque has encontrado un pobre necesitado, al cual podías socorrer y consolar, y no has hecho caso de él? Pues bien, acúsate de esta particularidad y di: he visto un pobre necesitado, y no lo he socorrido como podía, por negligencia, o por dureza de corazón, o por menosprecio, según conozcas cuál sea el motivo del pecado. Asimismo, - no te acuses, en general, de no haberte encomendado a Dios con la devoción que debías; sino que, si has tenido distracciones voluntarias o no has tenido cuidado en elegir el lugar, el tiempo y la compostura requerida para estar atento en la oración, acúsate de ello sencillamente, según sea la falta, sin andar con vaguedades, que nada importan en la confesión.

No te limites a decir los pecados veniales en cuanto al hecho; antes bien, acúsate del motivo que te ha inducido a cometerlos. No te contentes con decir que has mentido sin dañar a nadie; di si lo has hecho por vanagloria, para excusarte o alabarte, en broma o por terquedad. Si has pecado en las diversiones, di si te has dejado llevar del placer en la conversación, y así de otras cosas. Di si has persistido mucho en la falta, pues, generalmente, la duración acrecienta el pecado, porque es mucha la diferencia entre una vanidad pasajera, que se habrá colado en nuestro espíritu por espacio de un cuarto de hora, y aquella en la cual se habrá recreado nuestro corazón, durante uno, dos o tres días. Por lo tanto, conviene decir el hecho, el motivo y la duración de los pecados, pues, aunque, ordinariamente, no tenemos la obligación de ser tan meticulosos en la declaración de los pecados veniales, ni nadie está obligado a confesarlos, no obstante, los que quieren purificar bien sus almas, para llegar más fácilmente a la santa devoción, han de ser muy diligentes en dar a conocer al médico espiritual el mal, por pequeño que sea, del cual desean ser curados.

No dejes de decir nada de lo que sea conveniente para dar a conocer la calidad de la ofensa, como el motivo por el cual te has puesto airada o por el cual has permitido que alguna persona perseverase en su vicio. Por ejemplo, un hombre que me es antipático me dice en broma, alguna ligereza; yo lo llevo a mal y me pongo airada; en cambio, si otro, con quien simpatizo, me dice algo peor, lo recibiré bien. No me olvidaré, pues, de decir: he pronunciado algunas palabras airadas contra una persona, porque me ha enojado por una cosa que me ha dicho, mas no por la clase de palabras, sino porque me es antipática. Y, si es necesario particularizar las frases que hubieses dicho, para explicarte mejor, harás bien en decirlas, porque, acusándote ingenuamente, no sólo descubres los pecados cometidos, sino también las malas inclinaciones, las costumbres, los hábitos y las demás raíces del pecado, con lo que el padre espiritual adquiere un conocimiento más perfecto del corazón

que trata y de los remedios que necesita. Conviene, empero, en cuanto sea posible, no descubrir la persona que haya cooperado a tu pecado.

Vigila sobre una infinidad de pecados que, con mucha frecuencia, viven y se enseñorean insensiblemente de la conciencia, porque así los confesarás mejor y te purificarás de ellos; con este objeto, lee atentamente los capítulos vi, xxvII, XXVIII, XXIX, XXXV y XXXVI de la tercera parte y el capítulo vIII de la cuarta parte.

No cambies fácilmente de confesor, sino, una vez hayas elegido uno, continúa dándole cuenta de conciencia, los días destinados a ello, confesándole ingenua y francamente los pecados que hubieres cometido, y, de vez en cuando, por ejemplo cada mes, o cada dos meses, dale también cuenta del estado de tus inclinaciones, aunque no te hayan inducido a pecado, como si te sientes atormentado por la tristeza o por el tedio, o si te dejas dominar por la alegría, por los deseos de adquirir riquezas o por otras parecidas inclinaciones.

CAPÍTULO XX

DE LA COMUNIÓN FRECUENTE

Se cuenta de Mitrídates, rey del Ponto, que, habiendo inventado el «mitrídato», de tal manera reforzó con él su cuerpo, que como hubiese intentado más tarde suicidarse, para no caer en la servidumbre de los romanos, nunca pudo lograrlo. El Salvador ha instituido el augustísimo sacramento de la Eucaristía, que contiene realmente su carne y su sangre, para que quien le coma viva eternamente; por esta causa, el que usa de él con frecuencia y con devoción, de tal manera robustece la salud y la vida de su alma, que es casi imposible que sea envenenado por ninguna clase de malos efectos. Es imposible alimentarse de esta carne y vivir con afectos de muerte. Porque, así como los hombres del paraíso terrenal podían no morir, por la fuerza de aquel fruto de vida que Dios había puesto allí, de la misma manera pueden no morir espiritualmente, por la virtud de este sacramento de vida. Si los frutos más tiernos y más sujetos a la corrupción, como las cerezas, los albaricoques y las fresas, fácilmente se conservan todo el año confitados con azúcar y con miel, no es de maravillar que nuestros corazones, aunque flacos y miserables, sean preservados de la corrupción del pecado, cuando están azucarados y dulcificados con la carne y la sangre del Rijo de Dios. ¡Oh Filotea! los cristianos que serán condenados no sabrán qué responder, cuando el imparcial Juez les haga ver que, por su culpa, han muerto espiritualmente, siendo así que era una cosa muy sencilla conservar IP vida y la salud, con sólo comer su Cuerpo, que Él les había dado con este fin: «Miserables -les dirá-, ¿por qué habéis muerto, habiéndoos mandado comer del fruto y del manjar de vida?»

«En cuanto a recibir la comunión eucarística todos los días, ni lo alabo ni la repruebo; en cuanto a comulgar a lo menos todos los domingos, lo aconsejo y exhorto a todos a que lo hagan, con tal que el alma esté libre de todo afecto al pecado». Así habla San Agustín, por lo cual no alabo ni vitupero absolutamente el que se comulgue diariamente, sino que lo dejo a la discreción del padre espiritual de cada uno, ya que, siendo menester las disposiciones debidas para la comunión frecuente, no es posible dar un consejo general; y, como que estas disposiciones pueden encontrarse en muchas almas, no sería acertado aconsejar de una manera absoluta el alejamiento y la abstención de la comunión diaria, pues es una

cuestión que se ha de resolver teniendo en cuenta el estado interior de cada uno en particular. Sería imprudente aconsejar a todos indistintamente esta práctica; pero seria igualmente imprudente censurar a los que la siguen, sobre todo si obran aconsejados por algún digno director. Fue muy graciosa le respuesta de Santa Catalina de Sena, a la cual, mientras hablaba de la comunión frecuente, le opusieron que San Agustín no alababa ni vituperaba el comulgar cada día: «Pues bien-replicó ella-, puesto que San Agustín no lo reprueba, os ruego que tampoco lo reprobéis vosotros, y esto me basta».

Filotea, has visto cómo San Agustín exhorta y aconseja que no se deje de comulgar cada domingo; hazlo siempre que te sea posible. Puesto que, como creo, no tienes ningún afecto al pecado mortal, ni tampoco al pecado venial, ya estás en la verdadera disposición que San Agustín exige, y aún en una disposición más excelente, pues ni siquiera tienes afecto al pecado; por lo tanto, cuando le parezca bien a tu padre espiritual, podrás comulgar, con provecho, más de una vez cada semana.

Es posible, empero, que sobrevengan algunos impedimentos,. no precisamente de tu parte, sino de parte de aquellos con quienes convives, impedimentos que, en alguna ocasión, pueden aconsejar a un. director prudente el que te diga que no comulgues con tanta frecuencia. Por ejemplo, si estás sujeto a alguien, y las personas a las cuales debes obediencia y sujeción están tan poco instruidas, o están tan pegadas a su parecer, que se inquietan o enojan al ver que comulgas con tanta frecuencia, quizás, bien consideradas todas las cosas será mejor condescender un poco con su debilidad y comulgar menos. Pero esto únicamente se entiende del caso en el cual la dificultad no pueda ser superada de otra manera. Mas, como quiera que esto no se puede precisar de una manera general, será conveniente atenerse, en cada caso a lo que diga el padre espiritual. Lo que puedo asegurarte es que no pueden distar mucho unas de las otras las comuniones de los que quieren servir devotamente a Dios.

Si eres prudente, no habrá ni padre, ni esposa, ni marido, que te impida comulgar frecuentemente; porque el ir a comulgar no será ningún estorbo para el cumplimiento de los deberes propios de tu condición; más aún, como que, comulgando, serás cada día más dulce y más amable con ellos y no les negarás ningún servicio, no habrá por qué temer que se opongan a la práctica de este ejercicio, que no les acarreará ninguna molestia, a no ser que obren movidos por un espíritu en extremo quisquilloso e incomprensivo; en este caso, el director, como ya te lo he dicho, te aconsejará cierta condescendencia.

Es conveniente, ahora, decir cuatro palabras a los casados. En la Ley antigua, no era cosa bien vista que los acreedores exigiesen el pago de las deudas en día festivo, pero aquella Ley nunca reprobó que los deudores cumpliesen sus obligaciones y pagasen a los que lo exigían. En cuanto a los derechos conyugales, si bien es de alabar la moderación, no es pecado hacer uso de los mismos los días de comunión, y el pagarlos no sólo no es reprobable, sino que es justo y meritorio. Así, pues, nadie que tenga obligación de comulgar se ha de privar de la comunión a causa de las relaciones conyugales. En la primitiva Iglesia, los cristianos comulgaban cada día, aunque estuviesen casados y tuviesen fruto de bendición; por esto te he dicho que la comunión frecuente no ocasiona ninguna molestia ni a los padres, ni a las esposas, ni a los maridos con tal que el alma que comulga sea prudente

y discreta. En cuanto a las enfermedades corporales, ninguna puede ser legítimo obstáculo para esta santa participación, a no ser que provocase con mucha frecuencia el vómito.

Para comulgar con frecuencia basta con estar libre de pecado mortal y tener un recto deseo de hacerlo. Siempre, empero, es mejor que pidas el parecer al padre espiritual.

CAPÍTULO XXI

COMO SE HA DE COMULGAR

La noche anterior, comienza a prepararte para la Sagrada Comunión, con muchas aspiraciones y deseos amorosos, y acuéstate a la hora conveniente, para que puedas levantarte temprano. Y, si, durante la noche te despiertas, llena enseguida tu corazón o tu boca de palabras olorosas, con las cuales sea tu alma perfumada para recibir al Esposo, el cual, en vela, mientras tú duermes, se prepara para traerte mil gracias y favores, si tú, por tu parte, estás en disposición de recibirlos. Por la mañana, levántate con gran alegría, por la bienaventuranza que esperas, y una vez confesada, ve con gran confianza, mas también con gran humildad, a recibir este pan celestial, que te alimenta para la inmortalidad. Y, después que hubieres dicho estas palabras: «Señor, yo no soy digna», no muevas más la cabeza ni los labios, ni para rezar ni para suspirar, sino que, abriendo con suavidad la boca y levantando lo necesario la cabeza, para que el sacerdote pueda ver lo que hace, recibe, llena de fe, de esperanza y de caridad, a Aquel, en el cual, por el cual y para el cual, crees, esperas y amas. ¡Oh Filotea! imagínate que, así como la abeja, después de haber chupado de las flores el rocío del cielo y el néctar más exquisito de la tierra, y, después de haberlo convertido en miel, lo lleva a su panal, de la misma manera, el sacerdote, después de haber tomado del altar el Salvador del mundo, verdadero Hijo de Dios, que, como rocío, desciende del cielo, y verdadero Hijo de la Virgen, que, corno una flor, ha brotado de la tierra de nuestra humanidad, lo pone, como manjar de suavidad, en tu boca y en tu corazón. Una vez lo hayas recibido, mueve tu corazón a rendir homenaje a este Rey Salvador; habla con Él de tus interioridades, contémplalo dentro de ti, donde ha entrado para tu felicidad; finalmente, hazle tan buena acogida como puedas y pórtate de manera que, en todos los actos, se conozca que Dios está en ti.

Pero, cuando no puedas tener el gozo de comulgar realmente en la santa Misa, comulga, a lo menos, de corazón y en espíritu, uniéndote, con fervoroso deseo, a esta carne vivificadora del Salvador.

Tu gran anhelo, en la comunión, ha de ser avanzar, robustecerte y consolarte en el amor de Dios, ya que por amor, debes recibir al que, sólo por amor, se da a ti. No, el Salvador no puede ser considerado en una acción ni más amorosa ni más tierna que ésta, en la cual podemos afirmar que se anonada y convierte en manjar, para penetrar en nuestras almas y unirse íntimamente al corazón y al cuerpo de sus fieles.

Si los mundanos te preguntan por qué comulgas con tanta frecuencia, diles que lo haces para aprender a amar a Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para consolarte en sus aflicciones, para apoyarte en tus debilidades. Diles que son dos las clases de personas que han de comulgar con frecuencia: las perfectas, porque, estando bien dispuestas, faltarían, si

no se acercasen al manantial y a la fuente de perfección, y las imperfectas, precisamente para que puedan aspirar a ella; las fuertes, para no enflaquecer, y las débiles, para robustecerse; las enfermas, para sanar, y las que gozan de salud, para no caer enfermas; y tú, como imperfecta, débil y enferma, tienes necesidad de unirte, con frecuencia, con tu perfección, con tu fuerza y con tu médico. Diles que los que no están muy atareados han de comulgar con frecuencia, porque tienen tiempo para ello, y que los que tienen mucho trabajo también, porque lo necesitan, pues los que trabajan mucho y andan cargados de penas, han de tomar manjares sólidos y frecuentes. Diles que recibes el Santísimo Sacramento para aprender a recibirlo bien, porque no se hace bien lo que no se hace con frecuencia.

Filotea, comulga mucho, tanto cuanto puedas, con el parecer de tu padre espiritual; y, créeme, las liebres de nuestras montañas, en invierno, se vuelven blancas porque no ven ni comen más que nieve; y tú, a fuerza de adorar y comer la belleza, la bondad y la pureza misma, en este divino Sacramento, llegarás a ser toda hermosa, toda buena y toda pura.

TERCERA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

Muchos avisos sobre el ejercicio de las virtudes

CAPÍTULO I

DE LA ELECCIÓN QUE CONVIENE HACER EN CUANTO AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES

El rey de las abejas nunca penetra en los campos si no va rodeado de su pequeño pueblo, y la caridad nunca entra en un corazón si no lleva consigo todo el séquito de las demás virtudes, a las que ejercita y hace trabajar, como un capitán a sus soldados; pero no las pone en acción ni súbitamente, ni de la misma manera, ni siempre, ni en todas partes. El justo es «como el árbol plantado junto a la corriente de las aguas' que lleva su fruto a su tiempo», porque la caridad, al rociar una alma, produce en ella las obras de virtud, y cada una a su debido tiempo. «La música -dice el Proverbio-, es inoportuna en un duelo». Muchos padecen de un defecto, a saber, que cuando emprenden la práctica de una virtud particular, se obstinan en hacer actos de la misma en toda clase de ocasiones, y, como aquellos antiguos filósofos, quieren o siempre reír o siempre llorar; y aun se conducen peor cuando censuran o critican a los que no practican siempre aquellas mismas virtudes tal como ellos lo hacen. «Hay que alegrarse con los que están alegres y llorar con los que lloran», dice el Apóstol, y «la caridad es paciente, benigna», generosa, prudente, condescendiente.

Hay, no obstante, algunas virtudes que tienen un alcance casi universal, que no han de hacer sus actos aisladamente, sino que han de derramar sus cualidades sobre los actos de las demás virtudes. No son muy frecuentes las ocasiones de practicar la fortaleza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la dulzura, la templanza, la honestidad y la humildad son unas virtudes que han de informar todas las acciones de nuestra vida. Hay virtudes más excelentes que éstas: el uso, empero, de éstas es más necesario. El azúcar es más excelente

que la sal; pero el uso de la sal es más frecuente y más general. Por esta causa, es conveniente tener siempre dispuesta una buena provisión de esas virtudes generales, pues es menester servirse de ellas casi continuamente.

Entre los ejercicios de las virtudes, hemos de escoger el que cuadre mejor con nuestro cargo, y no el que es más conforme a nuestro gusto. Santa Paula sentía mucho placer en las asperezas de las mortificaciones corporales, para gozar más fácilmente de las dulzuras espirituales, pero mayor era el deber de obediencia a sus superiores, por lo cual reconoce San Jerónimo que era merecedora de reprensión, porque, contra el parecer de su obispo, hacía abstinencias inmoderadas. Por el contrario, los apóstoles, encargados de predicar el Evangelio por todo el mundo y de distribuir el pan del cielo a las almas, creyeron, muy acertadamente, que habrían obrado mal si se hubiesen distraído de este santo ejercicio para practicar la virtud de socorrer a los pobres, aunque esta virtud sea muy excelente. Cada vocación tiene necesidad de practicar alguna especial virtud: unas son las virtudes del prelado, otras las del príncipe, otras las del soldado, otras las de una mujer casada, otras las de una viuda; y, aunque todos han de tener todas las virtudes, no todos, empero, las han de practicar igualmente, sino que cada uno ha de ejercitarse, particularmente, en aquellas que exige el género de vida a que ha sido llamado.

Entre las virtudes que no afectan a nuestros deberes particulares, hemos de preferir las más excelentes a las más vistosas. Los cometas nos parecen, por lo regular, mayores que las estrellas, y, aparentemente, lo son; no obstante, ni en grandeza ni en calidad pueden compararse con ellas; nos parecen mayores únicamente porque están más cerca de nosotros, y en un medio más denso, comparado con el de las estrellas. De la misma manera, hay ciertas virtudes que, por estar más cerca de nosotros, porque son sensibles, y por decirlo así, materiales, son muy apreciadas y siempre preferidas por el vulgo, el cual tiene en más la limosna material que la espiritual, el cilicio, el ayuno, el despojo, la disciplina y las mortificaciones del cuerpo, que la dulzura, la benignidad, la molestia y otras mortificaciones del corazón, que, no obstante, son mucho más excelentes. Escoge, pues, Filotea, las virtudes mejores y no las más apreciadas; las más excelentes y no las más vistosas, las más buenas y no las de más relumbrón.

Es muy útil que cada uno elija un ejercicio particular de alguna virtud, no para olvidar las demás, sino para tener el espíritu más ajustadamente ordenado y ocupado. Una hermosa doncella, más resplandeciente que el sol, regiamente adornada y embellecida y coronada de olivo, se apareció a San Juan, obispo de Alejandría, y le dijo: «Yo soy la hija del gran rey; si tú puedes tenerme por amiga, te conduciré a su presencia». Entendió el santo cue era la misericordia con los pobres lo que Dios le recomendaba, y, en adelante, se consagró totalmente al ejercicio de esta virtud, por lo que, en todas partes, se le llamaba San Juan el Limosnero. Eulogio Alejandrino, deseando hacer algún particular servicio a Dios, y no sintiéndose bastante fuerte ni para emprender la vida solitaria, ni para ponerse bajo la obediencia de otro, cogió en su casa a un pobre todo él lleno de lepra y deshecho, para ejercitar la caridad y la mortificación, y para practicarlo más dignamente, hizo voto de honrarle, tratarle y servirle como un criado a su amo y señor. Tentados el leproso y Eulogio de separarse el uno del otro, consultaron al gran San Antonio, el cual les dijo: «Guardaos, hijos míos, de separaros, porque teniendo ambos muy cerca vuestro fin, si el ángel no os encuentra juntos, correréis gran peligro de perder vuestras coronas».

El rey San Luis visitaba, como por voto, los hospitales, y servía a los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba, sobre todo, la pobreza, a la que llamaba su dama; Santo Domingo se entregó a la predicación, de la cual tomó el nombre su Orden. A San Gregorio el Grande le gustaba tratar con delicadeza a los peregrinos, a ejemplo del gran Abralián, y, como éste hospedó al Rey de la gloria, bajo la forma de un peregrino. Tobías practicaba la caridad enterrando a los difuntos; santa Isabel, a pesar de ser tan gran princesa, amaba mucho la propia abyección; Santa Catalina de Génova habiendo quedado viuda, se consagró al servicio del hospital. Cuenta Casiano que una devota doncella, que deseaba ser ejercitada en la virtud de la paciencia, acudió a San Atanasio, el cual, para complacerla, le envió una pobre viuda malhumorada, irascible, quejumbrosa e insoportable, la cual, regañando siempre a esta devota joven, le dio ocasión de practicar dignamente la dulzura y la condescendencia.

Así, entre los siervos de Dios, unos se consagran al servicio de los enfermos, otros a socorrer a los pobres, otros a enseñar la doctrina cristiana a los niños, otros a guiar a las almas perdidas y extraviadas, otros a cuidar de las iglesias y a adornar los altares, y otros a fomentar la concordia y la paz entre los hombres. Imitan, en esto, a los bordadores, los cuales, sobre diversos fondos, combinan, con hermosa variedad, las sedas, el oro y la plata para hacer toda clase de flores; así, estas almas piadosas que emprenden algún ejercicio particular de devoción, se sirven de él, como de un fondo, para su bordado espiritual, sobre el cual practican la variedad de todas las demás virtudes, y tienen, de esta manera, sus acciones y afectos muy unidos y ordenados, porque los relacionan con su ejercicio principal, y así hacen que sea más hermosa su alma, con su vistoso tejido de oro ataviada, y con todas las filigranas bien bordada.

Cuando somos combatidos por algún vicio, es preciso, en la medida de lo posible, emprender la práctica de la virtud contraria, haciendo que todas las demás cooperen, pues así venceremos a nuestro enemigo y no dejaremos de avanzar en todas las virtudes.

Si me siento combatido por el orgullo o por la ira, será menester que, en todas las cosas, me incline y me doblegue del lado de la humildad y de la mansedumbre, y que, hacia este fin, enderece los demás ejercicios de la oración, de los sacramentos, de la prudencia, de la constancia, de la sobriedad. Porque así como los jabalíes para afilar sus defensas, las frotan y afirman con los demás dientes, los cuales, a su vez, quedan con ello muy finos y cortantes, así el hombre virtuoso, después de haber cometido la empresa de perfeccionarse en la virtud que le es más necesaria para su defensa, la ha de pulir y limar con el ejercicio de las demás virtudes, las cuales, a la vez afilan aquélla, se hacen ellas mismas más excelentes y perfectas, como le ocurrió a Job, que, al practicar, de un modo especial, la paciencia, contra las tentaciones que le acometieron, se hizo santo y virtuoso en toda suerte de virtudes. Y aún ha ocurrido que, como dice San Gregorío Nacianceno, por un solo acto de virtud, practicado con perfección, una persona ha llegado a la cumbre de la santidad, y pone como ejemplo Rahab, el cual, por haber practicado de una manera perfecta la hospitalidad, llegó a una gloria suprema; pero esto se entiende de cuando el acto se hace de una manera excelente, con gran fervor y caridad.

CAPÍTULO II

CONTINUACIÓN DEL MISMO RAZONAMIENTO SOBRE LA ELECCIÓN DE LAS VIRTUDES

Dice muy bien San Agustín que los que comienzan a ejercitarse en la devoción cometen ciertas faltas, que, si atendemos al rigor de las leyes de la perfección, han de ser castigadas, pero que, no obstante, son loables por el buen presagio que revelan de una futura excelencia en la piedad, para la cual incluso sirven de disposición. Aquel servil y vulgar temor que engendran los excesivos escrúpulos en las almas recién salidas del camino del pecado, es una virtud recomendable en los que comienzan, y augurio seguro de una futura pureza de conciencia; pero este mismo temor sería vituperable en los que están muy adelantados, en cuyo corazón ha de reinar el amor, que, poco a poco, aleja esta clase de temor servil.

San Bernardo era, al principio, muy riguroso y muy áspero con los que se acogían a su dirección, a los cuales decía, sin preámbulos, que habían de dejar el cuerpo e ir a él solamente con el espíritu. Cuando oía sus confesiones, reprendía con una severidad extraordinaria toda suerte de faltas, por pequeñas que fuesen, y de tal manera movía a los pobres principiantes hacia la perfección, que, a fuerza de empujarlos, más bien los alejaba de ella; porque perdían el ánimo y el aliento al sentirse con tanta violencia arrastrados por una subida tan alta y tan empinada. Como ves, Filotea, era el celo ardentísimo de una perfecta pureza lo que inducía a aquel gran santo a seguir este método, y aquel celo era una gran virtud, pero virtud que no dejaba de ser reprensible. Por esto, el mismo Dios, por medio de una sagrada aparición, le corrigió, y derramó sobre su alma un espíritu dulce, suave, amable y delicado, merced al cual, fue todo otro, se acusó de haber sido tan exigente y severo, y llegó a ser tan afable y condescendiente con cada uno, que se hizo «todo» a todos para ganarlos a todos.

San Jerónimo, después de haber referido que Santa Paula, su amada hija espiritual, era, no sólo excesiva, sino pertinaz en sus mortificaciones, de suerte que no quería someterse a la orden en contra que su obispo, San Epifanio, le había dado en este punto, y que, además de esto, de tal manera se dejaba dominar por la tristeza, cuando moría alguno de los suyos, que siempre estaba en peligro de muerte, añade: «Dirán que, en lugar de escribir las alabanzas de esta santa, escribo las censuras y vituperios. Pongo por testigo a Jesús, a quien ella ha servido, y al cual yo quiero servir, que no miento, ni por exceso ni por defecto, sino que escribo ingenuamente lo que ella es, como un cristiano debe escribir de una cristiana, es decir, que escribo la historia, y no un panegírico, y que sus vicios son las virtudes de los demás». Quiere decir que las imperfecciones y los defectos de Santa Paula, serían virtudes en un alma menos perfecta, como, en efecto, hay actos que son considerados como imperfecciones en los que son perfectos, los cuales actos serían tenidos como grandes perfecciones en los que son imperfectos. Es muy buena señal, en un enfermo, la hinchazón de las piernas durante su convalecencia, porque ella revela que la naturaleza, al ser reforzada, elimina los malos humores, que en ella están de más; pero esta misma señal sería mala, en quien no estuviese enfermo, porque denotarla que la naturaleza no tiene la fuerza suficiente para hacer desaparecer y resolver los humores. Filotea, hemos de tener buen concepto de aquellos que practican las virtudes, aunque sea con imperfecciones, pues los

mismos santos las practicaron, con frecuencia, de esta manera; pero, en cuanto a nosotros, hemos de tener cuidado de practicarlas, no sólo con fidelidad, sino también con prudencia, y, con este objeto, hemos de observar con todo rigor la advertencia del Sabio: «no estribes en tu propia prudencia», sino en la de aquellos que Dios nos ha dado por directores.

Hay muchas cosas que se toman por virtudes y que no lo son en manera alguna. Acerca de ellas quiero decirte cuatro palabras: tales son los éxtasis, los arrobamientos, las insensibilidades, las uniones deificadas, las elevaciones, las transformaciones y otras perfecciones por el estilo, de que tratan algunos libros, los cuales ofrecen elevar al alma hasta la contemplación puramente intelectual, a la aplicación esencial del espíritu y a la vida supereminente. Pues bien, Filotea, estas perfecciones no son virtudes, sino más bien recompensas que Dios otorga por las virtudes, o, mejor aún, una muestra de los goces de la vida futura, que alguna vez se concede a los hombres, para hacerles desear su total posesión, que sólo se encuentra en el cielo. Por lo mismo, no hay que aspirar a estas gracias, pues no son, en manera alguna, necesarias para servir bien y amar a Dios, lo cual ha de ser nuestro único anhelo. Además, con mucha frecuencia, son gracias que no podemos alcanzar con nuestro esfuerzo y trabajo, ya que más bien son pasiones que acciones, que podemos recibir, pero no producir en nosotros. Añado que no nos hemos de proponer otra cosa que llegar a ser personas de bien, devotas, hombres piadosos, mujeres piadosas; en esto, pues, hemos de trabajar; y si Dios quiere elevarnos a estas perfecciones angélicas, también seremos buenos ángeles; pero, entretanto, ejercitémonos sencilla, humilde y devotamente en las pequeñas virtudes, cuya adquisición ha propuesto Nuestro Señor a nuestro esfuerzo y trabajo; como la paciencia, la bondad, la mortificación del corazón, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la amabilidad con el prójimo, el sufrir sus imperfecciones, la diligencia, el santo fervor.

Dejemos, pues, de buen grado, las sublimidades a las almas muy encumbradas: nosotros no merecemos un lugar tan alto en el servicio de Dios; dichosos seremos, si le servimos en la cocina, en la despensa, de lacayos, de mozos de cuerda, de camareros; es cosa de su incumbencia, si le parece bien llamarnos a su cámara y a su consejo privado. Sí, Filotea, porque este Rey de la gloria, no recompensa a sus servidores según la dignidad del cargo que ocupan, sino según el amor y la humildad con que los desempeñan. Saúl, mientras iba en busca de los asnos de su padre, encontró el reino de Israel; Rebeca, mientras daba de beber a los camellos de Abrahán, llegó a ser esposa de su hijo; Rut, cogiendo espigas, detrás de los segadores de Booz, y recostándose a sus pies, fue llamada a su lado y fue hecha esposa suya. Ciertamente, las pretensiones muy elevadas de cosas extraordinarias están, en gran manera, expuestas a ilusiones, engaños y falsedades, y ocurre algunas veces que los que se imaginan ser ángeles, no son ni siquiera hombres de bien, y que, en realidad, hay más grandeza en las palabras y en los términos que emplean, que en el sentimiento y en las obras. No obstante, nada hemos de despreciar ni censurar temerariamente, sino que, sin dejar de bendecir a Dios por el encumbramiento de los demás, permanezcamos humildemente en nuestro camino, más bajo, pero más seguro, menos excelente, pero más de acuerdo con nuestra insuficiencia y pequeñez, y, si perseveramos humilde y fielmente en él, Dios nos levantará a grandezas más sublimes.

CAPÍTULO III

DE LA PACIENCIA

«Es menester que tengáis paciencia, para que, cumpliendo la voluntad,, de Dios, alcancéis su promesa», dice el Apóstol. Sí, porque, como había dicho el Salvador, «en vuestra paciencia, poseeréis vuestras almas». Este es el gran bien del hombre, Filotea: poseer su alma; y, conforme es más perfecta nuestra paciencia, más perfectamente también poseemos nuestras almas. Recuerda, con frecuencia, que Nuestro Señor nos ha salvado sufriendo y aguantando, y que, así mismo, nosotros hemos de conseguir nuestra salvación con los sufrimientos y aflicciones, aguantando las injurias, contradicciones y penas, con toda la suavidad que nos sea posible.

No limites tu paciencia a tal o cual clase de injurias y de aflicciones, sino extiéndela universalmente a todas las que Dios te envíe o permita que te sobrevengan. Algunos hay que sólo quieren sufrir las tribulaciones que son honrosas, como, por ejemplo, ser heridos o caer prisioneros en la guerra, ser maltratados a causa de su fe, empobrecerse por algún pleito después de haberlo ganado; mas éstos no aman la tribulación, sino la honra que acarrea. El verdadero paciente y siervo de Dios, de la misma manera sufre las tribulaciones vinculadas a la ignominia, que las honrosas. Ser despreciado, reprendido y acusado por los malos, no es sino dulzura para un hombre de carácter; pero ser reprendido, acusado y maltratado por las personas de bien, por los amigos, por los padres, he aquí donde está el mérito. Es más digna de estima la mansedumbre con que San Carlos Borromeo soportó, durante mucho tiempo, las públicas reprensiones que un gran pecador, de una Orden extremadamente reformada, lanzaba contra él desde los púlpitos, que la paciencia con que toleró los ataques de todos los demás. Porque, así como las picaduras de abejas escuecen más que las de las moscas, así el daño que recibimos de las personas buenas y la contradicción de que éstas nos hacen objeto, son más insoportables que las de los demás, y ocurre, con frecuencia, que dos hombres de bien, llenos de buena intención, con motivo de diversidad de opiniones, se causan mutuamente grandes contradicciones y persecuciones.

Seas paciente, no sólo en lo más grande y principal de las aflicciones que te sobrevengan, sino también en lo accesorio y accidental que de ellas se deriva. Muchos querrían soportar algún mal, pero sin sentir la molestia. «Poco me importaría, dice uno, haberme empobrecido, si no fuese porque esto me privará de servir a mis amigos, de educar a mis hijos y de vivir de una manera honrosa, según quisiera». Y otro dirá: «Yo no me apuraría, si no fuese porque el mundo creerá que esto ha ocurrido por mi culpa». Otro fácilmente se conformaría con paciencia, que hablasen mal de él, con tal que nadie creyese al calumniador. Otros quisieran sufrir algunas molestias del mal, pero no todas; no se impacientan, dicen, porque están enfermos, sino porque no tienen recursos para hacerse cuidar, o bien por las molestias que causan a los que les rodean. Mas yo digo, Filotea, que hay que tener paciencia, no sólo para estar enfermo, sino también para tener la enfermedad que Dios quiere, donde quiere, entre las personas que quiere y con las incomodidades que quiere, y así de todas las otras tribulaciones.

Cuando te sobrevenga algún mal, procura combatirlo, según la voluntad de Dios, porque obrar de otra manera sería tentar a su divina Majestad; pero, después, espera con entera

resignación el resultado que Dios permita. Si Él quiere que los remedios venzan al mal, le darás las gracias con humildad; pero, si le place que el mal sea más fuerte que los remedios, bendícelo también con paciencia. Soy del parecer de San Gregorio: si eres acusada justamente, por alguna culpa que hayas cometido, humíllate mucho, reconócete merecedora de la acusación que contra ti se ha hecho. Si la acusación es falsa, excúsate con dulzura, negando que seas culpable, porque te obliga a ello la reverencia a la verdad y la edificación del prójimo; pero, si después de tu verdadera y legítima excusa, persiste la acusación, no te perturbes en manera alguna, ni te esfuerces en hacer aceptar tus razones, porque, una vez hayas cumplido tu deber con la verdad, has de cumplirlo con la humildad.

Quéjate tan poco como puedas de las injurias que te hagan, porque es cosa cierta que, ordinariamente, el que suele quejarse peca, porque el amor propio siempre exagera las injurias; pero, sobre todo, no te lamentes en presencia de personas inclinadas a indignarse y a pensar mal. Y, si fuese conveniente desahogarte con alguien, ya para poner remedio a la ofensa, ya para calmar tu espíritu, hazlo con almas tranquilas y que amen mucho a Dios, porque de otra manera, en lugar de dar descanso a tu corazón, provocarán mayores inquietudes; en lugar de arrancar la espina que te hiere, la clavarán más fuertemente en tu pie.

Muchos, cuando están enfermos, o cuando han sido afligidos o agraviados por alguien, se guardan mucho de quejarse y de mostrarse resentidos, porque les parece (y es cierto) que esto denota evidentemente una gran falta de energía y de generosidad; pero desean, en gran manera, y buscan, con mil rodeos, que todos les compadezcan, que tengan mucha lástima de ellos y que se les considere, no solamente afligidos, sino también pacientes y animosos. Claro está que esto es paciencia, pero es una paciencia falsa, la cual bien considerada, no es más que una muy delicada y muy fina ambición y vanidad: «Estos tienen gloria -dice el Apóstol---, pero no delante de Dios». El verdadero paciente no se queja del mal, ni desea que le compadezcan; habla de él con ingenuidad, verdad y sencillez, sin lamentarse, sin quejarse, sin exagerar, y, si le compadecen, lo tolera pacientemente, a no ser que le compadezcan de un mal que no tiene; porque, entonces, declara modesta-rente que no padece mal, y, si lo tiene, permanece con aire tranquilo entre la verdad y la paciencia, reconociéndolo, pero sin quejarse.

En las contradicciones que sobrevendrán en el ejercicio de la devoción (porque no faltarán), acuérdate de las palabras de Nuestro Señor: «La mujer, cuando está de parto padece grandes angustias; pero, al ver a su hijo nacido, las olvida, porque ha dado un hombre al mundo>. Tú has concebido en tu alma al más digno hijo del mundo, que es Jesucristo. Antes de que se forme del todo, forzosamente sentirás angustias: pero ten valor, porque, una vez pasados estos sufrimientos, te -quedará el gozo eterno de haber dado a luz un tal hombre; Él permanecerá enteramente formado en tu corazón y en tus obras por la imitación de su vida.

Cuando estés enferma, ofrece todos tus dolores, penas, y angustias al servicio de Nuestro Señor, y suplícale que los una a los tormentos que sufrió por ti. Obedece al médico: toma los medicamentos, los alimentos y los otros remedios por amor de Dios y acuérdate de la hiel que tomó por amor nuestro. Desea curarte para servirle; pero no rehúses agravarte para obedecerle, y disponte a morir, si así le place, para alabarle y gozarle. Acuérdate de que las

abejas, cuando fabrican la miel, viven y se alimentan de cosas muy amargas y que, de la misma manera, nosotros nunca podemos hacer actos de mayor dulzura y paciencia, ni arreglar mejor la miel de las más excelentes virtudes, que comiendo el pan de amargura y viviendo de angustias. Y, así como la miel extraída de la flor del tomillo, hierba pequeña y amarga, es la mejor de todas, así la virtud, que se ejercita en las amarguras de las más viles, bajas y abyectas tribulaciones, es la más excelente de todas.

Contempla, con frecuencia, con los ojos interiores, a Jesucristo crucificado, despojado, blasfemado, calumniado, abandonado, y, finalmente, saturado de toda clase de angustias, de tristezas y de trabajos, y considera que todos tus sufrimientos, ni en calidad, ni en cantidad, no pueden, en manera alguna, compararse con los suyos, y que jamás padecerás tú por Él cosa alguna, que equivalga a lo que Él ha sufrido por ti. Considera las penas que sufrieron los mártires y las que sufren tantas personas, más graves, sin comparación, que las que a ti te afligen, y di: « ¡ Ah, Señor!, mis trabajos son consuelos y mis penas son rosas, comparadas con las de aquellas personas que viven en una muerte continua, sin socorro, sin asistencia, sin alivio, cargadas de aflicciones infinitamente mayores».

CAPÍTULO IV

DE LA HUMILDAD EXTERIOR

«Pide prestado -dijo Eliseo a una pobre viuda- y toma muchas jarras vacías y llénalas de aceite». Para recibir la gracia de Dios en nuestros corazones, es menester tenerlos vacíos de nuestra propia gloria. El cernícalo, chillando y mirando de prisa las aves, las espanta, por una propiedad y virtud secreta que tiene; por esto las palomas lo aprecian más que a todas las otras aves y viven seguras cerca de él. Así la humildad ahuyenta a Satanás, y, por esto, todos los santos, y, particularmente el Rey de los santos y su Madre, siempre han honrado y amado esta digna virtud más que ninguna otra entre todas las virtudes morales.

Dicen que es vana la gloria que el hombre se da a sí mismo, o porque no está en nosotros, o porque está en nosotros, pero no es nuestra; o porque está en nosotros y es nuestra, pero no merece la pena de que nos gloriemos de ella. La nobleza del linaje, el favor de los magnates, el aura popular, son cosas que no están en nosotros, sino en nuestros antepasados. Algunos se muestran orgullosos y arrogantes, porque cabalgan sobre un bravo corcel, o porque llevan un penacho de plumas en su sombrero, o porque visten lujosamente; mas, ¿quién no ve que esto es una locura? Porque, si en estas cosas hay gloria, ésta pertenece al caballo, al ave o al sastre; y ¿qué mezquindad no supone tomar prestada la estima a un caballo, a unas plumas o a unos adornos? Otros presumen y se contemplan por unos bigotes muy afilados, por una barba bien cortada, por unos cabellos ondulados, porque tienen las manos finas, porque saben bailar, jugar y cantar; pero, ¿no supone mucha pobreza de carácter el querer aumentar el propio valer y acrecentar la propia reputación con cosas tan frívolas y vanas? Otros, por un poco de ciencia que poseen, quieren ser honrados y respetados de todos, como si todos hubiesen de ir a su escuela y tenerlos por maestros; por esto les llaman pedantes. Otros se pavonean, al considerar su hermosura, y creen que todo el mundo les hace la corte. Todo esto es extremadamente vano, necio e impertinente, y la gloria, que estas cosas tan frívolas reportan, se llama vana, estúpida, frívola.

El bien verdadero se conoce como el verdadero bálsamo; el bálsamo se prueba echándolo al agua; si va al fondo y queda debajo, señal es de que es más fino y de más precio. Así, para conocer si un hombre es de verdad prudente, sabio, generoso, noble, se ha de ver si estas virtudes tienden a la humildad, a la modestia y a la sumisión, porque entonces son verdaderos bienes; pero, si sobrenadan y quieren aparecer, serán bienes tanto menos verdaderos, cuanto más aparentes. Las perlas que se forman o se crían en medio de los vientos y del ruido de los truenos sólo tienen la corteza de perlas y están vacías de substancia; así también las virtudes y las buenas cualidades de los hombres, forjadas y alimentadas en el orgullo, en la soberbia y en la vanidad, no tienen sino una apariencia de bien y carecen de substancia, de meollo y de solidez.

Los honores, las categorías y las dignidades son -como el azafrán, que se hace mejor y más abundante, cuanto es más pisoteado. Cuando el hombre se contempla pierde el honor de la belleza; la hermosura, para ser graciosa, ha de ser descuidada; la ciencia nos deshonra, cuando nos hincha y cuando degenera en pedantería. Si somos exigentes en lo que se refiere a las categorías, a las procedencias, a los títulos, además de exponer nuestras cualidades al examen, a la discusión y a la contradicción, las envilecemos y las hacemos despreciables, porque el honor, que es una gran cosa cuando es recibido como un don, degenera cuando es exigido, buscado o mendigado. Cuando el pavo real se hincha, para verse, y levanta sus hermosas plumas, se eriza, y muestra por todas partes lo que tiene de poco honroso; las flores, que plantadas en tierra son bellas, se marchitan si son manoseadas. Y, así como aquellos que huelen la mandrágora de lejos y como de paso, perciben mucha suavidad, pero si la huelen de cerca y durante mucho rato, e adormecen y enferman, así los honores comunican un dulce consuelo al que los huele a distancia y a la ligera, sin entretenerse ni pararse en ello; pero los que se aficionan y se recrean en ellos son en gran manera dignos de censura y vituperio.

El deseo y el amor de la virtud comienza a hacernos virtuosos; pero el deseo y el amor de los honores comienza a hacernos despreciables y vituperables. Los espíritus nobles no se entretienen en estas pequeñeces de lugares, de honores, de reverencias; tienen otras cosas en qué ocuparse; esto es propio de espíritus frívolos. El que puede tener perlas no se carga de conchas, y los que aspiran a la virtud no se desviven por los honores. Claro está que todos pueden permanecer en su categoría y mantenerse en ella, sin faltar a la humildad; pero esto se ha de hacer con descuido y sin exigencias, porque, así como los que vienen del Perú, además de oro y plata traen monos y papagayos, porque son baratos y no pesan mucho en la nave; asimismo los que aspiran a la virtud, han de mantenerse en la categoría y en los honores que les corresponden, con tal, empero, que esto no sea a costa de demasiados cuidados y atenciones, ni nos llene de turbaciones o inquietudes, ni sea causa de disensiones o riñas. No hablo de aquellos cuya dignidad es pública, ni de ciertas circunstancias particulares de las que pueden seguirse notables consecuencias, porque, en esto, es menester que cada uno conserve lo que le pertenece, pero con una prudencia y discreción que esté hermanada con la caridad y la cortesía.

CAPÍTULO V

DE LA HUMILDAD MÁS INTERIOR

Pero tú, Filotea, deseas que te conduzca más adelante por el camino de la humildad, pues todo lo que te he dicho es más bien prudencia que humildad; ahora, pues, iremos más allá. Muchos no quieren ni se atreven a pensar y a considerar las gracias que Dios les ha hecho en particular, temerosos de sentir vanagloria y complacencia, en lo cual, ciertamente, se engañan, porque, corno dice el gran Doctor Angélico, el verdadero medio para alcanzar el amor de Dios, es la consideración de sus beneficios; cuanto más los conozcamos, más le amaremos; y como que los beneficios particulares mueven más que los comunes, deben ser considerados con más atención.

A la verdad, nada Puede humillarnos tanto delante de la misericordia de Dios como la consideración de sus beneficios, ni nada puede humillarnos tanto delante de su justicia como la multitud de nuestros pecados. Consideremos lo que Él ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho contra Él, y, así como pensamos minuciosamente en nuestros pecados, pensemos también minuciosamente en sus gracias. No hemos de temer que lo que Dios ha puesto de bueno en nosotros nos hinche, mientras tengamos bien presente esta verdad: que nada de cuanto hay en nosotros es nuestro. ¡Ah, Señor! ¿Dejan los mulos de ser animales pesados y mal olientes, por el hecho de llevar a cuestas los muebles preciosos y perfumados del príncipe? ¿Qué tenemos de bueno, que no hayamos recibido? Y, si lo hemos recibido, ¿por qué nos hemos de ensoberbecer? Al contrario, la consideración viva de las gracias recibidas nos humilla, pues el conocimiento engendra el reconocimiento. Pero, si, al recordar las gracias que Dios nos ha hecho, nos halaga cierta vanidad, el remedio infalible será acudir a la consideración del nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones, de nuestras miserias. Si meditamos lo que hemos hecho cuando Dios no ha estado con nosotros, harto veremos que lo que hemos practicado cuando ha estado con nosotros no es según nuestra manera de ser ni de nuestra propia cosecha; mucho nos alegraremos ciertamente de poseerlo, pero no glorificaremos por ello más que a Dios, porque Él es el único autor. Así la Santísima Virgen confiesa que Dios ha hecho en ella cosas grandes, pero lo reconoce únicamente para humillarse y glorificar a Dios:«Mi alma, dice, glorifica al Señor, porque ha hecho en mí cosas grandes».

Decimos muchas veces que no somos nada, que somos la misma miseria y el desecho del mundo, pero mucho nos dolería que alguien hiciese suyas nuestras palabras y anduviese diciendo de nosotros lo que somos. Al contrario, hacemos como quien huye y se esconde, para que vayan en pos de nosotros y nos busquen: fingimos que queremos ser los últimos y que queremos ocupar el postrer lugar en la mesa, pero con el fin de pasar honrosamente al primero. La verdadera humildad no toma el aire de tal y no dice muchas palabras humildes, porque no sólo desea ocultar las otras virtudes, sino también y principalmente desea ocultarse ella misma, y, si le fuese lícito mentir, fingir o escandalizar al prójimo, haría actos de arrogancia y de soberbia, para esconderse y vivir totalmente desconocida y a cubierto.

He aquí, pues, mi consejo, Filotea: o no digamos palabras de humildad, o digámoslas con un verdadero sentimiento interior, de acuerdo con lo que pronunciamos exteriormente; no bajemos nunca nuestros ojos, si no es humillando nuestro corazón; no aparentemos que

deseamos ser los últimos, si no lo queremos ser de verdad. Conceptúo tan general esta regla, que no hago ninguna excepción, únicamente añado que, a veces, exige la cortesía que demos la preferencia a aquellos que evidentemente no la tendrían, pero esto no es ni doblez ni falsa humildad, porque entonces el solo ofrecimiento del lugar preferente es un comienzo de honor, y, puesto que no es posible darlo todo entero, no es ningún mal darles su comienzo. Lo mismo digo de algunas palabras de honor o de respeto, que, en rigor, no parecen verdaderas, pero lo son, con tal que el corazón de aquel que las pronuncia tenga intención de honrar y respetar a aquel a quien las dice; porque, aunque ciertas palabras signifiquen con algún exceso lo que decimos, no faltamos, al decirlas, cuando la costumbre lo requiere. Es verdad que, además de esto, quisiera yo que nuestras palabras se ajustasen, en la medida de lo posible, a nuestros afectos, para practicar siempre, en todo, la humildad y el candor del corazón. El hombre humilde preferirá que otro diga de él que es miserable, que no es nada, que no vale nada, a decirlo él de sí mismo; o, a lo menos, cuando sepa que lo dicen, procurará no desvanecerlo, y consentirá en ello de buen grado; porque, puesto que él así lo cree firmemente, está contento de que los demás sean del mismo parecer.

Muchos dicen que dejan la oración mental para los perfectos, porque no son dignos de ella; otros dicen que no se atreven a comulgar con frecuencia, porque no se sienten lo bastante puros; otros añaden que a causa de su miseria y fragilidad, temen deshonrar la devoción si la practican; otros se niegan a emplear sus talentos en el servicio de Dios, porque, según afirman, conocen su flaqueza y tienen miedo de ensoberbecerse si son instrumentos de algún bien, y temen quedarse a obscuras, mientras iluminan a los demás. Todas estas cosas no son sino artificios y una especie de humildad no solamente falsa, sino además, maligna, con la cual pretenden, tácita y sutilmente, desacreditar las cosas de Dios, o, a lo menos, cubrir, con la capa de humildad el amor propio que hay en su parecer, en su carácter y en su indolencia. «Pide al Señor una señal de lo alto de los cielos o de lo profundo del mar», dijo el Profeta al desdichado Acaz, y él respondió: «No la pediré ni tentaré al Señor». *¡Oh, el malvado! Finge una gran reverencia a Dios, y, con el pretexto de humildad, se excusa de aspirar a la gracia, a la cual le invita la divina bondad. Pero, ¿quién no ve que, cuando Dios quiere hacernos mercedes, es orgulloso el rehusarlas?; ¿que los dones de Dios nos obligan a aceptarlos y que la humildad consiste en obedecer y en seguir tan de cerca, como es posible, sus deseos? Pues bien, el deseo de Dios es que seamos perfectos, uniéndonos a Él e imitándole cuanto podamos. El orgulloso que se fía de sí mismo, tiene mucha razón cuando no quiere emprender nada; pero el humilde es tanto más animoso, cuanto más impotente se reconoce, y, cuanto más miserable se considera, tanto más valiente es, porque tiene puesta toda su confianza en Dios, que se complace en hacer resplandecer su omnipotencia en nuestra debilidad y levantar su misericordia sobre el pedestal de nuestra miseria. Conviene, pues, que nos atrevamos humilde y santamente a hacer todo lo que aquellos que dirigen a nuestra alma creen conforme con nuestro aprovechamiento.

Pensar que sabemos lo que ignoramos, es una necedad evidente; querer sentar plaza de sabios, en lo que no conocemos, es una vanidad intolerable; en cuanto a mí, no quisiera hacer el sabio en lo que sé, ni tampoco hacer el ignorante. Cuando la caridad lo exige, se ha de comunicar sinceramente y con dulzura al prójimo, no sólo lo que necesita para su instrucción, sino también lo que le es útil para su consuelo; porque la humildad que esconde y encubre las virtudes, para conservarlas, las hace, no obstante, aparecer, cuando la caridad lo exige, para aumentarlas, engrandecerlas y perfeccionarlas. En esto, se parece a aquel

árbol de la isla de Tilos, que, por la noche, oprime y mantiene cerradas sus bellas flores rojas, y no las abre hasta que sale el sol, de manera que los habitantes de aquella región dicen que estas flores duermen de noche. Asimismo, la humildad cubre y oculta todas nuestras virtudes y perfecciones humanas, y nunca las deja entrever, si no es obligada por la caridad, la cual, siendo, como es, una virtud no humana, sino celestial, no moral, sino divina, es el verdadero sol de todas las virtudes, sobre las cuales siempre ha de dominar, por lo que la humildad que daña a la caridad es indudablemente falsa.

Yo no quiero ni hacer el necio ni hacer el sabio, porque si la humildad me impide hacer el sabio, la simplicidad y la sinceridad me impiden hacer el necio; y, si la vanidad es contraria a la humildad, el artificio, la afectación y la ficción son contrarias a la simplicidad y a la sinceridad. Y, si algunos siervos de Dios se han fingido locos, para hacerse más abyectos a los ojos del mundo, es menester admirarles, pero no imitarles, pues ellos han tenido motivos para llegar a estos excesos, los cuales son tan particulares y extraordinarios, que nadie ha de sacar de ello consecuencias para sí. Y, en cuanto a David, si bien danzó y saltó delante del Arca de la Alianza algo más de lo que convenía a su condición, no lo hizo porque quisiera parecer loco, sino que, sencillamente, y sin artificio, hizo aquellos movimientos exteriores, en consonancia con la extraordinaria y desmesurada alegría que sentía en su corazón. Es verdad que, cuando Micol, su esposa, se lo echó en cara, como si fuese una locura, él no se afligió al verse humillado, sino que, perseverando en la ingenua y verdadera demostración de su gozo, dio testimonio de que estaba contento de recibir un poco de oprobio por su Dios. Por lo tanto, te digo que, si por los actos de una verdadera e ingenua devoción, te tienen por vil, abyecta o loca, la humildad hará que te alegres de este feliz oprobio, la causa del cual no serás tú, sino los que te lo infieran.

CAPÍTULO VI

QUE LA HUMILDAD HACE QUE AMEMOS NUESTRA PROPIA ABYECCIÓN

Voy más lejos, Filotea, y te digo que, en todo y por todo, ames tu propia abyección. Pero me dirás: ¿qué significa esto: ama tu propia abyección? En latín, abyección quiere decir humildad, y humildad quiere decir abyección, de manera que, cuando Nuestra Señora, en su sagrado cántico, dice: «porque el Señor ha visto la humildad de su sierva, todas las generaciones me llamarán bienaventurada », quiere decir que el Señor ha visto de buen grado su abyección, vileza y bajeza, para colmarla de gracias y favores. Con todo hay mucha diferencia entre la virtud de la humildad y la abyección, porque la abyección es la pequeñez, la bajeza y la vileza que hay entre nosotros, sin que nosotros pensemos en ello; pero la virtud de la humildad es el verdadero conocimiento y voluntario reconocimiento de nuestra abyección. Ahora bien, el punto más encumbrado de esta humildad consiste, no sólo en reconocer voluntariamente nuestra abyección, sino en amarla y en complacernos en ella, y no por falta de ánimos y de generosidad, sino para más ensalzar a la divina Majestad y más amar al prójimo en comparación con nosotros mismos. Esta es la cosa a la cual te exhorto, y, para que lo entiendas mejor, sepas que entre los males que padecemos unos son abyectos y otros honrosos. Muchos se conforman con los honrosos, pero nadie quiere acomodarse a los abyectos. He aquí un devoto ermitaño harapiento y tiritando de frío: todos honran su hábito deshecho y compadecen su austeridad; pero si se trata de un pobre obrero, de un pobre joven, de una pobre muchacha, son despreciados, objeto de burla; su pobreza

es abyecta. Un religioso recibe resignadamente una áspera reprensión de su superior, o un hijo la recibe de su padre: todo el mundo llamará a esto mortificación, obediencia y prudencia; un caballero o una dama sufrirán lo mismo de parte de otra persona, y, aunque la soporten por amor de Dios, todos les motejarán de cobardía y poquedad de espíritu. Una persona tiene un cáncer en un brazo y otra en la cara: aquélla sólo tiene el mal, pero ésta, además del mal, padece el menosprecio, el desdén y la abyección. Pues bien, te digo ahora que no sólo hemos de apreciar el mal, lo cual se hace con la virtud de la paciencia, sino también la abyección, lo cual se hace con la virtud de la humildad.

También hay virtudes abyectas y virtudes honrosas: la paciencia, la mansedumbre, la simplicidad y la humildad son virtudes que los mundanos tienen por viles y abyectas; al contrario, tienen en mucha estima la prudencia, el valor, la liberalidad. Y, aun entre los actos de una misma virtud, unos son objeto de desprecio y otros de honra: dar limosna y perdonar las injurias son actos de caridad; el primero es honrado por todos, y el segundo despreciable a los ojos del mundo. Un joven noble o una doncella que no se entreguen al desorden de una pandilla desenfrenada en el hablar, en el jugar, en el bailar, en el beber, en el vestir, serán criticados o censurados por los demás y su modestia será calificada de hipocresía o afectación: pues bien, amar esto es amar la propia abyección. He aquí otra manera de amarla: vamos a visitar a los enfermos; si soy enviado al más miserable, esto será para mi un motivo de abyección, según el mundo, y, por esto mismo la amaré; si me envían a visitar a los de categoría, será una abyección según el espíritu, porque en ello no hay tanta virtud ni mérito ' y por lo tanto, amaré esta abyección. El que cae en medio de la calle, además del daño que se hace, es objeto de burla; es menester querer esta abyección. Hay faltas en las cuales no se encuentra otro mal que la abyección; la humildad no nos exige que las cometamos expresamente, pero exige que no nos inquietemos cuando las hayamos cometido: tales son ciertas ligerezas, faltas de educación, descuidos, las cuales hay que evitar, por razones de buena educación y de prudencia, antes de que se cometan; pero una vez cometidas, hay que aceptar la abyección que de ellas proviene, y hay que aceptarla de buen grado, para practicar la santa virtud de la humildad. Más aún: si me he dejado llevar de la ira o de la disolución, hasta decir palabras inconvenientes, que han redundado en ofensa de Dios o del prójimo, me arrepentiré vivamente y estaré afligido de la ofensa, la cual procuraré reparar de la mejor manera que me sea posible; pero no dejaré de aceptar la abyección y el desprecio que de ello me sobrevengan, y, si una cosa pudiese separarse de la otra, rechazaría enérgicamente el pecado y me quedaría humildemente con la abyección.

Pero, aunque amemos la abyección que proviene del mal, es menester que, con recursos apropiados y legítimos, pongamos remedio al mal que la ha causado, sobre todo cuando el mal acarrea consecuencias. Si tengo en el rostro algún mal repugnante, procuraré su curación, pero sin olvidar la abyección que trae consigo. Si he hecho alguna cosa que no of ende a nadie, no me disculparé de ella, porque, aunque esta cosa sea algún defecto, no es permanente, y no podría excusarme de ella sino por la abyección que de la misma procede y esto es lo que la humildad no puede permitir; mas, si, por descuido o por dejadez, he ofendido o escandalizado a alguno, repararé la ofensa con alguna excusa, verdadera, porque el mal es permanente y la caridad obliga a borrarlo. Por lo demás, suele ocurrir, alguna vez, que la caridad exija que pongamos remedio a la abyección, por el bien del prójimo, al cual es necesaria nuestra reputación; mas en este caso, una vez quitada nuestra abyección de los

ojos del prójimo para evitar el escándalo, conviene guardarla y ocultarla dentro del corazón, para que se edifique de ello.

Pero tú, Filotea, quieres saber cuáles son las mejores abyecciones. Te digo claramente que las más provechosas al alma y las más agradables a Dios son las que nos vienen al azar o por la condición de nuestra vida, porque éstas no son escogidas por nosotros, sino que se reciben tal como las envía Dios, cuya elección siempre es mejor que la nuestra. Y, si hay que escoger, las más grandes son las mejores, y son más grandes las contrarías a nuestras inclinaciones, con tal que cuadren con nuestra profesión, porque, digámoslo de una vez para siempre, nuestra elección echa a perder y disminuye casi todas nuestras virtudes. ¡Ah! ¿Quién nos hará la gracia de que podamos decir con aquel gran rey: «He preferido ser abyecto en la casa del Señor a habitar en los palacios de los pecadores?». Nadie puede decirlo, amada Filotea, fuera de Aquel que, para ensalzarnos, vivió y murió de manera que fue «el oprobío de los hombres y la abyección de la plebe».

Te he dicho muchas cosas que te parecerán duras cuando las consideres; pero, créeme: cuando las practiques, serán para ti más agradables que el azúcar y la miel.

CAPÍTULO VII

COMO SE HA DE CONSERVAR EL BUEN NOMBRE PRACTICANDO,

A LA VEZ, LA HUMILDAD

La alabanza, el honor y la gloria no se tributan a un hombre por una simple virtud, sino por una virtud excelente. Porque, por la alabanza, queremos persuadir a los demás que aprecien la excelencia de alguien; por el honor, significamos que le apreciamos nosotros mismos, y la gloria, a mi modo de ver, no es otra cosa que cierto resplandor de la reputación, que irradia del conjunto de muchas alabanzas y honores; de manera que las alabanzas y los honores son como las piedras preciosas, de cuyo conjunto Irradia la gloria como un brillo. Ahora bien, la humildad, que no puede sufrir que nosotros nos creamos más encumbrados o que hemos de ser preferidos a los otros, tampoco puede permitir que busquemos la alabanza, el honor y la gloria, que se deben a la sola excelencia. Con todo, la humildad está conforme con la advertencia del Sabio, el cual nos dice que «tengamos cuidado de nuestra fama», porque el buen nombre es la estima, no de excelencia alguna, sino de una simple y común probidad e integridad de vida, cuyo conocimiento en nosotros no impide la humildad como tampoco impide que deseemos la reputación de ello. Es verdad que la humildad despreciaría la buena fama, si la caridad no tuviese necesidad de ella; mas, porque ella es uno de los fundamentos de la sociedad humana, y porque, sin ella, no sólo somos inútiles sino también perjudiciales al público, por este motivo, a causa del escándalo que aquel recibiría, exige la caridad, y la humildad admite, que deseemos y conservemos cuidadosamente la buena fama.

Además, así como las hojas de los árboles, que de suyo no son muy apreciables, no obstante sirven mucho, no sólo para embellecerlos, sino también para conservar los frutos mientras son tiernos; de la misma manera, la buena fama, que, de suyo no es cosa muy deseable, no deja de ser muy útil, no solamente para el ornato de nuestra vida, sino también

para la conservación de nuestras virtudes, especialmente de las virtudes todavía tiernas y débiles: la obligación de conservar nuestra reputación y de ser tales cuales se nos reputa, nos obliga a un esfuerzo generoso, a una firme y dulce violencia. Conservemos nuestras virtudes, mi querida Filotea, porque son agradables a Dios, grande y soberano objeto de nuestras acciones; mas, así como los que quieren guardar los frutos no se contentan con confitarlos, sino que los ponen en recipientes propios para la conservación de los mismos, de la misma manera, aunque el amor divino sea el principal conservador de nuestras virtudes, podemos, no obstante, emplear el buen nombre, como muy útil y propicio para dicha conservación.

No es menester, empero, que seamos demasiado celosos, exactos y puntillosos en esta conservación, porque los que son demasiado delicados y sensibles en lo tocante a su reputación, se parecen a los que toman medicamentos para toda clase de pequeñas molestias: éstos, al querer conservar su salud, lo pierden todo, y aquellos, queriendo conservar tan delicadamente la reputación, la pierden completamente, ya que con este desasosiego se vuelven extraños, quejumbrosos, insoportables, y provocan la malicia de los murmuradores.

El disimular y el despreciar la injuria y la calumnia es ordinariamente un remedio mucho más saludable que el resentimiento, la contestación y la venganza: el desprecio esfuma aquellas ofensas; pero el que se enoja, parece que las confiesa. Los cocodrilos no dañan sino a los que los temen, y la maledicencia, únicamente a los que la llevan a mal.

El temor excesivo de perder la fama arguye una gran desconfianza del fundamento de la misma, que es la verdad de una vida buena. Los pueblos que, sobre los grandes ríos, sólo tienen puentes de madera, temen que se los lleve la corriente, al sobrevenir cualquiera inundación; pero los que tienen los puentes de piedra, sólo temen las inundaciones extraordinarias. Asimismo los que tienen una alma sólidamente cristiana desprecian, ordinariamente, los desbordamientos de las lenguas injuriosas; pero los que se sienten débiles, se inquietan por cualquier cosa. Es cierto, Filotea, que el que quiere tener buena reputación delante de todos, la pierde totalmente, y merece perder el honor el que quiere recibirlo de los que están verdaderamente infamados y deshonrados por los vicios.

La reputación es como una señal que da a, conocer donde habita la virtud; la virtud, por lo tanto, ha de ser, en todo y por todo, preferida. Por esto, si alguien te dice: eres un hipócrita, porque practicas la devoción, o bien te tiene por persona apocada, porque has perdonado una injuria, ríete de todo esto. Porque, aparte de que estos juicios los hacen personas necias y estúpidas, aunque hubieses de perder la fama no deberías dejar la virtud ni desviarte de su camino, porque se ha de preferir el fruto a las hojas, es decir el bien interior y espiritual a todos los bienes exteriores. Hemos de ser celosos, pero no idólatras de nuestro buen nombre, y, si no conviene ofender el ojo de los buenos, tampoco hay que desear contentar el de los malos. La barba es un adorno en el rostro del hombre, y los cabellos en la cabeza de la mujer; si se arranca del todo el pelo de la cara y el cabello de la cabeza, difícilmente volverán a aparecer; pero, si tan sólo se corta el cabello y se afeita la barba, pronto el pelo volverá a crecer y saldrá más fuerte y más áspero. De la misma manera, aunque la fama sea cortada, o del todo afeitada, por la lengua de los maldicientes, que, como dice David, «es una navaja afilada», no es menester inquietarse, porque pronto volverá a salir, no sólo tan

bella como antes, sino mucho más fuerte. Pero, si nuestros vicios, nuestras felonías, nuestra mala vida, nos quitan la reputación, será difícil que jamás vuelva, porque ha sido arrancada de raíz. Y la raíz de la buena fama es la bondad y la probidad, la cual, mientras permanece en nosotros, puede reproducir siempre el honor que le es debido.

Es menester dejar aquella mala conversación, aquella práctica inútil, aquella amistad frívola, esta loca familiaridad, si esto perjudica a la buena fama, porque vale más ésta que todas cualesquiera vanas complacencias; pero, si, a causa del ejercicio de la piedad, del adelanto en la perfección y de la marcha hacia el bien eterno, murmuran, reprenden o calumnian, dejemos que los mastines ladren contra la luna, porque, si pueden levantar algún concepto desfavorable a nuestra reputación y, de esta manera, cortar a rape los cabellos y la barba de nuestra fama, pronto renacerá ésta, y la navaja de la maledicencia servirá a nuestro honor, como a la viña sirve la podadera, por la cual aquélla crece y ve multiplicados sus frutos.

Tengamos siempre los ojos fijos en Jesucristo crucificado; caminemos en su servicio, con confianza y simplicidad, pero prudente y discretamente: Él será el protector de nuestra reputación, y, si permite, que nos sea arrebatada, será para procurarnos otra mejor o para hacernos avanzar en la santa humildad, una sola onza de la cual vale más que cien libras de honor. Si se nos recrimina injustamente, opongamos tranquilamente la verdad a la calumnia; si ésta persiste, perseveremos nosotros en la humildad; dejando de esta manera nuestra reputación, juntamente con nuestra alma, en manos de Dios, no podremos asegurarla mejor. Sirvamos a Dios «con buena o mala fama» a ejemplo de San Pablo, para que podamos decir con David: « ¡ Oh Dios mío !, por Ti he soportado el oprobio, y la confusión ha cubierto mí faz». Exceptúo, no obstante, ciertos crímenes tan horribles e infames, cuya calumnia nadie debe tolerar, cuando justamente puede disiparse, y también se han de exceptuar ciertas personas de cuya buena reputación depende la edificación de muchos, pues, en estos casos, como enseñan los teólogos, se ha de procurar, con sosiego, la reparación de la injuria recibida.

CAPITULO VIII

DE LA AMABILIDAD PARA CON EL PRÓJIMO

Y DE LOS REMEDIOS CONTRA LA IRA

Él santo Crisma, que, por tradición apostólica, emplea la Iglesia en las confirmaciones y bendiciones, está compuesto de aceite de olivo mezclado con bálsamo, y representa las dos virtudes más apreciadas que resplandecen en la sagrada persona de Nuestro Señor, y que Él nos recomendó singularmente, como si, por ellas, nuestro corazón hubiese de estar especialmente consagrado a su servicio y aplicado a su imitación: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón». La humildad nos perfecciona con respecto a Dios, y la amabilidad con respecto al prójimo. El bálsamo, que, como he dicho, queda siempre debajo de todos los demás licores, representa la humildad, y el aceite de oliva, que siempre queda encima, representa la dulzura y la benignidad, que sobrepuja todas las cosas y predomina entre las demás virtudes, como flor que es de la caridad, la cual, según San Bernardo, es perfecta cuando no sólo es paciente, sino también amorosa y benigna. Pero procura , Filotea, que este crisma místico, compuesto de amabilidad y de humildad, esté dentro de tu corazón;

porque es uno de los grandes artificios del enemigo ha cer que muchos se complazcan en las palabras y en los modales exteriores de estas dos virtudes, y que, dejando de examinar sus afectos interiores, se imaginen que son humildes y amorosos, sin que lo sean en realidad, lo cual se conoce, porque, a pesar de su ceremoniosa humildad y dulzura dulzura, a la menor palabra molesta que se les diga, a la menor injuria que reciban, se yerguen con una arrogancia sin igual. Se dice que los que han tomado el preservativo, vulgarmente llamado «gracia de San Pablo», no se hinchan, aunque sean mordidos o picados por la víbora, con tal que la «gracia» sea de buena calidad. De la misma manera, cuando la humildad y la dulzura son buenas y verdaderas, nos inmunizan contra la hinchazón y contra el ardor que las injurias suelen provocar en nuestros corazones. Y, si después de haber sido picados o mordidos por los maldicientes o por los enemigos, nos sentimos alterados, hinchados o despechados, señal es de que nuestra humildad y amabilidad no son verdaderas y francas, sino artificiosas y aparentes.

Aquel santo e ilustre patriarca José, cuando envió a sus hermanos de Egipto a la casa de su, padre, sólo les hizo esta advertencia: «No os enojéis por el camino». Lo mismo te digo, Filotea: esta miserable vida no es más que un camino hacia la bienaventuranza; no nos enojemos, pues, los unos con los otros, en este camino; andemos siempre agrupados con nuestros hermanos y compañeros, dulcemente, pacíficamente, amigablemente. Advierte que te digo con toda claridad y sin excepción alguna, que, a ser posible, no te enojes nunca, ni tomes pretexto alguno, sea cual fuere, para abrir la puerta de tu corazón a la ira, porque dice Santiago, sin ambages ni reservas, que «la ira del hombre no obra la justicia de Dios».

Es menester, ciertamente, oponerse al mal y reprimir los vicios de los que están bajo nuestro cuidado, con constancia y con tesón, pero dulce y suavemente. Nada sosiega tanto al elefante airado como la vista de un corderito, ni nada para con más facilidad el golpe de los cañonazos como la lana. La corrección que procede de la pasión, aunque vaya acompañada de la razón, nunca es tan bien recibida como la que no tiene otro origen que la razón sola; porque el alma racional, por estar naturalmente sujeta a la razón, sólo se sujeta a la pasión por la tiranía, por lo cual, cuando la razón anda acompañada de la pasión, se hace odiosa, pues su justo dominio queda envilecido al asociarse con la tiranía. Los príncipes honran y consuelan infinitamente a los Pueblos cuando los visitan en son de paz, pero cuando llegan al frente de los ejércitos, aunque sea para el bien público, su presencia siempre es desagradable y dañosa, porque, por más que se esfuercen en hacer observar exactamente' la disciplina militar entre los soldados, nunca pueden, empero, evitar algún desorden, por el que los hombres de bien son atropellados. Así, cuando reina la razón y ejecuta serenamente los castigos, las correcciones y las reprensiones, aunque lo haga con rigor y exactitud, todos la aprecian y la aprueban; pero cuando va acompañada de la ira, de la cólera y M enojo, que, como dice San Agustín, son sus soldados, se hace más espantosa que amable, su propio corazón queda siempre pisoteado y maltratado: «Vale más, dice el mismo santo escribiendo a Profuturo, cerrar las puertas a la ira justa y equitativa, que abrírselas, por insignificante que sea, porque, una vez ha entrado, es difícil hacerla salir, ya que entra como pequeño retoño y, en un momento, crece y se convierte en tronco». Si el enojo puede llegar a la noche y el sol se pone sobre nuestra ira (cosa que el Apóstol prohíbe), se convierte en odio, y casi no hay manera de deshacerse de ella, porque se alimenta de mil persuasiones falsas, ya que jamás el hombre airado cree que sea injusta su ira.

Es, pues, mejor esforzarse a saber vivir sin ira que querer emplearla con moderación y prudencia, y, cuando, por imperfección o debilidad, nos vemos sorprendidos por la misma, es preferible rechazarla enseguida a querer pactar con ella, pues por poco cumplimiento que se le dé, se hace dueña de la plaza, y hace como la serpiente, que, con facilidad, logra meter todo el cuerpo allí donde ha podido meter la cabeza. Pero me dirás: ¿cómo la rechazaré? Es preciso, Filotea, que, al advertir el primer resentimiento, reúnas tus fuerzas con presteza, pero sin brusquedad ni ímpetu, sino dulce y seriamente a la vez; porque, así como en 'los senados y en los parlamentos, meten más ruido los oficiales gritando: « ¡ Silencio! », que aquellos a los cuales quieren hacer callar, de la misma manera, al querer reprimir nuestra ira con impetuosidad, se causa en nuestro corazón más turbación de la que ella hubiera causado, y, entretanto, el corazón, turbado de esta manera, no puede ser dueño de sí mismo.

Después de este suave esfuerzo, practica el consejo que San Agustín, cuando ya era viejo, daba al joven obispo Auxilio: «Haz, le decía, lo que un hombre ha de hacer; que si te ocurre lo que el hombre de Dios dice en el salmo: mi ojo he ha turbado con gran cólera, acudas a Dios y exclames: ¡Señor, ten misericordia de mí, para que extienda su mano y reprima tu enojo». Quiero decir que cuando nos veamos agitados por la cólera, invoquemos el auxilio de Dios, a imitación, de los Apóstoles cuando se vieron en peligro de zozobrar, por el viento y la tempestad, en medio de las olas; pues Él mandará a nuestras pasiones que se calmen, y se seguirá una gran bonanza. Pero te advierto que la oración que se hace contra la ira impetuosa del momento, ha de ser suave y tranquila, jamás violenta; cosa que es menester observar en cualesquiera remedios que se empleen contra este mal. Después, enseguida que te des cuenta de que has cometido un acto de cólera, repara la falta con un acto de dulzura, hecho inmediatamente con respecto a aquella persona contra la cual te hayas irritado. Porque, así como es un excelente remedio contra la mentira, retractarse enseguida, así también es un buen remedio contra la cólera repararla inmediatamente, con un acto de amabilidad; porque, como suele decirse, las heridas se curan con más facilidad cuando están frescas.

Además, cuando te sientas sosegada y libre de cualquier motivo de ira, haz gran provisión de dulzura y de bondad, diciendo todas las palabras y haciendo todas las cosas, grandes y pequeñas, de la manera más suave que te sea posible, recordando que la Esposa, en el Cantar de los Cantares, no sólo tiene la miel en sus labios y en la punta de la lengua, sino también debajo de la lengua, es decir, en el pecho, y no solamente tiene miel, sino también leche, porque además de tener palabras dulces con el prójimo, conviene tener dulce todo el pecho, es decir, todo el interior de nuestra alma. Y es menester tener, no solamente la dulzura de la miel, que es aromática y olorosa, es decir, la suavidad en el trato con los extraños, sino también la dulzura de la leche con los familiares y con los más cercanos a nosotros, contra lo cual faltan en gran manera aquellos que en la calle parecen ángeles, y en casa parecen demonios.

CAPÍTULO IX

DE LA DULZURA CON NOSOTROS MISMOS

Una de las mejores prácticas de la dulzura, en la cual nos deberíamos ejercitar, es aquella cuyo objeto somos nosotros mismos, de manera que nunca nos enojemos contra nosotros ni, contra nuestras imperfecciones, pues si bien la razón quiere que, cuando cometemos faltas, sintamos descontento y aflicción, conviene, no obstante, que evitemos un descontento agrio, malhumorado, despechado y colérico. En esto cometen una gran falta muchos que, después de haberse encolerizado, se enojan de haberse enojado, se desazonan de haberse desazonado, y sienten despecho de haberlo sentido; porque, por este camino, tienen el corazón amargado y lleno de malestar, y si bien parece que el segundo enfado ha de destruir el primero, lo cierto es que sirve de entrada y de paso a un nuevo enojo, en cuanto la primera ocasión se presente; aparte de que estos disgustos, despechos y asperezas contra sí mismo, tiende hacia el orgullo y no tienen otro origen que el amor propio, el cual se turba y se impacienta al vernos imperfectos.

Por lo tanto, el disgusto por nuestras faltas ha de ser tranquilo, sereno y firme; porque, así como un juez castiga mejor a los malos dictando sus sentencias, según razón y con ánimo tranquilo, que dictándolas con impetuosidad y pasión, pues entonces no castiga las faltas por lo que éstas son, sino por lo que es él mismo; así nosotros nos castigamos mejor con arrepentimientos tranquilos y constantes, que con arrepentimientos violentos, agrios y coléricos, pues los arrepentimientos violentos no son proporcionados a la gravedad de nuestras culpas, sino a nuestras inclinaciones. Por ejemplo, el que ama la castidad se revolverá con mayor amargura contra la más leve falta cometida en esta materia, y, en cambio, se reirá de una grave murmuración en la que hubiere incurrido. Al contrario, el que detesta la maledicencia se atormentará por haber murmurado levemente, y no hará caso de una falta grave contra la castidad, y así de las demás faltas; y ello no es debido a otra cosa sino a que el juicio que forman en su conciencia no es obra de la razón, sino de la pasión.

Créeme, Filotea, así como las reprensiones de un padre, hechas dulce y cordialmente, tienen más eficacia para corregir que los enfados y los enojos; así también, cuando nuestro corazón ha cometido alguna falta, si le reprendemos con advertencias dulces y tranquilas, llenas más de compasión que de pasión contra él, y le animamos a enmendarse, el arrepentimiento que concebirá entrará mucho más adentro y le penetrará mejor que no lo haría un arrepentimiento despechado, airado y tempestuoso.

En cuanto a mí, si, por ejemplo, tuviese en grande estima, el no caer en el vicio de la vanidad, y, no obstante, hubiese caído en una gran falta, no quisiera reprender a mi corazón de esta manera: « ¡Qué miserable y abominable eres, porque después de tantas resoluciones, te has dejado vencer por la vanidad! Muere de vergüenza; no levantes los ojos al cielo, ciego, desvergonzado, traidor y desleal a tu Dios», y otras cosas parecidas, sino que preferiría corregirle de una manera razonable y por el camino de la compasión: «Ánimo, pobre corazón mío. He aquí que hemos caído en el precipicio que tanto habíamos querido evitar. ¡Ah!, levantémonos y salgamos de él para siempre; acudamos a la misericordia de

Dios y confiemos en que ella nos ayudará, para ser más resueltos en adelante, y emprendamos el camino de la humildad. ¡Valor! seamos, desde hoy, más vigilantes; Dios nos ayudará y podremos hacer muchas cosas». Y, sobre esta reprensión, quisiera levantar un sólido y firme propósito de no caer más en falta y de emplear los recursos convenientes según los consejos del director.

Pero, si alguno advierte que su corazón no se conmueve con estas suaves correcciones, podrá echar mano de los reproches y de la reprensión dura y severa, para excitarlo a una profunda confusión, con tal que, después de haberlo amonestado y fustigado enérgicamente, acabe aliviándole, conduciendo su pesar y su cólera a una tierna y santa confianza en Dios, a imitación de aquel gran arrepentido, que, al ver a su alma afligida, la alentaba de esta manera: «¿Por qué te entristeces, alma mía, y por qué te conturbas? Espera en Dios, que yo todavía le alabaré como la salud de mí rostro y mi verdadero Díos».

Luego, cuando tu corazón caiga, levántalo con toda suavidad, y humíllate mucho delante de Dios por el conocimiento de tu miseria, sin maravillarte de tu caída, pues no nos ha de sorprender que la enfermedad esté enferma, ni que la debilidad esté débil, ni que la miseria sea miserable. Detesta, pues, con todas tus fuerzas, las ofensas que Dios ha recibido de ti, y, con gran aliento y confianza en su misericordia, emprende de nuevo el camino de la virtud, del que te habías alejado.

CAPÍTULO X

QUE ES MENESTER TRATAR LOS NEGOCIOS CON CUIDADO, PERO SIN AFÁN NI INQUIETUD

El cuidado y la diligencia que hemos de poner en nuestros asuntos son cosas muy diferentes de la preocupación, de la inquietud y del afán. Los ángeles tienen cuidado de nuestra salvación y nos la procuran con diligencia, mas no por ello sienten inquietud, desasosiego, ni ansia; porque el cuidado y la diligencia son propios de su caridad, pero la inquietud, el desasosiego y el afán serían del todo contrarios a su felicidad, pues el cuidado y la tranquilidad, y la paz del espíritu, pero no el afán, ni la inquietud, ni mucho menos la obsesión. Seas, pues, Filotea, cuidadosa y diligente en todos los asuntos que tuvieres a tu cargo, porque Dios te los ha confiado y quiere que los trates cual conviene; pero, si te es posible, no andes solícita ni ansiosa, es decir, no los emprendas con inquietud, angustia y afán. No te apresures en tu cometido, porque toda precipitación turba la razón y el juicio, y nos impide también hacer las cosas por las cuales nos afanamos.

Cuando Nuestro Señor reprende a Santa Marta, le dice: «Marta, Marta, andas muy solícita y te turbas por muchas cosas». ¿Ves? Si hubiese sido simplemente cuidadosa, no se hubiera perturbado; pero, como que andaba preocupada e inquieta, se precipita y se turba, por lo que Nuestro Señor la reprende. Los ríos que se deslizan suavemente por la llanura, conducen grandes navíos y ricas mercancías, y las lluvias que caen suavemente en los campos, los fecundan y los llenan de hierbas y de mieses; pero los torrentes y los ríos que corren tumultuosamente por la tierra, arruinan sus cercanías y son inútiles para el tráfico, de la misma manera que las lluvias violentas y tempestuosas llevan la desolación a los campos

y a las praderas. Jamás trabajo alguno, hecho con impetuosidad y con prisas, ha llegado a feliz término; es menester apresurarse lentamente, como lo dice el viejo adagio: «El que corre, afirmaba Salomón, está en peligro de chocar y tropezar». Siempre obramos de prisa, cuando obramos bien. Los moscardones meten mucho ruido y andan más afanosos que las abejas, pero sólo fabrican cera y no miel. Así los que se afanan con un afán torturador y con una inquietud ruidosa, nunca hacen mucho bien.

Las moscas no nos molestan por su fuerza sino por su multitud. De la misma manera los grandes quehaceres no turban tanto como los pequeños, cuando éstos son muy numerosos. Recibe con paz todo el trabajo que venga sobre ti, y procura atender a él ordenadamente, haciendo unas cosas después de las otras; pero si quieres hacerlas todas a un tiempo y con desorden, tendrás que hacer esfuerzos que fatigarán y agotarán tu espíritu, y, por lo regular, quedarás deshecha por la angustia, y sin ningún provecho.

Y, en todos tus negocios, estriba únicamente en la providencia de Dios, pues sólo por ella tendrán éxito tus designios; trabaja, empero, por tu parte, suavemente, para cooperar con la Providencia, y después, cree que, si confías en Dios, el resultado que obtengas siempre será el más provechoso para ti, ya te parezca bueno, ya malo, según tu particular juicio.

Haz como los niños, que dan una de sus manos a su padre, y, con la otra, cogen fresas o moras junto a los cercados; asimismo, mientras vas reuniendo y manejando los bienes de este mundo con una de tus manos, coge siempre, con la otra, la mano del Padre celestial, y vuélvete de vez en cuando hacia Él, para ver si está contento de tu trabajo o de tus ocupaciones, y, sobre todo, guárdate de soltarle la mano y de sustraerte a su protección, pensando que cogerás y allegarás más, porque, si Él te abandonase, no darías un paso sin caer de bruces en tierra. Quiero decir, Filotea, que cuando estés en medio de las ocupaciones naturales y quehaceres comunes, que no exigen una atención demasiado fuerte ni absorbente, pienses más en Dios que en el trabajo, y, cuando éste sea de tanta importancia que exija toda tu atención para ser bien hecho, fija, de vez en cuando, la vista en Dios, como lo hacen los que navegan por el mar, los cuales, para ir al lugar que desean, miran más al cielo que abajo por donde andan remando. Así Dios trabajará contigo, en ti y por ti, y tu trabajo irá acompañado de consuelo.

CAPÍTULO XI

DE LA OBEDIENCIA

Sólo la caridad nos eleva hasta la perfección, pero la obediencia, la castidad y la pobreza son los tres grandes medios para alcanzarla. La obediencia consagra nuestro corazón, la castidad nuestro cuerpo y la pobreza nuestros bienes, al amor y al servicio de Dios; son las tres ramas de la cruz espiritual, pero las tres fundadas en la cuarta, que es la humildad. Nada diré de estas tres virtudes consideradas como objeto del voto solemne, porque esto sólo corresponde a los religiosos, ni tampoco en cuanto son materia del voto simple, porque, aunque el voto confiere muchas gracias y gran mérito a todas las virtudes, no obstante, para que nos hagan perfectos, no se requiere el voto, con tal que se practiquen. Porque, si bien haciendo voto de estas virtudes, sobre todo, si el voto es solemne, llevan al hombre al estado de perfección, con todo, para conducirlo a ésta, basta que sean observadas, pues

existe mucha diferencia entre el estado de perfección y la perfección, ya que todos los religiosos y todos los obispos se hallan en este estado, y, no obstante, no todos son perfectos, como harto lo muestra la experiencia. Esforcémonos, pues, Filotea, en practicar estas tres virtudes, cada uno según su vocación, porque, aunque no puedan constituirnos en estado de perfección, nos darán, sin embargo, la perfección misma; todos estamos obligados a la práctica de estas tres virtudes, aunque no todos debamos practicarlas de la misma manera..

hay dos clases de obediencia: una obligatoria, y otra voluntaria. En cuanto a la obligatoria, es necesario que obedezcas humildemente a tus superiores eclesiásticos, como al Papa, a los obispos, al párroco y a todos los que de ellos tienen autoridad delegada; has de obedecer también a tus superiores políticos, es decir: a tu príncipe o gobierno y a los magistrados que hayan designado para tu región; finalmente, has de obedecer a tus superiores domésticos, es decir: a tu padre, a tu madre, a tu maestro, a tu maestra. Ahora bien, esta obediencia se llama necesaria, porque nadie puede eximirse del deber de obedecer a dichos superiores, investidos por Dios de autoridad, para mandar y gobernar a cada uno, según el cargo que tienen sobre nosotros. Cumple, pues, sus mandatos, porque esto es necesariamente obligatorio, y, para ser perfecta, sigue también sus consejos y aun sus deseos e inclinaciones, mientras la caridad y la prudencia te lo permitan. Obedece, cuando te mandan alguna cosa agradable, como comer, tener recreación, porque, aunque te parezca que no hay gran virtud en estos casos, sin embargo, sería vicioso desobedecer; obedece en las cosas indiferentes, como en llevar éste o aquél vestido, ir a éste o aquél camino, en cantar o callar, y ésta será ya una obediencia muy recomendable; obedece en cosas difíciles, ásperas y duras, y esto será una obediencia perfecta. Finalmente, obedece con dulzura, sin réplica, pronto y sin dilación, con alegría y sin malhumor; y, sobre todo, obedece amorosamente, por amor a Aquel que, por nuestro amor, «se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz», y el cual, como dice San Bernardo, prefirió perder la vida que la obediencia.

Para aprender a obedecer con facilidad a tus superiores, condesciende de buen grado con tus iguales, cediendo a su parecer en lo que no sea malo, sin ser disputadora ni terca; acomódate suavemente a los deseos de tus inferiores, tanto cuanto la razón te lo permita, sin ejercer sobre ellos tu autoridad de una manera imperiosa, siempre que sean buenos.

Es una equivocación creer que si una persona fuese religiosa obedecería fácilmente, cuando es difícil y rebelde en prestar obediencia a los que Dios ha puesto sobre nosotros.

Llamamos obediencia voluntaria a aquella a la cual nos obligamos por nuestra propia elección y que por nadie nos ha sido impuesta. Nadie escoge voluntariamente a su príncipe o a su obispo, a su padre o a su madre, y, con frecuencia, tampoco al esposo, pero es de libre elección el confesor, el director. Pues bien, tanto si, al escogerlo, se hace voto de obedecerle (como se cuenta de Santa Teresa, la cual, además del voto solemne de obediencia debido al superior de su orden, se obligó, con voto simple, a obedecer al padre Gracián, como si se le obedece sin voto, siempre esta obediencia se llama voluntaria, por razón de su fundamento, que depende de nuestra voluntad y elección.

Es menester obedecer a todos los superiores, pero a cada uno en aquello de lo cual tiene cargo sobre nosotros; de la misma manera que, en lo que concierne a la policía y a las cosas públicas, hay que obedecer a los príncipes; a los prelados, en todo lo que se refiere a la disciplina eclesiástica; en las cosas domésticas, al padre, a la madre, al marido; en el gobierno particular del alma, al director y al confesor particular.

Haz que tu padre espiritual te ordene los actos de piedad que has de practicar, porque así saldrán mejorados y será doble su gracia y su bondad: una, por razón de si mismos, por ser actos piadosos; otra, por razón de la obediencia, que los habrá dispuesto, y por la cual habrán sido hechos. Bienaventurados los obedientes, porque jamás permitirá Dios que se extravíen.

CAPÍTULO XII

DE LA NECESIDAD DE LA CASTIDAD

La castidad es el lirio de las virtudes; ella hace a los hombres iguales a los ángeles; nada es bello sino por la pureza, y la pureza de los hombres es la castidad. La castidad se llama honestidad, y su profesión, honra; también se llama integridad, y su contrario, corrupción; resumiendo, ella tiene la gloria particular de ser la bella y blanca virtud del alma y del cuerpo.

Nunca es lícito permitirse cualquier placer impúdico de nuestro cuerpo, sea cual fuere.

El corazón casto es como la madreperla, que no puede recibir ninguna gota de agua que no baje del cielo.

Por el primer grado de esta virtud, guárdate, Filotea, de admitir ninguna clase de delectación, que esté prohibida y vedada. Por el segundo grado, huye, cuanto te sea posible, de las delectaciones inútiles y superfluas, aunque sean lícitas y estén permitidas. Por el tercero, no pongas afecto en los placeres y deleites.

Las vírgenes necesitan una castidad en extremo simple y delicada, para alejar de su corazón toda suerte de pensamientos curiosos y para despreciar, con desdén absoluto, toda clase de placeres inmundos, los cuales, ciertamente, no merecen ser deseados por los hombres, puesto que los jumentos y los cerdos son más capaces de ellos. Guárdense, pues, mucho, las almas puras, de poner jamás en duda que la castidad es incomparablemente mejor que todo cuanto le es incompatible, porque, como dice San Jerónimo, el enemigo, empuja con violencia a las vírgenes al deseo de probar las delectaciones, representándoselas como infinitamente más agradables y sabrosas de lo que son, cosa que, con frecuencia, las perturba en gran manera, porque, como añade este Santo Padre, creen que es más delicioso lo que desconocen. Porque, así como la mariposa al ver la llama, anda revoloteando curiosamente en torno de ella, para ver si es tan deliciosa como hermosa, y empujada por esta ilusión, no cesa, hasta que perece en la primera prueba, de' mismo modo, los jóvenes, de tal manera se dejan cautivar por la falsa y necia afición al placer de las llamas voluptuosas, que, después de muchos pensamientos curiosos, acaban por perderse y arruinarse en ellas, y, en esto, son más necios que las mariposas, puesto que éstas tienen

algún motivo para creer que el fuego es delicioso, porque es tan bello, mientras que ellos, sabiendo que lo que buscan es extremadamente deshonesto, no por ello dejan de tener en más estima la loca y brutal delectación.

Ves, pues, que la castidad es necesaria. «Procurad la paz con todos, dice el Apóstol, y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios». Ahora bien, por la santidad entiende la castidad, como dice San Jerónimo y hace notar San Crisóstomo. No, Filotea, «nadie verá a Dios sin la castidad, nadie habitará en su santo tabernáculo, si, no es limpio de corazón»; y, como dice el mismo Salvador, «los perros y los impúdicos serán ahuyentados», y « bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

CAPÍTULO XIII

AVISOS PARA CONSERVAR LA CASTIDAD

Seas extremadamente pronta en alejarte de todos los senderos y de todos los incentivos de la impureza, porque este mal obra insensiblemente, Y, de comienzos muy insignificantes, va a parar a grandes catástrofes; siempre es más fácil huir que curarse.

Los cuerpos humanos son corno los vasos de cristal, que no se pueden llevar de manera que f roten los unos con los otros, sin peligro de que se rompan, y como la fruta, que, por entera y sazonada que esté, se avería, si toca la una con la otra. La misma agua, por fresca que sea dentro de un vaso, no puede conservar la frescura durante mucho tiempo, si es tocada por algún animal de la tierra. No permitas jamás, Filotea, que nadie te toque, ni para bromear ni para acariciarte, porque, aunque, por casualidad, se pudiera conservar la castidad en medio de estas acciones, antes ligeras que maliciosas, no obstante, la frescura y la flor de la castidad reciben de ellas detrimento y pérdida; pero dejarse tocar deshonestamente es la ruina completa de la castidad.

La castidad brota del corazón como de un manantial, pero se refiere al cuerpo como a su materia; por esto se pierde por todos los sentidos del cuerpo y por los pensamientos y deseos del corazón. Es impúdico mirar, oír, hablar, oler, tocar cosas deshonestas, cuando el corazón se entretiene y se complace en ellas. San Pablo dice sin ambajes: «La fornicación ni siquiera se nombre entre nosotros». Las abejas no solamente no quieren tocar las cosas podridas, sino que huyen y aborrecen en extremo toda suerte de malos olores que de ellas emanan. La sagrada Esposa, en el Cantar de los Cantares, tiene las manos que destilan mirra, licor que preserva de la corrupción; sus labios están protegidos por una cinta carmesí, símbolo del pudor en las palabras; sus ojos son de paloma, a causa de su nitidez; sus orejas llevan pendientes de oro, señal de pureza; su nariz está siempre entre los cedros del Líbano, madera incorruptible. Tal ha de ser el alma devota: casta, pura, honesta de manos, de labios, de oídos, de ojos y de todo su cuerpo.

A-este propósito, te repito las palabras que el antiguo padre Juan Casiano refiere como salidas de labios del gran San Basilio, el cual, hablando de sí mismo, dijo un día: «Yo no sé lo que son las mujeres y, no obstante, no soy virgen». Ciertamente, la castidad puede perderse de tantas maneras cuantas son las clases de lascivias y de impurezas, las cuales, según sean grandes o pequeñas, unas debilitan, otras hieren y otras dan muerte al instante.

Hay ciertas familiaridades y pasiones indiscretas, frívolas y sensuales, las cuales, propiamente hablando, no violan la castidad y, no obstante, la debilitan, la enflaquecen y empañan su hermosa blancura. Hay otras libertades y pasiones, no sólo indiscretas, sino viciosas; no sólo frívolas, sino deshonestas; no sólo sensuales, sino carnales, y de éstas, la castidad sale, a lo menos, malparada y comprometida. Digo «a lo menos», porque muere y sucumbe del todo, cuando las ligerezas y la lascivia producen en la carne el último efecto del placer voluptuoso, pues entonces la castidad sucumbe más indigna, vi¡ y desgraciadamente que cuando perece por la fornicación, el adulterio o el incesto, porque estas últimas especies de vileza son tan sólo pecado, mientras que las demás, como dice Tertuliano en su libro De pudicitia, son monstruos de iniquidad y de pecado. Ahora bien, Casiano no cree, ni yo tampoco, que San Basilio se refiera a un tal desorden, cuando se acusa de no ser virgen, porque, sin duda, se refiere tan sólo a los malos y voluptuosos pensamientos, los cuales, aunque no hubiesen maculado su cuerpo, podían, no obstante, haber contaminado el corazón, de cuya castidad las almas santas son en extremo celosas,

No trates, en manera alguna, con personas impúdicas, sobre todo si, además, son desvergonzadas, como suelen serlo casi siempre; porque así como los machos cabríos, al lamer los almendros dulces, los convierten en amargos, así también estas almas malolientes y estos corazones infectos no hablan con persona alguna, del mismo o de diferente sexo, a cuyo pudor no causen algún detrimento: tienen el veneno en los ojos y en el aliento, como el basilisco. Al contrario, trata con personas castas y virtuosas; piensa y lee con frecuencia las cosas sagradas, porque «la palabra de Dios es casta» y hace castos a los que se dan a ella, por lo que David la compara con el topacio, piedra preciosa que tiene la propiedad de adormecer el ardor de la concupiscencia.

Procura estar siempre cerca de Jesucristo crucificado, espiritualmente por la meditación, y realmente por la sagrada Comunión, porque, así como los que duermen sobre la hierba llamada agnus-castus, se hacen castos y honestos, de la misma manera, si tu corazón descansa sobre Nuestro Señor, que es el verdadero Cordero casto e inmaculado, verás presto tu alma y tu corazón purificado de toda mancha y lubricidad.

CAPÍTULO XIV

DE LA POBREZA DE ESPÍRITU PRACTICADA EN MEDIO DE LAS RIQUEZAS

« Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» ; luego, desgraciados los ricos de espíritu, porque de ellos es la desgracia del infierno. Es rico de espíritu aquel que tiene las riquezas en su espíritu o su espíritu en las riquezas; aquel es pobre de espíritu, que no tiene las riquezas en su espíritu ni su espíritu en las riquezas. Los halcones construyen sus nidos en forma de pelota y sólo dejan en ellos una abertura en la parte superior; los dejan en la orilla, junto al mar, y los hacen tan fuertes e impenetrables, que, aunque se los lleven las olas, nunca puede entrar en ellos el agua, sino que siempre flotan, y permanecen en medio del mar, sobre el mar y como señores del mar. Tu corazón, querida Filotea, ha de ser como estos nidos, abierto solamente al cielo e impenetrable a las riquezas y a las cosas perecederas; si posees alguna de estas cosas, guarda tu corazón libre de todo afecto a ellas; haz que siempre se mantenga por encima de todo y que, en medio de las riquezas, permanezca sin riquezas y sea señor de las riquezas. No, no pongas este

espíritu celestial en las riquezas de la tierra; haz que se conserve siempre superior, sobre ellas y no debajo de ellas.

Hay mucha diferencia entre poseer venenos y ser envenenados. Así todos los farmacéuticos tienen venenos, para servirse de ellos en diversas ocasiones, pero no, por ello, están envenenados, porque no tienen el veneno en su cuerpo, sino en sus tiendas. De la propia manera puedes tú tener riquezas sin ser emponzoñada por ellas; así ocurrirá si las tienes en tu bolsillo o en tu casa, pero no en tu corazón. Ser rico de hecho y, a la vez, pobre de espíritu, he aquí la gran felicidad del cristiano, porque, de esta manera, goza de las ventajas de la riqueza en este mundo y del mérito de la pobreza en el otro.

¡Ali Filotea! Jamás confesará nadie que es avaro; todos quieren ser tenidos por libres de esta bajeza y vileza del corazón. Unos dan por excusa la pesada carga de los hijos; otros dicen que la prudencia exige allegar recursos; nunca hay bastante, y siempre se descubren necesidades para tener más; aun los más avaros no sólo no confiesan que lo son, pero ni siquiera lo creen en su conciencia; porque la avaricia es una fiebre prodigiosa, que se vuelve más insensible cuanto es más violenta y ardorosa. Moisés vió, que el fuego sagrado quemaba una zarza y no la consumía; el fuego profano de la avaricia quema y devora al avariento, pero no le consume; al contrario, el avaro, en medio de los ardores y calores más excesivos, se gloria de sentir el fresco más agradable del mundo y cree que su sed insaciable es una sed enteramente natural y ligera.

Si durante mucho tiempo, apeteces, con ardor e inquietud, los bienes que no posees, aunque andes diciendo que no los quieres poseer injustamente, no por ello dejas de ser avaro de verdad. El que ardorosamente, durante mucho tiempo y con inquietud, desea beber, aunque sólo quiera beber agua, da pruebas de que tiene calentura.

¡ Filotea ! No sé si es un deseo justo el desear poseer justamente lo que otros justamente poseen; pues parece que, con este deseo, lo que quisiéramos sería acomodarnos mediante la incomodidad del prójimo. Cuando alguno posee un bien justamente, ¿no es más justo que él lo guarde justamente, que desear nosotros poseerlo aunque sea con justicia? ¿Por qué, pues, hacemos recaer nuestros deseos sobre el bien de los demás, para privarles de él? Ciertamente, aunque fuese justo este deseo, no sería caritativo, porque nosotros no quisiéramos que nadie desease, aunque fuese justamente, lo que justamente queremos conservar. Tal fue el pecado de Acab, el cual quiso poseer, sin injusticia, la viña de Nabot, quien, más justamente todavía, deseaba conservarla; la deseó con ardor, durante mucho tiempo, y con afán, con lo cual ofendió a Dios.

Antes de desear los bienes del prójimo, amada Filotea, aguarda que comience a querer desprenderse de ellos, pues entonces su deseo hará que el tuyo no sólo sea justo, sino también conforme a la caridad. Y digo esto, porque deseo que te

preocupes de acrecentar tus bienes y caudales, con tal que lo hagas, no sólo según justicia, sino también con dulzura y caridad.

Si sientes gran afecto a los bienes que posees, si te traen muy atareada y pones en ellos el corazón, esclavizando a ellos tu pensamiento y temiendo perderlos, con un miedo intenso e

impaciente, ello es debido a que padeces todavía cierta fiebre; porque los calenturientos suelen beber el agua que les dan con una avidez, con una especie de atención y presteza, que no tienen los que están sanos; no es posible complacerse mucho en una cosa, sin ponerle mucho afecto. Si te acontece que, al perder alguno de tus bienes, sientes que tu corazón queda muy desolado y afligido, créeme, Filotea, ello es debido a que le tenías mucha afición, porque no hay señal mayor del afecto a una cosa perdida que la aflicción causada por su pérdida.

No desees, pues, con un deseo completo y formal el bien que no posees; no introduzcas muy adentro de tu corazón el que ya tienes; no te aflijas por las pérdidas que puedan sobrevenir, y entonces tendrás motivos para creer que, siendo rica de hecho, no lo eres de afecto, sino que eres pobre de espíritu, y, por lo tanto, bienaventurada, porque «tuyo es el reino de los cielos».

CAPÍTULO XV

CÓMO HA DE PRACTICAR LA POBREZA REAL EL QUE ES RICO DE HECHO

El pintor Parrasio pintó al pueblo ateniense de una manera muy ingeniosa, representándolo con un carácter diverso y variable, colérico, injusto, inconstante, cortés, clemente, misericordioso, altivo, glorioso, humilde, valiente y pusilánime y todo esto en un conjunto; pero yo, amada Filotea, quisiera poner juntas en tu corazón la riqueza y la pobreza, un gran cuidado y un gran desprecio de las cosas temporales.

Has de tener mucho más interés del que tienen los mundanos en hacer que tus bienes sean útiles y fructuosos. Dime: los jardineros de los grandes príncipes ¿no son mucho más solícitos y diligentes en cultivar y embellecer los jardines que tienen bajo su cuidado, que si fuesen de su propiedad? ¿Por qué esto? Sin duda, porque consideran aquellos jardines como jardines de príncipes y de reyes, a los cuales desean hacerse gratos por estos servicios. Ahora bien, Filotea, los bienes que tenemos no son nuestros: Dios nos los ha dado y quiere que los hagamos útiles y fructuosos, por lo que le prestamos un servicio agradable cuando tenemos este cuidado.

Pero conviene que sea un cuidado más grande y más sólido que el que tienen los mundanos de sus bienes, porque éstos sólo trabajan por amor de sí mismos, y nosotros hemos de trabajar por amor de Dios; ahora bien, así como el amor de sí mismo es un amor violento, turbulento e inquieto, así también el cuidado que produce está lleno de turbación, de tristeza y de inquietud; y, así como el amor de Dios es dulce, apacible y tranquilo, así la solicitud que de él se deriva, aunque se trate de los bienes de la tierra, es amable, dulce y graciosa. Tengamos, pues, este cuidado amable de la conservación, y aun del aumento, de nuestros bienes temporales, cuando se ofrezca ocasión justa para ello y en cuanto lo exija nuestra condición, ya que Dios quiere que así lo hagamos por su amor.

Pero procura que el amor propio no te engañe, porque, a veces, de tal manera remeda el amor de Dios, que se corre el riesgo de creer que ambos son una misma cosa. Ahora bien, para impedir que te engañe y que este cuidado de los bienes temporales degenere en avaricia, además de lo que te he dicho en el capítulo precedente, es menester practicar con

mucha frecuencia la pobreza real y efectiva, en medio de todos los bienes y riquezas que Dios nos haya dado.

Despréndete siempre de alguna parte de tus haberes, dándolos de corazón a los pobres; porque dar de lo que se posee es empobrecerse algún tanto, y, cuanto más des, más pobre serás. Es cierto que Dios te lo devolverá, no sólo en el otro mundo, sino también en éste, porque nada ayuda tanto a prosperar como la limosna; siempre serás pobre de ello. ¡ Oh! ¡Santa y rica pobreza la que nace de la limosna!

Ama a los pobres y a la pobreza, porque, mediante este amor, llegarás a ser verdaderamente pobre, porque, como dice la Escritura, nosotros nos volvemos como las cosas que amamos. El amor hace iguales a los amantes. ¿Quién es débil -dice San Pablo-, que yo no lo sea con él?» Y hubiera podido decir: «¿Quién es pobre, que yo no lo sea con él?» porque el amor le hacía ser como aquellos a quienes amaba. Si, pues, amas a los pobres, serás verdaderamente amante de su pobreza, y pobre como ellos. Ahora bien, si amas a los pobres, has de andar con frecuencia entre ellos; complácete en hablarles; no te desdeñes de que se acerquen a ti en las iglesias, en las calles y en todas partes. Seas con ellos pobre de palabra, hablándoles como una amiga, pero seas rica de manos, dándoles de tus bienes, ya que eres poseedora de riquezas.

¿Quieres hacer más, Filotea? No te contentes con ser pobre con los pobres, sino procura ser más pobre que los pobres, ¿De qué manera? «El siervo es menos que su señor». Hazte, pues, sierva de los pobres. Sírveles en el lecho cuando están enfermos, con tus propias manos; seas su cocinera a costa tuya; seas su costurera y su lavandera. ¡Oh, Fílotea! este servicio es más glorioso que una realeza.

Nunca he admirado lo bastante el fervor con que este consejo fue practicado por San Luis, uno de los grandes reyes que ha habido en el mundo -gran rey, digo; rey de toda clase de grandezas- Servía con frecuencia a los pobres, a quienes sustentaba, y, casi todos los días, hacía sentar tres a su mesa; con frecuencia comía de sus sobras, con un amor sin igual. Cuando visitaba los hospitales (cosa que hacía muy a menudo), solía servir a los que padecían los males más horribles, como a los leprosos, a los cancerosos y a otros semejantes, y les servía con la cabeza descubierta y de rodillas, respetando, en su persona, al Salvador del mundo, y amándolos con un afecto tan tierno como el de una dulce madre para con su hijo. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, estaba ordinariamente entre los pobres ' y, a veces, se complacía en aparecer en medio de sus damas vestida como una mujer pobre, y les decía: «Si fuese pobre, vestiría así». ¡Ah, amada Fílotea! ¡Qué pobres eran este príncipe y esta princesa, en medio de sus riquezas, y que ricos en su pobreza!

«Bienaventurados los que son pobres de esta manera, porque de ellos es el reino de los cielos». «Tenía hambre, y vosotros me disteis de comer; tenía frío, y vosotros me cubristeis; tomad posesión del reino que os ha sido preparado desde la creación del mundo», dirá el Rey de los pobres y Rey de los reyes en su gran juicio.

Nadie hay que, alguna vez, no tenga alguna privación o alguna falta de comodidades. A veces acontece que llega un huésped, al que quisiéramos y deberíamos agasajar, y no hay manera de hacerlo en aquel momento; que tenemos los buenos trajes en otra parte, y nos

hacen falta para acudir a donde hay que ir por compromiso; que todos los vinos de la bodega se han echado a perder y están agrios: los únicos que tenemos son malos y recientes; que estamos en el campo, en una mala choza, sin cama ni habitación, ni mesa, ni servicio. Finalmente, por rica que sea una persona, es muy fácil que, con frecuencia, le falte alguna cosa necesaria; ésta es, pues, la manera de ser pobre en las cosas que nos faltan. Filotea, alégrate de estas ocasiones, acéptalas de buen grado y súfrelas gozosamente.

Cuando te sobrevengan contratiempos, que te empobrezcan poco a poco, como tempestades, fuego, inundaciones, esterilidades, hurtos, pleitos, ¡ah!, entonces tienes buena coyuntura para practicar la pobreza, recibiendo con dulzura estas disminuciones de intereses y adaptándote con paciencia y constancia a este empobrecimiento. Esaú se presentó a su padre con las manos cubiertas de pelo, y Jacob hizo lo mismo; mas, como quiera que el pelo que estaba en las manos de Jacob no era de su propia piel, sino de los guantes, se le podía arrancar, sin incomodarle ni martirizarle; por el contrario, como la piel de las manos de Esaú era naturalmente peluda, si le hubiesen querido arrancar el pelo, le hubieran causado dolor; él hubiera gritado y se hubiera enardecido para defenderse. Cuando tenemos nuestros bienes en el corazón, si el mal tiempo, o los ladrones, o algún tramposo nos arrebata una parte de ellos, ¡qué quejas, qué turbaciones, qué impaciencias no sentimos! Pero, cuando nuestros bienes no nos preocupan más de lo que Dios quiere, y no los tenemos en el corazón, si acontece que nos los arrancan ' no perdemos, por ello el juicio ni la tranquilidad. Es la misma diferencia que existe entre las bestias y el hombre en cuanto al vestir: el ropaje de las bestias está adherido a la carne; el de los hombres es tan sólo postizo, y pueden quitárselo o ponérselo, según les plazca.

CAPÍTULO XVI

MANERA DE PRACTICAR LA POBREZA DE ESPÍRITU

EN MEDIO DE LA POBREZA REAL

Pero, si eres realmente pobre, queridísima Filotea, por Dios, procura serlo también de espíritu; haz de la necesidad virtud, y emplea esta piedra preciosa de la pobreza en lo que ella vale: su brillo no es conocido en este mundo, a pesar de que es extremadamente hermoso y rico.

Ten paciencia, pues andas en buena compañía: Nuestro Señor, Nuestra Señora, los Apóstoles y otros muchos santos y santas que fueron pobres, y aun 'pudiendo ser ricos, menospreciaron el serlo. ¡Cuántos grandes del mundo, viniendo las mayores contradicciones, han ido, con diligencia no igualada, a buscar la santa pobreza en los claustros y en los hospitales! Mucho se han afanado para encontrarla, como lo atestiguan San Alejo, Santa Paula, San Paulino, Santa Ángela y tantos otros. Mas, he aquí Filotea, que la pobreza, más amable contigo, se presenta en tu casa; la has encontrado sin buscarla y sin trabajo; abrázala, pues, como a una amiga muy querida de Jesucristo, que nació, vivió y murió en la pobreza, la cual fue su alimento durante toda su vida.

Tu pobreza, Filotea, tiene dos grandes ventajas, merced á las cuales pueden acrecentarse en gran manera tus méritos. La primera es que no te ha sobrevenido por propia elección, sino

por la sola voluntad de Dios, que te ha hecho pobre, sin cooperación alguna por parte de tu voluntad. Ahora bien, lo que recibimos puramente de la voluntad de Dios siempre le es más agradable, con tal que lo aceptemos de corazón y por amor a su voluntad divina: donde hay menos de nuestra parte, hay más de parte de Dios. La simple y pura aceptación de la voluntad de Dios, purifica extraordinariamente el sufrimiento.

La segunda ventaja de esta pobreza es el ser una pobreza verdaderamente pobre. Una pobreza alabada, halagada, socorrida y ayudada, participa de la riqueza; a lo menos no es enteramente pobre; pero una pobreza despreciada, rechazada, vilipendiada y abandonada, es pobre de verdad. Ahora bien, tal suele ser ordinariamente la pobreza de los seglares, porque, puesto que no son pobres por propia elección, sino por necesidad, no se hace gran caso de ella; y, porque se hace poco caso, su pobreza es más pobre que la de los religiosos, aunque ésta tenga, bajo otro concepto, una muy grande excelencia y sea mucho más recomendable, por razón del voto y de la intención por la cual ha sido escogida.

No te quejes, pues, amada Filotea, de tu pobreza, porque sólo nos quejamos de lo que nos desagrada, y si te desagrada la pobreza, no eres pobre de espíritu, sino rica de afecto.

No te desconsueles si no te ves socorrida cual convendría, pues precisamente en esto consiste la excelencia de la pobreza. Querer ser pobre sin ninguna incomodidad, supone una ambición muy grande, porque esto es querer el honor de la pobreza y la comodidad de las riquezas.

No te avergüences de ser pobre ni de pedir limosna por caridad; recibe la que te den, con humildad, y acepta, con dulzura, las repulsas. Acuérdate con frecuencia del viaje de la Santísima Virgen a Egipto, llevando allí a su querido Hijo y de los muchos desprecios, pobreza y miseria que hubo de soportar. Si vives como ella, serás muy rica en medio de tu pobreza.

CAPÍTULO XVII

DE LA AMISTAD Y, EN PRIMER LUGAR, DE LA QUE ES MALA Y FRÍVOLA

El amor ocupa el primer lugar entre las pasiones del alma; es el rey de todos los movimientos del corazón; transforma en sí mismo todas las demás cosas y nos hace tales cuales son los objetos amados. Ten, pues, gran cuidado, Filotea, en que tu amor no sea malo, porque, enseguida, serías tú mala con-lo él. Ahora bien, la amistad es el más peligroso de todos los amores, porque los demás pueden darse sin comunicación alguna; pero en cuanto a la amistad, por estribar esencialmente en aquélla, es imposible tenerla con una persona sin participar de sus cualidades.

No todo amor es amistad, porque puede el hombre amar sin ser amado, y, entonces, hay amor, pero no amistad, ya que la amistad es un amor mutuo, y sin amor mutuo no puede existir; además, no basta que sea mutuo, sino que es menester que las partes que se aman conozcan su recíproco afecto, porque, si. lo ignoran, habrá amor, mas no amistad; en tercer lugar, es también necesario que exista alguna clase de comunicación que sea el fundamento de la amistad.

Según sea la diversidad de trato, la amistad es también diversa, y el trato es diverso, según sean los bienes que los amigos se comunican mutuamente; si son bienes falsos y vanos, la amistad es falsa y vana; si son bienes verdaderos, la amistad es verdadera, y, cuanto más excelentes sean los bienes, más excelente será la amistad. Porque, así como la miel es más excelente cuando es chupada de las flores más exquisitas, así el amor fundado en la más exquisita comunicación es también el más excelente; y así como la miel de Heraclea del Ponto es venenosa y vuelve locos a los que la comen, porque está sacada del acónito, que abunda en aquella región, de la misma manera, la amistad fundada en la comunicación de bienes falsos y viciosos, es del todo falsa y mala.

La comunicación de los placeres carnales es una mutua inclinación y un cebo brutal, que no merece el nombre de amistad entre los hombres, más de lo que merece entre los jumentos y caballos.

La amistad fundada en la comunicación de los placeres sensuales es grosera e indigna del nombre de amistad, como lo es también la que se funda en virtudes frívolas y vanas, porque estas virtudes dependen también de los sentidos. Llamo placeres sensuales a los que se refieren inmediata y principalmente a los sentidos externos, como el placer de contemplar la belleza, de oír una dulce voz, de tocar, y otros semejantes. Entiendo por virtudes frívolas ciertas habilidades y cualidades vanas, que los espíritus débiles llaman virtudes y perfecciones. Si oyes hablar a la mayor parte de las doncellas, de las mujeres y de los jóvenes, advertirás que no se recatan de decir: aquel joven es muy virtuoso, posee muchas perfecciones porque baila bien, juega bien a toda clase de juegos, viste bien, es galante, tiene hermosas facciones, y los charlatanes tienen por más virtuosos a los que son más chistosos. Ahora bien, como que todo esto sólo mira a los sentidos, también las amistades que de aquí nacen se llaman sensuales, vanas y frívolas, y más merecen el nombre de vanidad que el de amistad. Tales son ordinariamente las amistades de la gente moza, que se enamora de unos bigotes, de unos cabellos, de unas miradas, de un vestido, del porte, de la verbosidad: amistades propias de la edad de los enamorados, cuya virtud está en ciernes y cuyo juicio está en capullo. Por lo mismo, estas amistades no son más que pasajeras, y se derriten, como la nieve al sol.

CAPÍTULO XVIII

LOS AMORÍOS

Cuando estas amistades frívolas se entablan entre personas de diferente sexo y sin mirar al matrimonio, se llaman amoríos, porque, no siendo abortos, o mejor dicho, fantasmas de la amistad, no pueden llevar el nombre de amistad ni de amor, a causa de su incomparable vanidad e imperfección. Por ellas, pues, los corazones de los hombres y de las mujeres quedan aprisionados, esclavos y encadenados los unos con los otros, con vanos y locos afectos, fundados en estas frívolas comunicaciones y placeres ruines de que acabamos de hablar. Y aunque estos necios amores acaban, ordinariamente, por fundirse y precipitarse en carnalidades y lascivias feas, no es, empero, éste el primer intento de los que se entretienen en ellos; de lo contrario ya poseerían amoríos, sino manifiestas torpezas. En algunos casos, podrán pasar aun muchos años, sin que, entre los tocados de esta locura,

ocurra alguna cosa, directamente contraria a la castidad del cuerpo, porque se contentan únicamente con desahogar su corazón con deseos, anhelos, suspiros, galanterías y otras necesidades y vanidades parecidas, y esto con diversas pretensiones.

Unos no intentan otra cosa que satisfacer a su corazón, dando y recibiendo amor, guiados en esto por su inclinación amorosa, y éstos cuando escogen sus amores, sólo tienen en cuenta si son o no de su agrado y según sus instintos, de manera que, al encontrarse con una persona que les place, sin examinar el interior y el comportamiento de la misma, dan comienzo a este cambio de amoríos, y se enredan en la miserable red de la cual a duras penas podrán salir. Otros obran movidos por la vanidad, pues creen que es una cosa muy gloriosa cautivar y ligar los corazones con el amor; y éstos, como que andan en pos de la gloria, ponen sus trampas y tienden sus redes en lugares de relumbrón, distinguidos, raros e ilustres. A otros les guía la inclinación amorosa y, a la vez, la vanidad, pues, aunque su corazón se inclina al amor, no se entregan a éste si, al mismo tiempo, no pueden lograr alguna ventaja gloriosa.

Tales amistades son todas malas, locas y vanas: malas, porque conducen y acaban, al fin, en el pecado de la carne, y roban el amor y, por consiguiente, el corazón, a Dios, a la esposa y al marido, a los cuales se deben; locas, porque carecen de fundamento y de motivo; vanas porque no producen ningún provecho, ni honor ni contento. Al contrario, malbaratan el tiempo, son un estorbo para el honor, y no dan otro placer que el de un desazonado querer y esperar, sin saber lo que se pretende ni lo que se quiere. Porque a estos desdichados y débiles espíritus les parece que siempre hay un no sé qué envidiable en las manifestaciones de amor que se les hacen, y no saben precisar en qué consiste; y, así, su deseo nunca se ve saciado, sino que siempre anda en desasosiego su corazón, con perpetuas desconfianzas, celos e inquietudes.

San Gregorio Nacianceno, escribiendo contra las mujeres vanas, dice maravillas en esta materia. He aquí una muestra, dirigida a las mujeres, pero, aplicable también a los hombres: «Tu natural belleza basta para tu marido; pero, si es para varios hombres, como una red para una bandada de pájaros, ¿qué ocurrirá? Aquél te será agradable, a quien haya sido agradable tu belleza, y le devolverás mirada por mirada; en seguida acudirán las sonrisas y las palabritas de amor, encubiertas al principio, mas pronto te familiarizarás con ellas, y pasarás a la galantería manifiesta. Guárdate bien, lengua mía, de decir lo que ocurrirá después, pero quiero añadir otra verdad: nada de cuanto los jóvenes y las muchachas dicen o hacen, en medio de estas necias complacencias, está exento de grandes aguijones. En todo este fárrago de amoríos, unos se embrollan con otros, y unos atraen a otros, como el hierro atraído por un imán arrastra consigo, consecutivamente, a otros hierros».

¡Oh! ¡Y qué bien habla este gran obispo! ¿Qué piensas hacer? Dar amor, ¿no es verdad? Pero nadie da voluntariamente amor sin que, a la vez, lo reciba; en este juego, el que coge es cogido. La hierba aproxis recibe y toma el fuego en cuanto lo ve; lo mismo hacen nuestros corazones: en cuanto ven una alma inflamada de amor, al instante son abrasados por ella. Yo quiero recibir amor, dirá alguno, pero no quiero ir tan lejos. ¡Ah!, te engañas: este fuego del amor es mas vivo y penetrante de lo que te imaginas; procurarás no recibir más que una chispa, y quedarás maravillada al ver, en un momento, abrasado tu corazón reducidas a ceniza todas tus resoluciones y a humo tu buen nombre. Exclama el Sabio:

«¿quién tendrá compasión de un fascinador mordido por una serpiente?» Y yo exclamo con él: ¡Oh!, locos e insensatos, ¿queréis fascinar el amor, para poderlo manejar a vuestro sabor? Queréis jugar con él, y él os picará y morderá traidoramente, y ¿sabéis lo que dirán de ello? Todo el mundo se burlará de vosotros y se reirá de vuestra pretensión de querer encantar el amor y de haber querido, con necia presunción, introducir en vosotros una peligrosa serpiente que os ha echado a perder y ha perdido vuestra alma y vuestro honor.

¡ Dios mío, qué ceguera es ésta, jugar así al fiado, sobre prendas tan livianas, con el principal tesoro de nuestra alma! Sí, Filotea, puesto que Dios no quiere al hombre, sí no es por el alma; ni el alma, si no es por la voluntad; ni la voluntad, si no es por el amor. ¡ Ah, Señor! Nuestro amor no llega, ni de mucho, al grado que requiere; quiero decir que nos falta infinitamente para tener el que se necesita para amar a Dios, y, no obstante, miserables de nosotros, lo prodigamos y lo, malbaratamos en cosas vanas, vacías y frívolas, como si nos sobrase. ¡Ah!, este gran Dios, que se había reservado el amor de nuestras almas, en reconocimiento de su creación, conservación y redención, exigirá una cuenta muy estrecha por estas locas sustracciones que de él le hacemos; porque si, con tanto rigor, ha de examinar las palabras ociosas, ¿qué no hará con las amistades vanas, inconvenientes, locas y perniciosas?

El nogal es muy dañoso a las viñas y a los campos en los cuales está plantado, pues, siendo tan grande, absorbe todo el jugo de la tierra, la cual se hace impotente para alimentar a las otras plantas; su follaje es tan tupido, que hace una sombra muy grande y muy espesa, bajo la cual son atraídos los viandantes, quienes, para coger el fruto, destrozan y pisotean cuanto hay alrededor. Estos amoríos causan los mismos daños al alma, pues la absorben de tal manera y atraen tan fuertemente sus movimientos, que no puede, después, llegar a hacer ninguna obra buena: las hojas, es decir, las conversaciones, los juegos, los requiebros son tan frecuentes, que malbaratan todo el tiempo, y, finalmente, son causa de tantas tentaciones, distracciones, sospechas y otras consecuencias, que todo el corazón queda pisoteado y deshecho. Resumiendo, estos amoríos ahuyentan, no sólo el amor celestial, sino también el temor de Dios, enervan el espíritu, debilitan la reputación: son, en una palabra, el juguete de las cortes, pero la peste de los corazones.

CAPÍTULO XIX

DE LA VERDADERA AMISTAD

¡ Oh, Filotea!, ama a todo el mundo con amor de caridad, pero no tengas amistad sino con aquellos que pueden comunicar contigo cosas virtuosas; y cuanto más exquisitas sean las virtudes, más perfecta será la amistad. Si la comunicación tiene por objeto las ciencias, tu amistad es, ciertamente, muy loable; y lo es todavía más, si la comunicación se refiere a las virtudes de la prudencia, discreción, fortaleza y justicia. Pero, si vuestra mutua y recíproca comunicación es acerca de la caridad, de la devoción, de la perfección cristiana, ¡oh Dios mío!, qué preciosa será esta amistad. Será excelente, porque vendrá de Dios; excelente, porque tenderá a Dios; excelente, porque durará eternamente en Dios. ¡Qué bueno es amar en la tierra como se ama en el cielo y aprender a amarse los unos a los otros, en este mundo, de la misma manera que nos amaremos eternamente en el otro!

No hablo ahora del simple amor de caridad, porque esta virtud hemos de tenerla con respecto a todos los hombres; sino que hablo de la amistad espiritual, por la que dos, o tres o más almas se comunican su devoción, sus afectos espirituales, y forman como un solo espíritu. Con cuánta razón pueden cantar estas bienaventuradas almas: « i Oh, cuán bueno y agradable es el que los hermanos vivan unidos!» Sí, porque el bálsamo delicioso de la devoción destila de un corazón a otro por una continua participación, de suerte que se puede afirmar que Dios hace mover-sobre esta amistad su bendición y la vida por los siglos de los siglos.

Me parece que todas las demás amistades no son sino sombras, en comparación de aquélla, y que sus lazos no son más que cadenas de vidrio, en comparación con este gran vínculo de la santa devoción, todo él de oro.

No quieras trabar otra clase de amistades, se entiende de las amistades buscadas por ti; porque claro está que no se pueden dejar ni despreciar las amistades que la naturaleza y los deberes preexistentes nos obligan a cultivar: con los padres, los parientes, los bienhechores, los vecinos y otros; hablo de las que tú misma escoges.

Quizás muchos te dirán que no hay que tener ninguna clase de particular afecto y amistad, porque esto ocupa el corazón, distrae el espíritu y engendra envidias; pero se equivocan en sus consejos. Por haber leído en los escritos de muchos santos y en devotos autores, que las amistades particulares y los afectos extraordinarios son infinitamente perjudiciales a los religiosos, creen que lo mismo se ha de entender con respecto a todo el mundo; pero, acerca de esto, hay mucho que decir. Porque, considerando que, en un monasterio bien ordenado, el fin común a todos es encaminarse a la verdadera devoción, será fácil de entender que no son necesarias estas particulares comunicaciones, por temor de que, al buscar en particular lo que es común, no se pase de las particularidades a las parcialidades; pero, en lo que atañe a los que viven entre los mundanos y abrazan la verdadera virtud, necesitan unirse unos con otros con una santa y sagrada amistad, ya que, merced a ésta, se alientan, ayudan y estimulan mutuamente a obrar bien. Y, así como los que andan por la llanura no necesitan darse la mano, pero los que andan por caminos escabrosos y resbaladizos se cogen los unos a los otros, para caminar con más seguridad; de la misma manera, los que viven en las comunidades religiosas no tienen necesidad de amistades particulares, pero los que están en el mundo necesitan de ellas para apoyarse y socorrerse los unos a los otros, en medio de los parajes difíciles que han de atravesar. En el mundo, no todos conspiran al mismo fin, ni todos tienen el mismo espíritu; se impone, pues, la separación y la amistad, según las aspiraciones de cada uno; y esta separación crea, ciertamente, una parcialidad, pero una parcialidad santa, que no produce otra división que la del bien y el mal, la de los corderos y los cabritos, la de las abejas y los moscardones, separaciones de todo punto necesarias.,

A la verdad, no me atrevería a negar que Nuestro Señor amó con más particular y más dulce amistad a San Juan, a Lázaro, a Marta y a Magdalena, pues la Escritura da testimonio de ello. Sabemos que San Pedro amó tiernamente a San Marcos y a Santa Petronila; como San Pablo, a Timoteo y a Santa Tecla. San Gregorio Nacianceno se gloria cien veces de la amistad incomparable que profesó al gran San Basilio, y la describe de esta manera: «Parecía que en nosotros no había más que una sola alma en dos cuerpos». Y, aunque no hemos de creer a los que afirman que todas las cosas están en todas las cosas, hemos de

creer, empero, que nosotros éramos dos en cada uno de nosotros, el uno en el otro; los dos teníamos una sola aspiración: cultivar la virtud y ajustar los designios de nuestra vida a las esperanzas venideras, saliendo así de esta tierra mortal antes de morir en ella. San Agustín atestigua que San Ambrosio amaba a Santa Mónica únicamente por las virtudes que veía en ella, y que ella, recíprocamente, le amaba como a un ángel de Dios.

Pero me equivoco al entretenerte en una cosa tan clara. San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio, San Bernardo y todos los más grandes siervos de Dios, han tenido amistades muy particulares, sin menoscabo de su perfección. San Pablo, al censurar los vicios de los gentiles, les acusa de que son personas sin afecto; es decir, que no tienen ninguna amistad. Y Santo Tomás, como todos los buenos filósofos, afirma que la amistad es una virtud: y nótese que habla de la amistad particular, pues, como él mismo dice, la verdadera amistad no puede extenderse a muchas personas. Luego la perfección no consiste en no tener amistades, sino en tenerlas únicamente buenas, santas y sagradas.

CAPÍTULO XX

DE LA DIFERENCIA ENTRE LA AMISTAD VERDADERA Y LAS AMISTADES FALSAS

He aquí, pues, la gran advertencia, Filotea. La miel de Heraelea, que es tan venenosa, es parecida a la otra ' que es tan saludable: es un gran peligro tomar la una por la otra, o tomarlas mezcladas, porque la bondad de la una no impide el daño de la otra. Es menester andar muy alerta para no ser engañado por estas amistades, tanto más cuando se entablan entre personas de diferente sexo, sea cual fuere el pretexto, pues Satanás engaña, con frecuencia, a los que aman. Se comienza por el amor virtuoso, pero, si no se es muy discreto, pronto se mezclará el amor frívolo, después el amor sensual, después el amor carnal. Si no se anda con mucho cuidado, también hay peligro en el amor espiritual, aunque en éste, es más difícil ser engañado, porque su pureza y blancura ponen más de manifiesto las fealdades que Satanás quiere mezclar; por esta causa, cuando lo intenta, lo hace con más disimulo, y procura introducir las impurezas casi insensiblemente.

La amistad mundana se distingue de la santa y virtuosa, como la miel de Heraclea se distingue de la otra; la miel de Heraclea es más dulce al paladar que la miel ordinaria, a causa del acónito, que le da un exceso de dulzura, y la amistad mundana suele producir una serie de palabras almibaradas, una sarta de frases apasionadas y de alabanzas inspiradas en la belleza, en la gracia y en las dotes sensuales; en cambio, la amistad sagrada usa de un lenguaje sencillo y franco, sólo alaba la virtud y la gracia de Dios, único fundamento sobre el cual estriba. La miel de Heraclea, una vez engullida, produce vértigos, y la falsa amistad provoca trastornos en el espíritu, que hacen titubear a la persona en la castidad y devoción, induciéndola a miradas afectadas, halagadoras e inmoderadas, a caricias sensuales, a suspiros desordenados, a ligeras quejas de no sentirse amada, a suaves, pero rebuscadas y cautivadoras exterioridades, a la galantería, a los besos y a otras familiaridades e intimidades indecorosas, presagios ciertos e indudables de una próxima ruina de la honestidad; al contrario, la amistad santa tiene los ojos simples y castos, sus caricias son puras y francas, sólo suspira por el cielo, sus intimidades son para el espíritu, únicamente se queja cuando Dios no es amado, señales infalibles de la honestidad. La miel de Heraclea

perturba la vista, y esta amistad mundana perturba el juicio hasta el extremo de que los que están tocados de ella creen que obran bien cuando obran mal, y tienen por razones sólidas sus excusas, sus pretextos y sus palabras; temen la luz y aman las tinieblas; pero la amistad santa tiene los ojos claros y no se esconde, sino que gusta de aparecer ante las personas de bien. Finalmente, la miel de Heraclea llena la boca de amargura; de la misma manera, las falsas amistades se convierten y acaban en palabras y en demandas carnales y malolientes, y, si no son aceptadas, en injurias, calumnias, imposturas, tristezas, confusiones y celos, que degeneran, muchas veces, en embrutecimiento y locura; pero la amistad casta siempre es honesta, cortés y amable por igual, y nunca se muda, si no es en una más perfecta y pura unión de espíritu, imagen de la amistad bienaventurada que se vive en los cielos.

Dice San Gregorio Nacianceno que el pavo real, cuando chilla y abre la rueda con las plumas extendidas, excita mucho la lubricidad de las parejas que le oyen. Cuando un hombre comienza a pavonearse, a engalanarse, a halagar, a silbar y a murmurar a los oídos de una mujer, sin miras al santo matrimonio, ¡oh! indudablemente no pretende otra cosa más que provocarla a alguna acción impúdica; y la mujer, si es honrada, tapará sus orejas, para no oír el grito de este pavo real ni la voz del fascinador que quiere encantarla; porque, si le escucha, ¡oh Dios mío, qué mal augurio de la futura pérdida del corazón!

El joven que hace ademanes, gestos y caricias, o bien dice palabras en las cuales no quisiera ser sorprendido por su padre, madre, esposa o confesor, da, con ello, pruebas de que se trata de otra cosa que del honor y de la conciencia. La Santísima Virgen se turbó al ver un ángel en forma humana, porque estaba sola y le tributaba muy grandes elogios, aunque celestiales. ¡Oh Salvador del mundo!, la pureza teme a un ángel en figura humana, y ¿por qué, pues, la impureza no temerá a un hombre, aunque sea en figura de ángel, cuando le dirige alabanzas sensuales y humanas?

CAPÍTULO XXI

ADVERTENCIA Y REMEDIOS CONTRA LAS MALAS AMISTADES

Mas ¿qué remedios hay contra la peste y podredumbre de locos amores, necedades e impurezas? Enseguida que sientas sus primeros síntomas, vuélvete del otro lado, y, con una absoluta detestación de estas vanidades, corre a la cruz del Salvador y toma su corona de espinas, para cercar con ella tu corazón, a fin de que estas pequeñas zorras no se le acerquen. Guárdate bien de dar beligerancia a este enemigo; no digas: «le escucharé, pero nada haré de cuanto me diga; le escucharé, pero le negaré el corazón». ¡Ah Filotea!, por Dios, sé muy rigurosa en tales ocasiones; el corazón y el oído se complacen mutuamente, y, así como es imposible detener un torrente que ha empezado a precipitarse por la vertiente de una montaña, así también es difícil impedir que el amor que se ha deslizado por el oído, no penetre en el corazón. Según Alemeón, las cabras respiran por el oído; Aristóteles lo niega, y yo no sé lo que en ello hay de verdad; pero una cosa sé, y es que nuestro corazón alienta por los oídos, y que, así como aspira y exhala sus pensamientos por la lengua, así también respira por los oídos, por los cuales recibe los pensamientos de los demás. Guardemos, pues, con mucho cuidado, nuestros oídos del aire de las palabras necias; porque, de lo contrario, nuestro corazón quedará, con frecuencia, apestado. No escuches

ninguna clase de proposiciones, sea cual sea el pretexto con que te sean hechas; solamente en este caso, no hay peligro de que seas descortés y huraña.

Recuerda que has consagrado tu corazón a Dios, y que, habiéndole sacrificado tu amor, sería un sacrilegio robarle una sola brizna; al contrario, sacrifícaselo de nuevo, con mil resoluciones y protestas, y permaneciendo en medio de éstas como un ciervo en su refugio, acude a Dios; Él te socorrerá, y su amor tomará el tuyo bajo su protección, para que viva únicamente por Él.

Pero, si ya has quedado cogida en las redes de estos locos amores, ¡Dios mío, que dificultad en desprenderte de ellas! Ponte delante de su divina Majestad; reconoce, en su presencia, la grandeza de tu miseria, tu flaqueza y tu vanidad; después, con el mayor esfuerzo de tu corazón que te sea posible, detesta estos amores comenzados; abjura la vana profesión que de ellos hubieres hecho; renuncia a todas las promesas recibidas, y, con una muy grande y decidida voluntad recoge tu corazón y resuelve nunca más expansionarte con estos juegos y entretenimientos de amor.

Si puedes alejarte de la ocasión, te lo aprobaré infinito, porque así como los que han sido mordidos de la serpiente no pueden fácilmente curarse en presencia de los que, en otra ocasión, han sido picados por el mismo animal, así la persona que ha sido mordida por el amor, difícilmente curará de esta pasión, mientras esté cerca de la otra que haya recibido la misma mordedura. El cambio de lugar es el gran sedante para calmar los ardores y las inquietudes, así de] amor como del dolor. El jovencito del cual habla San Ambrosio, en el libro segundo de La Penitencia, después de haber hecho un largo viaje se sintió completamente libre de los locos amores que había tenido, y quedó tan trocado, que, al encontrarle su loca enamorada y al decirle: «¿No me conoces? Soy la misma», respondió él: «Sí, ciertamente, pero yo no soy el mismo»; la ausencia había producido, en él, esta mudanza. Y San Agustín afirma que, para calmar el dolor que sintió a la muerte de su amigo, salió de Tagaste, donde éste había muerto, y se fue a Cartago.

Mas ¿qué ha de hacer el que no puede ausentarse? Es menester que rompa absolutamente con toda conversación particular, con todo trato secreto, con las miradas dulces, con las sonrisas y, en general, con toda clase de comunicación y cebo que puedan alimentar este fuego maloliente y humeante; o, en último extremo, si es imprescindible hablar con el cómplice, que sea para declarar, con una atrevida, breve y severa protesta, el eterno divorcio que se ha jurado. A todos los que han caído en estas redes les digo a veces: «Cortad, rasgad, romped»; no es caso de entretenerse en descoser estas locas amistades, es menester rasgarlas; no es caso de deshacer los nudos, es menester romperlos o cortarlos; por otra parte, se trata de unas cuerdas y ataduras que no tienen valor alguno. No se ha de remendar un amor que es tan contrario al amor de Dios.

Pero, después que haya roto las cadenas de esta infamante esclavitud, ¿quedará todavía en mí algún resabio de ella? ¿ Las marcas y los trazos de los hierros dejarán también señales en mis pies, es decir, en mis afectos? De ninguna manera, Filotea, si concibes el aborrecimiento que tu mal merece; porque, supuesto que dejase rastro en ti, no serías agitada por ningún movimiento que no fuese el de un gran horror al amor infamante y a todo cuanto de él se deriva. y permanecerías libre de todo otro afecto hacia el objeto

abandonado, que no fuese una purísima caridad para con Dios. Pero, si por la imperfección de tu arrepentimiento, quedan todavía en ti algunas malas inclinaciones, procura a tu alma una soledad mental, según lo que te he enseñado más arriba, y recógete en ella cuanto puedas, y, con mil reiterados impulsos de tu espíritu, renuncia a todas tus inclinaciones; abjúralas con todas tus fuerzas; lee, más de lo que sueles, libros santos; confiésate y comulga con más frecuencia que de ordinario; trata humilde e ingenuamente con tu director acerca de todas las sugestiones y tentaciones que te sobrevengan en ese punto, si te es posible, o, a lo menos, con alguna alma fiel y prudente, y no dudes de que Dios te librará de toda pasión, mientras perseveres fiel a estos ejercicios.

«¡Ah! -me dirás- pero, ¿no será una ingratitud romper tan despiadadamente una amistad?» ¡Oh! ¡Dichosa ingratitud la que nos hace agradables a Dios! No, por Dios, Filotea, esto no será ingratitud, sino un gran beneficio que harás al amante, porque, al romper tus lazos, rompes los suyos, pues eran comunes a ambos, y, aunque, de momento, no se dé, cuenta del beneficio, no tardará en reconocerlo, y como tú cantará en acción de gracias: « ¡ Oh Señor!, has roto mis ataduras; yo te inmolaré la hostia de alabanza e invocaré tu santo Nombre».

CAPÍTULO XXII

ALGUNAS OTRAS ADVERTENCIAS SOBRE LAS AMISTADES

La amistad requiere una gran comunicación entre los amigos; de lo contrario, no puede nacer ni subsistir. Por esta causa, ocurre que, con la comunicación propia de la amistad, se deslizan y pasan insensiblemente de corazón a corazón otras comunicaciones, por una mutua infusión y recíproco cambio de afectos, de tendencias e impresiones. Pero, de un modo particular, ocurre esto cuando tenemos en grande aprecio a aquel a quien amamos, porque, entonces, de tal manera abrimos el corazón a la amistad, que, con ella, fácilmente entran todas sus inclinaciones y afectos, tanto si son buenos como si son malos. Es cierto que las abejas que hacen la miel de Heraclea no buscan sino la miel, pero con la miel chupan insensiblemente las cualidades venenosas del acónito, entre el cual hacen su cosecha. Pues bien, Filotea, en este punto, es menester practicar las palabras que el Salvador de nuestras almas solía decir, como nos lo enseñan los antiguos: «Sed buenos cambistas y buenos negociantes de moneda», es decir, no aceptéis la moneda falsa junto a la buena, ni el oro de baja ley con el oro fino; separemos lo precioso de lo ruin, porque nadie hay que no tenga alguna imperfección. Y ¿qué razón hay para recibir mezcladas las taras y las imperfecciones del amigo, junto con su amistad? Ciertamente, es menester amarle, a pesar de su imperfección, pero sin amar ni recibir ésta, porque la amistad supone la comunicación del bien, mas no la del mal. Así como los que extraen las arenas del río, las dejan en la ribera después de haber separado el oro, para llevárselo, de la misma manera los que gozan de la comunicación de alguna buena amistad, han de separar de ella la arena de las imperfecciones, y no dejarla penetrar en el alma. Cuenta San Gregorio, que muchos amaban y admiraban tanto a San Basilio, que se dejaban llevar hasta el extremo de imitarle aun en sus imperfecciones exteriores «en su hablar lento, en su espíritu abstracto y pensativo, en la forma de su barba y en su porte». Y conocemos a maridos, esposas, hijas, amigos que, por tener en grande estima a sus amigos, a sus padres, a sus maridos, a sus esposas, adquieren, por condescendencia o por imitación, mil pequeños defectos, con el trato amistoso que sostienen. Ahora bien, esto en manera alguna se ha de hacer, pues cada

uno harto y demasiado tiene con sus malas inclinaciones, sin necesidad de echar sobre sí las de los demás; y la amistad, no sólo no exige esto, sino que, al contrario, nos obliga a ayudarnos los unos a los otros, para librarnos mutuamente de toda clase de imperfecciones. Es indudable que se han de soportar pacientemente, en el amigo, sus imperfecciones, pero no nos hemos de inclinar a ellas ni mucho menos trasladarlas a nosotros.

Y no hablo sino de las imperfecciones, porque, en cuanto a los pecados, ni los hemos de admitir, ni los hemos de soportar en el amigo. Es una amistad débil o mala, ver al amigo en peligro y no socorrerle, verle morir de una apostema y no atreverse a clavarle el bisturí de la corrección para salvarle. La verdadera y viva amistad, no puede conservarse entre los pecados. Se dice de la salamandra que apaga el fuego sobre el cual se acuesta, y el pecado destruye la amistad, porque no puede subsistir si no es sobre la verdadera virtud. j Cuánto menos, pues, hay que pecar por motivos de amistad! El amigo es enemigo, cuando quiere inducirnos al pecado, y merece perder la amistad, cuando pretende perder y condenar al amigo; y una de las señales más seguras de la falsa amistad es verla sostenida con una persona viciada por el pecado, sea cual sea éste. Si la persona a quien amamos es viciosa es sin duda nuestra amistad, porque, no pudiendo referirse a la virtud verdadera, forzosamente ha de tomar pie de alguna virtud frívola o de alguna cualidad sensual.

La sociedad formada entre comerciantes con miras al provecho temporal, no tiene más que la apariencia de verdadera amistad, porque se inspira, no en el amor a las personas, sino en el amor al lucro.

Finalmente, estas dos divinas afirmaciones son dos grandes columnas para asegurar bien la vida cristiana. Una es del Sabio: «El que teme a Dios siempre tendrá buena amistad»; la otra es de Santiago Apóstol: «La amistad de este mundo es enemiga de Dios».

CAPÍTULO XXIII

DE LOS EJERCICIOS DE LA MORTIFICACIÓN EXTERIOR

Los que entienden en cosas rústicas y campestres aseguran que si se escribe una palabra sobre una almendra bien entera, y después se encierra ésta de nuevo en la cáscara, bien colocada y cerrada con todo cuidado, y se planta de esta manera, todo el fruto que el árbol producirá después, llevará igualmente escrito y grabado el mismo nombre, En cuanto a mí, Filotea, nunca he podido aprobar el método de aquellos que, para reformar al hombre, empiezan por el exterior, por el porte, por los vestidos, por los cabellos.

Muy al contrario, me parece que es menester comenzar por el interior: «Convertios a Mí de todo corazón», nos dice Dios: «Hijo mío, dame tu corazón»; porque así, siendo el corazón la fuente de los actos, son éstos lo que aquél es. El divino Esposo, al convidar al alma, le dice: «Ponme un sello sobre tu corazón, como un sello como sobre tu brazo». Sí, ciertamente, pues cualquiera persona que tenga a Jesucristo en su corazón, lo tiene también en todas sus acciones exteriores.

Por esto, amada Filotea, he querido, ante todo, grabar y escribir en tu corazón este santo y sagrado: VIVA JESÚS, bien convencido de que, después de esto, tu vida, que proviene de

tu corazón, como el almendro de la almendra, producirá todos los actos, que son sus frutos, escritos y grabados con el mismo nombre de salvación, y que, tal como vivirá Jesús en tu corazón, vivirá también en todas tus exterioridades, y se manifestará en tus ojos, en tu boca, en tus manos y aun en tus cabellos, y podrás decir santamente, a imitación de San Pablo: «Vivo yo, mas no soy yo quien vivo, sino que Jesucristo vive en mí». En una palabra: el que ha ganado el corazón del hombre ha ganado a todo el hombre. Pero este mismo corazón, por el cual queremos comenzar, requiere que se le instruya acerca de cómo ha de regular su manera de conducirse y su porte exterior, a fin de que, no sólo se vea en él la santa devoción, sino también una gran prudencia y discreción. Con este fin, voy a hacerte algunas advertencias.

Si puedes soportar el ayuno, harás bien en ayunar algunos días, además de los prescritos por la Iglesia; porque, aparte del efecto ordinario del ayuno, que es elevar el espíritu, refrenar la carne, practicar la virtud y alcanzar una mayor recompensa en el cielo, es un gran bien conservar el propio dominio sobre la glotonería, y tener el instinto sexual y el cuerpo sujetos a la ley del espíritu, y, aunque no sean muchos los ayunos, no obstante el enemigo nos teme más cuando conoce que sabemos ayunar. Los miércoles, viernes y sábados son los días en los cuales los antiguos cristianos más se ejercitaban en la abstinencia; escoge, pues, algunos de estos días para ayunar, según te lo aconsejen tu devoción y la discreción de tu director.

De buen grado diré aquello que San Jerónimo decía a la buena dama Leta: «Mucho me desagradan los ayunos largos e inmoderados, sobre todo en aquellos que se hallan en edad todavía tierna. He aprendido, por experiencia, que el potro, cuando está cansado de andar, busca la manera de escabullirse»; es decir, el joven debilitado por el exceso en los ayunos, fácilmente degenera en la molicie. En dos ocasiones corren mal los ciervos: cuando están demasiado cargados de grasa y cuando están demasiado flacos. Nosotros estamos muy expuestos a las tentaciones, cuando nuestro cuerpo está demasiado nutrido y cuando está demasiado débil, porque lo primero lo vuelve insolente a causa de su vigor, y lo segundo lo vuelve desesperado a causa de su flaqueza; y, así como nosotros a duras penas podemos llevar el cuerpo cuando está demasiado grueso, tampoco él puede llevarnos a nosotros cuando está demasiado flaco. La falta de esta moderación en los ayunos, disciplinas, cilicios y austeridades inutiliza para el servicio de la caridad los mejores años de muchos, como sucedió al mismo San Bernardo, que, después, se arrepintió de haber sido demasiado austero; y, en el mismo grado en que han maltratado el cuerpo en los comienzos, se ven obligados a halagarlo después. ¿No sería mejor darle un trato justo y proporcionado a las cargas y trabajos a que esté obligado por su condición?

El ayuno y el trabajo rinden y abaten la carne. Si el trabajo que haces te es muy necesario o es muy útil para la gloria de Dios, prefiero que sufras la penalidad del trabajo que la del ayuno; éste es el sentir de la Iglesia, la cual, por consideración a los trabajos útiles al servicio de Dios y del prójimo, exime a los que los hacen aun del ayuno de precepto. Uno se mortifica ayunando, otro sirviendo a los enfermos, visitando a los presos, confesando, predicando, asistiendo a los desolados, orando y con otros ejercicios semejantes; esta mortificación vale más que aquélla, porque, además de refrenar, como ella, produce frutos mucho más deseables. Por lo tanto, en general, es preferible guardar las fuerzas corporales

más de lo necesario, que agotarlas más de lo que conviene, pues podemos abatirlas siempre que queremos, mas no repararlas siempre que es necesario.

Me parece que hemos de sentir mucha reverencia por el aviso que nuestro Salvador y Redentor Jesús dio a sus discípulos: «Comed lo que os pongan delante». Creo que es mayor virtud comer, sin elegir lo que te presenten y por el mismo orden que te lo den, ya sea de tu agrado, ya no lo sea, que escoger siempre lo peor. Porque, aunque esta manera de vivir parece más austera, no obstante la otra exige más resignación, pues, por ella, no sólo se renuncia al propio gusto, sino también a escoger, y, ciertamente, no es pequeña austeridad doblegar siempre el propio gusto al gusto de los demás y tenerlo sujeto a las circunstancias, tanto más cuanto que esta clase de mortificación no es aparatosa, ni molesta para nadie, y muy apropiada a la vida social. Rechazar unos manjares para tomar otros, picar y gustarlo todo, no encontrar nunca cosa alguna bien hecha ni limpia, quejarse a cada momento.... todo esto delata un corazón goloso y demasiado atento a los platos y a los manjares. Más dice en favor de San Bernardo que bebiese, sin darse cuenta, aceite en lugar de agua o vino, que si, a sabiendas, hubiese bebido agua de ajenjos; porque era señal de que no pensaba en lo que bebía. Y, en este descuido de lo que se ha de comer o beber, consiste la práctica perfecta de esta sagrada advertencia: «Comed lo que os pongan delante>. No obstante, exceptúo los manjares que perjudican a la salud o que ponen enfermizo al espíritu, como son, para muchos, los manjares calientes o picantes, alcohólicos o flatulentos, y exceptúo también algunas ocasiones en las cuales la naturaleza necesita ser recreada o alentada, para poder soportar algún trabajo para la gloria de Dios.

Una constante y moderada sobriedad vale más que las abstinencias violentas, hechas de tarde en tarde y con treguas de gran relajación.

La disciplina posee una virtud maravillosa para despertar el deseo de la devoción, si se toma de una manera moderada. El cilicio refrena poderosamente el cuerpo, pero su uso no es indicado para los casados ni para las complexiones delicadas, ni para los que han de soportar grandes calamidades. Es verdad que, en los días más indicados para la penitencia, se puede hacer uso de él, pero siempre con el consejo de un confesor discreto.

Es menester emplear la noche en dormir, tanto como sea necesario, para poder velar muy útilmente de día, cada uno según su complexión. Y, como quiera que la Sagrada Escritura, en muchos lugares, el ejemplo de los santos y la razón natural nos recomiendan, en gran manera, el madrugar, por ser este tiempo el mejor y el más fructuoso de nuestro día, y el mismo Nuestro Señor es llamado sol naciente, y la Santísima Virgen alba del día, creo que es una virtud acostarse temprano, por la noche, para poder despertarse y levantarse muy de mañana. Ciertamente, esta hora es la más agradable, la más dulce y la menos embarazosa; aun los pájaros, en ella, nos invitan a despertarnos y a alabar a Dios: así, pues, el madrugar es útil a la salud y a la santidad.

Balaán iba, montado en su asna, al encuentro de Balac. Mas, como que no obraba con rectitud de intención, le esperó en el camino el ángel con una espada para matarle. La asna, que veía al ángel, se detuvo pertinazmente por tres veces; Balaán no cesaba de golpearla cruelmente a bastonazos, para obligarla a andar, hasta que, a la tercera vez, la asna, agachándose, con Balaán montado encima, le habló, por un milagro, y le dijo: «¿ Qué te he

hecho yo? ¿Por qué me has golpeado ya tres veces?» Y enseguida se le abrieron a Balaán los ojos, y vio al ángel el cual le dijo: «¿Por qué has pegado a tu asna? Si ella no hubiese retrocedido delante de mí, yo te hubiera muerto y hubiera salvado a ella». Entonces dijo Balaán al ángel: «Señor, he pecado, porque no sabía que te hubieses puesto frente a mí, en el camino». ¿Lo ves Filotea? Balaán es la causa del mal, pega y da de bastonazos a la pobre asna, que no tiene ninguna culpa.

Así ocurre, con frecuencia, en nuestras cosas: porque tal esposa ve a su marido o a su hijo enfermo, acude, al instante, al ayuno, al cilicio, a la disciplina, como lo hizo David en semejante ocasión. ¡Ah querida amiga! tú azotas a la pobre asna, castigas tu cuerpo, y él no es responsable de tu mal, ni de que Dios tenga la espada desenvainada contra ti; castiga tu corazón, que es idólatra de este esposo, y que tolera mil defectos en el hijo y le induce al orgullo, a la vanidad y a la ambición. Tal hombre ve que, con frecuencia, cae en la bajeza del pecado de lujuria: el remordimiento interior se pone delante de su conciencia, con la espada en la mano, para atravesarlo con un santo temor; y, al momento, reaccionando en su corazón, exclama: « ¡ Ah carne envilecida! ¡Ah cuerpo desleal! ¡ Cómo me habéis hecho traición! » y he aquí que, enseguida, comienza a mortificar a esta carne con ayunos inmoderados, con disciplinas excesivas, con cilicios insoportables. ¡Ah pobre alma! Si tu carne pudiese hablar, como la burra de Balaán, te diría: ¿ Por qué me pegas, miserable? Es sobre ti, alma mía, que Dios descarga su ira; eres tú la criminal. ¿Por qué me induces a malas conversaciones? ¿Por qué aplicas mis ojos, mis manos, mis labios a las deshonestidades? ¿Por qué me perturbas con imaginaciones perversas? Ten pensamientos buenos, y yo no tendré movimientos malos; trata con personas honestas, y yo no seré excitada por su concupiscencia. ¡Ah! eres tú la que me arrojas al fuego, y, después, quieres que no arda; tiras pavesas a los ojos, y no quieres que se inflamen». Y Dios te dice, indudablemente, en estas ocasiones: «Castiga, rompe, acuchilla, despoja principalmente tu corazón, ya que es contra él que se ha encendido mi enojo». Es cierto que para curar la comezón no es tan necesario lavarse y bañarse como purificar la sangre y refrescar el hígado; así también, para curar nuestros defectos, bueno es mortificar la carne, pero, ante todo, es necesario purificar nuestros afectos y refrescar nuestros corazones. Ahora bien, en todo y por todas partes, de ninguna manera se han de emprender austeridades corporales sin el consejo de nuestro guía.

CAPÍTULO XXIV

DE LAS CONVERSACIONES Y DE LA SOLEDAD

En la devoción de los seglares, de la cual vamos tratando, el buscar las conversaciones y el huir de ellas son dos extremos censurables. El rehuirlas implica desdén y menosprecio del prójimo, y el buscarlas es cosa que se resiente de ociosidad e inutilidad. Hemos de amar al prójimo como a nosotros mismos: para demostrar que le amamos, es menester no huir de su compañía, y, para probar que nos amamos a nosotros mismos, hemos de permanecer con nosotros, cuando con nosotros nos encontremos. Ahora bien, estamos con nosotros, cuando estamos solos. «Piensa en ti, dice San Bernardo, y después en los demás». Y así, si nada te impele a hacer una visita o a recibirla en tu casa, quédate sola contigo misma y conversa con tu corazón; pero, si viene a ti alguna visita o algún motivo justificado te convida a

hacerla, hazla en nombre de Dios, Filotea; trata con el prójimo de buen grado y ponle buena cara.

Llamamos malas conversaciones a las que se tienen con mala intención, o bien, cuando los que toman parte en ellas son viciosos, indiscretos y disolutos; y de éstos hay que huir, como las abejas huyen de los enjambres de tábanos o abejorros. Porque, así como los que han sido mordidos por perros rabiosos, tienen el sudor, la saliva y el aliento peligrosos, sobre todo para los niños y para las personas de complexión débil, de la misma manera, nadie puede tratar con estos viciosos e incontinentes sin riesgo y peligro, sobre todo cuando se tiene una devoción todavía tierna y delicada.

Hay conversaciones que sólo sirven para recreación, las cuales se tienen únicamente para distraerse de las ocupaciones serias; en cuanto a éstas, así como, por una parte, no es menester entregarse a ellas, así también, por otra, se les puede conceder el ocio destinado a la recreación.

Otras conversaciones tienen por finalidad el buen trato; tales son las mutuas visitas y ciertas reuniones que se tienen para honrar al prójimo. En cuanto a éstas, así como no hay que ser demasiado meticuloso en practicarlas, tampoco hay que ser desatento, despreciándolas, sino que cada uno ha de cumplir en ello, con modestia, su deber, para evitar así la rusticidad como la frivolidad.

Quedan ahora las conversaciones útiles, como las que se entablan entre las personas devotas y virtuosas. ¡Oh Filotea!, siempre te hará mucho bien tener con frecuencia estas conversaciones. La viña plantada entre olivos produce racimos oleosos, a los que se pega el gusto del olivo: el alma que, con frecuencia, se encuentra entre personas de virtud, forzosamente ha de participar de sus cualidades. Los abejorros solos no pueden hacer miel, pero con las abejas, se ayudan mutuamente a hacerla: el conversar con almas devotas es una gran ventaja para excitarnos mucho a la devoción.

En toda conversación , la ingenuidad, la simplicidad, la dulzura y la modestia son siempre preferidas. Hay personas que no hacen un solo ademán ni un solo movimiento si no es con tanto artificio que se hacen enojosos a todo el mundo; y, así como aquel que no quisiera andar sino contando los pasos, ni hablar sino cantando, sería a todos antipático, así los que toman un aire fingido y todo lo hacen a compás, importunan en gran manera en la conversación, y, en esta clase de personas, siempre hay algún aspecto de presunción. Hemos de procurar habitualmente que, en nuestra conversación, predomine siempre una jovialidad moderada. San Romualdo y San Antonio son muy alabados, porque a pesar de sus austeridades tenían siempre el rostro y las palabras llenas de regocijo, de gracia y de cortesía. Procura estar siempre alegre con los que están alegres, y repito con el Apóstol: «Está siempre gozosa, pero en Nuestro Señor, y que todos los hombres vean tu modestia». Para alegrarte en Nuestro Señor, es menester que el objeto de tu gozo no sólo sea lícito, sino también honesto. Te lo digo, porque hay cosas que, no obstante ser lícitas, no son honestas; y, para que vean tu modestia, guárdate de las insolencias, que siempre son reprensibles: hacer caer a uno, ensuciar a otro, pellizcar a un tercero, hacer daño a un tonto, son bromas y goces necios e insolentes.

Empero, además de la soledad mental, a la cual puedes retirarte siempre, en medio del bullicio de las conversaciones, como he dicho más arriba, has de amar la soledad local y real, no para irte al desierto como Santa- María Egipciaca, San Pablo, San Antonio, Arsenio y otros padres solitarios, sino para estar un poco en tu habitación, en tu jardín o en otro lugar, donde puedas, a tu sabor, recoger tu espíritu en tu corazón, y recrear tu alma con buenas reflexiones y santos pensamientos o con un rato de buena lectura, a ejemplo de aquel obispo Nacianceno, que, hablando de sí mismo, dice: «Paseaba conmigo mismo al atardecer, durante algún tiempo, por la orilla del mar, porque tenía la costumbre de tomar esta recreación, para distraerme y librarme un poco de los enojos de cada día», y enseguida discurre acerca del buen pensamiento que tuvo y que he referido en otro lugar,. Y toma también por modelo a San Ambrosio, hablando del cual, dice San Agustín que con frecuencia, cuando entraba en su habitación (pues tenía siempre la puerta abierta para todo el mundo), lo encontraba leyendo, y, después de haber esperado un rato se iba sin decirle nada para no estorbarle, y pensando que no había de robar aquel poco tiempo que quedaba a este gran pastor para robuster y recrear su espíritu, después del trasiego de tantas ocupaciones. También, un día, habiendo contado los Apóstoles a Nuestro Señor que habían predicado y trabajado mucho, les dijo: «Venid a la soledad y descansad un poco».

CAPITULO XXV

DE LA DECENCIA EN LOS VESTIDOS

Quiere San Pablo que las mujeres devotas (lo mismo se diga de los hombres) vistan con decoro y se adornen con decencia y sobriedad. Ahora bien, la decencia en el vestir y en el ornato depende de la materia de la forma y de la limpieza. En cuanto a la limpieza, ha de ser siempre la misma en nuestros vestidos, en los cuales, en la medida de lo posible, no hemos de tolerar ninguna mancha ni dejadez. La limpieza exterior es, en alguna manera, el reflejo de la honestidad interior. El mismo Dios exige la decencia corporal en los que se acercan a los altares y en los que tienen principalmente a su cargo la devoción.

En cuanto a la materia y a la forma de los vestidos, la decencia se ha de juzgar según las diversas circunstancias de tiempo, de edad, de condición, de compañías, de ocasiones. Ordinariamente, acostumbrados a vestir mejor los días festivos, según la importancia de la solemnidad que se celebra; en tiempo de penitencia, como en Cuaresma, se viste con más sencillez; en las bodas se llevan trajes nupciales, y en los actos fúnebres se emplean ropas de luto; delante de los príncipes es menester un mayor realce, el cual disminuye entre los propios familiares. La mujer casada puede y debe adornarse delante de su marido; si hace lo mismo cuando está lejos de él, entonces cabe preguntar a qué ojos quiere complacer con este cuidado singular. A las doncellas se les permite un mayor acicalamiento, porque pueden lícitamente pretender agradar a muchos, aunque no sea más que para conquistar uno solo, para el santo matrimonio. Tampoco es reprobable que las viudas que quieren casarse de nuevo se adornen discretamente, con tal que no se muestren frívolas, pues habiendo sido ya madres de familia y habiendo pasado por las tristezas de la viudez, se considera que su espíritu es más maduro y sensato. Mas, en cuanto a las verdaderas viudas que lo son no sólo de cuerpo sino también de corazón, ningún adorno es más adecuado que la humildad, la modestia y la devoción, pues, si quieren dar amor a los hombres, no son verdaderas viudas,

y, si no se lo quieren dar, ¿a qué tantos atavíos? El que no desea huéspedes, ha de sacar el rótulo de su casa. Nos reímos siempre de los viejos cuando quieren presumir, y ¿por qué? Por que esto es una necedad, únicamente tolerable en la juventud.

Seas correcta, Filotea; que no haya en ti dejadez ni desaliño: sería despreciar a aquellos con los cuales convives, presentarte delante de ellos con vestidos ofensivos; pero guárdate de la afectación, de las vanidades, curiosidades y frivolidades. En cuanto te sea posible, inclínate siempre del lado de la sencillez y de la modestia, que, sin duda, es el mejor adorno de la belleza y lo que mejor encubre la fealdad. San Pedro avisa, de un modo particular, a las doncellas que no lleven los cabellos encrespados, rizados y ondulados. Los hombres que son tan débiles de complacerse en estas frivolidades, son llamados, en todas partes, hermafroditas, y las mujeres que se envanecen por ello, son tenidas por ligeras en la castidad; si la guardan, a lo menos no se echa de ver, en medio de tantas trivialidades y bagatelas. Dicen que lo hacen sin pensar mal, mas yo digo que el demonio siempre piensa mal. Quisiera que mi devoto o mi devota anduviesen siempre mejor vestidos, pero que, a la vez, fuesen los menos pomposos y afectados, y como dice el proverbio, estuviesen adornados de gracia, de modestia y dignidad. Dice brevemente San Luis que cada uno ha de vestir según su estado, de manera que los discretos y buenos no puedan decir: «Es demasiado», ni los jóvenes: «Es demasiado poco». Y, si los jóvenes no quieren contentarse con la decencia, hay que inclinarse al parecer de los prudentes.

CAPÍTULO XXVI

DEL HABLAR, Y PRIMERAMENTE CÓMO HAY QUE HABLAR CON DIOS

Los médicos conocen muy bien el estado de salud o de enfermedad de un hombre por el examen de la lengua; asimismo nuestras palabras son el mejor indicio de las cualidades de nuestras almas: «Por tus palabras -dice el Salvador-, serás justificado, y por tus palabras serás condenado». Ponemos instintivamente la mano sobre el dolor que sentimos, y la lengua sobre el amor que tenemos.

Luego, si estás enamorada de Dios, Filotea, con frecuencia hablarás de Dios, en las conversaciones familiares con los de tu casa, con los amigos y con los vecinos, porque «la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará juiciosamente». Y, así como las abejas, con su diminuta boca, no gustan otra cosa sino la miel, de la misma manera tu lengua siempre estará llena de la miel de su Dios, y no sentirá suavidad mayor que la de dejar escapar por los labios las alabanzas y las bendiciones de su santo Nombre, como se cuenta de San Francisco, el cual, cuando pronunciaba el santo Nombre del Señor, se chupaba y lamía los labios, como para saborear la mayor dulzura del mundo.

Pero habla siempre de Dios como de Dios, es decir, con reverencia y devoción, sin querer sentar plaza de sabia ni de predicadora, sino con espíritu de dulzura, de caridad y de humildad, destilando como sepas (tal como se dice de la Esposa del Cantar de los Cantares) la deliciosa miel de la devoción, gota a gota, ora en el oído de uno, ora en el oído de otro, rogando a Dios, en el retiro de tu alma, que se digne hacer caer este santo rocío hasta el fondo del corazón de aquellos que te escuchan.

Sobre todo, este oficio angélico se ha de desempeñar con dulzura, no a guisa de corrección, sino en forma de inspiración, porque es una maravilla ver cuán poderoso cebo es, para ganar los corazones, la suavidad y la amable proposición de alguna cosa buena.

Nunca, pues, hables de Dios ni de la devoción como por compromiso y pasatiempo, sino siempre con atención y devoción; y te digo esto para librarte de una notoria vanidad que se echa de ver en muchos que profesan la devoción, los cuales, en toda ocasión, dicen palabras santas y fervorosas, como por rutina y sin pensar en ello, y, después de haberlas dicho, creen que son lo que las palabras dan a entender, lo cual no es verdad.

CAPÍTULO XXVII

DE LA HONESTIDAD EN LAS PALABRAS

Y DEL RESPETO DEBIDO A LAS PERSONAS

Dice Santiago: «El que no peca en las palabras, es varón perfecto». Procura tener mucho cuidado en no decir ninguna palabra deshonesta, pues, aunque tú no la digas con mala intención, lis que la oyen pueden tornarla en tal sentido. La palabra deshonesta, al caer en un corazón débil, se extiende y dilata como una gota de aceite sobre la tela, y, a veces, de tal manera se apodera del corazón, que lo llena de mil pensamientos y tentaciones impuras. Porque, así como el veneno del cuerpo entra por la boca, de la misma manera el del corazón entra por el oído, y la lengua que lo produce es homicida, ya que, aunque, por casualidad, el veneno que ha escupido no produzca tal efecto, por haber encontrado los corazones de los oyentes provistos de algún contraveneno, no es, empero, por falta de malicia, si no causa la muerte. Y que nadie me diga que no piensa cosa alguna mala, porque Nuestro Señor, que conoce los corazones de los hombres, ha dicho que «de la abundancia del corazón habla la boca»; y si nosotros no pensamos mal, piensa mal el enemigo, y siempre se sirve disimuladamente de estas malas palabras para atravesar el corazón de alguno. Se dice que los que han comido de la hierba llamada angélica tienen siempre el aliento suave y agradable, y que los que tienen la honestidad y la caridad en su corazón pronuncian siempre palabras limpias, corteses y honestas. En cuanto a las indecencias y torpezas, el Apóstol quiere que ni tan sólo se nombren, y nos asegura que nada corrompe tanto las buenas costumbres como las malas conversaciones. Si las palabras deshonestas se dicen de una manera encubierta, con afectación y sutilidad, son infinitamente más venenosas, porque, cuanto más puntiagudo es un dardo, más fácilmente se clava en el cuerpo; de la misma manera, cuanto más aguda es una palabra, tanto más penetra en los corazones. Y los hombres que creen que son graciosos, porque emplean tales palabras en las conversaciones, no saben cuál es el fin de éstas. Las conversaciones han de ser como los enjambres de las abejas, reunidas para hacer la miel en suave y virtuoso consorcio, y no como un montón de avispas, que se reúnen para ir a chupar en algún estercolero. Si algún necio te dice palabras indecorosas, dale a entender que tus oídos se sienten ofendidos, ya sea retirándote, ya de alguna otra manera, según lo dicte tu prudencia.

Uno de los peores defectos que puede tener una persona es ser burlón: Dios aborrece en gran manera este vicio y, a veces, lo castiga extraordinariamente. Nada hay más contrario a la caridad, y mucho más a la devoción, que el despreciar y el pisotear al prójimo. Ahora

bien, la burla y la mofa siempre suponen este menosprecio; por esto, es un pecado muy grave, tanto que tienen razón los doctores cuando dicen que la mofa es la peor ofensa que, de palabra, se puede inferir al prójimo, pues las demás ofensas andan acompañadas de alguna estima de aquel que es ofendido, pero ésta se hace con desprecio y rebajamiento.

En cuanto a los juegos de palabras que algunos se dicen mutuamente, con cierta modesta alegría y buen humor, pertenecen a la virtud que los griegos llamaban eutrapelía, y que nosotros podemos llamar pasatiempo; por ellos el hombre se recrea honesta y agradablemente, a base de ocasiones divertidas que nos ofrecen las imerfecciones humanas. únicamente hay que evitar pasar de este buen humor a la mofa; pues la mofa provoca la risa con desprecio y rebajamiento del prójimo; mas la gracia y el buen humor provocan la risa con una ingenua libertad, confianza y franca familiaridad, unida a la gentileza de alguna palabra. San Luis, cuando, después de comer, querían los religiosos hablarle de cosas elevadas, respondía: «Ahora no es tiempo de razonar, sino de recrearse con alguna palabra graciosa o con alguna ocurrencia: que cada uno diga honestamente lo que le plazca»; lo cual decía en obsequio de los nobles que estaban con él para gozar de su benevolencia. Pero procuremos, Filotea, pasar de tal manera el tiempo por recreación, que conservemos la eternidad por devoción.

CAPÍTULO XXVIII

DE LOS JUICIOS TEMERARIOS

«No juzguéis y no seréis juzgados -dice el Salvador de nuestras almas-; no condenéis y no seréis condenados». No, dice el santo Apóstol, «no juzguéis antes de tiempo, hasta que el Señor venga, el cual revelará el secreto de las tinieblas y manifestará los consejos de los corazones». ¡Oh! ¡Cuánto desagradan a Dios los juicios temerarios! Los juicios de los hijos de los hombres son temerarios, porque ellos no son jueces los unos de los otros, y, al juzgar, usurpan el oficio de Dios nuestro Señor; son temerarios, porque la principal malicia del pecado depende de la intención y del designio del corazón, que, para nosotros, es el secreto de las tinieblas; son temerarios, porque cada uno tiene harto trabajo en juzgarse a sí mismo, sin que necesite ocuparse en juzgar al prójimo. Para no ser juzgados, es menester también no juzgar a los demás, y que nos juzguemos a nosotros mismos; porque, si Nuestro Señor nos prohíbe una de estas cosas, el Apóstol afirma la otra, diciendo: «Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados». Mas, ¡ay!, que hacemos todo lo contrario; porque no cesamos de hacer lo que nos está prohibido, juzgando al prójimo a diestro y siniestro, y nunca hacemos lo que nos está mandado, que es juzgarnos a nosotros mismos.

Según sean las causas de los juicios temerarios, han de ser los remedios. Hay corazones agrios, amargos y ásperos de natural, que agrían y amargan todo lo que reciben, y, como dice el profeta, «convierten el juicio en ajenjos», no juzgando jamás al prójimo si no es con todo rigor y dureza; éstos tienen mucha necesidad de caer en las manos de un buen médico espiritual, pues esta amargura de corazón es muy difícil de vencer, por lo mismo que es algo contranatural; y, aunque esta amargura no sea pecado, sino solamente una imperfección; es, no obstante, peligrosa, porque hace que entre y reine en el alma el juicio temerario y la maledicencia. Algunos hay que juzgan temerariamente, no por amargura sino por orgullo, y les parece que, a medida que rebajan el honor de los demás, encumbran el

propio; espíritus arrogantes y presuntuosos, se admiran a sí mismos y suben tan alto en su propia estima, que todo lo demás les parece pequeño y bajo: «Yo no soy como los demás hombres», decía aquel necio fariseo.

Algunos no tienen este orgullo manifiesto, sino solamente sienten como una complacencia en considerar el mal del prójimo, para saborear y hacer saborear más dulcemente el bien contrario del cual se creen dotados; y esta complacencia es tan secreta e imperceptible, que si no se tiene muy buena la vista, no se descubre, y los mismos que la sienten no la conocen, si no se la muestran. Otros, queriendo adularse y excusarse consigo mismos y atenuar los remordimientos de su conciencia, se apresuran a pensar que los demás padecen del vicio al cual ellos se han entregado, o de otro mayor, y les parece que la multitud de criminales hacen su pecado menos censurable. Otros se entregan al juicio temerario por el solo placer que hallan en adivinar y filosofar acerca de las costumbres y humor de las demás personas, a manera de ejercicio ingenioso, y, si por desgracia aciertan alguna vez en sus juicios, la audacia y el prurito de continuar crece tanto, que harto trabajo hay en corregirles. Otros juzgan por pasión, y siempre piensan bien del que aman, y mal del que aborrecen, fuera del caso sorprendente y, no obstante, verdadero, en que el exceso de amor induce a juzgar mal al que amamos: efecto monstruoso, procedente de un amor impuro, imperfecto, desequilibrado y enfermo, que son los celos, los cuales, como todo el mundo sabe, por una sencilla mirada, por la sonrisa más insignificante del mundo, condenan a las personas de perfidia y de adulterio. Finalmente, el temor, la ambición y otras parecidas flaquezas de espíritu contribuyen, con frecuencia, al nacimiento de la sospecha y del juicio temerario.

Mas, ¿qué remedios hay? Los que beben el jugo de la hierba ofiusa de Etiopía, por todas partes ven serpientes y cosas espantosas; los que han bebido orgullo, envidia, ambición, odio, nada ven que no les parezca malo o digno de condenación; aquellos, para curarse, han de beber vino de palmera, y yo digo lo mismo de éstos: bebed cuanto podáis el vino sagrado de la caridad; él os liberará de estos malos humores, que os hacen hacer estos juicios torcidos. Tan lejos está la caridad de ir en busca del mal, que teme encontrarlo, y cuando lo encuentra, vuelve el rostro hacia otra parte y lo disimula, y cierra los ojos para no verlo, al primer rumor que percibe, y después, con una santa simplicidad, cree que no era el mal, sino alguna sombra o fantasma del mal; porque, si, por fuerza, se ve obligada a reconocer que es el mismo mal se aleja al instante, y procura olvidarse aun de su figura.

La caridad es la mejor medicina contra las enfermedades, y de un modo especial contra ésta. Todas las cosas parecen amarillas a los ojos de los que padecen ictericia, y dicen que, para curarse de este mal, hay que llevar la celidonia debajo de la planta de los pies. El vicio del juicio temerario es una especie de ictericia espiritual, que hace que todas las cosas parezcan malas a los ojos de los que están atacados de ella; pero el que quiera curar de esta dolencia ha de aplicar este remedio, no a los ojos ni al entendimiento; sino a los afectos, que son los pies del alma: si tus afectos son dulces, tu juicio será dulce; y si tus afectos son caritativos, tu juicio será caritativo.

He aquí tres ejemplos admirables. Isaac había dicho que Rebeca era su hermana. Abimelec vio que jugaba con ella y que la acariciaba tiernamente, y juzgó enseguida que era su mujer: un ojo maligno hubiera creído que era su concubina, o que, si era su hermana, se trataba de un incesto; pero Abimelec tomó el partido más conforme con la caridad que podía tomar en

aquellas circunstancias. Es necesario, Filotea, que siempre obres de esta manera, en cuanto te sea posible, y, si una acción tiene mil aspectos, es menester mirarla bajo el punto de vista mejor. Nuestra Señora estaba encinta, y San José lo veía claramente; mas, como quiera que, por otra parte, sabía que era toda pura, toda santa, toda angelical, no pudo creer que hubiese concebido contra sus deberes, y se decidió a alejarse de ella y a dejar el juicio a Dios. Aunque los indicios fueron muy poderosos para hacerle formar un mal concepto acerca de aquella virgen, jamás quiso juzgarla. ¿Por qué? Porque, como dice el Espíritu de Dios, era justo: el hombre justo, cuando no puede juzgar ni el acto ni la intención de aquel a quien, por otra parte, conoce como hombre de bien, no quiere en ningún caso juzgarle, sino que lo aparta de su mente y se remite al juicio de Dios. El Salvador crucificado, como no pudiese excusar el pecado de los que le crucificaban, atenuó, a lo menos, su malicia, alegando su ignorancia. Cuando nosotros no podamos excusar el pecado, hagámoslo, a lo menos, digno de compasión, atribuyéndolo a la causa más excusable que pueda tener, tal como la ignorancia o la flaqueza.

Pero, ¿nunca podemos juzgar mal al prójimo? No, ciertamente; jamás. Es Dios, Filotea, quien juzga a los criminales con justicia. Es verdad que, para hacerse oír de ellos, se sirve de la voz de los magistrados: éstos son sus ministros y sus intérpretes, y, como oráculos suyos, no pueden decir sino lo que Él les enseña, y, si por seguir sus propias pasiones, lo hacen de otra manera, entonces son ellos los que de verdad juzgan y, por consiguiente, serán juzgados, porque está prohibido a los hombres, en calidad de tales, juzgar a los demás.

Ver o conocer una cosa no es juzgarla, porque el juicio, a lo menos según la frase de la Escritura, supone alguna dificultad grande o pequeña, verdadera o aparente, que es necesario vencer; por esto nos dice que «l os que no creen están ya juzgados», porque ya no cabe duda acerca de su condenación. No es malo, pues, dudar del prójimo, porque no está prohibido dudar sino juzgar; no está, empero, permitido dudar ni sospechar, sino en la medida en que obliguen a ello los argumentos o las razones; de lo contrario, las sospechas son temerarias. Si algún ojo malicioso hubiese visto a Jacob cuando besaba a Raquel junto al pozo, o hubiese visto a Rebeca cuando aceptaba los brazaletes y los pendientes de Eliezer, hombre desconocido en aquella región, hubiera pensado mal de aquellos dos modelos de castidad, pero sin razón ni fundamento; porque, cuando una acción es de suyo indiferente en sí misma, es una sospecha temeraria sacar de ella malas consecuencias, a no ser que sean muchas las circunstancias que den fuerza al argumento. También es un juicio temerario sacar consecuencias de un solo acto para desacreditar a una persona; mas esto lo explicaré después con más claridad.

Finalmente, los que andan con mucho tiento en las cosas que atañen a la conciencia no suelen ser esclavos del juicio temerario; porque, así como las abejas, al ver la niebla o el cielo cubierto, se retiran a sus colmenas para fabricar la miel, de la misma manera los pensamientos de las almas buenas no se paran en los objetos embrollados ni en las acciones nebulosas de los prójimos, sino que, para evitar el dar con ellas, se recogen dentro de su corazón, para formar en él los buenos propósitos de su propia enmienda. Es propio de las almas inútiles el ocuparse en el examen de las vidas ajenas.

Exceptúo a los que tienen cargo de los demás, así en la familia como en el Estado; porque una buena parte de los deberes de su conciencia consiste en mirar y en velar por los demás.

Cumplan, pues, con su cometido amorosamente, y, hecho esto, velen por sí mismos en esta materia.

CAPÍTULO XXIX

DE LA MALEDICENCIA

El juicio temerario produce inquietud, desprecio del prójimo, orgullo y complacencia en sí mismo y cien otros efectos por demás perniciosos, entre los cuales ocupa el primer lugar la maledicencia, como la peste de las conversaciones. ¡ Ah! ¡Que no tenga yo uno de los carbones del altar santo para tocar con él los labios de los hombres, a fin de borrar su iniquidad y purificarlos de su pecado, a imitación del serafín que purificó la boca de Isaías! El que lograse quitar la maledicencia del mundo, quitaría de él una gran parte de los pecados y de la iniquidad.

El que arrebata injustamente la buena fama a su prójimo, además de cometer un pecado, está obligado a la debida reparación, aunque de diversa manera, según la diversidad de la maledicencia; porque nadie puede entrar en el cielo con los bienes ajenos, y, entre todos los bienes exteriores, la buena fama es el mejor. La maledicencia es una especie de homicidio, porque tenemos tres vidas: la espiritual, que estriba en la gracia de Dios; la corporal, que radica en el alma, y la civil, que consiste en la buena fama. El pecado nos quita la primera; la muerte, la segunda, y la maledicencia, la tercera. Pero el maldiciente, con un solo golpe de su lengua, comete, ordinariamente, tres homicidios: mata su alma y la del que le escucha, con muerte espiritual, y de muerte civil a aquel de quien murmura; porque, como dice San Bernardo, el que murmura y el que escucha al murmurador, tienen en sí mismos al demonio: el uno en su lengua, y el otro en sus oídos. David, hablando de los maldicientes, dice que «tienen la lengua afilada como las serpientes». Ahora bien, la serpiente, como dice Aristóteles, tiene la lengua dividida en dos, y con dos puntas. Tal es la lengua del maldiciente, que, de un solo golpe, pincha y emponzoña el oído del que la escucha y la buena fama de aquel de quien se ocupa.

Te conjuro, pues, amada Filotea, que no hables nunca mal de nadie, ni directa ni indirectamente: guárdate de atribuir falsos crímenes y pecados al prójimo, de descubrir los que son secretos, de exagerar los ya conocidos, de interpretar mal una buena obra, de negar el bien que tú sabes que existe en alguno, de disimularlo maliciosamente, de disminuirlo con tus palabras; porque, de cualquiera de estas maneras, ofenderías mucho a Dios, sobre todo acusando falsamente o negando la verdad, en perjuicio del prójimo, ya que entonces sería doble el pecado: mentir y dañar, a la vez, al prójimo.

Los que, para murmurar, empiezan con preámbulos honrosos o echan mano de cumplidos e ironías, son los más finos y los más virulentos de los detractores. Conste, dicen, que le aprecio, y que, por lo demás, es un perfecto caballero; pero en honor de la verdad, es menester decir que ha obrado mal al cometer tal perfidia. Es una muchacha muy virtuosa, pero se ha dejado sorprender; y otras semejantes maneras de hablar. ¿No ves aquí el artificio? El que quiere disparar el arco, acerca la flecha hacia sí tanto cuanto puede, pero lo hace únicamente para dispararla con más fuerza. De la misma manera, parece que estos murmuradores atraen hacia sí la maledicencia, para dispararla más velozmente y para que

así penetre más en los corazones de los oyentes. La detracción hecha en forma de ironía es la más cruel de todas; porque, así como la cicuta no es, de suyo, un veneno muy activo, sino bastante lento y que fácilmente se puede contrarrestar, pero mezclada con vino no es ya remediable, así también la murmuración, que de suyo, entraría por una oreja y saldría por la otra, como suele decirse, queda impresa en la mente de los que la escuchan, cuando se presenta envuelta en un dicho agudo y chistoso. «Tienen, dice David, el veneno del áspid en sus labios»; porque el áspid pica de una manera casi imperceptible, y su veneno causa, al principio, una comezón agradable, con la que se dilatan el corazón y las entrañas, y reciben el veneno, contra el cual ya no es posible, entonces, combatir.

No digas: «Fulano es un borracho», aunque le hayas visto embriagado: ni «es un adúltero», por haberle sorprendido en este pecado; ni: «es un incestuoso», porque haya caído en esta desgracia; ya que un solo acto no basta para calificar una cosa. El sol se detuvo una vez en favor de la victoria de Josué, y se obscureció, en otra ocasión, en favor de la del Salvador; nadie, empero, dirá que el sol esté inmóvil ni que es oscuro. Noé se embriagó una vez y otra Lot; éste, además, cometió un grave incesto. Sin embargo, ni ambos fueron bebedores ni el último fue incestuoso. No fue San Pedro sanguinario, porque una vez derramó sangre, ni blasfemó por haber, en una ocasión, blasfemado. Para recibir un calificativo basado en un vicio o en una virtud, se requiere cierta continuación y hábito, por lo que es una falsedad llamar a un hombre colérico o ladrón, por haberle visto encolerizado o hurtando una sola vez.

Aunque un hombre haya sido vicioso durante mucho tiempo, se corre el riesgo de mentir cuando se le llama tal. Simón el leproso llamaba pecadora a Magdalena, porque lo había sido antes; sin embargo, mentía, porque ya no lo era, sino una muy santa penitente; por esto Nuestro Señor salió en su defensa. Aquel necio fariseo tenía al publicano por gran pecador, tal vez por injusto, adúltero o ladrón; pero se equivocaba totalmente, porque, en aquel mismo momento, quedaba justificado. ¡Ah! puesto que la bondad de Dios es tan grande, que basta un momento para pedir y recibir la gracia, ¿qué certeza podemos tener de que un hombre que ayer era pecador, todavía lo sea hoy? El día precedente no ha de juzgar al día presente, ni el día presente al precedente; sólo el último es el que a todos juzga. Nunca, pues, podemos decir que un hombre es malo, sin riesgo de mentir, y, supuesto que falte, lo único que podemos decir es que ha cometido una mala acción; que ha vivido mal en tal época; que obra mal ahora; pero del día de ayer no se puede deducir ninguna consecuencia para el día de hoy, y mucho menos aún para el día de mañana.

Aunque es necesario ser extremadamente delicado en no murmurar del prójimo, es menester, empero, guardarse del extremo en que caen algunos, los cuales, para evitar la maledicencia, alaban y hablan bien del vicio. Si se trata de una persona verdaderamente murmuradora, no digas, por disculparla, que es abierta y franca; de una persona manifiestamente vana, no digas que es generosa y correcta; a las familiaridades peligrosas, no las llames simplicidades o ingenuidades; no disimules la desobediencia con el nombre de celo, ni la arrogancia con el nombre de franqueza, ni la lascivia con el nombre de amistad. No, amada Filotea; por el deseo de huir del vicio de la maledicencia, no se han de favorecer, adular, ni fomentar los otros vicios, sino que hay que llamar sinceramente mal al mal, y condenar las cosas que son dignas de reprobación. Haciéndolo así, glorificaremos a Dios, con tal que lo hagamos bajo las siguientes condiciones:

Para condenar loablemente los vicios de los demás, ha de exigirlo la utilidad de aquel de quien se habla, o de aquellos a los cuales se habla. Se cuentan, por ejemplo, en presencia de las jóvenes, las familiaridades indiscretas de aquellos y de aquéllas, que son evidentemente peligrosas; de la disolución de uno o de una en las palabras y ademanes, que son manifiestamente contrarios a la honestidad: si no condeno francamente este mal, más aún: si quiero excusarlo, esas tiernas almas que escuchan tomarán de ello ocasión para relajarse en alguna cosa semejante; su utilidad, pues, exige que, con toda libertad, recrimine estas cosas al instante, a no ser que pueda esperar otra ocasión, para cumplir este deber con menos daño de aquellos de quienes se habla.

Además de lo dicho, es menester que me corresponda a mí hablar acerca de aquel punto, por ejemplo, si soy uno de los principales de la reunión, de manera que, si no hablo, parecerá que apruebo el vicio; pues, si soy de los últimos, no me corresponde a mí iniciar la censura. Pero, ante todo, es necesario que sea absolutamente exacto en las palabras, de manera que no diga una palabra de más. Por ejemplo, si recrimino, por demasiado indiscreta y peligrosa, la amistad de aquel joven con aquella muchacha, por Dios, Filotea, conviene que sostenga la balanza en el punto medio para no aumentar un solo ápice la cosa. Si sólo hay una débil apariencia, no diré nada; si tan sólo una simple imprudencia, nada añadiré; si no hay ni imprudencia ni verdadera apariencia de mal, sino únicamente un simple pretexto para murmurar, efecto tan sólo de la malicia, o bien no diré nada, o diré esto mismo. Mi lengua, mientras habla del prójimo, es en mi boca lo que el bisturí en manos del cirujano, que quiere cortar entre los nervios y los tendones: es menester que el golpe que yo dé sea tan exacto, que no diga ni más ni menos de lo que es. Sobre todo es menester que, mientras recriminas el vicio, procures la mayor benignidad con la persona en el cual existe.

Es verdad que de los pecadores infames, públicos y notorios, se puede hablar libremente, con tal que se haga con espíritu de caridad y de compasión y no con arrogancia y presunción, ni para complacerse en el mal ajeno, porque esto sería propio de un corazón abyecto y vil. Exceptúo, entre todos, a los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia, porque a éstos es menester desacreditarlos cuanto se pueda; tales son las sectas heréticas y cismáticas y sus jefes; es un acto de caridad gritar contra el lobo, dondequiera que sea, cuando se encuentra entre las ovejas.

Todos se toman la libertad de juzgar libremente y de censurar a los príncipes, y de hablar mal de naciones enteras, según la diversidad de afectos que cada uno siente por ellas. Filotea, no cometas esta falta, que, además de la ofensa de Dios, podría dar lugar a mil clases de disputas.

Cuando oyes que se habla mal de alguno, duda de la acusación, si buenamente puedes; si no puedes dudar, excusa, a lo menos, la intención del acusado, y, si tampoco es esto posible, da muestras de compasión por él, desvía la conversación, y los que no caen en pecado, lo deben todo a la gracia de Dios. Procura, con suavidad, que el maldiciente reflexione, y di alguna cosa buena de la persona ofendida, si la sabes.

CAPÍTULO XXX

ALGUNOS OTROS AVISOS ACERCA DEL HABLAR

Que tu manera de hablar sea dulce, franca, sincera, espontánea, ingenua y fiel. Guárdate de la doblez, del artificio y de la ficción; aunque no siempre es oportuno decir toda clase de verdades, nunca, empero, está permitido faltar a la verdad. Acostúmbrate a no mentir nunca a sabiendas, ni para excusarte, ni por otro cualquier motivo, y acuérdate de que Dios es el Dios de la verdad. Si dices mentiras por descuido, y puedes retractarlas al momento, mediante alguna explicación o reparación, retráctalas; una razón verdadera tiene más gracia y fuerza, para excusar, que una mentira.

Aunque, en alguna ocasión, se puede, con discreción y prudencia, disimular y encubrir la verdad con algún artificio de palabras, únicamente se ha de hacer en cosas de importancia y cuando claramente lo exigen la gloria y el servicio de Dios; fuera de este caso, los artificios son muy peligrosos, porque, como dice la Sagrada Escritura, el Espíritu Santo no habita en un espíritu fingido y doble. No existe delicadeza tan buena y tan deseable como la simplicidad. La prudencia mundana y los artificios carnales pertenecen a los hijos de este siglo; pero los hijos de Dios caminan rectamente y tienen el corazón sin dobleces. «Quien anda con simplicidad -dice el Sabio- anda seguro». La mentira, la doblez y el disimulo suponen siempre un espíritu flaco y envilecido.

San Agustín había dicho en el libro de sus Confesiones, que su alma y la de su amigo no eran más que una sola alma, y que esta vida era para él horrible después de la muerte de aquél, porque no quería vivir a medias, pero que, por este motivo no quería morir, a saber, por temor de que su amigo muriese del todo. Estas palabras le parecieron después demasiado artificiosas y afectadas, por lo que se desdice de ellas en el libro de sus Retractaciones, llamándolas necedad. ¿No ves, amada Filotea, cuán delicada es esta hermosa alma, en lo que atañe a la afectación en las palabras? Ciertamente, es un gran adorno de la vida cristiana la fidelidad, la franqueza y la sinceridad en el hablar. «Yo dije: tendré cuidado en mis caminos, para no pecar con mi lengua... ¡Ah Señor!, pon guardia en mi boca, y una puerta que cierre mis labios», decía David.

Es una advertencia del rey San Luis, que a nadie se contradiga, fuera del caso en que el consentir sea pecado o acarree un gran mal, con el fin de evitar disputas y discordias. Ahora bien, cuando conviene contradecir a alguno y oponer la propia opinión a la de otro, es menester emplear mucha dulzura y flexibilidad, y no querer violentar el ánimo del contrario, pues nada se gana tomando las cosas con aspereza. El hablar poco, tan recomendado por los sabios antiguos, no significa que se hayan de decir pocas palabras, sino que no hay que decir muchas inútiles; porque, en cuanto al hablar, no se mira la cantidad, sino la calidad. Y me parece que se han de evitar los dos extremos, ya que el querer sentar plaza de sabio y de severo, negándose, al efecto a tomar parte en los pasatiempos familiares, como son las conversaciones, parece que arguye falta de confianza o desdén; como el hablar y el bromear continuamente, sin dar a los demás tiempo y oportunidad de hablar cuando quieren, es propio de personas livianas y ligeras.

A San Luis no le parecía bien que, en presencia de los demás, se hablase secretamente y con misterio, particularmente en la mesa, para no dar motivo de sospecha de que se hablaba mal de alguno. «Aquel -decía--que está en la mesa con buena compañía, y quiere decir alguna cosa jocosa y divertida, debe decirla de manera que la oiga todo el mundo, si es cosa de importancia, debe callarla, sin hablar de ella».

CAPÍTULO XXXI

DE LOS PASATIEMPOS Y RECREACIONES, Y, EN PRIMER LUGAR, DE LAS QUE SON LÍCITAS Y LAUDABLES

Es necesario dar, de vez en cuando, cierta expansión a nuestro espíritu y también a nuestro cuerpo, con alguna clase de recreación. Como dice Casiano, un día un cazador encontró a San Juan Evangelista, el cual llevaba una perdiz en la mano y la acariciaba por pura recreación. Preguntóle el cazador por qué, siendo un hombre tan calificado, empleaba el tiempo en una cosa tan baja y despreciable, y San Juan le respondió: «¿Por qué no llevas siempre el arco en tensión?» -«Por temor, replicó el cazador, de que, si permanece siempre encorvado, no pierda la fuerza cuando tenga que hacer uso de él».«No te maravilles, pues, dijo el Apóstol, si, alguna vez, aflojo en el rigor y en la tentación de mi espíritu para recrearme un poco y entregarme luego, más vivamente, a la contemplación». Es, indudablemente, un vicio el ser tan riguroso, huraño y salvaje, que no se quiera tomar para sí, ni permitir a los demás, ninguna clase de recreación.

Tomar el aire, pasear, entretenerse en alegres y amigables conversaciones, tocar el laúd o algún otro instrumento, cantar, ir de caza, son pasatiempos tan honestos, que, para usar bien de ellos, no se requiere otra prudencia que la ordinaria, la cual da a todas las cosas la importancia, el tiempo, el lugar y la medida.

Los juegos en los cuales la ganancia sirve de premio y de recompensa a la habilidad y a la industria del cuerpo o del espíritu, como ocurre en el juego de pelota, balón, el mallo, el juego de la sortija, el ajedrez, las damas, son recreaciones de suyo buenas y lícitas. Conviene tan sólo guardarse del exceso, ya en el tiempo que en ellos se emplea, ya en las apuestas que se hacen; porque, si se emplea en ello demasiado tiempo, ya no es recreación, sino ocupación, y entonces no se da esparcimiento al ánimo ni al cuerpo, sino que se le aturde y agota. Después de seis horas de jugar al ajedrez, se siente gran pesadez de cuerpo y fatiga de espíritu; jugar mucho tiempo a la pelota no es recrear el cuerpo, sino cansarlo. Ahora bien, si la apuesta, es decir, lo que se juega, es demasiado crecida, los afectos de los jugadores se desordenan, aparte de que es injusto exponer grandes cantidades a la habilidad y al ingenio tan poco importantes y tan inútiles como lo son las habilidades del juego.

Pero sobre todo, Filotea, procura no aficionarte a todas estas cosas; porque, por honesta que sea una recreación, es vicio el poner en ella el corazón y el afecto. No niego que se haya de jugar con gusto mientras se juega, porque lo contrario ya no sería recreación; lo que sí digo es que no hemos de poner el afecto en el juego, de tal manera que lo deseemos, nos dejemos dominar por él y lo esperemos con excesivas ansias.

CAPÍTULO XXXII

DE LOS JUEGOS PROHIBIDOS

Los juegos de los dados, de los naipes y otros semejantes, en los cuales la ganancia depende únicamente del azar, no sólo son recreaciones peligrosas, como los bailes, sino también sencillamente y naturalmente malas y vituperables; por esto están prohibidos por las leyes, así civiles como eclesiásticas. Pero dirás: «¿Qué mal hay en ellos?» En estos juegos la ganancia no es fruto de la inteligencia, sino de la suerte, que muchas veces favorece al que no lo merece ni por su habilidad ni por su ingenio: en esto, pues, la razón sale ofendida. «Pero nosotros ya hemos convenido en ello>>, replicarás. Esto sirve para demostrar que el que gana no hace injuria a los demás, pero de aquí no se sigue que el pacto no esté fuera de razón, y también el juego; porque el lucro, que ha de ser el precio de la habilidad, se convierte en el precio de la suerte, la cual no vale nada, pues, de ninguna manera, depende de nosotros.

Además, estos juegos llevan el nombre de recreación, y para esto se han inventado; sin embargo, no lo son, sino más bien ocupaciones violentas. Porque, ¿no es, acaso, ocupación, tener el espíritu oprimido y tenso por una continua atención, y agitado por constantes inquietudes, aprensiones y zozobras? ¿Existe una atención más triste, más sombría y más melancólica que la de los jugadores? Por esto, durante el juego, no se puede hablar, ni reír, ni toser, pues enseguida se encolerizan.

Finalmente, en el juego, no hay más goce que el del lucro, y ¿no es inicuo un goce que no se puede lograr de otra manera, sino a costa de la pérdida y del disgusto del compañero? Esta alegría es, en verdad, infame. Por estos tres motivos están prohibidos estos juegos. El gran rey San Luis, al enterarse de que su hermano el conde de Anjou y Don Gautier de Nemours estaban jugando, se levantó de la cama a pesar de que estaba enfermo, y, con paso vacilante, se dirigió a su estancia, y cogió las mesas, los dados y parte del dinero, y lo arrojó al mar por la ventana mostrándose muy enojado. La santa y casta doncella Sara, hablando a Dios de su inocencia, le dijo: «Tú sabes, ¡oh Señor!, que nunca he tenido trato con jugadores».

CAPÍTULO XXXIII

DE LOS BAILES Y PASATIEMPOS QUE SON PELIGROSOS

Las danzas y los bailes son cosas, de suyo, indiferentes, pero, atendiendo a la manera ordinaria de practicar este ejercicio, resulta muy resbaladizo e inclinado hacia el lado del mal, y por consiguiente, está lleno de daño y de peligro. Se baila de noche, y es muy fácil que, en medio de la oscuridad y de las tinieblas, una cosa por sí misma susceptible de mal, resbale en accidentes tenebrosos y viciosos. Se vela mucho, y después se pierde la madrugada del día siguiente, y, por lo mismo, la oportunidad de servir a Dios; en una palabra, siempre es una locura cambiar el día por la noche, la luz por las tinieblas, las buenas obras por las liviandades. Al baile todos llevan, a porfía, vanidad, y la vanidad es una gran disposición para los afectos malos y para los amores peligrosos y vituperables pues todas estas cosas suelen ser fruto de las danzas.

Filotea, te digo de los bailes lo que los médicos dicen de los hongos: los mejores no valen nada; y yo te digo que los mejores bailes nada tienen de buenos. Si, no obstante, has de comer hongos, mira que estén bien condimentados; si, en alguna ocasión, de la cual no puedas excusarte, te ves obligada a ir al baile, procura, en tu danza, la mayor decencia. Mas, ¿cómo lograrla? Con modestia, con dignidad y con buena intención. Come pocos y no con mucha frecuencia, dicen los médicos, hablando de los hongos, porque, por bien preparados que estén, la cantidad los hace venenosos; baila poco y con poca frecuencia, Filotea, porque, de lo contrario, caerás en el peligro de aficionarte.

Los hongos, según Plinio, por ser muy esponjosos y estar llenos de poros, absorben fácilmente los gérmenes infectos que están a su alrededor, de manera que, cuando están cerca de las serpientes, reciben su veneno. Los bailes, las danzas y otras parecidas reuniones tenebrosas, atraen, ordinariamente hacia sí, los vicios y los pecados que imperan en un lugar, las disputas, las envidias, las burlas, los amores locos; y así como tales ejercicios abren los poros del cuerpo de los que los practican, también abren los poros del corazón, con lo cual, si alguna serpiente va a silbar al oído alguna palabra lasciva, algún halago, alguna galantería, o bien algún basilisco lanza miradas impúdicas, miradas de amor, los corazones están más preparados para dejarse cautivar y emponzoñar.

¡Ah, Filotea!, estas recreaciones impertinentes son, por lo regular, peligrosas: disipan el espíritu de devoción, debilitan las fuerzas, enfrían la caridad y despiertan en el alma mil clases de malos afectos, por lo cual hay que tomar parte en ellas con suma prudencia.

Pero, de un modo especial, se dice que después de los hongos hay que beber vino generoso; y yo digo que, después de los bailes, hay que echar mano de algunas santas y buenas consideraciones, que contrarresten las impresiones peligrosas que el placer frívolo recibido puede comunicar a nuestros espíritus. Mas ¿qué consideraciones?

1. Mientras tú estás en el baile, muchas almas arden en el fuego del infierno por los pecados cometidos en la danza y por causa de la danza.

2. Muchos religiosos y personas devotas, a la misma hora, están en la presencia de Dios, cantan sus alabanzas y contemplan su belleza. ¡Oh, cómo emplean el tiempo mejor que tú!

3. Mientras tú bailas, muchas almas entran en agonía; millones de hombres y mujeres padecen grandes trabajos en la cama, en los hospitales, por la calle: dolor de gota, mal de piedra, fiebre abrasadora. ¡Ah! ellos no tienen un momento de reposo. ¿No les tendrás compasión? ¿No piensas que, un día, gemirás como ellos, mientras otros bailarán, como tú bailas ahora?

4. Nuestro Señor, la Santísima Virgen, los ángeles y los santos te han visto en el baile. ¡Ah! qué compasión les has causado, cuando han visto que tu corazón se divertía en una tan gran nonada, atento a aquella frivolidad.

5. ¡Ah! mientras estás allí, el tiempo pasa y la muerte se acerca. Mira cómo se burla de ti y te invita a su danza, en la cual los gemidos de tus familiares servirán de violín, y donde sólo

darás un paso: de la vida a la muerte. Esta danza es el verdadero pasatiempo de los mortales, pues por ella pasa el hombre, en un instante, del tiempo a una eternidad de goces o de penas.

Pongo estas sencillas consideraciones, pero Dios te inspirará muchas otras, con el mismo fin, si es que sientes su santo amor.

CAPÍTULO XXXIV

CUÁNDO SE PUEDE JUGAR Y BAILAR

Para jugar y bailar lícitamente, es menester hacerlo por recreación y no por afición, durante poco tiempo, sin cansarse ni rendirse, y muy de tarde en tarde; porque el que hace de ello una cosa ordinaria, convierte el recreo en ocupación. Mas, ¿en qué ocasiones se puede jugar y bailar? Las ocasiones razonables del baile y del juego indiferente son más frecuentes; las de los juegos prohibidos son más raras, porque tales juegos son más detestables y peligrosos. En una palabra, baila y juega, bajo las condiciones que ya he indicado, cuando la prudencia y la discreción te lo aconsejen, para condescender y dar gusto a la honesta tertulia en que te encuentres; porque la condescendencia, como retoño de la caridad, convierte las cosas indiferentes en buenas, y las peligrosas en permitidas, y aun quita la malicia a las que, en cierto sentido, son malas. Por esta causa, los juegos de azar, que, de otra manera, serían censurables, no lo son cuando, alguna vez, nos obliga a jugar a ellos una condescendencia razonable.

He sentido mucho consuelo al leer, en la vida de San Carlos Borromeo, que condescendía con los suizos en ciertas cosas, en las cuales, por otra parte, era muy severo; y que San Ignacio de Loyola, al ser invitado a jugar, lo aceptó. En cuanto a santa Isabel de Hungría, cuando se encontraba en reuniones de pasatiempo, muchas veces jugaba y bailaba, sin perjuicio de su devoción, la cual estaba tan arraigada en su alma que, así como las rocas que se encuentran alrededor del lago de Riotte crecen cuando son batidas por las olas, de la misma manera crecía su devoción en medio de las pompas y de las vanidades, a las cuales la exponía su condición; los grandes incendios se avivan con el viento, pero los fuegos pequeños se extinguen, si no se les resguarda.

CAPÍTULO XXXV

QUE ES NECESARIO SER FIEL EN LAS OCASIONES GRANDES Y EN LAS PEQUEÑAS

El sagrado Esposo del Cantar de los Cantares dice que la Esposa le ha robado el corazón con uno de sus ojos y con uno de sus cabellos. Ahora bien, de todas las partes exteriores del cuerpo humano no hay ninguna tan noble como el ojo, tanto por su estructura como por su actividad, ni ninguna tan vil como el cabello, por lo que no sólo le son agradables las grandes obras de las personas devotas, sino también las más pequeñas y las más insignificantes, y que, para servirle según su agrado, hay que tener cuidado en servirle, así en las cosas grandes y elevadas como en las pequeñas y bajas, pues lo mismo con las unas que con las otras, podemos robarle el corazón por el amor.

Prepárate, pues, Filotea, a sufrir muy grandes aflicciones por Nuestro Señor, y aun el martirio; resuélvete a darle lo- que para ti es más preciado, si a Él le place tomarlo: el padre, la madre, el hermano, el esposo, los hijos, tu misma vida, porque para todo esto has de tener dispuesto tu corazón, Pero, mientras la divina Providencia no te envíe aflicciones tan sentidas y tan grandes, mientras no te pida tus ojos, dale a lo menos tus cabellos, es decir, soporta con dulzura las pequeñas injurias, las pequeñas incomodidades, las pequeñas pérdidas cotidianas, porque, con estas pequeñas ocasiones, aceptadas con amor y afecto, ganarás enteramente su corazón y lo harás tuyo. Aquellas pequeñas limosnas cotidianas, aquel dolor de cabeza, aquel dolor de muelas, aquel romper un vaso, aquel desprecio o aquella burla, el perder los guantes, el anillo o el pañuelo, o la pequeña incomodidad de acostarse pronto y levantarse temprano para ir a comulgar y a rezar, aquel poco de vergüenza que se siente al hacer públicamente ciertos actos de devoción: en una palabra, todos los pequeños sufrimientos, aceptados y abrazados con amor, complacen en gran manera a la Bondad divina, la cual por un solo vaso de agua ha prometido a sus fieles un mar de felicidad, y, como sea que estas ocasiones se ofrecen a cada momento, el aprovecharlas es un gran medio para atesorar muchas riquezas espirituales.

Cuando, en la vida de Santa Catalina de Sena, veo tantos raptos y elevaciones de espíritu, tantas palabras llenas de sabiduría, y aun predicciones hechas por ella, no dudo de que todas estas contemplaciones cautivaron el corazón de su celestial Esposo; pero el mismo consuelo siento cuando la veo en la cocina de su padre, dando vueltas a la parrilla, avivando el fuego, preparando la comida, amasando el pan y desempeñando todos los quehaceres más humildes de la casa, con esfuerzo lleno de amor y de ternura para con Dios. Y no aprecio menos la insignificante y sencilla meditación que ella hacía, en medio de estas ocasiones viles y abyectas, que los éxtasis y arrobamientos que con tanta frecuencia tenía, en recompensa, tal vez, de aquella humildad y abyección. Su meditación era ésta: Se imaginaba que, cuando servía a su padre, servía a Nuestro Señor, como otra santa Marta; que su madre ocupaba el lugar de la Madre de Dios y sus hermanos el lugar de los apóstoles, y, de esta manera, se excitaba a servir en espíritu a toda la corte celestial, y se empleaba en aquellos oficios humildes con gran suavidad, porque sabía que era aquella la voluntad de Dios. Te he propuesto este ejemplo, Filotea, para que sepas lo mucho que importa el dirigir todos nuestros actos, por sencillos que sean, al servicio de su divina Majestad.

Por esto te consejo, cuanto me es posible, que imites a aquella mujer fuerte tan alabada de Salomón, la cual, como él dice, emprendía cosas fuertes, generosas y elevadas, y, a pesar de ello, no dejaba de hilar ni de hacer rodar el huso. «Ha

puesto la mano en cosas atrevidas y sus dedos han cogido el huso». Pon la mano en cosas de vuelo, ejercitándote en la oración y meditación, en recibir los sacramentos, en comunicar el amor de Dios a las almas, en derramar buenas inspiraciones sobre los corazones, y, finalmente, en hacer obras grandes y de envergadura, según tu vocación; pero no olvides tu huso ni el cáñamo, es decir, practica las virtudes pequeñas y humildes, que son como flores que crecen al pie de la cruz: servir a los pobres, visitar a los enfermos, sostener a la familia, con los trabajos que esto acarrea, y una actividad útil, que no te deje estar ociosa; y, en medio de estas ocupaciones, haz consideraciones parecidas a las de Santa Catalina de Sena, que acabo de mencionar.

Las ocasiones de servir a Dios en cosas grandes, raras veces se ofrecen, pero las pequeñas ocurren a diario; ahora bien, «el que es fiel en lo poco -dice el mismo Salvador-, le constituiré sobre lo mucho». Haz, pues, todas las cosas en nombre de Dios, y todas serán bien hechas. Ya comas, ya bebas, ya duermas, ya te recrees, ya des vueltas al asador, mientras sepas enderezar bien tus quehaceres, aprovecharás mucho en la presencia de Dios, sí haces todas las cosas porque Dios quiere que las hagas.

CAPÍTULO XXXVI

QUE ES MENESTER TENER EL CRITERIO JUSTO Y RAZONABLE

Si nosotros somos hombres, es debido a la razón, y, a pesar de ello, es cosa rara encontrar hombres verdaderamente razonables, pues el amor propio nos aparta ordinariamente de la razón y nos conduce, de una manera insensible, a mil clases de pequeñas, pero perversas injusticias e iniquidades, las cuales, como las raposillas de que nos habla el Cantar de los Cantares, devastan las villas; porque, por lo mismo que son pequeñas, nadie las vigila, y porque son muchas, causan mucho daño. ¿ Acaso las que te voy a enumerar no son iniquidades y sinrazones?

Acusamos por una nonada al prójimo, y nos excusamos de cosas muy graves; queremos vender muy caro y comprar muy barato; queremos para nuestra casa misericordia y tolerancia; queremos que se echen a buena parte nuestras palabras, y somos susceptibles y nos dolemos de lo que dicen los demás. Quisiéramos que el prójimo nos dejara tomar lo que es suyo, mediante indemnización; pero, ¿no es más justo que él conserve sus bienes y que nos deje a nosotros con nuestro dinero? Nos enojamos cuando no quiere acomodarse a nosotros, pero ¿no tiene él mayor motivo de queja de que queramos nosotros incomodarle? Si tenemos afición a un ejercicio, despreciamos todos los demás y miramos, con desdén, todo lo que no es conforme a nuestro gusto. Si alguno de nuestros inferiores nos es antipático o le tenemos entre dientes, todo lo suyo nos parece mal, haga lo que haga; no cesamos de contristarle, y siempre tenemos el ojo puesto sobre él; al contrario, si alguno nos es simpático con simpatía sensual, excusamos todo cuanto hace. Hay hijos virtuosos, a quienes los padres o las madres aborrecen por algún defecto corporal; y los hay viciosos, que son sus favoritos, únicamente por alguna gracia externa.

En todo, preferimos los ricos a los pobres, aunque no sean de mejor condición ni más virtuosos; más aún preferimos a los que andan mejor vestidos. Exigimos nuestros derechos con todo rigor, y queremos que los demás se queden cortos en la exigencia de los suyos; nos mantenemos inflexiblemente altivos, y queremos que los demás se humillen y se rebajen; fácilmente nos quejamos del prójimo, y no queremos que nadie se queje de nosotros; siempre nos parece mucho lo que hacemos por los demás, y nos parece que es nada lo que ellos hacen por nosotros. En una palabra, somos como las perdices de Pafiagonia, que tienen dos corazones, porque tenemos un corazón dulce, benévolo y delicado para con nosotros, y un corazón duro, severo y riguroso para con el prójimo. Tenemos dos pesas: una para pesar nuestras comodidades, con las mayores ventajas, y otra para pesar las del prójimo, con las mayores desventajas; ahora bien, como dice la Escritura: «por sus labios engañosos habla un corazón doblado», es decir, tienen dos corazones; y el

tener dos pesas: una maciza, para recibir y otra ligera, para dar, es una cosa abominable delante de Dios.

Filotea, seas equitativa y justa en tus acciones: ponte siempre en el lugar del prójimo y pon al prójimo en el tuyo, y así juzgarás bien; hazte vendedora cuando compres, y compradora cuando vendas, y venderás y comprarás según justicia. Es verdad que todas estas injusticias son leves, pues no obligan a la restitución, y sólo consisten en que procedernos con todo el rigor de la justicia únicamente en lo que nos favorece; pero no por ello dejan de obligarnos a que procuremos la enmienda, ya que son graves defectos contrarios a la razón y a la caridad; y, al fin, no son más que engaños, pues nada perdemos en vivir con generosidad, nobleza y cortesía y con un corazón regio, igual y razonable. Acuérdate, pues, amada Filotea, de examinar con frecuencia tu corazón, para ver si, con respecto al prójimo, es tal como tú quisieras que el suyo fuese para contigo, si te encontrases en su lugar, pues este es el verdadero punto de vista de la razón. Trajano, al ser censurado por sus confidentes, porque, según su parecer, hacía demasiado accesible la majestad imperial, replicó: «Bien, ¿no he de ser con respecto a los particulares el emperador que yo quisiera encontrar, si fuese yo un particular?»

CAPÍTULO XXXVII

LOS DESEOS

Todos saben que se han de guardar de los deseos de cosas viciosas, porque el deseo del mal nos hace malos. Pero digo irás, Filotea: no desees en manera alguna las cosas peligrosas para el alma, como los bailes, los juegos y ciertos pasatiempos; ni los honores y cargos, ni las visiones y éxtasis, porque hay mucho peligro, vanidad y engaño. No desees las cosas demasiado lejanas, es decir, las que no pueden conseguirse sino después de mucho tiempo, cosa en que caen muchos, los cuales, con este proceder, cansan y disipan inútilmente sus corazones y se ponen en peligro de grandes inquietudes. Si un joven desea mucho obtener un cargo antes de tener la edad para ello, ¿de qué le sirve este deseo? Si una mujer casada desea ser religiosa, ¿a qué propósito viene esto? Si deseo comprar la finca de mi vecino antes de que él desee venderla, ¿no pierdo el tiempo con este deseo? Si, cuando estoy enfermo, deseo predicar, celebrar la santa Misa, visitar a los enfermos y hacer otras cosas propias de los que gozan de salud, ¿no son estos deseos inútiles, pues no está en mi mano el realizarlos? Entretanto, estos deseos inútiles ocupan el lugar de otros que debería tener: de ser paciente, resignado, mortificado, obediente, amable, en medio de mis sufrimientos, que es lo que Dios quiere que practique. Pero nosotros deseamos cerezas frescas en otoño y racimos maduros en primavera.

No apruebo, en manera alguna, el que una persona vinculada a un cargo o profesión, se entretenga en desear otro género de vida que el que cuadra con el lugar que ocupa, ni ejercicios incompatibles con su actual condición, porque esto disipa el ánimo y es causa de que se hagan con flojedad las cosas necesarias. Si deseo la soledad de los cartujos, pierdo el tiempo, y este deseo ocupa el lugar del que debiera tener, a saber, de desempeñar bien mi oficio presente. No quisiera que nadie sintiese ni siquiera el deseo de tener mejor espíritu o un criterio más recto, porque este deseo desplaza el que todos han de tener: cultivar el espíritu propio tal cual es; ni que se deseen los medios de servir a Dios que no poseen, sino

que se empleen fielmente los que cada uno tiene. Ahora bien, lo dicho se entiende de los deseos que distraen el corazón, porque, en cuanto a las simples aspiraciones, no causan ningún daño, con tal que no sean frecuentes.

No desees las cruces, sino en la medida en que hubieres soportado las que ya se te han ofrecido, porque es un abuso desear el martirio y no tener la fuerza necesaria para soportar una injuria. El enemigo excita en nosotros grandes deseos de cosas remotas, que nunca ocurrirán, para distraer nuestro espíritu de las cosas presentes, de las cuales, por pequeñas que sean, podríamos sacar mucho provecho. Combatimos los monstruos de África con la imaginación, y, de hecho, nos dejamos matar por las pequeñas serpientes que encontramos en nuestro camino, por falta de atención. No desees las tentaciones, porque sería una temeridad; antes bien ejercita tu corazón en esperarlas valerosamente y en defenderte de ellas cuando lleguen.

La variedad de manjares, sobre todo si se toman en gran cantidad, siempre carga el estómago, y, si éste es débil, lo echan a perder: no llenes tu alma de muchos deseos, ni mundanos, porque te estorbarían. Cuando nuestra alma se ha purificado, al sentirse descargada de los malos humores, siente unas ansias muy grandes de cosas espirituales, y, como si estuviese hambrienta, comienza a desear mil maneras de devoción, de mortificación, de penitencia, de humildad, de caridad, de oración. Es buen indicio, amada Filotea, sentir semejante apetito; pero has de ver si puedes digerir bien todo lo que quieras comer. Entre tantos deseos, escoge, por consejo de tu padre espiritual, los que puedas practicar y ejecutar enseguida, y, en cuanto a éstos, esfuérzate de veras en realizarlos. Hecho esto, Dios te enviará otros, que procurarás llevar a la práctica, y, de esta manera, no perderás el tiempo en deseos inútiles. No digo que se haya de dejar perder ninguna clase de buenos deseos; lo que digo es que se han de realizar ordenadamente, y los que no se pueden practicar enseguida, se han de encerrar en algún rincón del corazón, hasta que les llegue el tiempo, y, entretanto, hay que realizar los que ya están sazonados y maduros; y no digo esto solamente con respecto a los deseos espirituales, sino también con respecto a los mundanos: si no lo hacemos así, no viviremos sino con inquietud y desazón.

CAPÍTULO XXXVIII

AVISO A LAS PERSONAS CASADAS

«El matrimonio es un gran sacramento, lo digo en Jesucristo y en su Iglesia»; «es honorable para todos», en todos y en todo, es decir, en todas sus partes: para todos, porque aun las mismas vírgenes han de honrarlo con humildad; en todos, porque es igualmente santo entre los pobres y entre los ricos; en todo, porque su origen, su fin, sus utilidades, su forma y su materia son santas. Es el plantel del cristianismo, que llena la tierra de fieles, para completar, en el cielo, el número de los elegidos; de manera que la conservación del bien del matrimonio es en extremo importante para la república, porque es la raíz y el manantial de todos los arroyos.

Plugiera a Dios que su Hijo muy amado fuese llamado a todas las bodas, como lo fue a las de Caná, pues no faltaría en ellas el vino de los consuelos y de las bendiciones; porque, si,

ordinariamente, sólo hay un poco en los comienzos, ello es debido a que, en lugar de Nuestro Señor invitan a Adonis, y a Venus en lugar de la Virgen.

El que quiere tener corderitos hermosos y pintados, como Jacob, ha de mostrar a las ovejas, cuando se aparejan, varillas de diversos colores; y el que quiere tener un feliz éxito en el matrimonio, debería, en sus bodas, representarse la santidad y la, dignidad de este sacramento; pero, en lugar de esto, todo se acaba en desórdenes, pasatiempos, banquetes, palabras; no es, pues, de extrañar si los efectos son desastrosos.

Sobre todo exhorto a los casados al amor mutuo, que tanto les recomienda el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura. ¡Oh casados!, nada es decir: «Amaos los unos a los otros con amor natural», porque las parejas de tórtolas también lo hacen; ni decir: «Amaos con un amor humano», porque los paganos también han practicado este amor; mas yo os digo con el gran Apóstol: «Maridos, amad a vuestras esposas como Jesucristo ama a su Iglesia; esposas, amad a vuestros maridos, como la Iglesia ama a su Salvador». Fue Dios que llevó a Eva a nuestro primer padre Adán y se la dio por esposa; es también Dios, amigos míos, quien, con su mano invisible, ha hecho el nudo del sagrado lazo de vuestro matrimonio, y quien ha dado los unos a los otros. ¿ Por qué, pues, no os amáis con un amor enteramente santo, sagrado y divino?

El primer efecto de este amor es la unión indisoluble de vuestros corazones. Cuando se pegan con cola dos piezas de abeto y se juntan, si la cola es fina, la unión será tan fuerte que antes romperán por cualquier otro lugar que por el de la juntura. Ahora bien, es Dios quien une el marido con la esposa con su propia sangre; por esto esta unión es tan fuerte, que antes el alma se se parará del cuerpo de uno o del otro, que el marido de la mujer. Pero esta unión no se entiende principalmente del cuerpo, sino del corazón, del afecto y del amor.

El segundo efecto de este amor es la fidelidad inviolable y mutua. Antiguamente los sellos estaban grabados en los anillos que se llevaban en los dedos, como lo da a entender la misma Sagrada Escritura; he aquí, pues, el secreto de la ceremonia que se hace en el sacramento; la Iglesia, por mano del sacerdote, bendice el anillo, y al darlo primeramente al hombre, significa que se sella y cierra su corazón por este sacramento, para que jamás ni el nombre ni el amor de otra mujer alguna pueda entrar en él, mientras viva la que le ha sido dada; después el esposo pone el anillo en la mano de la esposa, para que, a su vez, sepa que nunca su corazón ha de sentir afecto a ningún otro hombre, mientras viva sobre la tierra el que Nuestro Señor acaba de darle.

El tercer fruto del matrimonio es la procreación y crianza de los hijos. Es un gran honor para vosotros los casados, el que Dios, al querer multiplicar las almas que puedan bendecirle y alabarle eternamente, os haga cooperadores de una labor tan digna, mediante la producción de los cuerpos, sobre los cuales, como gotas celestiales, hace llover las almas, creándolas, como las crea, al infundirlas en aquellos.

Conservad, pues, esposos, un tierno, constante y cordial amor a vuestras esposas. Por esto la mujer fue sacada del costado más cercano al corazón del primer hombre, para que fuese de él tierna y cordialmente amada. Las debilidades y las fallas, ya corporales ya espirituales de vuestras esposas, no han de provocar en vosotros ninguna clase de desdén, sino más bien

una dulce y amorosa compasión, pues Dios las ha creado así, para que, dependiendo de vosotros, recibáis de ellas más honor y respeto, y las tengáis por compañeras, siendo, empero, vosotros, los jefes y los superiores. Y vosotras, esposas, amad, tierna y cordialmente, pero con un amor respetuoso y lleno de reverencia, a los maridos que Dios os ha dado, ya que, para esto, los ha hecho Dios de un sexo más vigoroso y dominador, y ha querido que la mujer sea como algo que procede del hombre, un hueso de sus huesos, carne de su carne, y formada de una de sus costillas, sacada de debajo de su brazo, para significar que ha de estar bajo la mano y guía de su marido. En toda la Sagrada Escritura se recomienda, con mucho encarecimiento, esta sujeción, la cual, empero, la misma Escritura hace suave, pues no sólo quiere que os sometáis con amor, sino que manda a vuestros maridos que ejerzan su autoridad con suavidad, afecto y ternura: «Maridos -dice San Pedro, portaos discretamente con vuestras esposas, como un vaso más frágil, rindiéndoles honor».

Pero, mientras os exhorto a que hagáis crecer siempre este amor recíproco que os debéis, tened cuidado en que no se convierta en alguna especie de celos; porque ocurre, con frecuencia, que, así como el gusano se engendra de la manzana más delicada y más madura, así, también los celos nacen

casados, del cual, empero, echa a perder y corrompe la substancia, porque, poco a poco, engendra disgustos, disensiones y divorcios. Es cierto que los celos nunca sobrevienen cuando la amistad se funda recíprocamente en la verdadera virtud. Por esta causa los celos son una señal indudable de que el amor tiene algo de sensual y grosero, y que ha dado con una virtud flaca, inconstante y expuesta a la desconfianza. Es un necio alarde de amistad, querer ensalzarla con los celos, porque los celos son, ciertamente, un indicio de materialidad y grosería de la amistad, y no de su bondad, pureza y perfección, pues la perfección de la amistad presupone la certeza de la virtud de la cosa amada, y los celos presuponen su incertidumbre.

Maridos, si queréis que vuestras esposas sean fieles, que vaya por delante la lección de vuestro ejemplo. «¿Con qué cara -dice San Gregorio Nacianceno-, queréis exigir la honestidad en vuestras mujeres, si vosotros vivís en la deshonestidad? ¿Cómo podéis reclamarles lo que vosotros no les dais?» ¿Queréis que sean castas? Portaos castamente con ellas, y, como dice San Pablo, «que cada uno sepa poseer su vaso en santidad». Pues si, por el contrario, vosotros sois los primeros en enseñarles las infidelidades, no es maravilla que vosotros padezcáis la deshonra que acarrea su pérdida. Mas vosotras, esposas, cuyo honor va inseparablemente unido a la decencia y a la honestidad, conservad cuidadosamente vuestra gloria, y no permitáis que la menor sombra de disolución empañe vuestra honra. Temed todos los ataques, por pequeños que sean; nunca permitáis ninguna galantería en torno vuestro; quienquiera que alabe vuestra belleza y vuestra gracia os ha de ser sospechoso, porque el que alaba una mercancía que no puede comprar, suele sentir graves tentaciones de robarla. Pero, si a tu alabanza añade alguien el desprecio de tu marido, te ofende en gran manera, pues claramente da a entender que, no sólo quiere perderte, sino que te considera ya medio perdida, puesto que puede afirmarse que ya está casi hecho el trato con el segundo comprador, cuando se está disgustado del primero. Siempre las señoras, así en los tiempos antiguos como ahora, han tenido la costumbre de colgar perlas en sus orejas, por el placer, dice Plinio, de oír el ruido que hacen al chocar unas contra otras. Mas yo que sé que el gran amigo de Dios, Isaac, envió unos pendientes, como primeras arras de

su amor, a Rebeca, creo que este adorno místico significa que la primera cosa que un marido ha de poseer de su esposa y que ésta ha de guardar fielmente, es el oído, para que no pueda entrar por él otro lenguaje ni ruido alguno que el dulce y amigable rumor de las palabras honestas y castas, que son las perlas orientales del Evangelio, pues nunca hemos de olvidar que las almas reciben el veneno por el oído, como el cuerpo lo recibe por la boca.

El amor y la fidelidad hermanados producen siempre la intimidad y la confianza; por esta causa los santos y las santas han empleado muchas caricias en el matrimonio, caricias verdaderamente afectuosas pero castas, tiernas pero sinceras. Así Isaac y Rebeca, la pareja más casta entre los casados del tiempo antiguo, fueron vistos, desde una ventana, mientras se acariciaban de tal manera que, a pesar de que no mediaba entre ambos cosa alguna deshonesta, entendió muy bien Abimelec que no podían ser sino marido y mujer. El gran San Luis, tan austero en su carne como tierno en el amar a su esposa, fue casi recriminado por ser pródigo en sus caricias, aunque, en realidad, merecía ser alabado, pues sabía dejar de un lado su espíritu marcial y valiente, por estas pequeñeces, exigidas por la conservación del amor conyugal; ya que, por más que estas pequeñas demostraciones de pura y franca amistad no atan los corazones, no obstante los acercan y los disponen a la mutua convivencia.

Santa Mónica, estando encinta del gran San Agustín, lo consagró muchas veces a la religión cristiana y al servicio de la gloria de Dios como él mismo nos lo da a entender, cuando nos dice que había gustado «la sal de Dios en las entrañas de su madre». Es una gran lección para las mujeres cristianas la de ofrecer a la divina Majestad el fruto de su vientre, ya antes de haber nacido, pues Dios, que acepta las ofrendas de un corazón humilde y generoso, favorece, ordinariamente, los deseos de las madres en estas ocasiones. Testigos de ello son Samuel, Santo Tomás de Aquino, San Andrés de Fiésole y muchos otros. La madre de San Bernardo, digna madre de tal hijo, tomando en sus brazos a sus hijos, al instante de haber nacido, los ofrecía a Jesucristo, y, desde entonces, les amaba con respeto, como una cosa sagrada que Dios le había confiado, y fue tan feliz el éxito de esta práctica, que los siete fueron muy santos.

Mas, cuando los hijos ya han venido al mundo y comienza en ellos el uso de la razón, han de tener los padres mucho cuidado en grabar el temor de Dios en sus corazones. La buena reina Blanca cumplió fervorosamente este deber con su hijo, el rey San Luis, pues le decía con frecuencia:

«Preferiría, hijo mío muy amado, verte morir delante de mis ojos, que verte cometer un solo pecado mortal»; lo cual quedó tan impreso en el alma de aquel santo hijo, que, como él mismo decía, no pasó un solo día de su vida sin que se acordara de ello, y se esforzó, cuanto pudo, en guardar esta doctrina divina. En nuestro idioma llamamos casas a los linajes y a las generaciones, y los mismos hebreos llamaban edificación de la casa a la generación de los hijos, pues fue en este sentido que se dijo que Dios edificó casas a las comadres de Egipto. Esto demuestra que no se hace buena casa enriqueciéndola con bienes materiales, sino educando bien a los hijos en el temor de Dios y en la virtud; en esto no hay que perdonar trabajo ni. sacrificio alguno, pues los hijos son la corona de los padres. Así Santa Mónica combatió con tanta firmeza y constancia las malas inclinaciones de San Agustín, que, después de seguir sus pasos por mar y por tierra, logró hacerlo más

felizmente hijo de sus lágrimas por la conversión de su alma, que no lo había hecho hijo de su sangre por la generación de su cuerpo.

San Pablo señala a las esposas el cuidado de la casa, por lo cual creen muchos, con acierto, que su devoción es más provechosa a la familia que la de los maridos, los cuales, por no permanecer tan asiduamente en el hogar, no pueden, por lo mismo, encaminar tan fácilmente a la familia hacia la virtud. Por este motivo, Salomón, en los Proverbios, vincula la felicidad del hogar al cuidado y diligencia de aquella mujer fuerte que, en ellos, nos describe.

Dice el Génesis que Isaac, al ver estéril a su mujer Rebeca, rogó por ella al Señor, o, según los

Hebreos, rogó en presencia de ella, pues mientras el uno oraba a un lado del oratorio, el otro lo hacía al lado opuesto; de esta manera, la oración del marido, hecha en esta forma, fue escuchada. La más grande y la más provechosa unión del marido y de la mujer es la que estriba en la devoción, a la cual se han de excitar mutuamente y a porfía. Frutos hay, como el membrillo, que, a causa de la aspereza de su jugo, sólo son buenos confitados; hay otros que, por ser muy tiernos y delicados, tampoco pueden durar, si no se les confita: tales son las cerezas y los albaricoques. De la misma manera, las esposas han de desear que sus maridos estén confitados con el azúcar de la devoción, porque el hombre sin devoción es un animal severo, áspero y rudo; y los maridos han de desear que sus esposas sean devotas, porque la mujer sin devoción es muy frágil, y está expuesta a decaer o a mancillarse en su virtud. Dice San Pablo que «el hombre infiel es santificado por la esposa fiel, y que la esposa infiel es santificada por el esposo fiel», como sea que, en esta estrecha alianza del matrimonio, puede una de las partes atraer fácilmente a la otra a la virtud. Mas, ¡qué bendición, cuando el hombre y la mujer fieles se santifican mutuamente en un verdadero temor del Señor!

Por lo demás, la mutua condescendencia ha de ser tan grande, que jamás se enojen ambos a la vez, para que no asome entre ellos la disensión y la discordia. Las abejas no pueden permanecer allí donde se producen ecos, resonancias y retumbos de voces, ni el Espíritu Santo en una casa donde haya disputas, réplicas, gritos y altercados.

Dice San Gregorio Nacianceno que, en su tiempo, los casados festejaban el aniversario de sus bodas. Ciertamente aprobaría que se introdujese esta costumbre, con tal que no se hiciese con ostentación de fiestas mundanas y sensuales, sino confesando y comulgando los esposos, encomendando a Dios, con mayor fervor que el de costumbre, el feliz éxito de su matrimonio, renovando los buenos propósitos de santificarlo cada día más con una amistad y fidelidad recíprocas, y adelantándose, en el Señor, para soportar las cargas de su estado.

CAPÍTULO XXXIX

DE LA HONESTIDAD DEL TÁLAMO NUPCIAL

El tálamo nupcial, como dice el Apóstol, ha de ser inmaculado, es decir, ha de estar libre de impureza y de otras fealdades profanas. De esta manera fue instituido, al principio, el

matrimonio en el paraíso terrenal, donde jamás, en todo aquel tiempo, hubo el menor desorden de la concupiscencia ni cosa alguna deshonesta.

Existe cierta semejanza entre los placeres vergonzosos y los del comer, pues todos ellos pertenecen a la carne, aunque los primeros, por razón de su brutal vehemencia, se llaman simplemente carnales. Explicaré, pues, lo que no puedo decir de unos, por lo que diré de los otros.

1. El comer está ordenado a la conservación de la vida. Ahora bien, así como comer simplemente para nutrirse y conservar la persona es una cosa buena, santa y mandada, así también, en el matrimonio, lo que es necesario para la generación de los hijos y la multiplicación de las personas, es una cosa buena y muy santa, porque es el fin principal de las nupcias.

2. Comer, no para conservar la vida, sino para mantener la mutua relación y condescendencia que nos debemos los unos a los otros, es una cosa muy justa y honesta. Igualmente, la recíproca y legítima satisfacción de los esposos, en el santo matrimonio, es llamada por San Pablo débito; mas débito tan grave, que no quiere que ninguna de las partes se exima de él sin el libre y voluntario consentimiento de la otra, ni siquiera por motivos de prácticas devotas, lo cual me ha obligado a hablar en la forma que lo he hecho, sobre este punto, en el capítulo de la Sagrada Comunión. Mucho menos pues, es lícito eximirse de este deber, por caprichosas pretensiones de virtud o por disgusto o desdén.

3. Así como los que comen por el deber de mutua condescendencia, han de comer con libertad y no como forzados a ello, y, además, han de procurar dar a entender aue comen con apetito, de la misma manera el débito nupcial se ha de satisfacer fiel y francamente, como si se tuviese la esperanza de tener hijos, aunque, por alguna causa, esta esperanza hubiese desaparecido.

4. Comer, no por los dos primeros motivos, sino, simplemente, para complacer el apetito es cosa tolerable, pero no laudable, ya que el simple placer del apetito sensitivo no puede ser un fin suficiente para hacer que sea laudable un acto; basta con que sea tolerable.

5. Comer, no por simple apetito, sino por exceso y desorden, es cosa más o menos vituperable, según que el exceso sea grande o pequeño.

6. Ahora bien, el exceso en el comer no sólo consiste en la cantidad, sino también en la forma y manera cómo se come. Es notable, amada Filotea, que la miel, tan apropiada y tan saludable para las abejas, pueda de todas maneras, perjudicarlas tanto, que llegue a ponerlas enfermas, como ocurre cuando comen demasiado, sobre todo en primavera, porque les produce como cierta disentería, y, a veces, las mata inevitablemente, como cuando quedan cubiertas de miel por delante de su cabeza y en sus aletas.

A la verdad, el comercio nupcial, que es tan santo, tan justo, tan recomendable, tan útil a la sociedad, puede empero en algunos casos ser dañoso a los que lo practican; pues, a veces, pone enfermas de pecado venial a las almas, como ocurre con simples excesos, y, en algunas ocasiones, las mata con el pecado mortal, como ocurre cuando es violado y

pervertido el orden establecido para la generación de los hijos; y, en este caso, según que alguno se aparte más o menos de este orden, son los pecados más o menos execrables, pero siempre mortales. Porque como quiera que la procreación de los hijos es el fin primario y principal del matrimonio, jamás es lícito apartarse del orden que exige, aunque, por algún motivo, tal procreación no pueda entonces seguirse, como acontece cuando la esterilidad o el embarazo impiden la generación, pues, en estas circunstancias, el comercio corporal no deja de poder ser justo y santo, con tal que sean cumplidas las leyes de la generación, puesto que nunca está permitido que cosa alguna accidental contravenga la ley impuesta por el fin principal del matrimonio. Es cierto que la infame y execrable acción que Onán cometió, en su matrimonio, fue detestable delante de Dios, como lo dice el Sagrado Texto, en el capítulo treinta y ocho del Génesis. Y aunque algunos herejes de nuestros tiempos, cien veces más condenables que los Cínicos, de que nos habla San Jerónimo en la epístola a los Efesios, han pretendido que fue la perversa intención de este malvado la que desagradó a Dios, es manifiesto que no habla así la Escritura, sino que concretamente asegura que fue la misma cosa cometida la que pareció detestable y abominable a los ojos de Dios.

7. Es una señal indudable de un espíritu perverso, vil, abyecto e innoble, pensar en los manjares y en la comida antes de la hora, y todavía más deleitarse, después de comer, con el placer que se ha sentido durante la comida, entreteniéndose en ello con palabras y pensamientos, y revolcando el espíritu en el recuerdo del placer experimentado al tragar los manjares, como lo hacen aquellos que, antes de comer, tienen el ánimo en el asador y, después de comer, en los platos; personas dignas de ser galopines de cocina, que, como dice San Pablo, hacen de su vientre un Dios. Las personas honorables sólo piensan en la mesa cuando se sientan a ella, y, una vez han comido, se lavan las manos y la boca para no sentir más ni el sabor ni el olor de lo que han comido. El elefante no es sino una bestia enorme, pero es la más digna de cuantas viven en la tierra y la que tiene más juicio. Quiero referir un rasgo de su honestidad: nunca cambia de compañera, y ama tiernamente a la que ha escogido, con la cual, empero, no se junta más que de tres en tres años, por espacio de cinco días, y con tanto secreto que jamás nadie le ha visto en este acto; pero harto se conoce el sexto día, cuando, antes de hacer cualquier otra cosa, se va derechamente al río, donde lava todo su cuerpo, y no quiere volver a su grupo antes de haberse purificado. ¿No son estas cosas hermosos y honestos instintos de este animal, con los cuales invita a los casados a no permanecer encenagados en la sensualidad y en los placeres experimentados por razón de su estado, sino a lavar el corazón y el afecto, una vez pasados; y a purificarse lo antes posible, para practicar después otros actos más puros y elevados, con toda la libertad del espíritu?

En esta advertencia consiste la práctica perfecta de la excelente doctrina que San Pablo da a los corintios: «El tiempo es breve; por lo tanto los que tienen esposa vivan como si no la tuviesen». Ya que, según San Gregorio, tiene esposa como si no la, tuviese, aquel que, de tal manera recibe los deleites corporales, que no impide con ellos las aspiraciones espirituales: ahora bien, lo que se dice del marido se entiende recíprocamente de la esposa. «Los que usan del mundo -dice el mismo Apóstol- sean como si no usasen de él». Que todos, pues, usen del mundo, cada uno según su vocación, pero de manera que, no esclavizando sus afectos, queden libres y estén prontos para el servicio de Dios, como si no usasen de él. «Este es el gran mal del hombre -dice San Agustín-, querer gozar de las cosas de las cuales solamente ha de usar, y querer usar de aquellas de las cuales solamente ha de

gozar». Nosotros hemos de gozar de las cosas espirituales y solamente usar de las corporales, de las cuales, cuando el uso se convierte en gozo, nuestra alma racional se convierte también en alma brutal y bestial.

Creo que he dicho todo lo que era menester decir, y que he dado a entender, sin decirlo, lo que no quería decir.

CAPÍTULO XL

AVISO A LAS VIUDAS

San Pablo instruye a todos los prelados, en la persona de Timoteo, y le dice: «Honra a las viudas que de verdad son viudas». Ahora bien, para que una viuda lo sea de verdad, se requieren tres cosas:

1. Que la viuda sea viuda no sólo en cuanto al cuerpo, sino en cuanto al corazón, es decir, que esté resuelta, con un propósito inviolable, a conservarse en el estado de una casta viudez; porque las viudas que sólo lo son en espera de volverse a casar, solamente están separadas de los hombres según los placeres del cuerpo, pero están unidas a ellos por el deseo del corazón. Y, si la verdadera viuda quiere ofrecer a Dios su cuerpo y su castidad con voto, añadirá a su viudez un gran adorno y asegurará mucho su propósito; porque, al ver que, después del voto, ya no es libre de perder su castidad sin perder el cielo, estará tan celosa de su designio, que ni siquiera permitirá que, por un solo momento, se detengan en su corazón los más leves pensamientos de casarse, ya que este voto sagrado pondrá una recia barrera entre su alma y toda la clase de proyectos contrarios a su propósito.

San Agustín aconseja muy encarecidamente este voto a la viuda cristiana, y el antiguo y docto Orígenes va más allá, pues exhorta a las mujeres casadas a que se consagren y obliguen a la castidad para cuando sean viudas, en el caso en que sus maridos mueran antes que ellas, a fin de que, en medio de los placeres sensuales propios del matrimonio, puedan no obstante, gozar del mérito de una casta viudez, mediante esta promesa anticipada. El voto hace que las obras que le siguen sean más agradables a Dios, robustece el ánimo para hacerlas, y no sólo da a Dios las obras que son como los frutos de nuestra buena voluntad, sino también le consagra la misma voluntad, que es como el árbol de nuestros actos. Por la simple castidad damos a Dios nuestro cuerpo, pero reteniendo la libertad de someterlo nuevamente a los placeres sensuales; mas por el voto de castidad, le hacemos donación absoluta e irrevocable, sin reservarnos ninguna potestad de desdecirnos, haciéndonos así dichosamente esclavos de Aquel, cuya servidumbre es mejor que todas las realezas. Ahora bien, como que yo apruebo infinitamente los consejos de estos dos grandes personajes, asimismo quisiera que las almas que, por dicha suya, desean seguirlos, lo hiciesen con prudencia, santa y sólidamente, después de haber medido su valor, invocado la inspiración del cielo, y haber pedido el parecer a algún docto y devoto director, ya que, de esta manera, todo se hará con más fruto.

2. Además de esto, es menester que esta renuncia de las segundas nupcias se haga única y simplemente para poner con más pureza todos los afectos en Dios y unir del todo el propio

corazón con el de la divina Majestad; porque si el deseo de dejar ricos a los hijos, o cualquiera otra pretensión mundana, es la que retiene a la viuda en su viudez, quizá recibirá por ello alabanza, pero no delante de Dios, pues, delante de Dios, únicamente puede ser alabado lo que se hace para agradarle.

3. Es también necesario que la viuda, para ser verdaderamente tal, viva alejada y privada de los goces profanos. «La viuda que vive en medio de delicias -dice San Pablo-, está muerta en vida». Querer ser viuda, y complacerse, no obstante, en ser halagada, acariciada y festejada; querer tomar parte en los bailes, danzas y festines; querer andar perfumada, adornada y acicalada, esto no es ser viuda; esto es ser viuda en cuanto al cuerpo, pero estar muerta en cuanto al alma. ¿ Qué más da que la enseña del templo de Adonis y del amor profano esté confeccionada con cintas blancas, dispuestas en forma de penachos, o de gasa, a manera de red, colocada alrededor del rostro? Con frecuencia el color negro se presta más que el blanco a la vanidad, porque da más realce al color del rostro. La viuda, conociendo por propia experiencia la manera como las mujeres pueden agradar a los hombres, pone en el alma de éstos, cebos más peligrosos. Luego, la viuda que anda entre estos locos placeres está muerta en vida y no es más que un ídolo de viudez.

« Al llegar el tiempo de la poda, la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra», dicen los Cantares. La poda de las superfluidades mundanas es necesaria a todos los que quieren vivir piadosamente, pero de un modo especial es necesaria a la verdadera viuda que, como una casta tórtola, todavía no ha acabado de llorar, gemir

y lamentar la muerte de su marido. Cuando Noemí, regresó de Moab a Belén, las mujeres del lugar, que la habían conocido recién casada, se preguntaban unas a otras: «¿No es ésta Noemí»? Mas ella respondía: «No me llaméis Noemí» -que quiere decir gentil y hermosa«antes bien llamadme Amarga, ya que el Todopoderoso ha llenado mi alma de amargura», y hablaba así porque había muerto su marido. Tampoco la viuda devota quiere ser tenida por bella y gentil, y se consuela con ser lo que Dios quiere que sea, es decir, humilde y devota.

Las lámparas de aceite aromático, cuando éste se apaga exhalan un olor más suave; así las viudas cuyo matrimonio ha sido puro, exhalan más perfume de virtud y de castidad cuando su llama, es decir su marido, se ha extinguido por la muerte. Amar al marido, mientras vive, es cosa muy corriente entre las mujeres, pero amarle tanto que, después de su muerte, no se desee otro, es una categoría de amor que sólo es propio de las verdaderas viudas. Esperar en Dios mientras se cuenta con el apoyo del marido, no es cosa tan rara; pero esperar en Dios cuando se carece de él, es cosa muy digna de alabanza, por lo que, en la viudez, se conocen más fácilmente las virtudes practicadas durante el matrimonio.

La viuda que tiene hijos que necesitan de su guía y dirección, sobre todo en lo que se refiere a su alma y a su encauzamiento en la vida, no puede, en manera alguna, abandonarlos, pues el apóstol San Pablo dice manifiestamente «que están sujetas a esta obligación, para pagar a sus padres y a sus madres con la misma moneda», y también porque «si alguno no cuida de los suyos, principalmente de los de su familia, es peor que un infiel». Mas, si los hijos se encuentran en tal estado que ya no necesitan la dirección de la

madre, entonces la viuda ha de recoger todos sus afectos y todos sus pensamientos para aplicarlos más íntegramente a su progreso en el amor de Dios.

Si alguna fuerza mayor no obliga en conciencia, a la verdadera viuda a ocuparse en los negocios exteriores, como pleitos, le aconsejo que se abstenga completamente de ellos, y que procure conducir sus asuntos de la manera más pacífica y tranquila, aunque no le parezca la más provechosa. Porque sería menester que los beneficios de la actividad fuesen muy grandes, para ser comparables con el bien de una santa tranquilidad; aparte de que tales pleitos y embrollos disipan el corazón y abren, con frecuencia, la puerta a los enemigos de la castidad, pues, para complacer a las personas cuyo favor necesitan, no faltan quienes se ponen en situaciones contrarias a 'a devoción y desagradables a Dios.

Sea la oración el continuo ejercicio de la viuda, pues no debiendo amar a nadie fuera de Dios, sólo ha de tener palabras para Dios. Y, así como el hierro privado de la atracción del imán, por la presencia del diamante, se precipita hacia aquél en cuanto éste es removido, de la misma manera el corazón de la viuda que no podía lanzarse del todo hacia Dios ni seguir los atractivos del divino amor, mientras vivía su marido, después de la muerte de éste ha de correr presta tras el olor de los perfumes celestiales, como si dijera, a imitación de la sagrada Esposa: « ¡ Oh, Señor!, ahora que soy toda mía, recíbeme como toda tuya; atráeme hacia Ti, y correré al olor de tus ungüentos. »

El ejercicio de las virtudes propias de la santa viuda son la perfecta modestia, la renuncia de los honores, de las distinciones, de las reuniones, de los títulos y otras parecidas vanidades: servir a los pobres y a los enfermos, consolar a los afligidos, encaminar a las doncellas hacia la vida devota, y mostrarse ante las jóvenes como un modelo de todas las virtudes. La limpieza y la sencillez han de ser los adornos de sus vestidos; la humildad y la caridad, el adorno de sus actos; la honestidad y la humildad, el de su conversación; la modestia y el recato, el de sus miradas, y Jesucristo crucificado el único amor de su corazón.

En una palabra, la verdadera viuda es en la Iglesia una violeta de marzo, que despide una suavidad incomparable por el olor de su devoción, permanece casi siempre escondida bajo las largas hojas de su propia abyección, y pone de manifiesto su mortificación con su color menos brillante: se encuentra en parajes húmedos e incultos, no quiere ser agitada por las conversaciones mundanas, para defender mejor la frescura de su corazón contra los ardores que los deseos de riquezas, de honores o también de amores podrían encender. «Ella será bienaventurada -dice el santo Apóstol-, si persevera en estas disposiciones.»

Muchas otras cosas tendría que decirte acerca de este punto; mas lo habré dicho todo, con decirte que la viuda celosa del honor de su condición, lee reflexivamente las hermosas cartas que San Jerónimo escribió a Furia y a Salvia y a todas aquellas otras damas que tuvieron la suerte de ser hijas espirituales de tan gran padre, ya que nada se puede añadir a lo que les dijo, si no es esta advertencia, a saber, que la buena viuda nunca ha de hablar ni censurar a los que pasan a segundas, a terceras y aun a cuartas nupcias, porque en ciertos casos, Dios así lo dispone, para su mayor gloria. Y siempre se ha de tener presente esta doctrina de los antiguos: que ni la viudez ni la virginidad no tienen, en el cielo, otra categoría que la señalada por la humildad.

CAPÍTULO XLI

UNA PALABRA A LAS VÍRGENES

¡Oh vírgenes!, si aspiráis al matrimonio temporal, guardad celosamente vuestro primer amor para vuestro primer marido. Creo que es un gran engaño presentar, en lugar de un corazón íntegro y sincero, un corazón gastado, marchito y agitado por el amor. Pero, si por dicha vuestra, sois llamadas a las castas y virginales nupcias espirituales, y queréis, para siempre, conservar vuestra virginidad, ¡ah!, entonces guardad vuestro amor tan delicadamente cuanto os sea posible para aquel divino Esposo que, por ser la misma pureza, nada ama tanto como la pureza, y al cual son debidas las primicias de todas las cosas, principalmente las del amor. En las epístolas de San Jerónimo encontraréis todos los avisos necesarios, y puesto que tu condición te obliga a la obediencia, escoge un guía, bajo cuya dirección puedas consagrar más santamente tu corazón y tu cuerpo a la divina Majestad.

CUARTA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

Los avisos necesarios contra las tentaciones más ordinarias

CAPÍTULO I

QUE NO HAY QUE HACER CASO DE LAS PALABRAS DE LOS HIJOS DEL MUNDO

En cuanto los mundanos se den cuenta de que quieres emprender la vida devota, dispararán contra ti mil tiros de habladurías y maledicencia; los más malos calificarán maliciosamente tu mudanza, llamándola hipocresía, fanatismo y artificio: dirán que el mundo te ha puesto mala cara y que, a causa de su desprecio, has acudido a Dios. Tus amigos se apresurarán a hacerte un mundo de reflexiones, muy prudentes y muy caritativas por, cierto, según su parecer: «Acabarás -te dirán-, en algún humor melancólico, perderás prestigio en el mundo, te harás insoportable, envejecerás antes de tiempo, se resentirán de ello tus quehaceres; es menester vivir en el mundo como en el mundo; nos podemos también salvar sin tantas cosas»; y otras mil bagatelas como éstas.

Filotea, todo lo dicho no es más que un hablar necio y vano; estas personas no tienen interés ni por tu salvación ni por tus negocios. «Si fueseis del mundo -dice el Salvador- el mundo amaría lo que es suyo; mas, porque vosotros no sois del mundo, por esto os aborrece.» Hemos visto a caballeros y señoras pasar toda la noche, y noches seguidas, jugando al ajedrez y a los naipes. ¿Existe alguna clase de atención más expuesta al malhumor y a la melancolía y más sombría que aquella? Sin embargo, los mundanos nada dicen acerca de ello, y a los amigos no les causa la menor preocupación; en cambio, por la meditación de una hora, o porque ven que nos levantamos un poco más temprano de lo que se acostumbra, todos corren al médico para que nos cure del humor hipocondriaco y de la

ictericia. Pueden pasar treinta días bailando; nadie se queja de ello, y, por la sola vela de la noche de Navidad, todo el mundo tose y se encuentra mal al día siguiente. ¿ Quién no ve que el mundo es un juez perverso, benévolo y condescendiente con sus hijos, pero duro y riguroso con los hijos de Dios?

No es posible que estemos bien con el mundo, si no es perdiéndonos con él. Es imposible tenerle contento, porque es demasiado extravagante. «Juan ha venido -dice el Salvador- no comiendo ni bebiendo, y vosotros decís que está endemoniado; el Hijo del hombre come y bebe, y decís que es un samaritano.» Es cierto, Filotea: si por condescendencia reímos, jugamos y danzamos con el mundo, éste se escandalizará; si no lo hacemos, nos acusará de hipocresía o de melancolía; si nos adornamos, dirá que llevamos segundas intenciones; si vestimos humildemente, lo achacará a vileza de corazón; llamará disolución a nuestro buen humor, y tristeza a nuestras mortificaciones; siempre nos mirará de reojo y nunca podremos serle agradables. Exagera nuestras imperfecciones y dice que son pecados veniales y convierte en pecados de malicia nuestros pecados de fragilidad. Al contrario de lo que dice San Pablo «la caridad es benigna», el mundo es maligno: si «la caridad nunca piensa mal», el mundo piensa mal siempre, y, cuando no puede acusar nuestras acciones, acusa nuestras intenciones. Ya tengan cuernos los corderos, ya no los tengan, ya sean blancos, ya sean negros, no dejará el lobo de devorarlos, si puede.

Hagamos lo que hagamos, siempre el mundo nos hará la guerra: si permanecemos mucho rato en el confesionario, se extrañará de que tengamos tantas cosas que decir; si estamos poco, dirá que no lo confesamos todo. Espiará nuestros movimientos, y, por una sola palabra insignificante de cólera, hará saber que somos insoportables; el cuidado de nuestros negocios le parecerá avaricia, y nuestra dulzura, apocamiento. En cuanto a los hijos del mundo, sus cóleras son generosidades; sus avaricias, ahorros; sus libertades, pasatiempos honestos. Las arañas siempre echan a perder la obra de las abejas.

Dejemos a este ciego, Filotea, que grite cuanto quiera, como la lechuza para inquietar a las aves diurnas. Seamos firmes en nuestros propósitos, invariables en nuestras resoluciones; la perseverancia nos dará a conocer si, de verdad y enteramente, nos hemos ofrecido a Dios y hemos entrado en la vida devota. En apariencia, los cometas y los planetas son casi igualmente luminosos, pero los cometas, por ser tan sólo unos fuegos pasajeros, desaparecen al poco tiempo, mas los planetas poseen una claridad perpetua. De la misma manera, la hipocresía y la verdadera virtud tienen mucha semejanza externa, pero fácilmente se distingue la una de la otra, porque la hipocresía no tiene duración y se disipa como el humo por el aire, pero la verdadera virtud siempre es firme y constante. No es pequeña ventaja, para asegurar bien los comienzos de la devoción, padecer, por su causa, oprobios y calumnias, porque, por este medio, evitamos el peligro de la vanidad y del orgullo, que son como las comadres de Egipto, a las cuales el Faraón infernal ha ordenado que maten a los hijos varones de Israel el mismo día de su nacimiento. Nosotros estamos crucificados al mundo, y el mundo ha de estar crucificado para nosotros; nos tiene por locos; tengámosle por insensato.

CAPÍTULO II

QUE ES MENESTER TENER BUEN ÁNIMO

La luz, aunque deseable y hermosa a nuestros ojos, los deslumbra sin embargo cuando han permanecido mucho tiempo en las tinieblas, y antes de que una persona se acostumbre al trato de los habitantes de una región, por corteses y amables que sean, se encuentra extraño entre ellos. Podrá ocurrir muy bien, mi querida Filotea, que con este cambio de vida, se produzcan muchas turbaciones en tu interior y que este grande y general adiós, que has dado a las locuras y a las bagatelas del mundo, te cause algún sentimiento de tristeza y de desaliento. Si esto ocurre, te ruego que tengas un poco de paciencia, pues no será nada; no es más que un poco de extrañeza que te causa la novedad; después recibirás diez mil consolaciones. Quizás, al principio, te dolerá dejar la gloria que los locos y los burlones te daban en tus frivolidades; pero, ¡ah!, ¿quieres perder la gloria eterna que Dios te dará de verdad? Las vanas diversiones y los vanos pasatiempos, en los cuales has empleado tus años, todavía se ofrecerán a tu corazón, para tentarle e inclinarle a su lado; mas ¿tendrás valor para renunciar a aquella eternidad bienaventurada por tan engañadoras ligerezas? Créeme, si perseveras, no tardarás en recibir en tu corazón dulzuras tan deliciosas y agradables, que confesarás que el mundo no tiene sino hiel, en comparación de esta miel, y que un solo día de devoción vale más que mil años de vida mundana.

Pero tú ves que la montaña de la perfección cristiana es muy alta. «¡Ah, Dios mío! -dices para tus adentros ¿cómo podré subir?» ¡Ánimo, Filoteal Cuando las abejitas comienzan a tomar forma, se las llama ninfas, y entonces aun no saben volar por las llores, ni por las montañas, ni por las colinas cercanas, para recoger la miel; pero, poco a poco, nutriéndose de la miel que les han preparado sus madres, estas pequeñas ninfas toman alas y se robustecen, de suerte que después vuelan, buscando por toda la comarca. Es cierto que nosotros somos todavía pequeñas ninfas de la devoción, y que no podríamos subir según nuestras aspiraciones, las cuales no son otras, nada menos, que alcanzar la cima de la perfección; pero, si comenzarnos a tomar forma con nuestros deseos y propósitos, comenzarán a salirnos las alas. Hemos de confiar en que, algún día, llegaremos a ser abejas espirituales y que volaremos. Entre tanto, vivamos de la miel de tantas enseñanzas que nos han dejado los antiguos devotos, y pidamos a Dios que nos dé alas como de paloma, para que, no solamente podamos volar durante la vida presente, sino también descansar en la eternidad de la vida venidera.

CAPÍTULO III

DE LA NATURALEZA DE LAS TENTACIONES Y DE LA DIFERENCIA QUE HAY

ENTRE EL SENTIR LA TENTACIÓN Y EL CONSENTIR EN ELLA

Imagínate, Filotea, una joven princesa muy querida de su esposo. Un malvado, para seducirla y mancillar su tálamo nupcial, le envía un infame mensajero de amor, para tratar con ella de su desgraciado propósito. En primer lugar, este mensajero expone a la princesa la intención del que lo envía; en segundo lugar, la princesa se siente complacida o

disgustada de la proposición; en tercer lugar, o consiente en ella o la rechaza. Asimismo Satanás, el mundo o la carne, al ver a una alma desposada con el Hijo de Dios, le envía tentaciones y sugestiones por las cuales: 1, le propone el pecado; 2, en las cuales siente complacencia o displicencia; 3, en las cuales, finalmente, consiente o bien rechaza; que son, en resumen, supuesto a que consienta, los tres grados por los cuales se desciende hasta la iniquidad; la tentación, la delectación y el consentimiento; y, aunque estos tres grados no queden, a veces, del todo deslindados en toda clase de pecados, se distinguen, empero, de una manera muy palpable, en los pecados grandes y enormes.

Aunque la tentación dure toda la vida, no nos hace desagradables a la divina Majestad, mientras no nos complazcamos ni consintamos en ella; la razón es porque en la tentación no obramos, sino que sufrimos, y cuando no nos complacemos en ella, tampoco tenemos ninguna clase de culpa. San Pablo padeció durante mucho tiempo las tentaciones de la carne, y, lejos de ser por esto desagradable a Dios, al contrario, era Dios, en ello, glorificado; la bienaventurada Angela de Foliño sentía tentaciones carnales tan crueles, que da lástima cuando las refiere; grandes fueron también las tentaciones que sufrieron San Francisco y San Benito, cuando, para mitigarlas, el uno se revolcó sobre los zarzales, y el otro sobre la nieve, y, no obstante, nada perdieron de la gracia de Dios, sino que recibieron un gran aumento de ella.

Conviene pues, Filotea, que seas esforzada, en medio de las tentaciones y que no te consideres jamás vencida mientras te desagraden, teniendo muy en cuenta la diferencia que hay entre el sentir y el consentir, diferencia que estriba en que podemos sentirlas, aunque nos desagraden, mas no podemos consentir sin que nos agraden, pues la complacencia sirve, ordinariamente, de paso para llegar al consentimiento. Que los enemigos de nuestra salvación se presenten tan atractivos y seductores como quieran; que permanezcan siempre en la puerta de nuestro corazón, a punto de entrar; que nos hagan las proposiciones que quieran; mientras tengamos la firme resolución de no entregarnos a ellos, no es posible que ofendamos a Dios; de la misma manera que el príncipe, esposo de la princesa que hemos imaginado, no puede ofenderse del mensaje que le ha sido enviado si ella no se complace en recibirlo. Hay, empero, una diferencia entre el alma y la princesa, porque ésta de haber escuchado la proposición deshonesta, puede, si le place, despedir al mensajero y no escucharle más; en cambio, no siempre depende del alma el no sentir la tentación, aunque esté en su poder el no consentir en ella; por esto, aunque la tentación dure y persevere mucho tiempo, no puede perjudicarnos, mientras no nos sea agradable.

En cuanto a la delectación que puede seguir a la tentación, como que nosotros tenemos, en nuestra alma, dos partes, una inferior y otra superior, y la inferior no siempre obedece a la superior, sino que anda a su arbitrio, ocurre que, algunas veces, la parte inferior se deleita en la tentación, sin el consentimiento y aun contra la voluntad de la superior; es la discordia y la guerra que describe el apóstol San Pablo, cuando dice que «su carne hostiliza a su espíritu» y que «una es la ley de los miembros y otra la ley del espíritu», y otras cosas parecidas.

¿Has visto, alguna vez, Filotea, un gran brasero de fuego cubierto de ceniza? Cuando, diez o doce horas más tarde, queremos sacar fuego de él, solamente, y aun a duras penas, encontramos muy poco, oculto entre el rescoldo; y, sin embargo, hay fuego, pues lo

encontramos y con él se puede encender de nuevo todo el carbón apagado. Lo mismo ocurre con la caridad, que es nuestra vida espiritual en medio de las grandes y violentas tentaciones; porque la tentación, cuando existe la delectación de la parte inferior, parece que cubre toda el alma de ceniza y esconde el amor de Dios en el fondo, amor que ya no aparece en ninguna otra parte, si no es un medio del corazón, en lo más hondo del espíritu; y parece que no existe, pues cuesta trabajo encontrarlo. Está, empero, en realidad, pues, aunque todo ande revuelto en nuestra alma y en nuestro cuerpo, tenemos el propósito de no consentir ni en el pecado ni en la tentación, y la delectación, que, en nosotros, agrada al hombre exterior, desagrada al hombre interior, y, aunque ande dando vueltas en torno de nuestra voluntad, no esta, empero, dentro de ella; y en esto se ve que esta delectación es involuntaria, y, por lo tanto, es imposible que sea pecado.

CAPÍTULO IV

EL SENTIR Y EL CONSENTIR DOS BELLOS EJEMPLOS ACERCA DE ESTE PUNTO

Es tan importante entender esto, que no tengo inconveniente en insistir en ello para explicarlo mejor. El joven de quien nos habla San Jerónimo, que, tendido y atado con cintas de seda y con toda delicadeza en un lecho bien mullido, era provocado por una mujer impúdica, que, en el mismo lecho, se esforzaba en hacer vacilar su constancia, ¿no debía sentir emociones eróticas? Sus

sentidos, ¿no debían estar invadidos por la delectación, y su imaginación llena y saturada de voluptuosidad? Indudablemente así debía ser, y, no obstante, en medio de tantas turbaciones, en medio de un combate tan horrible de tentaciones y entre tantos placeres que le envolvían, dio pruebas de que su corazón no estaba vencido y de que su voluntad no consentía, pues su espíritu, al verlo todo conjurado contra él y no pudiendo disponer de ninguna de las partes de su cuerpo, excepción hecha de la lengua, cortóla con los dientes y la escupió al rostro de aquélla alma envilecida, que le atormentaba más cruelmente con los placeres, que jamás lo hubieran hecho los verdugos con sus torturas; el tirano, que desconfiaba vencerlo con el dolor, esperaba rendirle con el placer.

Es muy admirable la historia de santa Catalina de Sena en ocasión parecida. El espíritu maligno obtuvo de Dios el poder de combatir la pureza de esta santa virgen con todo su furor, pero sin que pudiese tocarla. Sugirió, pues, toda clase de deshonestidades a su corazón, y, para excitarla más, se le apareció con otros diablos, en forma de hombres y mujeres, y comenzó a cometer en su presencia mil y mil clases de deshonestidades y acciones lúbricas, añadiendo palabras y conversaciones muy desvergonzadas; y, aunque todas estas cosas eran exteriores, entraban, por los sentidos, muy adentro del corazón de la virgen, que, como ella misma confesaba, se veía llena de estas imágenes, y únicamente su voluntad superior quedaba libre de aquella tempestad de vileza y delectación carnal. Esto duró mucho tiempo, hasta que un día Nuestro Señor se le apareció, y ella le dijo: «¿Dónde estabas, mi amado Señor, cuando mi corazón estaba tan lleno de tinieblas y de inmundicias?» El Señor le respondió: «Estaba dentro de tu corazón, hija mía». «¿Y cómo -replicó ella- habitabas en mi corazón, lleno de tantas vilezas? ¿Cómo estabas en un lugar tan deshonesto?» Y Nuestro Señor le dijo: «Dime: estos feos pensamientos de tu corazón,

¿te causaban placer o tristeza, amargura o deleite?» Y ella le dijo: «Muy grande amargura y tristeza». Replicó el Señor: «¿Y quién infundía esta amargura y esta tristeza en tu corazón, sino yo, que permanecía escondido en medio de tu alma? Cree, hija mía, que si yo no hubiese estado presente, aquellos pensamientos que sitiaban tu voluntad, sin poderla asaltar, la habrían vencido, habrían penetrado en ella y habrían sido recibidos con complacencia por tu libre albedrío y, así, habrían dado muerte a tu alma; mas, porque yo estaba dentro, infundía aquella resistencia y aquel disgusto en tu corazón, merced a lo cual alejabas cuanto podías la tentación, y, no pudiendo rechazarla tanto como deseabas, sentías el mayor disgusto y el mayor aborrecimiento contra ella y contra ti misma; y, así, estas penas eran para ti un gran mérito, una gran ganancia y un gran aumento de tu virtud y de tu fortaleza.» Repara, pues, Filotea, cómo este fuego estaba cubierto de ceniza, y cómo la tentación y la delectación habían entrado dentro del corazón y habían sitiado la voluntad, y cómo ésta, sola, pero asistida del Salvador, había resistido con amargura, disgusto y detestación al mal que le había sido sugerido, negando con constancia el consentimiento al pecado que le cercaba.

¡ Dios mío, qué angustia para una alma que ama a Dios no saber si Él está en ella o no, si el amor divino, por el cual combate, está o no está del todo apagado en ella! Mas esto es la delicada flor de la perfección del amor celestial: hacer que el amador sufra y combata por el amor, sin que sepa si posee el amor por el cual combate.

CAPÍTULO V

ALIENTO PARA EL ALMA QUE SE ENCUENTRA TENTADA

Filotea, estos grandes asaltos y estas tremendas tentaciones nunca son permitidas por Dios, si no es en las almas que quiere elevar a su puro y excelente amor. Sin embargo, no se deduce de aquí que, después de ello, puedan tener la certeza de haber llegado a este amor, porque ha ocurrido varias veces que los que habían sido constantes en tan violentas acometidas, después, por no haber correspondido con fidelidad a la gracia divina, se han visto vencidos por tentaciones muy pequeñas. Lo digo porque, si alguna vez acontece que te sientas afligida por alguna violenta tentación, sepas que Dios te favorece con una merced extraordinaria, con la cual te da a entender que quiere engrandecerte delante de su divino acatamiento; pero, a pesar de esto, seas siempre humilde y temerosa, y no creas que vencerás las tentaciones pequeñas por el hecho de haber vencido las grandes, si no es por una continua fidelidad a la Majestad divina.

Por cualquiera tentación que te acometa y por cualquiera delectación que de ella se derive, mientras tu voluntad se niegue a consentir, no sólo en la tentación sino también en la delectación, no te turbes, porque Dios no recibe ofensa alguna.

Cuando un hombre se desmaya y no da señales de vida, ponen la mano sobre el corazón, y, por poco movimiento que en él adviertan, creen que todavía vive y que, con algún medicamento especial o algún reconfortante, podrá recuperar la fuerza y los sentidos. De la misma manera suele ocurrir que, por la violencia de las tentaciones, parece que el alma cae en un total desfallecimiento de sus fuerzas y que, como desmayada, no tiene ya vida espiritual ni movimiento. Veamos si el corazón y la voluntad tienen todavía movimiento

espiritual, es decir, si se niegan a consentir y a seguir la tentación y la delectación; porque, mientras el corazón ofrezca resistencia, podemos estar seguros de que la caridad, vida de nuestra alma, está en nosotros, y de que Jesucristo, nuestro Salvador, permanece en nuestra alma, aunque esté en ella oculto y embozado. De manera que, mediante el constante ejercicio de la oración, de los sacramentos y de la confianza en Dios, recuperaremos nuestras fuerzas y viviremos una vida llana y agradable.

CAPÍTULO VI

DE QUÉ MANERA LA TENTACIÓN Y LA DELECTACIÓN PUEDEN SER PECADO

La princesa de la cual hemos hablado, no es responsable de la propuesta deshonesta que le ha sido hecha, porque, como hemos supuesto, todo ha ocurrido contra su voluntad; mas, si, por el contrario, hubiese dado motivo a la propuesta

con algún halago, ofreciendo amor a quien le hubiese festejado, indudablemente hubiera sido culpable de la misma propuesta, y, aunque después se hubiese hecho la desentendida, no hubiera dejado de merecer reprensión y castigo. Así ocurre, a veces, que la sola tentación es pecado, porque somos causa de ella. Por ejemplo, sé que si juego, monto fácilmente en cólera y profiero blasfemias, y, por consiguiente, sé que el juego es para mí una tentación: peco, pues, cada vez que juego, y soy responsable de todas las tentaciones que, durante el mismo, me acometen. Asimismo, si sé que alguna conversación me arrastra a la tentación y me hace caer, y, a pesar de ello, tomo parte voluntariamente en ella, soy culpable de todas las tentaciones que puedan sobrevenirme.

Cuando la delectación que se deriva de la tentación puede ser evitada, siempre es pecado admitirla, según que el placer que se siente en ella y el consentimiento que se da, sea de larga o corta duración. Siempre es censurable la joven princesa, de quien hemos hablado, si no sólo escucha la proposición baja y deshonesta que se la hace, sino que, además, después de conocerla, se complace en ella y entretiene con placer su corazón en estas cosas; porque, aunque no quiera consentir en la ejecución real de lo que le ha sido ofrecido, consiente, no obstante, en la aplicación espiritual de su corazón, por el gozo que en ello se da, y siempre es cosa deshonesta aplicar el corazón o el cuerpo a una deshonestidad; pero ésta de tal manera consiste en la aplicación del corazón, que, sin esta aplicación, no puede haber pecado.

Cuando, pues, te sientas tentada de cometer algún pecado, considera si has dado voluntariamente motivo para ser tentada, pues entonces la misma tentación te pone en estado de pecado, por el peligro a que te has expuesto. Esto se entiende del caso en que hayas podido evitar cómodamente la ocasión, y en que hayas previsto o hayas tenido ocasión de prever el hecho de la tentación; pero, si no has dado motivo alguno a la tentación, de ninguna manera te puede ser imputada a pecado.

Cuando la delectación que sigue a la tentación ha podido ser evitada y, no obstante, no lo ha sido, siempre hay alguna clase de pecado, según sea la detención hecha en ella, y también según sea la naturaleza de la causa del placer sentido. Una mujer que, sin haber

dado motivo para ser festejada, se complace, no obstante, en serlo, no deja de ser digna de reprensión, si el placer que en ello encuentra no tiene otra causa que la galantería. Por ejemplo, si el que quiere hacerle el amor toca exquisitamente el laúd, y a ella le gusta, no el ser requerida de amores, sino la armonía y dulzura del sonido, no hay pecado, aunque no debe detenerse mucho en este placer, por el peligro de pasar del mismo a la delectación de aquel requerimiento; igualmente, pues, si alguien me propone alguna estratagema llena de sutileza y artificio para vengarme de mi enemigo, y yo no me complazco ni consiento en la venganza que se me propone, sino que me deleito únicamente en la sutileza de la invención y del artificio, indudablemente no peco, aunque no es conveniente que me entretenga en este placer, porque, poco a poco, puede arrastrarme a que me deleite en la misma venganza.

A veces, son algunos sorprendidos por cierto cosquilleo de delectación, que sigue inmediatamente a la tentación, antes de que puedan buenamente echarlo de ver. Esto, a lo más puede ser un pecado muy leve, el cual, empero, se hace mayor, si, después que se han dado cuenta del mal, se entretienen, por negligencia, por espacio de algún tiempo, discutiendo con la delectación, acerca de si han de admitirla o no, y mayor todavía si, al darse cuenta de ella, se detienen, con verdadero descuido, sin ningún propósito de rechazarla. Mas, cuando voluntariamente estamos resueltos a complacernos en tales goces, este mismo propósito deliberado es un gran pecado, si el objeto en el cual nos recreamos es notablemente malo. Es un gran vicio para una mujer fomentar amores malos, aunque, en realidad, no quiera entregarse jamás al amante.

CAPÍTULO VII

REMEDIO CONTRA LAS GRANDES TENTACIONES

Enseguida que sientas en ti alguna tentación, haz como los niños, cuando en el campo ven algún lobo o algún oso; al instante corren a los brazos de su padre y de su madre, o, a lo menos, les llaman y les piden auxilio y socorro. Acude de la misma manera a Dios, reclamando su auxilio y misericordia; es el remedio que enseña Nuestro Señor: «Orad para no caer en la tentación».

Si ves que la tentación persevera o aumenta, corre, en espíritu, a abrazar la santa Cruz, como si vieses delante de ti a Cristo crucificado, protesta que no consentirás en la tentación, y pídele socorro contra ella y, mientras dure la tentación, no ceses de afirmar que no quieres consentir.

Pero, cuando hagas tales protestas y deseches el consentimiento, no mires de frente a la tentación, sino solamente a Nuestro Señor, porque, si miras la tentación, podrá hacer vacilar tu valor, sobre todo si es muy violenta.

Distrae tu espíritu con algunas buenas y laudables ocupaciones, porque estas ocupaciones al entrar en tu corazón y al establecerse en él, ahuyentarán las tentaciones y sugestiones malignas.

El gran remedio contra todas las tentaciones, grandes y pequeñas, es desahogar el corazón y comunicar a nuestro director todas las sugestiones, sentimientos y afectos que nos agitan.

Fíjate en que la primera condición que el maligno pone al alma que quiere seducir, es el silencio, como lo hacen los que quieren seducir a las esposas y a las hijas, que, ante todo, les prohíben comunicar a los maridos y a los padres sus proposiciones, siendo así que Dios quiere que demos a conocer enseguida sus inspiraciones a nuestros superiores y directores.

Y si, después de lo dicho, la tentación se empeña en importunarnos y en perseguirnos, no hemos de hacer otra cosa sino insistir por nuestra parte, en la protesta de que no queremos consentir; porque, así como las mujeres no pueden quedar casadas mientras dicen que no, de la misma manera no puede el alma, aunque muy agitada, ser jamás vencida si se niega a serlo.

No concedas beligerancia a tu enemigo, y no le contestes palabra, si no es aquella con que Nuestro Señor le respondió, y con la cual le confundió: « ¡Vete, Satanás! Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás». Y así como la mujer casta no ha de responder una sola palabra al hombre envilecido que le sigue haciéndole proposiciones deshonestas, sino que, dejándole al punto, ha de inclinar, al instante, su corazón del lado de su esposo, y ha de renovar el juramento de fidelidad que le prometió, sin entretenerse en dudar, así el alma devota, al verse acometida de alguna tentación, no ha de pararse en disputar y en responder, sino que, sencillamente, ha de volverse hacia el lado de Jesucristo, su esposo, y prometerle de nuevo que le será fiel, y que sólo quiere ser toda de Él, por siempre jamás.

CAPITULO VIII

QUE ES MENESTER RESISTIR A LAS TENTACIONES PEQUEÑAS

Aunque es cierto que hemos de combatir las grandes tentaciones con un valor invencible, y que la victoria que, sobre ellas, reportemos será para nosotros de mucha utilidad, con todo no es aventurado afirmar que sacamos más provecho de combatir bien contra las tentaciones leves; porque así como las grandes exceden en calidad, las pequeñas exceden desmesuradamente en número, de tal forma que el triunfo sobre ellas puede compararse con la victoria sobre las mayores. Los lobos y los osos son, sin duda, más peligrosos que las moscas, pero no son tan impertinentes ni enojosos, ni ejercitan tanto nuestra paciencia. Es una cosa muy fácil no cometer ningún homicidio, pero es muy difícil evitar los pequeños enfados, de los cuales se nos presentan

ocasiones a cada momento. Es muy fácil a un hombre o a una mujer no cometer adulterio, pero ya no lo es tanto abstenerse de ciertas miradas, de dar o recibir amor, de procurar gracias o pequeños favores, de decir o aceptar piropos. Es muy fácil no ser rival del marido o de la mujer, en cuanto al cuerpo, pero no es tan fácil no serlo en cuanto al corazón; cosa fácil es no mancillar el lecho nupcial, pero es muy difícil no lesionar el amor de los casados; cosa fácil es no hurtar los bienes ajenos, es, empero, difícil no desearlos ni envidiarlos; es muy fácil no levantar falso testimonio en juicio, pero es muy difícil no mentir en una conversación; es muy fácil no embriagarse, pero es muy difícil ser sobrio; es muy fácil no desear la muerte del prójimo, pero es difícil no desearle algún malestar; es muy fácil no difamarle, pero es difícil no despreciarle.

En una palabra, estas pequeñas tentaciones de ira, de sospechas, de celos, de envidia, de amoríos, de frivolidad, de vanidad, de doblez, de afectación, de artificio, de pensamientos deshonestos, son los cotidianos ejercicios, aun de las personas más devotas y decididas; por esta causa, amada Filotea, conviene que, con mucho cuidado y diligencia, nos preparemos para este combate, y ten la seguridad de que cuantas fueren las victorias logradas contra estos pequeños enemigos, otras tantas serán las piedras preciosas engarzadas en la corona de gloria que Dios nos prepara en su paraíso. Por esto digo que, mientras esperamos la ocasión de combatir bien y valientemente las grandes tentaciones, si llegan, es menester que nos defendamos bien y dignamente de los pequeños y débiles ataques.

CAPÍTULO IX

CÓMO SE HAN DE REMEDIAR LAS PEQUEÑAS TENTACIONES

Ahora bien, en cuanto a estas pequeñas tentaciones de vanidad, de sospecha, de melancolía, de celos, de envidia, de amores, y otras semejantes impertinencias, que, como moscas, pasan por delante de los ojos, y ora nos pican en las mejillas, ora en la nariz; como sea que no es imposible librarnos completamente de su importunidad, la mejor resistencia que les podemos hacer es no inquietarnos, porque nada de esto puede dañar, aunque sí causar molestias, mientras permanezca firme la resolución de servir a Dios.

Desprecia, pues, estos pequeños ataques, y no te dignes pensar en lo que significan, sino déjalos que zumben cuanto quieran alrededor de tus oídos, y que corran de acá para allá en torno de ti; y cuando te piquen, y veas que, poco o mucho, se detienen en tu corazón, no hagas otra cosa que alejarlos sencillamente, sin combatirles ni responderles de otra manera que con actos de amor de Dios. Porque, si quieres creerme, no te esfuerces demasiado en querer oponer la virtud contraria a la tentación que sientes, porque eso casi equivaldría a querer disputar con ella; sino que después de haber hecho un acto de virtud directamente contrario, si es que has conocido la calidad de la tentación, inclina simplemente tu corazón hacia Jesucristo crucificado y, con un acto de amor a Él, besa sus sagrados pies. Este es el mejor recurso para vencer al enemigo, así en las grandes como en las pequeñas tentaciones, ya que el amor de Dios, por contener en sí todas las perfecciones de todas las virtudes, y de una manera más excelente que las mismas virtudes, es también un remedio más eficaz contra todos los vicios; además, si tu espíritu se acostumbra a recurrir, en todas las tentaciones, a esta consigna general, no se verá obligado a mirar y examinar qué clase de tentaciones tiene, sino que, simplemente, al sentirse turbada, se pacificará con este gran remedio, el cual, aparte de lo dicho, espanta tanto al espíritu maligno, que, cuando ve que sus tentaciones despiertan en nosotros este divino amor, ya no nos tienta más. Aquí tienes todo lo que atañe a las pequeñas y frecuentes tentaciones, en medio de las cuales el que quiera detenerse en menudencias, perderá la paciencia y no hará nada bueno.

CAPÍTULO X

CÓMO SE HA DE ROBUSTECER EL CORAZÓN CONTRA LAS TENTACIONES

De vez en cuando, considera qué pasiones son más dominantes en tu alma, y, una vez descubiertas, emprende una manera de vivir que les sea totalmente contraria, en

pensamientos, palabras y obras. Por ejemplo, si te sientes inclinada a la pasión de la vanidad, piensa, con frecuencia, en las miserias de esta vida humana, en lo muy enojosas que estas vanidades serán para tu conciencia el día de tu muerte; en lo indigno que son de un espíritu generoso; en que no son más que juegos y diversiones de niños, y en otras cosas parecidas. Habla muchas veces contra la vanidad y, aunque te parezca que no lo sientes, no dejes de despreciarla, porque, por este medio, ganarás fama de lo contrario, porque, a fuerza de hablar contra alguna cosa, nos sentimos movidos a aborrecerla, aunque, al principio, le sintamos afición. Haz actos de abyección y de humildad siempre que puedas, aunque te parezca que los haces con repugnancia, porque, por este medio, te acostumbrarás a la humildad y debilitarás tu vanidad, de suerte que, al sobrevenir la tentación, tu inclinación no podrá favorecerla, y tendrás más fuerza para combatirla.

Si te sientes inclinada a la avaricia, piensa, con frecuencia, en la locura de este pecado que nos hace esclavos de lo que sólo ha sido creado para servirnos; que cuando llegue la muerte también tendrás que dejarlo, y dejarlo en manos de quienes lo disiparán y a quienes acarreará la ruina y la condenación, y fomenta otros pensamientos por el estilo. Habla fuerte contra la avaricia, alaba mucho el desprecio del mundo, hazte violencia y da muchas limosnas, y no te detengas en las oportunidades de amontonar.

Si te domina el deseo de dar y recibir amor, piensa frecuentemente cuán peligroso es este entretenimiento, tanto para ti como para los demás; cuán indigno es profanar y emplear en pasatiempos el afecto más noble de nuestra alma; cuánto merece ser recriminado como una extremada ligereza de espíritu. Habla con frecuencia en favor de la pureza y sencillez de corazón y, en cuanto te sea posible, haz actos que anden de acuerdo con ella, y evita toda afectación y galantería.

Finalmente, en tiempo de paz, es decir, cuando las tentaciones del pecado, al cual te sientes más inclinada, no te acometen, practica muchos actos de la virtud contraria, y, si las ocasiones no se presentan, adelántate a ellas para practicarlos, pues, por este medio robustecerás tu corazón contra la tentación futura.

CAPÍTULO XI

DE LA INQUIETUD

La inquietud no es una simple tentación, sino una fuente de la cual y por la cual vienen muchas tentaciones: diremos, pues, algo acerca de ella. La tristeza no es otra cosa que el dolor del espíritu a causa del mal que se encuentra en nosotros contra nuestra voluntad; ya sea exterior, como pobreza, enfermedad, desprecio, ya interior, como ignorancia, sequedad, repugnancia, tentación. Luego, cuando el alma siente que padece algún mal, se disgusta de tenerlo, y he aquí la tristeza, y, enseguida desea verse libre de él y poseer los medios para echarlo de sí. Hasta este momento tiene razón, porque todos, naturalmente, deseamos el bien y huimos de lo que creemos que es un mal.

Si el alma busca, por amor de Dios, los medios para librarse del mal, los buscará con paciencia, dulzura, humildad y tranquilidad, y esperará su liberación más de la bondad y providencia de Dios que de su industria y diligencia; si busca su liberación por amor propio,

se inquietará y acalorará en pos de los medios, como si este bien dependiese más de ella que de Dios. No digo que así lo piense, sino que se afanará como si así lo pensase.

Y, si no encuentra enseguida lo que desea, caerá en inquietud y en impaciencia, las cuales, lejos de librarla del mal presente, lo empeorarán, y el alma quedará sumida en una angustia y una tristeza, y en una falta de aliento y de fuerzas tal, que le parecerá que su mal no tiene ya remedio. He aquí, pues, cómo la tristeza, que al principio es justa, engendra la inquietud, y ésta le produce un aumento de tristeza, que es mala sobre toda medida.

La inquietud es el mayor mal que puede sobrevenir a un alma, fuera del pecado; porque, así como las sediciones y revueltas intestinas de una nación la arruinan enteramente, e impiden que pueda resistir al extranjero, de la misma manera nuestro corazón, cuando está interiormente perturbado e inquieto, pierde la fuerza para conservar las virtudes que había adquirido, y también la manera de resistir las tentaciones del enemigo, el cual hace entonces toda clase de esfuerzos para pescar a río revuelto, como suele decirse.

La inquietud proviene del deseo desordenado de librarse del mal que se siente o de adquirir el bien que se espera, y, sin embargo, nada hay que empeore más el mal y que aleje tanto el bien como la inquietud y el ansia. Los pájaros quedan prisioneros en las redes y en las trampas porque, al verse cogidos en ellas, comienzan a agitarse y revolverse convulsivamente para poder salir, lo cual es causa de que, a cada momento, se enreden más. Luego, cuando te apremie el deseo de verte libre de algún mal o de poseer algún bien, ante todo es menester procurar el reposo y la tranquilidad del espíritu y el sosiego del entendimiento y de la Voluntad, y después, suave y dulcemente, perseguir el logro de los deseos, empleando, con orden, los medios convenientes; y cuando digo suavemente, no quiero decir con negligencia, sino sin precipitación, turbación e inquietud; de lo contrario, en lugar de conseguir el objeto de tus deseos, lo echarás todo a perder y te enredarás cada vez más.

«Mi alma-decía David siempre está puesta, ¡oh Señor!, en mis manos, y no puedo olvidar tu santa ley.» Examina, pues, una vez al día a lo menos, o por la noche y por la mañana, si tienes tu alma en tus manos, o si alguna pasión o inquietud te la ha robado: considera si tienes tu corazón bajo tu dominio, o bien si ha huído de tus manos, para enredarse en alguna pasión des ordenada de amor, de aborrecimiento, de envidia, de deseo, de temor, de enojo, de alegría. Y si se ha extraviado, procura, ante todo, buscarlo y conducirlo a la presencia de Dios, poniendo todos tus afectos y deseos bajo la obediencia y la dirección de su divina voluntad. Porque, así como los que temen perder alguna cosa que les agrada mucho, la tienen bien cogida de la mano, así también, a imitación de aquel gran rey, hemos de decir siempre: «¡Oh Dios mío!, mi alma está en peligro; por esto la tengo siempre en mis manos, y, de esta manera, no he olvidado tu santa ley».

No permitas que tus deseos te inquieten, por pequeños y por poco importantes que sean; porque, después de los pequeños, los grandes y los más importantes encontrarán tu corazón más dispuesto a la turbación y al desorden. Cuando sientas que llega la inquietud, encomiéndate a Dios y resuelve no hacer nada de lo que tu deseo reclama hasta que aquélla haya totalmente pasado, a no ser que se trate de alguna cosa que no se pueda diferir; en este caso, es menester refrenar la corriente del deseo, con un suave y tranquilo esfuerzo,

templándola y moderándola en la medida de lo posible, y hecho esto, poner manos a la obra, no según los deseos, sino según razón.

Si puedes manifestar la inquietud al director de tu alma, o, a lo menos, a algún confidente y devoto amigo, no dudes de que enseguida te sentirás sosegada; porque la comunicación de los dolores del corazón hace en el alma el mismo efecto que la sangría en el cuerpo que siempre está calenturiento: es el remedio de los remedios. Por este motivo, dio San Luis este aviso a su hijo: «Si sientes en tu corazón algún malestar, dilo enseguida a tu confesor o a alguna buena persona, y así podrás sobrellevar suavemente tu mal, por el consuelo que sentirás.»

CAPÍTULO XII

DE LA TRISTEZA

Dice San Pablo: «La tristeza que es según Dios, obra la penitencia para la salvación; la tristeza del mundo obra la muerte». Luego, la tristeza puede ser buena o mala, según sean los diversos frutos que causa en nosotros. Es cierto que son más los frutos malos que los buenos, porque los buenos sólo son dos: misericordia y penitencia, y los malos, en cambio, son seis: angustia, pereza, indignación, celos, envidia e impaciencia; lo cual hace decir al Sabio: «La tristeza es la muerte de muchos y, en ella, no hay provecho alguno», porque, por dos buenos riachuelos que manan de la fuente de la tristeza, hay seis que son muy malos.

El enemigo se vale de la tristeza para ocasionar tentaciones a los buenos; porque, así como procura que los malos se alegren en sus pecados, así también procura que los buenos se entristezcan en sus buenas obras; y así como no puede inducir al mal si no es haciéndolo agradable, de la misma manera no puede apartar del bien si no es haciéndolo desagradable. El maligno se complace en la tristeza y en la melancolía, porque él está triste y melancólico, y lo estará eternamente; por lo que quiere que todos estén como él.

La tristeza mala perturba el alma, la inquieta, infunde temores excesivos, hace perder el gusto por la oración, adormece y agota el cerebro, priva al alma del consejo, de la resolución, del juicio, del valor, y abate las fuerzas; en una palabra, es como un invierno crudo que priva a la tierra de toda su belleza y acobarda a los animales, porque quita toda suavidad al alma y la paraliza y hace impotente en todas facultades.

Filotea, si alguna vez te acontece que te sientes atacada de esta tristeza, practica los siguientes remedios: «Si alguno está triste -dice Santiago-, que ore»: la oración es el más excelente remedio, porque eleva el espíritu a Dios, que es nuestro único gozo y consuelo. Mas, al orar, hemos de excitar afectos y pronunciar palabras, ya interiores ya exteriores, que muevan a la confianza y al amor de Dios, como: « ¡Oh Dios de misericordia! ¡Dios mío bondadosísimol ¡Salvador de bondad! ¡Dios de mi corazón! ¡Mi gozo, mi esperanza, mi amado esposo, bienamado de mi alma!» y otras semejantes.

Esfuérzate en contrariar vivamente las inclinaciones de la tristeza, y, aunque te parezca que en este estado, todo lo haces con frialdad, pena y cansancio, no dejes, empero, de hacerlo; porque el enemigo, que pretende hacernos aflojar en nuestras buenas obras mediante la

tristeza, al ver que, a pesar de ella, no dejamos de hacerlas, y que, haciéndolas con resistencia, tienen más valor, cesa entonces de afligirnos.

Canta himnos espirituales, porque el maligno ha desistido, a veces, de sus ataques, merced a este medio, como lo atestigua el espíritu que asaltaba o se apoderaba de Saúl, cuya vehemencia cedía ante la salmodia.

Es muy buena cosa ocuparse en obras exteriores, y variarlas cuanto sea posible, para distraer el alma del objeto triste, purificar y enfervorizar el corazón, pues la tristeza es una pasión de suyo fría y árida.

Haz actos exteriores de fervor, aunque sea sin gusto, como abrazar el crucifijo, estrecharlo contra el pecho, besarle las manos y los pies, levantar los ojos al cielo, elevar la voz hacía Dios con palabras de amor y de confianza, como ésta: «Mi amado para mí y yo para Él. Corno manojito de mirra es mi Amado para mí. Él reposará sobre mi pecho. Mis ojos se derriten por Ti, ¡ oh Dios mío!, diciendo: ¿ Cuándo me consolarás? ¡Oh Jesús!, seas para mí Jesús; viva Jesús, y vivirá mi alma. ¿ Quién me separará del amor de mi Dios?», y otras semejantes.

La disciplina moderada es buen remedio contra la tristeza, porque esta voluntaria aflicción exterior impetra el consuelo interior, y el alma al sentir los dolores de fuera, se distrae de los de dentro. La frecuencia de la Sagrada Comunión es excelente, porque este pan celestial robustece el corazón y regocija el espíritu.

Descubre todos los sentimientos, afectos y sugestiones que nacen de la tristeza a tu director y a tu confesor, con humildad y fidelidad; busca el trato de personas espirituales, y conversa con ellas, cuanto puedas, durante este tiempo. Y, principalmente, resígnate en las manos de Dios, disponiéndote a padecer esta enojosa tristeza con paciencia, como un justo castigo a tus vanas alegrías, y no dudes de que Dios, después de haberte probado, te librará de este mal.

CAPÍTULO XIII

DE LOS CONSUELOS ESPIRITUALES Y SENSIBLES

Y CÓMO HAY QUE CONDUCIRSE EN ELLOS

Dios conserva este gran mundo en una perpetua mudanza, por la cual el día se cambia en noche, la primavera en verano, el verano en otoño, el otoño en invierno y el invierno en primavera, y nunca un día es igual al anterior, pues los hay nublados, lluviosos, secos, ventosos, variedad que llena de hermosura el universo. Lo mismo puede decirse del hombre, el cual, según el dicho de los antiguos, es un compendio del mundo; porque nunca se halla en el mismo estado, y su vida se desliza sobre la tierra como las aguas, flotando y moviéndose con perpetua variedad de movimientos, que ora lo elevan hacia la esperanza, ora lo hunden en el temor, ora lo inclinan hacia la derecha por el consuelo, ora hacia la izquierda por la aflicción, y jamás uno solo de sus días, ni siquiera una sola de sus horas, es igual a la que pasó.

He aquí una importante advertencia: hemos de procurar conservar una continua e inalterable igualdad de corazón, en medio de una desigualdad tan grande de acontecimientos, y, aunque todas las cosas den vueltas y cambien continuamente en torno nuestro, nosotros hemos de permanecer constantemente inmóviles, mirando, caminando y aspirando hacia nuestro Dios. Que la nave tome este o aquel rumbo, que navegue hacia levante o hacia poniente, hacia el septentrión o hacia el mediodía, sea cual fuere el viento que la mueva, siempre su brújula mirará hacia su estrella favorita y hacia el polo. Que todo ande revuelto, no ya tan sólo en torno nuestro, sino aun dentro de nosotros mismos, es decir, que nuestra alma esté triste, alegre, en suavidad, en amargura, en luz y en tinieblas, en tentación, en reposo, en placer, en displicencia, en sequedad, en ternura; que el sol la abrase o el rocío la refresque.... es menester que siempre y constantemente la punta de nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra voluntad superior, que es nuestra brújula, mire incesantemente y aspire perpetuamente al amor de Dios, a su Creador, a su Salvador, a su único y soberano bien. «Ya vivamos, ya muramos, dice el Apóstol, si permanecemos en Dios... ¿Quién nos separará del amor y caridad de Dios?» No, jamás cosa alguna nos separará de este amor: ni la tribulación, ni la angustia, ni la muerte, ni la vida, ni el dolor presente, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios del maligno espíritu, ni la elevación de las consolaciones, ni el abismo de las aflicciones, ni la ternura, ni la sequedad, han de separarnos jamás de esta santa caridad, que está fundada en Jesucristo.

Esta resolución tan absoluta de jamás abandonar a Dios ni dejar su dulce amor, sirve de contrapeso a nuestras almas para mantenerlas en una santa igualdad, en medio de la desigual diversidad de movimientos que la condición de esta vida le acarrea. Porque, así como las abejas, al sentirse sorprendidas por el viento en medio del campo, se cogen de las piedras para poderse balancear en el aire y no ser tan fácilmente arrastradas a merced de la tempestad, de la misma manera nuestra alma, después de haber abrazado con su resolución el precioso amor de Dios, permanece constante en medio de la inconstancia y de las vicisitudes de los consuelos y aflicciones espirituales y temporales, exteriores e interiores.

Mas, aparte de esta doctrina general, necesitamos algunos principios particulares, exteriores e interiores.

1. Afirmo, pues, que la devoción no consiste en la dulzura, suavidad, consolación y ternura sensible al corazón, que provoca en nosotros lágrimas y suspiros y nos causa una cierta satisfacción, agradable y sabrosa, en algunos ejercicios espirituales. No, Filotea, la devoción y esto no son, en manera alguna, una misma cosa, porque hay muchas almas que gozan de estas ternuras y consolaciones, y, a pesar de ello, no dejan de ser muy viciosas, y, por consiguiente, no tienen un verdadero amor de Dios ni, mucho menos, una verdadera devoción. Cuando Saúl perseguía a muerte a David, que huía delante de él hacia los desiertos de Engaddi, entró solo en una caverna, donde David se había ocultado, hubiera podido mil veces darle muerte, le perdonó la vida, y, no sólo no quiso infundirle temor, sino que, después de haberle dejado salir libremente, le llamó para probarle su inocencia y hacerle saber que lo había tenido a su arbitrio. Ahora bien, por este motivo, ¿qué cosas no hizo Saúl, para demostrar que su corazón se había ablandado con respecto a David? Llamóle hijo suyo, se echó a llorar en voz alta, comenzó a alabarle, a reconocer su bondad, a rogar- a Dios por él, a presagiar su grandeza, a encomendarle su posteridad para después

de su muerte. ¿ Qué mayor dulzura y ternura de corazón podía manifestarle? Y no obstante, a pesar de esto, su alma no había cambiado y continuó persiguiendo a David tan cruelmente como antes.

También se encuentran personas que, al considerar la bondad de Dios y la Pasión del Salvador, sienten gran ternura en su corazón, que les hace prorrumpir en suspiros, lágrimas, oraciones y acciones de gracias muy sensibles, de tal manera que podría decirse que son presa de una gran devoción. Mas, cuando se llega a la práctica, aparece que, como la lluvia pasajera de un verano caluroso, que, al caer a grandes chorros sobre la tierra, no la penetra y sólo sirve para provocar la salida de las setas, de la misma manera estas lágrimas y estas ternuras, al caer sobre un corazón vicioso, no lo penetran, y son para él completamente inútiles, porque, a pesar de ello, estos infelices no se desprenden ni de un céntimo de los bienes mal adquiridos, ni renuncian a uno solo de sus perversos afectos, ni quieren aceptar la menos incomodidad del mundo en el servicio de aquel Señor sobre el cual tanto han llorado; de suerte que los buenos movimientos que han sentido no son otra cosa que ciertos hongos espirituales, que, no sólo no constituyen la verdadera devoción, sino que, con frecuencia, son grandes artimañas del enemigo, el cual, mientras entretiene a las almas con estas pequeñas consolaciones, hace que queden contentas y satisfechas con esto y que no busquen la verdadera y sólida devoción, la cual consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta y activa en ejecutar lo que es agradable a Dios.

Un niño llorará amargamente si ve que sangran a su madre con una lanceta; pero si, al mismo tiempo, su madre le pide una manzana o un paquete de confites que tiene en la mano, no querrá, en manera alguna, soltarlo. Tales son, en su mayor parte, nuestras tiernas devociones: cuando vemos la lanzada que traspasa el corazón de Jesucristo crucificado, lloramos de ternura, ¡Ah! Filotea, está bien llorar la pasión dolorosa y la muerte de nuestro Padre y Redentor; mas, ¿por qué no le damos de buen grado la manzana que tenemos en nuestras manos, y que Él nos pide constantemente, a saber, nuestro corazón, la única manzana de amor que este Salvador desea de nosotros? ¿Por qué, no le ofrecemos tantos pequeños afectos, goces, complacencias, que Él quiere arrebatarnos de las manos y no puede, porque son nuestras golosinas y las preferimos a la gracia celestial? ¡Ah! son amistades de niños pequeños, tiernas, sí, pero débiles, ilusorias, y sin efecto. La devoción no consiste en estas ternezas y afectos sensibles, que unas veces proceden del propio natural que es también blando y susceptible de la impresión que se le quiera dar, y otras veces del enemigo, que, para distraernos con esto, excita nuestra imaginación con ideas que producen estos efectos.

2. Estas ternezas y afectuosas dulzuras son, empero, a veces, muy buenas y muy útiles, porque abren el apetito del alma, confortan el espíritu, y juntan a la prontitud de la devoción una santa alegría, la cual hace que nuestros actos, aun exteriormente, sean bellos y simpáticos. Es el gusto que se siente por las cosas divinas, el cual hacia exclamar a David: «¡Oh, Señor, qué dulces son a mi paladar tus palabras; más dulces que la miel en mi boca! » Y, ciertamente, el más insignificante consuelo de la devoción que sentimos vale más, bajo todos los conceptos, que las más excelentes virtudes del mundo. La leche que chupan los niños, es decir, las mercedes del divino Esposo, sabe mejor al alma que el vino sabroso de los placeres de la tierra; el que las ha gustado tiene todas las demás cosas de la tierra por hiel y ajenjo. Y así como los que tienen regaliz en la boca reciben de ella una dulzura tan

grande, que no sienten ni hambre ni sed, así también aquellos a quienes Dios ha dado este maná celestial de las suavidades y de las consolaciones exteriores, no pueden desear ni recibir los consuelos del mundo, a lo menos para entretenerse y complacerse en ellos. Estas suavidades son un pequeño anticipo de las suavidades inmortales, que Dios da a las almas que le buscan; son los confites que da a sus hijitos para atraérselos; son aguas cordiales que les ofrece para confortarlos; y son también como ciertas arras de las recompensas eternas. Se dice que Alejandro Magno, navegando en alta mar, descubrió antes que nadie la Arabia Feliz, por la suavidad de los aromas que el viento le llevaba, con lo que se animaron él y sus compañeros. De la misma manera nosotros recibimos, con frecuencia, en este mar de la vida mortal, dulzuras y suavidades que, sin duda, nos hacen presentir las delicias de la patria celestial, a la cual tendemos y aspiramos.

3. Pero me dirás: puesto que hay consuelos sensibles que son buenos y vienen de Dios, y también los hay inútiles, peligrosos y aun perniciosos, que provienen de la naturaleza o del enemigo, ¿cómo podré discernir los unos de los otros y conocer los malos y los inútiles entre los que son buenos? Es doctrina general, amada Filotea, que, en cuanto a los afectos y pasiones, los hemos de conocer por los frutos. Nuestros corazones son los árboles; los afectos y las pasiones son sus ramas, y sus obras y acciones son sus frutos. Es bueno el corazón que tiene buenos afectos, y son los afectos y las pasiones los que producen en nosotros buenas obras y santas acciones. Si las dulzuras, ternezas y consolaciones nos hacen más humildes, pacientes, tratables, caritativos y compasivos con el prójimo, más fervorosos en mortificar nuestras concupiscencias y nuestras inclinaciones, más constantes en nuestros ejercicios, más dóciles y flexibles con respecto a aquellos a quienes debemos obedecer, más sencillos en nuestra manera de vivir, es indudable, Filotea, que son de Dios; mas, si estas dulzuras sólo son dulces para nosotros, y nos hacen curiosos, ásperos, puntillosos, impacientes, tercos, orgullosos, presuntuosos, duros para con el prójimo, y por creer que ya somos santos no que

remos sujetarnos más a la dirección y a la corrección, es seguro que estos consuelos son falsos y perniciosos. «El buen árbol solamente produce buenos frutos».

4. Cuando sintamos estas dulzuras y estos consuelos: a) Humillémonos mucho delante de Dios, y guardémonos bien de decir a causa de estas suavidades: « ¡ Ah, qué bueno soy ! » No, Filotea, estos bienes no nos hacen mejores, porque, como he dicho, la devoción no consiste en esto. Digamos más bien: « ¡ Oh! ¡qué bueno es Dios para los que esperan en Él, para el alma que le busca! » El que tiene azúcar en la boca no puede decir que su boca es dulce, sino que es dulce el azúcar. De la misma manera, aunque esta dulzura espiritual es muy buena, y muy bueno el Dios que nos la da, no se sigue de aquí que sea bueno el que la recibe. b) Reconozcamos que todavía somos niños pequeños, que necesitamos aún del pecho, y que estos confites se nos dan porque tenemos el espíritu tierno y delicado, el cual necesita cebos y golosinas para ser atraído al amor de Dios. c) Mas, después de esto, hablando en general y de ordinario, recibamos humildemente estas gracias y favores, y tengámoslos por muy grandes, no por lo que son en sí, sino porque es la mano de Dios la que los pone en nuestro corazón, como le ocurriría a una madre, que para acariciar a su hijo, le pusiere ella misma los confites en la boca uno tras otro, pues, si el hijo fuese capaz de entenderlo, apreciaría más la dulzura de los halagos y de las caricias de su madre, que la dulzura de las mismas golosinas. Así también, Filotea, mucho es sentir estas dulzuras, pero

la dulzura de las dulzuras está en considerar que Dios, con su mano amorosa y maternal, nos las pone en la boca, en el corazón, en el alma y en el espíritu. d) Una vez las hayamos recibido con humildad, empleémoslas con mucho cuidado, según las intenciones de Aquel que nos las da. ¿ Con qué fin creemos que Dios nos da estas dulzuras? Para hacernos suaves con todos y amorosos con Él. La madre da el confite a su hijo para que la bese; besemos, pues, a este Salvador, que nos da tantas dulzuras. Ahora bien, besar al Salvador, es obedecerle, guardar sus mandamientos, hacer su voluntad, cumplir sus deseos: en una palabra, abrazarle tiernamente con obediencia y fidelidad. Por lo tanto, cuando recibimos alguna consolación espiritual, es menester que, aquel día, seamos más diligentes en el bien obrar, y que nos humillemos. e) Además de eso, es necesario que, de vez en cuando, renunciemos a estas dulzuras, ternezas y consolaciones, que despeguemos nuestro corazón de ellas y que hagamos protestas de que, si bien las aceptamos humildemente y las amamos, porque Dios nos las envía y nos mueven a su amor, no son, empero, ellas lo que buscamos, sino Dios y su santo amor; no la consolación, sino el Consolador; no la dulzura, sino el dulce Salvador; no la ternura, sino la suavidad del cielo y de la tierra, y, con estos afectos, nos hemos de disponer a perseverar firmes en el santo amor de Dios, aunque, durante toda nuestra vida, jamás hubiésemos de sentir ningún consuelo, diciéndole lo mismo en el monte Calvario y en el Tabor: « ¡ Oh Señor!, bueno es permanecer aquí », ya estemos en la cruz, ya en la gloria. f) Finalmente, te advierto que si recibes en notable abundancia estas consolaciones, ternuras, lágrimas y dulzuras, o te acontece en ellas alguna cosa extraordinaria, hables de ello sinceramente con tu director, para aprender la manera de moderarte y conducirte, pues está escrito: «¿Has hallado la miel? Pues come la que es suficiente».

CAPÍTULO XIV

DE LAS SEQUEDADES Y ESTERILIDADES ESPIRITUALES

Muy amada Filotea, cuando sientas consolaciones te conducirás de la manera que acabo de decirte; pero este tiempo tan agradable no durará siempre, sino que más bien te ocurrirá que, alguna vez, de tal manera te verás privada y desposeída del sentimiento de la devoción, que tu alma te parecerá una tierra desierta, infructuosa y estéril, sin un solo sendero ni camino para llegar a Dios, y sin una gota de agua de gracia que pueda regarla, a causa de las sequedades, que, según te parecerá, la convertirán en un desierto. ¡Ah, que digna de compasión es el alma que se encuentra en este estado, sobre todo cuando este mal es vehemente! Porque entonces, a imitación de David, se derrite en lágrimas, día y noche, mientras que, con mil sugestiones para hacerla desesperar, el enemigo se burla de ella y le dice: « ¡ Pobrecita! ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué camino le podrás encontrar? ¿Quién podrá jamás devolverte el gozo de su santa gracia?» ¿Qué harás, pues, Filotea, en este estado? Examina de donde procede el mal: con frecuencia somos nosotros mismos la causa de nuestras esterilidades y sequedades.

1. Así como una madre no quiere dar azúcar a su hijito que padece de lombrices, así Dios nos quita los consuelos cuando, entregándonos a ellos con vana complacencia, somos propensos a las lombrices de la vanagloria. «Bien está, joh Dios mío!, que me humilles, porque, antes de que fuese humillada, te había ofendido».

2. Cuando no tenemos cuidado de recoger las suavidades y las delicias del amor de Dios a su debido tiempo, las aparta de nosotros, en castigo de nuestra pereza. El israelita que no cogía el maná muy de mañana, no podía hacerlo después de la salida del sol, porque lo encontraba derretido.

3. A veces, estarnos tendidos en un lecho de complacencias sensuales y de consuelos perecederos, como la Esposa sagrada de los Cantares: el Esposo de nuestras almas llama a la puerta de nuestro corazón, nos inspira que practiquemos nuestros ejercicios espirituales; pero nosotros se los regateamos, porque nos duele dejar los vanos pasatiempos y separarnos de aquellas vanas complacencias. Por esto pasa de largo, y deja que nos emperecemos, y después, cuando queremos buscarle tenemos gran trabajo para encontrarle. Bien merecido lo tenemos, porque hemos sido tan infieles y desleales a su amor, que nos hemos negado a su ejercicio para seguir el de las cosas del mundo. ¡Ah! ya tienes la harina de Egipto; no recibirás el maná del cielo. Las abejas aborrecen todos los olores artificiales, y las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con las delicias artificiosas de este mundo.

4. La doblez y la afectación en las confesiones y en el trato espiritual con el director, atraen las sequedades y la esterilidad; porque, puesto que mientes al Espíritu Santo, no se maravilla si te niega su consuelo; no quieres ser sencilla y simple como un niño pequeño, luego tampoco tendrás las golosinas de los niños.

5. Estás saciada de goces mundanos: no es, pues, extraño, si no hallas gusto en las delicias espirituales. Dice el antiguo proverbio que a las palomas, cuando están hartas, les parecen amargas las cerezas. «Has llenado de bienes -dice la Madre de Dios- a los hambrientos y has dejado vacíos a los ricos». Los ricos de placeres mundanos no están dispuestos para los goces espirituales.

6. ¿Has conservado bien el fruto de los consuelos recibidos? Pues recibirás otros, porque «al que tiene se le dará más, y al que no tiene lo que le han dado, porque lo ha perdido por su culpa, aun esto le será arrebatado», es decir, le privarán de las gracias que le tenían preparadas. Es muy cierto que la lluvia vivifica las plantas que están verdes; pero a las que no lo están, les quita aun la vida que no tienen, pues enseguida las pudre.

Por estas diversas causas perdemos las devotas consolaciones y caemos en la sequedad y esterilidad de espíritu: examinemos, pues nuestra conciencia, para ver si descubrimos en nosotros alguno de estos defectos. Pero ten en cuenta, Filotea, que este examen no ha de hacerse con inquietud ni excesiva curiosidad, sino que, si después de haber considerado fielmente nuestro comportamiento en este punto, encontramos la causa del mal, hemos de dar las gracias a Dios, porque el mal está ya en parte curado cuando se ha descubierto su causa. Si, al contrarío, nada ves de particular que te parezca que haya podido dar ocasión a esta sequedad, no pierdas el tiempo en un más detenido examen, sino que, con toda simplicidad, sin examinar ninguna otra particularidad, haz lo que te diré:

1. «Humíllate mucho delante de Dios, con el conocimiento de tu nada y de tu miseria. ¡Ah!, ¿qué soy, pobre de mí, cuando estoy dejada a mi arbitrio? Nada más, Dios mío, que una tierra seca, la cual agrietada por todas partes, muestra la sed que tiene de la lluvia del cielo, y, entretanto, el viento la disipa y la convierte en polvo».

2. Invoca a Dios, y pídele su alegría: «Devuélveme, ¡oh Señor!, la alegría de tu salud. Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Huye de aquí, viento infructuoso, que secas mi alma, y ven, agradable brisa de las consolaciones, sopla en mi jardín, y tus buenos efectos derramarán el olor de suavidad».

3. Acude al confesor; ábrele bien tu corazón; muéstrale todos los repliegues de tu alma; sírvete de los consejos que te dará, con gran simplicidad y humildad, porque Dios, que gusta infinitamente de la obediencia, hace que sean útiles los consejos que recibimos de otros, sobre todo de los directores de almas, aunque por otra parte, estos consejos sean de poca apariencia, como hizo provechosas a Naamán las aguas del Jordán, cuyo uso le había ordenado Elíseo, sin ninguna apariencia de razón humana.

4. Pero, después de lo dicho, nada hay tan provechoso en las sequedades y esterilidades como el no ansiar ni dejarse dominar por el deseo de ser liberada. No digo que no se puedan tener simples deseos de verse libre de ellas; lo que digo es que no hemos de poner en ello el corazón, sino, antes bien, abandonarnos a la pura merced de la especial providencia de Dios, a fin de que se sirva de nosotros, según le plazca, en medio de estas espinas y de estos desiertos. En tal estado, pues, digamos a Dios: « ¡Oh Padre!, si es posible, que pase de mí este cáliz»; pero añadamos con valor: «mas no se haga mi voluntad sino la tuya»; y detengámonos en esto con toda la calma que nos sea posible, ya que Dios, al vernos en esta santa indiferencia, nos consolará con gracias y favores, así como al ver a Abrahán resuelto a privarse de su hijo Isaac, se contentó con verle indiferente y con aquella pura resignación, y le consoló con una visión muy agradable y con dulcísimas bendiciones. Luego, en toda clase de aflicciones, así corporales como espirituales, y en las distracciones y privaciones de la devoción sensible, hemos de decir, con todo nuestro corazón y con una profunda sumisión: «El Señor me ha dado los consuelos, el Señor me los ha quitado; sea bendito su santo Nombre», pues, perseverando en esta humildad, nos devolverá sus deliciosos favores, como hizo con Job, el cual se sirvió constantemente de parecidas palabras en todas sus desolaciones.

5. Por último, Filotea, en medio de todas nuestras inquietudes y esterilidades, no perdamos el ánimo, sino que, esperando pacientemente la vuelta de los consuelos, sigamos siempre nuestro camino; no dejemos, por ello, ninguno de los ejercicios de devoción, antes bien, si es posible multipliquemos nuestras buenas obras, y, si no podemos presentar a nuestro amado Esposo confituras tiernas, ofrezcámoselas secas, pues le da lo mismo, con tal que el corazón que se las presente esté absolutamente resuelto a quererle amar. Cuando la primavera es buena, las abejas fabrican más miel y producen menos abejorros, porque, siendo favorable el buen tiempo, se esmeran en hacer tanta cosecha entre las flores, que olvidan la cría de sus ninfas; pero, cuando la primavera es desapacible y nublada, producen más ninfas y no tanta miel, porque, no pudiendo salir para la cosecha, se ocupan en poblarse y en multiplicar la raza. Filotea, ocurre algunas veces que el alma, al verse en la hermosa primavera de las consolaciones espirituales, se entretiene tanto en amontonarlas y en chupar de ellas, que, en medio de la abundancia de tan suaves delicias, hace muchas menos buenas obras, y, al contrario, en medio de las asperezas y esterilidades espirituales, según se ve privada de los agradables sentimientos de la devoción, multiplica mucho más

las obras sólidas y abunda en la producción interior de las verdaderas virtudes de la paciencia, humildad, propia abyección, resignación y abnegación de su amor propio.

Es, pues, un gran abuso en muchos, particularmente en las mujeres, creer que el servicio que hacemos a Dios sin gusto, sin ternura de corazón y sin sentimiento, es menos agradable a la divina Majestad; al contrario, nuestros actos son como las rosas, las cuales cuando están frescas son más bellas, pero, en cambio, cuando están secas despiden más olor y es mayor su fortaleza. Lo mismo ocurre en nuestro caso: aunque nuestras buenas obras, hechas con ternura de corazón, sean más agradables a nosotros, porque no miramos más que nuestro propio deleite, hechas con sequedad y esterilidad son más olorosas, y tienen más valor delante de Dios. Sí, amada Filotea, en tiempo de sequedad, nuestra voluntad nos lleva al servicio de Dios como por la fuerza, por lo que entonces es menester que esta voluntad sea más vigorosa y constante que en tiempo de ternura. No es gran cosa servir a un príncipe en medio de las delicias de la corte; servirle, empero, en la dureza de la guerra, en medio de la incertidumbre y de las persecuciones, es una verdadera señal de constancia y de fidelidad. La bienaventurada Angela de Foliño dice que la oración más grata a Dios es la que se hace por fuerza y con tedio, es decir, aquella a la cual somos llevados, no por el gusto que en ella sentimos, ni por la propia inclinación, sino únicamente por el deseo de agradar a Dios, de manera que nuestra voluntad vaya a regañadientes, forzando y violentando las sequedades que a ello se oponen. Lo mismo digo de toda clase de buenas obras, pues cuantas más contradicciones, ya exteriores ya interiores, nos salen al paso al hacerlas, más apreciadas y más agradables son delante de Dios. Cuanto menos hay de nuestro interés particular en la práctica de las virtudes, tanto más resplandece en ellas la pureza del amor: el niño besa de buen grado a su madre cuando le da azúcar, pero si la besa después de haberle dado ajenjo o acíbar, señal es de que la ama en gran manera.

CAPÍTULO XV

CONFIRMACIÓN Y ACLARACIÓN DE LO QUE HEMOS DICHO,

CON UN EJEMPLO NOTABLE

Mas, para hacer más evidente esta instrucción, quiero poner aquí un caso de la historia de San Bernardo, tal como lo he encontrado en un docto y prudente escritor. Dice así:

A casi todos los que comienzan a servir a Dios y no son todavía experimentados en las privaciones de la gracia ni en las vicisitudes de la vida espiritual, les ocurre que, al faltarles el gusto de la devoción sensible y la agradable luz que les invita a correr por el camino de Dios, pierden enseguida el aliento y caen en la pusilanimidad y tristeza de corazón. Los doctos dan esta razón, a saber, que la naturaleza racional no puede estar mucho tiempo hambrienta y sin ningún deleite celestial o terreno. Ahora bien, así como las almas elevadas sobre sí mismas por el gusto de los placeres superiores, fácilmente renuncian a las cosas visibles, así también, cuando por disposición divina se ven privadas del goce espiritual, al verse también faltas de los consuelos materiales y no estando todavía acostumbradas a esperar el retorno del verdadero Sol, les parece que no están ni en el cielo ni en la tierra, y que vivirán sumidas en una noche perpetua; así como los niños pequeños cuando les

destetan echan de menos la leche materna, de la misma manera estas almas languidecen y gimen y se vuelven displicentes e impertinentes, principalmente consigo mismas.

Esto, pues, aconteció, en el viaje de que tratamos, a uno de la comunidad, llamado Godofredo de Perona, consagrado, hacía poco, al servicio de Dios. Invadido súbitamente por la sequedad, privado de consuelo y lleno de tinieblas interiores, comenzó por acordarse de sus amigos del mundo, de sus parientes, de las riquezas que acababa de dejar, y fue acometido por una fuerte tentación, de la cual, por no haberla podido ocultar en su interior, se dio cuenta uno de sus amigos íntimos, quien, después de habérselo ganado con dulces palabras, le dijo confidencialmente: «¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa, que, contra tu carácter, te vuelves pensativo y triste?» Entonces, Godofredo, suspirando profundamente, respondió: « ¡Ay, hermano! jamás en toda mi vida, estaré alegre». El compañero, movido a compasión por estas palabras, corrió, con celo fraternal, a contarlo al padre común, San Bernardo, el cual, al ver el peligro, entró en una iglesia cercana, para rogar a Dios por él. Godofredo, entretanto, agotado por la tristeza, puso la cabeza sobre una piedra y se durmió. Al poco rato, ambos se levantaron: el uno de la oración con la gracia alcanzada, y el otro del sueño, con el rostro tan sonriente y sereno, que su querido amigo, maravillado de un cambio tan grande y tan repentino, no pudo contenerse de recordarle amigablemente lo que antes le había respondido; entonces Godofredo le replicó: «Sí antes te dije que nunca estaría alegre, ahora te aseguro que jamás estaré triste».

Así terminó la tentación de aquel devoto personaje. Pero en esta historia, repara, amada Filotea: 1. Que Dios, ordinariamente, da a gustar algún anticipo de las delicias celestiales a los que comienzan a servirle, para apartarlos de los placeres terrenos y alentarles en la prosecución del divino amor, como la madre que, para atraer a su seno a su hijo, se pone miel en los pechos. 2. Que, no obstante, es este mismo Dios bueno, quien, a veces, según sus sapientísimos consejos, nos quita la leche y la miel de los con suelos, para que destetados de esta manera, aprendamos a comer el pan seco y más sólido de una devoción vigorosa, purificada con la prueba de la aridez y de las tentaciones. 3. Que, a veces, en medio de las arideces y de las sequedades, estallan grandes tormentas, y, entonces, es menester combatir con constancia las tentaciones, porque no vienen de Dios; es, empero, necesario sufrir con paciencia las sequedades, pues Dios las ha ordenado para nuestro ejercicio.4. Que nunca hemos de perder el ánimo en medio de los enojos interiores, ni decir como el buen Godofredo: «Jamás estaré alegre», pues en medio de la noche hemos de esperar la luz; y, recíprocamente, durante la mayor bonanza espiritual de que podamos gozar, nunca hemos de decir: «Jamás estaré triste»; no, porque, como dice el Sabio, «en los días de la prosperidad nos hemos de acordar de la adversidad». Hemos de esperar en medio de las penas, y hemos de temer en medio de las prosperidades, y, en ambos casos, siempre nos hemos de humillar. 5. Que es un excelente remedio el descubrir nuestro mal a algún amigo espiritual que pueda consolarnos.

Finalmente, para poner fin a esta advertencia, que es tan necesaria, hago notar que, como en todas las cosas, también en éstas, nuestro buen Dios y nuestro enemigo, tienen designios opuestos, ya que, por estas tribulaciones, quiere Dios conducirnos a una gran pureza de corazón, a una completa renuncia de nuestro propio interés en las cosas que son de su servicio, y a un perfecto desasimiento de nosotros mismos; y el maligno al contrario, procura, echar mano de estas penas para desalentarnos, para hacer que nos inclinemos de

nuevo del lado de los placeres sensuales, y, finalmente, para lograr que nos hagamos enojosos a nosotros mismos y a los demás, para desacreditar y difamar la devoción. Pero, si observas las enseñanzas que te he dado, harás grandes progresos en la perfección, merced al ejercicio que harás en medio de estas aflicciones interiores, acerca de las cuales no quiero acabar de hablar sin decirte todavía una palabra.

A veces la apatía, las arideces y las sequedades provienen de la mala disposición del cuerpo, como acaece cuando por el exceso de vigilias, de trabajo, de ayunos, se siente agobiado de cansancio, de modorra, de pesadez y de otras parecidas debilidades, las cuales aunque sólo afectan a él, no dejan, empero, de incomodar al espíritu, por la estrecha relación que, entre ambos, existe. Por lo mismo, en tales ocasiones, es menester acordarse siempre de hacer muchos actos de virtud con la punta de nuestro espíritu y voluntad superior, porque, si bien parece que nuestra alma duerme y está invadida de sopor y dejadez, con todo, los actos de nuestro espíritu no dejan de ser muy agradables a Dios, y, en este estado, podemos muy bien decir con la sagrada Esposa: «Yo duermo, pero mi corazón está en vela»; y, como he dicho más arriba, si sentimos menos gusto en trabajar de esta manera, hay, empero, más mérito y virtud. Pero, en este caso, el remedio está en vigorizar el cuerpo con algún legítimo alivio y recreación. Así San Francisco mandaba a sus religiosos que fuesen tan moderados en sus trabajos, que no quedase ahogado el fervor del espíritu.

Y, a propósito de este glorioso Padre, una vez fue combatido y dominado por una tan profunda melancolía de espíritu, que no podía disimularla en su semblante. Si quería estar con sus religiosos, no podía; si se separaba de ellos, era peor; la abstinencia y la maceración de la carne le agotaban, y la oración no le producía ningún alivio. Dos años estuvo así, de tal manera, que parecía completamente abandonado de Dios; pero, al fin, después de haber sufrido humildemente fuerte tempestad, el Salvador, en un momento, le devolvió la bienaventurada paz. Esto quiere decir que los más grandes siervos de Dios están sujetos a estas sacudidas, por lo que los más pequeños no han de maravillarse si les alcanza alguna de ellas.

QUINTA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

Ejercicios y avisos para renovar el alma y confirmarla en la devoción

CAPÍTULO I

QUE CADA AÑO CONVIENE RENOVAR LOS BUENOS PROPÓSITOS

CON LOS EJERCICIOS SIGUIENTES

El punto capital de estos ejercicios consiste en reconocer de verdad su importancia. Nuestra humana naturaleza decae fácilmente de sus buenos afectos, a causa de la fragilidad y de la mala inclinación de nuestra carne, que gravita sobre nuestra alma y siempre la arrastra hacia abajo, si ella no se eleva con frecuencia, a fuerza de resolución; de la misma manera

que las aves caen continuamente, si no multiplican el ímpetu y el aleteo para mantenerse en el aire. Por esta causa, amada Filotea, tienes necesidad de renovar y repetir con mucha frecuencia los buenos propósitos que has hecho de servir a Dios, pues, de no hacerlo, corres el peligro de caer en el primitivo estado o en otro peor; porque las caídas espirituales son de tal naturaleza, que siempre nos precipitan más abajo del estado desde el cual nos habíamos elevado hacia la devoción.

No hay reloj, por bueno que sea, al que no tengamos que dar cuerda dos veces al día, por la mañana y por la noche; además, es menester, a lo menos una vez al año, desmontar todas sus piezas, para sacar el orín que en ellas se haya formado, enderezar las torcidas y reparar las ya gastadas. Así, el que tiene verdadero cuidado de su corazón, ha de elevarlo hacia Dios, por la mañana y por la noche, con los ejercicios más arriba indicados, y, aparte de esto, ha de considerar muchas veces su estado, enderezarlo y arreglarlo; finalmente, a lo menos una vez al año, ha de desmontar y examinar, una por una, todas las piezas, es decir, todos sus afectos y pasiones, para reparar todas las faltas que en ellos pudiera haber. Y, así como el relojero unta con algún aceite refinado las ruedas y los resortes de su reloj, para que los movimientos se produzcan con más suavidad y la máquina esté menos expuesta al orín, así la persona devota, después de la práctica de este examen de su corazón, debe untarlo, para renovarlo cual conviene, con los sacramentos de la confesión y de la eucaristía. Este ejercicio reparará tus fuerzas abatidas por el tiempo, enfervorizará tu corazón, hará que reverdezcan los buenos propósitos y que florezcan de nuevo las virtudes de tu espíritu.

Los antiguos cristianos así lo practicaban con toda diligencia, el día del aniversario del bautismo de Nuestro Señor> en el cual, como dice San Gregorio, obispo de Nacianzog renovaban la profesión y las protestas que se hacen al recibir este sacramento. Hagámoslo también, amada Filotea, preparándonos muy de buen grado y aplicándonos a ello con toda seriedad.

Habiendo, pues, escogido el tiempo oportuno, según el consejo de tu padre espiritual, y habiéndose retirado un poco a la soledad, así espiritual como real, y más que de ordinario, harás una, dos o tres meditaciones sobre los puntos siguientes, según el método trazado en la segunda parte.

CAPÍTULO II

CONSIDERACIÓN SOBRE EL INMENSO BENEFICIO QUE DIOS NOS HACE AL

LLAMARNOS A SU SERVICIO, SEGÚN LA PROMESA YA CITADA

1. Considera, los puntos de tu promesa. El primero es haber dejado, rehusado, detestado, renunciado, para siempre, todo pecado mortal; el segundo es haber dedicado y consagrado tu alma, tu corazón, tu cuerpo, con todo lo que de él depende, al amor y al servicio de Dios; el tercero es que, si llegases a caer en alguna mala acción, te levantarías enseguida, mediante la gracia de Dios. ¡Qué resoluciones tan bellas, justas, dignas y generosas! Reflexiona bien en tu interior cuán santa, razonable y deseable es esta promesa.

2. Considera a quien has hecho esta promesa: la has hecho a Dios. Si la palabra razonable dada a los hombres nos obliga estrechamente, cuánto más la palabra dada a Dios. « ¡Ah, Señor! -decía David-, es a Ti, a quien mi corazón ha hablado; mi corazón ha dicho una buena palabra; jamás la olvidaré».

3. Considera en presencia de quien, pues ha sido delante de toda la corte celestial. ¡Ah! la Santísima Virgen, San José, tu Ángel bueno, San Luis, toda esta bendita compañía te miraba y, al oír tus palabras, exhalaba suspiros de gozo y aprobación, y, con una mirada de amor inefable, veía tu corazón, que, postrado a los pies del Salvador, se consagraba a su servicio. En la Jerusalén celestial hubo un gozo muy particular, y ahora se celebrará allí la conmemoración, si de corazón renuevas tus propósitos.

4. Considera por qué procedimiento hiciste las promesas. ¡Ah! ¡Qué dulce y generoso fue Dios para contigo en aquel tiempo! Mas díme ¿no fuiste invitada por los suaves atractivos del Espíritu Santo? Las cuerdas, con las cuales arrastró Dios tu barquichuela hacia este puerto de salvación, ¿no fueron el amor y la caridad? ¿No te atrajo después con su azúcar divino, con los sacramentos, la lectura y la oración? ¡Ah, amada Filotea!, tú dormías y Dios velaba por ti, y pensaba pensamientos de paz sobre tu corazón, y meditaba para ti. meditaciones de amor.

5. Considera en qué tiempo te inspiró Dios estas grandes resoluciones; fue en la flor de tu edad. ¡Ah! ¡Qué gozo conocer tan pronto lo que sólo podemos saber demasiado tarde! San Agustín, ganado para Dios a la edad de treinta años, exclamaba: « ¡Belleza antigua! ¿Cómo te he conocido tan tarde? ¡Ah, te veía y no hacía caso de ti ! » Y tú podrías muy bien decir: « ¡Oh Dulzura antigua! ¿ Por qué no te he saboreado antes?» Y sin embargo, todavía no lo merecías, por lo tanto, reconociendo la gracia que te ha hecho Dios, de atraerte en tu juventud, dile con David: « ¡ Oh Dios mío, Tú me has iluminado y tocado desde mi juventud, y yo proclamaré siempre tu misericordia». Y si esto no ha ocurrido hasta tu vejez, ¡qué gracia, Filotea, que, después de los abusos de los años precedentes, Dios te haya llamado antes de la muerte, y haya detenido el curso de tu miseria en un tiempo en el cual, si esto hubiese continuado, hubieras sido eternamente desdichada!

Considera los efectos de esta vocación: según me parece, encontrarás en ti muy buenos cambios, si comparas lo que eres con lo que fuiste. ¿ No sientes gozo en saber hablar de Dios por la oración, en sentirte inclinada a quererle amar, en haber sosegado y pacificado muchas pasiones que te inquietaban, en haber evitado muchos pecados y tropiezos de conciencia y, finalmente, en haber comulgado con mucha más frecuencia que no lo hubieras hecho, uniéndote con esta soberana fuente de gracias eternas? ¡Ah! ¡Qué grandes son estas gracias! Es menester pesarlas con el peso del santuario. Es la diestra de Dios la que ha hecho todo esto. «La bondadosa mano de Dios, exclama David, ha hecho la virtud; su diestra me ha levantado. ¡Ah! no moriré, sino que viviré y proclamaré con el corazón, con la boca y con mis obras las maravillas de su bondad».

Después de todas estas consideraciones, las cuales, como ves, inspiran gran abundancia de buenos afectos, es menester acabar sencillamente con una acción de gracias y con una plegaria, anhelando sacar mucho provecho de ellas, retirándote con humildad y confianza

en Dios; reservando el esfuerzo que exigen las resoluciones para después del segundo punto de este ejercicio.

CAPÍTULO III

DEL EXAMEN DE NUESTRA ALMA SOBRE EL AVANCE EN LA VIDA DEVOTA

Este segundo punto del ejercicio es un poco largo, y es mi parecer que, para practicarlo, no se requiere hacerlo todo de una vez, sino por partes, por ejemplo, examinando ora el propio comportamiento con Dios, ora lo une hace referencia a ti mismo, ora lo que atañe a tus relaciones con el prójimo, ora considerando tus pasiones. No es necesario ni conveniente que lo hagas de rodillas, excepción hecha del comienzo y del fin, cuando se producen los afectos. Los otros puntos del examen puedes hacerlos, con provecho, paseando, y aun más útilmente en la cama, si puedes estar en ella sin adormecerte y bien desvelada; mas, para hacer eso, es menester haberlos leído antes. Es, no obstante, necesario hacer todo este segundo punto en tres días y dos noches, tomando de cada día y de cada noche alguna hora, es decir, algún tiempo, según te sea posible; porque, si este ejercicio se hiciese a intervalos muy distantes, perdería su eficacia e impresionaría muy débilmente. Después de cada punto del examen, verás si has faltado y en qué faltas has incurrido, y cuáles son los movimientos más notables que has sentido, al objeto de manifestarlo, para tomar consejo, resolución y ánimo. Aunque no es necesario que los días en los cuales hagas éste y los demás ejercicios te apartes del trato de la gente, conviene, empero, procurarlo algún tanto, sobre todo, hacia el atardecer, para que puedas acostarte más temprano y tener el reposo de cuerpo y de espíritu que se requiere para la consideración. También conviene dirigir, durante el día, frecuentes aspiraciones a Dios, a la Santísima Virgen, a los ángeles y a toda la corte celestial; importa también mucho hacerlo todo con un corazón enamorado de Dios y de la perfección de tu alma.

Así, pues, para comenzar bien este examen: 1. Ponte en la presencia de Dios. 2. Invoca el Espíritu Santo, pidiéndole luz y claridad, para que puedas conocerle bien, como San Agustín, que exclama delante de Dios: « ¡Oh Señor, conózcame a mí, conózcate a Ti!»; y San Francisco, que preguntaba a Dios, diciendo: «¿Quién eres Tú y quién soy yo?» Declara que no quieres conocer tus progresos sino para alegrarte en Dios; no para glorificarte, sino para glorificar a Dios y darle las gracias. 3. Asegura que, si, como crees, descubres que has aprovechado poco, o bien que has retrocedido, de ninguna manera querrás abatirte por ello ni enfriarte por ninguna clase de desaliento o relajación de ánimo, sino que, al contrario, querrás alentarte y animarte más, humillarte y poner remedio a tus defectos, con el auxilio de la gracia de Dios.

Hecho esto, considerarás despacio y tranquilamente cómo, hasta la hora presente, te has portado con Dios, con el prójimo y contigo misma.

CAPÍTULO IV

EXAMEN DEL ESTADO DE NUESTRA ALMA CON RELACION A DIOS

1. ¿ Cómo está tu corazón con respecto al pecado mortal? ¿ Has hecho una resolución firme de no cometerlo jamás, por cualquier cosa que te pueda ocurrir? ¿Has mantenido esta resolución desde que la hiciste hasta ahora? En esta resolución consiste el fundamento de la vida espiritual.

2. ¿ Cómo está tu corazón con respecto a los mandamientos de la Ley de Dios? ¿Te parecen buenos, dulces y agradables? ¡Ah, hija mía! el que tiene el gusto en buen estado y sano el estómago, quiere los buenos manjares y rechaza los malos.

3. ¿ Cómo está tu corazón en lo que atañe a los pecados veniales? Es imposible vivir sin cometer alguno, en una u otra ocasión; mas, ¿tienes inclinación a alguno en particular? Y, lo que todavía sería peor: ¿hay alguno al cual tengas afecto y amor?

4. ¿Cómo está tu corazón si consideramos los ejercicios piadosos? ¿Los tienes en la debida estima? ¿Los aprecias? ¿Te causan fastidio? ¿Encuentras gusto en ellos? ¿Hacia cuáles te sientes más o menos inclinada? Escuchar la palabra de Dios, leerla, hablar de ella, meditar, aspirar a Dios, confesarte, recibir consejos espirituales, prepararte para la comunión, comunicarte, reducir los afectos: ¿qué hay en todo esto que repugne a tu corazón? Y, si descubres en ti alguna cosa a la cual tu corazón esté menos inclinado, examina de dónde procede esta apatía, y cuál es la causa de la misma.

5. ¿ Cómo está tu corazón para con el mismo Dios? ¿Se complace tu corazón en acordarse de Dios? ¿No siente una suavidad agradable? «¡Ah! -dice David-, me he acordado de Dios y me he deleitado». ¿Sientes en tu corazón cierta facilidad en amarle y un gusto especial en saborear este amor? ¿Goza tu corazón al pensar en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su suavidad? S i el recuerdo de Dios viene a tu mente en medio de las ocupaciones del mundo y de las vanidades, ¿te detienes en él y te conmueve? ¿Te parece que tu corazón se inclina hacia él y, en cierta manera, se adelanta? Ciertamente, hay almas que son así. Si el marido de una mujer vuelve de lejanas tierras, enseguida que la esposa se da cuenta de su regreso y oye su voz, aunque esté muy atareada y dominada por alguna violenta consideración en medio de sus ocupaciones, su corazón, empero, no queda sujeto, sino que deja los demás pensamientos para pensar en su recién llegado esposo. Lo mismo les ocurre a las almas que aman a Dios; aunque anden muy atareadas, cuando les asalta el recuerdo de Dios, casi apartan la atención de todo lo restante, a causa del gozo que sienten de que vuelva este amable recuerdo, lo cual es muy buena señal.

6. ¿Cómo está tu corazón con respecto a Jesucristo, Dios y Hombre? ¿Estás contenta cerca de Él? Las abejas se complacen alrededor de la miel, y las avispas en la podredumbre; de la misma manera las almas buenas se gozan en Jesucristo y sienten por Él una gran ternura de corazón; pero las malas se gozan en las vanidades. 7. ¿ Cómo está tu corazón con respecto a la Santísima Virgen, los santos y el ángel de tu guarda? ¿Tienes una especial confianza en su protección? ¿Te gustan sus imágenes, su vidas, sus alabanzas?

8. En cuanto a tu lengua, ¿cómo hablas de Dios? ¿Te gusta hablar de Él según tu condición y conocimientos? ¿Te gusta cantar los salmos?

9. En cuanto a las obras examina si tienes interés por la gloria externa de Dios y por hacer alguna cosa en honor suyo; porque los que aman a Dios, aman, con Él, el esplendor de su casa.

¿Tienes conciencia de haber arrancado algún afecto y renunciado a alguna cosa por Dios? Ten en cuenta que es muy buena señal de amar, privarse de algo en obsequio de la persona amada. ¿Qué has dejado hasta ahora por amor de Dios?

CAPÍTULO V

EXAMEN DE NUESTRO ESTADO CON RELACIÓN A NOSOTROS MISMOS

1. ¿,Cómo te amas a ti misma? ¿Te amas demasiado para este mundo? Si es así, desearás estar siempre en él y andarás preocupada para establecerte en esta tierra; pero, si te amas para el cielo, desearás, o, a lo menos, fácilmente te resignarás a salir de acá abajo, a la hora que plazca a Nuestro Señor.

2. ¿ Tienes bien ordenado el amor a ti misma? Porque nada hay que nos arruine tanto como el amor desordenado de nosotros mismos. Ahora bien, el amor ordenado quiere que amemos más al alma que al cuerpo, que tengamos más interés en adquirir las virtudes que toda otra cosa, que nos preocupemos más del honor celestial que del honor bajo y caduco. El corazón bien ordenado se dice con frecuencia: «¿Qué dirán los ángeles si pienso tal cosa?», y no «¿qué dirán los hombres?»

3. ¿Qué amor tienes a tu corazón? ¿Te cansas de servirlo en sus enfermedades? ¡Ah! le debes estos cuidados: el de socorrerle, el de hacer que le socorran cuando sus pasiones le atormentan y el de dejarlo todo para esto.

4. ¿Qué crees que eres delante de Dios? Nada, sin duda. Ahora bien, no arguye gran humildad, en una mosca, el no tenerse por nada delante de una montaña, ni, en una gota de agua, el no tenerse por nada en comparación con el mar, ni, en una chispa o pequeña llama, el no tenerse por nada delante del sol; pero la humildad consiste en no tenernos en más que los otros y en no querer ser tenidos en más por ellos: ¿cómo estás respecto a este punto?

5. En cuanto a la lengua, ¿haces alarde de alguna cosa? ¿Te alabas hablando de tí?

6. En cuanto a las obras, ¿te das algún gusto contrario a la salud? Me refiero al placer vano e inútil, como velar sin motivo y otros semejantes.

CAPÍTULO VI

EXAMEN DEL ESTADO DE NUESTRA ALMA CON RELACIÓN AL PRÓJIMO

El marido y la mujer se han de amar con un amor dulce y tranquilo, firme y perseverante, en primer lugar porque Dios así lo ordena y lo quiere. Lo mismo digo de los hijos y de los próximos parientes, y también de los amigos, de cada uno según su grado.

Mas, hablando en general, ¿cómo está tu corazón con respecto al prójimo? ¿Le amas cordialmente y por amor de Dios? Para conocer bien si es así, has de imaginarte ciertas personas enojosas y antipáticas, pues aquí es donde se ejercita el amor de Dios con el prójimo, y mucho más si se trata de aquellos que nos hacen algún mal, de obra o de palabra. Examina bien si tu corazón es franco con ellos, y si sientes alguna contrariedad en amarles.

¿Eres propensa a hablar mal del prójimo, sobre todo de los que no te quieren? ¿Causas daño al prójimo directa o indirectamente? Por poco razonable que seas, fácilmente te darás cuenta de ello.

CAPÍTULO VII

EXAMEN SOBRE LOS AFECTOS DE NUESTRA ALMA

He desarrollado así estos puntos, cuyo examen nos da a conocer el progreso espiritual que hemos hecho, porque, en cuanto al examen de los pecados, se hace con miras a las confesiones de los que no pretenden adelantar.

No es menester, empero, ocuparse en cada uno de estos puntos sino con tranquilidad, considerando el estado de nuestro corazón con respecto a los mismos, desde que hicimos los propósitos, y examinando las faltas notables cometidas contra ellos.

Mas, para abreviar, es necesario reducir el examen al conocimiento de nuestras pasiones; y, si se nos hace pesado el examen con los pormenores dichos, podemos hacerlo considerando el estado de nuestra alma y la manera como nos hemos conducido:

En nuestro amor a Dios, al prójimo y a nosotros mismos.

En nuestra aversión al pecado propio y al pecado cometido por los demás, pues hemos de desear el exterminio de ambos.

En nuestros deseos de bienes, de placeres y de honores.

En el temor de los peligros de pecar, y de perder los bienes de este mundo: tememos demasiado esto y muy poco aquello.

En la esperanza, que, tal vez, tenemos demasiado puesta en el mundo y en las criaturas, y muy poco en Dios y en las cosas eternas.

En la tristeza, si es excesiva por cosas vanas.

En el gozo, si es excesivo y por cosas indignas.

Finalmente, ¿qué afectos tienen atado nuestro corazón? ¿Qué pasiones le dominan? ¿Qué cosas principalmente le alteran? Porque por las pasiones del alma conocemos su estado, pulsándolas unas tras otras. Así como el que toca el laúd, que pulsando todas las cuerdas descubre cuáles están desentonadas, y las afina, tirando y aflojando, así, después de haber pulsado el odio, el deseo, la esperanza, la tristeza y el gozo de nuestra alma, si encontramos estas pasiones fuera de tono para la pieza que queremos tocar, que es la gloria de Dios, podemos afinarlas, mediante su gracia y el consejo de nuestro padre espiritual.

CAPÍTULO VIII

AFECTOS QUE ES MENESTER EXCITAR DESPUÉS DEL EXAMEN

Después de haber considerado tranquilamente cada punto del examen, y visto en qué estado te encuentras, pasarás a los afectos de la manera siguiente:

Da gracias a Dios de tal o cual enmienda que hayas advertido en tu vida desde tu resolución, y reconoce que ha sido únicamente su misericordia la que lo ha hecho en ti y por ti.

Humíllate mucho delante de Dios, reconociendo que, si has adelantado tan poco, ha sido por tu culpa, porque no has correspondido con fidelidad, con esfuerzo y constancia, a las inspiraciones, luces y movimientos que te ha comunicado en la oración y por otros medios.

Prométele alabarle por siempre jamás, por las gracias con que te ha favorecido, para esta pequeña enmienda de tus inclinaciones.

Pídele perdón de la infidelidad y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazón, para que sea enteramente Señor del mismo.

Suplícale que te haga enteramente fiel.

Invoca a los santos, a la Virgen Santísima, al ángel de tu guarda, a tu santo patrón, a San José, y a otros santos.

CAPÍTULO IX

CONSIDERACIONES OPORTUNAS PARA RENOVAR

NUESTROS BUENOS PROPÓSITOS

Después de haber hecho bien el examen y de haber consultado con algún director digno sobre las faltas y sus remedios, harás las siguientes consideraciones, una cada día, a manera de meditación, dedicando a ello el tiempo de tu oración y empleando, en la preparación y

en los afectos, el mismo método que indiqué para las meditaciones de la primera parte, poniéndote ante todo, en la presencia de Dios e implorando su gracia para afianzarte en su santo amor y en su servicio.

CAPÍTULO X

PRIMERA CONSIDERACIÓN: DE LA EXCELENCIA DE NUESTRAS ALMAS

Considera la nobleza y la excelencia de tu alma, que posee un entendimiento capaz de conocer no sólo el mundo visible, sino también la existencia de los ángeles y del paraíso; que hay un Dios soberano absoluto, lleno de bondad e inefable; que hay una eternidad; y, además, capaz de conocer lo que es menester para vivir en este mundo visible, para juntarse con los ángeles en el paraíso, y gozar de Dios eternamente.

Tu alma tiene, además, una voluntad noble, la cual puede amar a Dios y no puede odiarle en sí mismo. Mira cuán generoso es tu corazón, y que, así como nada puede lograr que las abejas se posen en cosa alguna corrompida, sino tan sólo en las flores, así también tu corazón sólo puede reposar en Dios, y ninguna criatura puede satisfacerle. Recuerda francamente las mayores y más agradables diversiones que, en otros tiempos, llenaron tu corazón, y juzga, con sinceridad, si no estaban llenas de inquietud, de acerbos pensamientos y de cuidados importunos, entre los cuales tu pobre corazón se sentía desgraciado.

¡Ah!, nuestro corazón, cuando corre en pos de las criaturas, anda ansioso, pensando que podrá en ellas saciar sus deseos; pero, en cuanto les ha dado alcance, ve que todo queda por hacer y que nada puede contentarle, pues Dios no quiere que nuestro corazón encuentre lugar alguno donde poder descansar, para que, como la paloma soltada del arca de Noé, vuelva a su Dios, del cual salió. ¡Ah! ¡Qué cualidad tan hermosa la de nuestro corazón! ¿Por qué, pues, lo ocupamos, contra su voluntad, en el servicio de las criaturas?

¡Oh, hermosa alma mía!, has de decir, tú puedes conocer y amar a Dios, ¿por qué te entretienes en cosas de menor precio? Puedes aspirar a la eternidad, ¿por qué te detienes en los instantes? Este fue uno de los lamentos del hijo pródigo, el cual, habiendo podido vivir deliciosamente en la mesa de su padre, comía vilmente con las bestias. ¡Oh, alma mía!, tú eres capaz de Dios; desventurada de ti, si te contentas con lo que es menos que Dios. Eleva tu alma a esta consideración; recuérdale que es eterna y digna de la eternidad, aliéntala a que siga por este camino.

CAPÍTULO XI

SEGUNDA CONSIDERACIÓN: DE LA EXCELENCIA DE LAS VIRTUDES

Considera que las virtudes y la devoción pueden, por sí solas, contentar el alma en este mundo; mira qué bellas son. Compara las virtudes con los vicios que le son contrarios: qué suavidad la de la paciencia, en comparación con la venganza; de la dulzura, en comparación con la ira y el despecho; de la humildad, en comparación con la arrogancia y la ambición; de la esplendidez, en comparación con la avaricia; de la caridad, en comparación con la envidia; de la sobriedad, en comparación con el despilfarro. Las virtudes tienen esto de

admirable, a saber, que deleitan el alma con una dulzura y una suavidad incomparables, cuando se han practicado, al paso que los vicios la dejan infinitamente rendida y maltratada. ¡Ánimo!, pues, ¿por qué no ponemos manos a la obra para conseguir estas suavidades?

En cuanto al vicio, el que tiene poco no está contento y el que tiene mucho está descontento: en cuanto a la virtud, el que tiene poca ya siente gozo, y siempre siente más, conforme va avanzando. ¡Oh vida devota, qué bella, qué dulce, qué agradable, qué suave eres! Tú endulzas las tribulaciones, haces suaves los consuelos, sin ti el bien es mal y los placeres están llenos de inquietud, de turbación y de desfallecimiento; el que te conoce puede muy bien decir con la Samaritana: «Domine, da mihi hanc aquam»: «Señor, dame de esta agua»; aspiración muy frecuente en Santa Teresa y en Santa Catalina de Génova, aunque por motivos muy diferentes.

CAPÍTULO XII

TERCERA CONSIDERACIÓN: DEL EJEMPLO DE LOS SANTOS

Considera el ejemplo de toda suerte de santos; ¿qué no han hecho para amar a Dios y ser devotos? Mira a estos mártires, invencibles en sus resoluciones: ¿qué tormentos no han soportado para mantenerse en ellas? Pero sobre todo a estas hermosas y jóvenes doncellas, más blancas que los lirios en pureza, más encarnadas que la rosa en caridad; unas a los doce años, otras a los trece, a los quince, a los veinte, a los veinticinco, han sufrido mil clases de martirios antes que renunciar -a su propósito no sólo en lo tocante a la profesión de fe, sino en lo que era una prueba de su devoción: unas muriendo antes de perder la virginidad, otras antes que dejar de servir a los afligidos, de consolar a los atormentados, de enterrar a los muertos. i Dios mío! i qué constancia ha manifestado este débil sexo, en ocasiones parecidas!

Contempla a tantos santos confesores: i Con qué firmeza han despreciado el mundo! i Cómo se han hecho invencibles en sus resoluciones! Nada ha podido hacerles desistir; las han abrazado sin reservas y las han mantenido sin excepción. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿ Qué es lo que dice San Agustín de su madre Santa Mónica? ¡Con qué firmeza sostuvo su empresa de servir a Dios en su matrimonio y en su viudez! ¡ Y San Jerónimo, de su hija Paula! ¡ Con cuántos obstáculos y con cuánta diversidad de acontecimientos! Mas, ¿qué no haremos nosotros, alentados por tan excelentes patronos? Ellos eran lo que somos nosotros; lo hacían por el mismo Dios, por las mismas virtudes; ¿por qué no haremos lo mismo nosotros, según nuestra condición y vocación, por el cumplimiento de nuestros amados propósitos y de nuestras santas promesas?

CAPÍTULO XIII

CUARTA CONSIDERACIÓN: DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS TIENE

Considera el amor con que Jesucristo ha sufrido en el huerto de los Olivos y en el monte Calvario, Este amor era para ti, y, con todas aquellas penas y trabajos, obtenía de Dios Padre, para tu corazón, las buenas resoluciones y promesas, y, por los mismos medios, todo lo que necesitas para mantener, alimentar, robustecer y consumar estas resoluciones. ¡Oh

resolución, qué preciada eres, siendo hija de tal madre, cual es la Pasión de mi Salvador! ¡Oh, cómo te ha de amar mi alma, pues tan amada has sido de mi Jesús! ¡Ah Señor! ¡Oh Salvador de mi alma! ¡Tú moriste para obtener en mi favor estas resoluciones! Concédeme, pues, la gracia de que muera antes de dejarlas.

Ya ves, Filotea, cuanta verdad es que el Corazón de nuestro amado Jesús veía el tuyo, desde el árbol de la cruz, y le amaba, y, por este amor, obtenía para 61 todos los bienes que jamás podrás tener, y entre otros, tus resoluciones. Sí, amada Filotea, nosotros podemos decir con Jeemías: «¡Oh Señor!, antes de que yo existiese, Tú me mirabas y me llamabas por mi nombre>, como sea que su bondad preparó, con su amor y su misericordia, todos los recursos generales y particulares de nuestra salvación, y, por consiguiente, nuestras resoluciones. Sí, ciertamente: así como la mujer que ha de ser madre prepara la cuna, las mantillas y las fajitas, y además busca nodriza para el niño que espera, aunque todavía no haya venido al mundo, así también Nuestro Señor, después de haberte concebido en su bondad y llevado en sus entrañas, al querer darte a luz para tu salvación y hacerte hija suya, preparó en el árbol de la cruz, todo lo que era menester para ti: tu cuna espiritual, tus mantillas y fajitas, tú nodriza, y todo lo que era conveniente para tu felicidad, a saber, todos los recursos, todos los alicientes, todas las gracias por las cuales conduce tu alma y quiere llevarla hasta la perfección.

¡ Ah, Dios mío! ¡ Cómo deberíamos grabar todo esto -es nuestra memoria! ¿ Es posible que yo haya sido amada, y tan dulcemente amada, de mi Salvador; que Él haya pensado particularmente en mí y en todos estos pormenores, con los cuales me ha atraído hacia Él? ¡Cómo hemos de amarle y emplearlo todo para nuestra utilidad! Todo esto es muy dulce: este corazón amable de mi Dios pensaba en Filotea, la amaba y le procuraba mil medios de salvación, como si no hubiere más almas en el mundo en quienes pensar, de la misma manera que el sol ilumina un lugar de la tierra como si no iluminase otros y sólo iluminase aquél. Así Nuestro Señor pensaba y cuidaba de todos sus hijos, de forma que pensaba en cada uno de ellos, como si no hubiese tenido que pensar en los demás. «Me amó -dice San Pablo-, y se entregó por mí»; como si dijera: sólo por mí, como si nada hubiese hecho por los demás. Esto, Filotea, ha de permanecer grabado en nuestra alma, para tener en mucho y fomentar tu resolución, tan preciosa para el Corazón del Salvador.

CAPÍTULO XIV

QUINTA CONSIDERACIÓN: DEL AMOR ETERNO DE DIOS A NOSOTROS

Considera el amor eterno que Dios te ha tenido; porque ya antes de que Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, sufriese en la cruz por ti, su divina Majestad te concebía en su soberana bondad, y te amaba en gran manera. Mas, ¿cuándo comenzó a amarte? Comenzó cuando comenzó a ser Dios. ¿Y cuándo comenzó a ser Dios? Nunca, pues siempre ha sido, sin principio ni fin, y te ha amado siempre desde la eternidad; por esto te preparaba las gracias y los favores que te ha hecho. Lo dice por el profeta: «Te amaré (dice a ti y a cada uno de nosotros) con un amor perpetuo; por lo tanto te atraje, compadecido de ti». Ha pensado, pues, entre otras cosas, en hacerte formar tus resoluciones para servirle.

¡Dios mío! ¡Qué resoluciones son éstas, pensadas, meditadas, proyectadas por Dios, desde toda la eternidad! ¡Cuán amadas y preciosas han de ser para nosotros! ¡Qué no hemos de sufrir, antes que dejar perder una sola brizna de ellas! Ciertamente, ni que se hubiese de perder todo el mundo para nosotros, pues todo el mundo junto no vale lo que vale una alma, y una alma no vale nada sin nuestras resoluciones.

CAPÍTULO XV

AFECTOS GENERALES SOBRE LAS ANTERIORES RESOLUCIONES, Y CONCLUSIÓN DEL EJERCICIO

¡ Oh amadas resoluciones!, vosotras sois el hermoso árbol de la vida que mi Dios ha plantado, con su mano, en medio de mi corazón, y que mi corazón quiere regar con su sangre, para que fructifique; antes mil muertes, que permitir que viento alguno lo arranque. No, ni la vanidad, ni las delicias, ni las riquezas, ni las tribulaciones me arrancarán jamás mi propósito.

¡Ah Señor! Tú has plantado y eternamente has guardado este hermoso árbol dentro de tu paternal corazón para mi jardín. ¡Ah! ¡Cuántas almas no han sido favorecidas de esta manera! ¿Cómo podré yo humillarme jamás lo bastante a vista de tal misericordia?

¡ Oh bellas, oh santas resoluciones! Si yo os conservo, vosotras me conservaréis; si vivís en mi alma, mi alma vivirá en vosotras. Vivid, pues, por siempre jamás, ¡oh resoluciones!, que sois eternas en la misericordia de mi Dios; permaneced y vivid eternamente en mí: que nunca os abandone.

Después de estos afectos, es menester que concretes los medios necesarios para mantener estas preciosas resoluciones, y que asegures que quieres servirte de ellas fielmente: la frecuencia de la oración, de los sacramentos, de las buenas obras, la enmienda de tus faltas descubiertas en el segundo punto, el apartarte de las ocasiones, la práctica de los avisos que te den en este sentido.

Hecho esto, como quien toma aliento y fuerzas, declara mil veces que continuarás en tus propósitos, y, como si tuvieses el corazón, el alma y la voluntad en tus manos, dedícalos, conságralos, sacrifícalos e inmólalos a Dios, prometiendo que jamás volverás a tomarlos, sino que los dejarás en las manos de su divina Majestad, para seguir en todo y por todo sus mandamientos. Ruega a Dios que te renueve toda entera; que renueve y robustezca tus propósitos; invoca a la Virgen y a tu ángel, a San Luis y a los demás santos.

Con esta emoción del corazón, ve a los pies de tu padre espiritual; acúsate de las principales faltas que recuerdes haber cometido desde tu última confesión general, y recibe la absolución, de la misma manera que la primera vez; haz la promesa, en su presencia, y fírmala, y, finalmente, ve a unir tu corazón renovado con su Principio y Salvador, en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

CAPÍTULO XVI

DE LOS SENTIMIENTOS QUE ES MENESTER CONSERVAR DESPUÉS DE ESTE EJERCICIO

Este día, en que habrás hecho esta renovación, y los días siguientes, has de repetir con frecuencia, con el corazón y con la boca, estas ardientes palabras de San Pablo, de San Agustín, de Santa Catalina de Génova y de otros santos: «No, ya no soy mía; que viva, que muera, soy de mi Salvador; ya no digo ni yo ni mío: el yo es Jesús; el mío es ser suya. ¡Oh mundo!, tú siempre eres el mismo, y yo he sido siempre

la misma, pero, en adelante, ya no seré yo misma». Nosotros no seremos más nosotros mismos, porque tendremos el corazón cambiado, y el mundo, que tanto nos ha engañado, será engañado en nosotros, pues, al no darse cuenta de nuestra transformación, creerá que todavía somos Esaú y nosotros nos habremos trocado en Jacob.

Conviene que todos estos ejercicios reposen en el corazón, y que, al dejar la meditación y la consideración, andemos con tiento, entre las ocupaciones y las conversaciones, para que el licor de nuestras resoluciones no se derrame enseguida, pues es necesario que se filtre y penetre bien en todas as partes del alma, pero sin violentar ni el espíritu ni el cuerpo.

CAPÍTULO XVII

RESPUESTA A DOS OBJECIONES QUE PUEDEN HACERSE ACERCA DE ESTA «INTRODUCCIÓN»

Filotea, el mundo te dirá que estos ejercicios y estas advertencias son tan numerosos, que el que quiera observarlos no podrá hacer otra cosa. ¡Ah, amada Filotea!, aunque no hiciésemos otra cosa, mucho haríamos, pues haríamos lo que deberíamos hacer en este mundo. Pero, ¿no te das cuenta del engaño? Si todos estos ejercicios se hubiesen de hacer cada día, ciertamente nos ocuparían del todo; pero no es necesario hacerlos sino a su debido tiempo y lugar, y según se vaya ofreciendo la ocasión a cada uno. ¡Cuántas leyes no hay en el Código que deben ser observadas! Pero esto se entiende según las circunstancias, y no en el sentido de que se hayan de practicar

todos los días. David, rey atareado en asuntos muy difíciles, practicaba muchos más ejercicios de los que yo te he enseñado. San Luis, rey admirable así en la guerra como en la paz, y que, con un cuidado sin igual, administraba justicia, oía dos misas todos los días, rezaba vísperas y completas con su capellán, hacía su meditación, visitaba los hospitales, se confesaba, y tomaba disciplina todos los viernes, asistía con frecuencia a los sermones, celebraba muchas conferencias espirituales, y, a pesar de ello, no desperdiciaba una sola ocasión para procurar el bien público, y su corte era más bella y estaba más floreciente que en tiempos de sus predecesores. Haz, pues, decididamente, estos ejercicios, según te los he enseñado, y Dios te dará tiempo y fuerza para resolver los demás asuntos; y así lo hará,

aunque tenga que detener la carrera del sol, como lo hizo con Josué, en otro tiempo. Hagamos siempre lo que conviene hacer, pues Dios trabaja por nosotros.

Dirá el mundo que yo supongo siempre que Filotea tiene el don de la oración mental, y, como quiera que no todo el mundo lo tiene, esta Introducción no servirá para todos. Es verdad que he supuesto esto, y también lo es que no todo el mundo tiene el don de la oración mental; pero es igualmente cierto que todos pueden tenerlo, aun los más ineptos, con tal que tengan buenos directores y quieran trabajar para adquirirlo, según la cosa lo merece. Y si se encuentra alguno que no posee este don en ningún grado (lo cual no ocurre sino muy raras veces), el discreto padre espiritual fácilmente hará que suplan el defecto, enseñándoles a que lean u oigan leer con atención las mismas consideraciones puestas en las meditaciones.

CAPÍTULO XVIII

TRES ÚLTIMOS E IMPORTANTES AVISOS PARA ESTA «INTRODUCCIÓN»

Cada primer día del mes, después de la meditación, renueva la promesa que se encuentra en la primera parte, y, en todo momento, promete que la quieres guardar, diciendo con David: «No, jamás, eternamente, no me olvidaré de tus justificaciones, ¡oh Dios mío!, pues en ellas me has vivificado». Y cuando sientas en tu alma alguna turbación, toma en tu mano tu promesa, y, postrada con espíritu de humildad, pronúnciala con todo tu corazón, y te sentirás en gran manera aliviada. Haz abiertamente profesión de querer ser devota. No digo de ser devota, sino de querer serlo, y no te avergüences de los actos comunes y necesarios que conducen al amor de Dios. Confiesa, sin respetos humanos, que procuras meditar, que prefieres morir antes que pecar mortalmente, que quieres frecuentar los sacramentos y seguir los consejos de tu director (aunque a veces no es necesario nombrarle, por muchos motivos). Porque esta franqueza en confesar que queremos servir a Dios y que estamos consagrados a su amor con un especial afecto, es muy agradable a su divina Majestad, que no quiere que nos avergoncemos ni de Él ni de la cruz, y, además, cierra el camino a muchos razonamientos que el mundo quisiera hacer en contra, y nos crea una reputación que nos compromete a perseverar. Los filósofos se presentaban como filósofos, para que se les dejase vivir como tales; nosotros nos hemos de dar a conocer como deseosos de la devoción, para que se nos deje vivir devotamente. Y si alguien te dice que se puede vivir devotamente, sin la práctica de estos avisos y de estos ejercicios, no lo niegues; pero dile amablemente que tu debilidad es tan grande, que necesita una ayuda y un auxilio mayor del que se requiere en los demás.

Finalmente, amada Filotea, te conjuro, por todo cuanto hay de sagrado en el cielo y en la tierra, por el bautismo que has recibido, por los pechos que amamantaron a Jesucristo, por el corazón amoroso con que Él te amó, y por las entrañas de la misericordia en la cual esperas, que continúes y perseveres en esta bienaventurada empresa de la vida devota. Nuestros días se deslizan y la muerte está en la puerta. «La trompeta -dice San Gregorio Nacianceno-, toca a retiro; que cada uno se prepare, porque el juicio está cerca». La madre de Sinforiano, al ver que le conducían al martirio, gritaba detrás de él: «Hijo mío, hijo mío, acuérdate de la vida eterna; mira al cielo, y piensa en Aquel que reina en él; tu próximo fin presto acabará con tu carrera en este mundo». Filotea, lo mismo te digo yo; mira al cielo, y

no lo dejes por el infierno; mira al infierno y no te precipites en él por gozar de unos momentos; contempla a Jesucristo, y no reniegues de Él por el mundo, y, cuando la tribulación de la vida devota te parezca dura, canta con San Francisco: «Mientras espero bienes mejores, el trabajo de ahora es pasatiempo».

¡VIVA Jesús! al cual con el Padre y el Espíritu Santo, sea honor y gloria, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Así sea.